



El Enclave II
Casandra Encadenada

José Manuel Cruz

Cuarteto de la desolación / y 4

El Enclave II

Casandra encadenada

de

José Manuel Cruz

José Manuel Cruz
El Enclave II. Casandra encadenada
Cuarteto de la desolación / 4

© José Manuel Cruz

Todos los derechos reservados

© Página web del autor: www.josemanuelcruz.es
© Diseño y fotografía de portada: Irene Cruz (www.irenecruz.com)
© Maquetación: Fabián Vázquez (www.fabianvazquez.net)

2ª Edición, 2021

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Marta Moreno y a Lorenzo Hernandez (así, sin tilde):
Porque la vida siempre encuentra la forma de unir los pasos
de quienes están destinados a ser amigos.

A Rafael Nadales Lluch:
por saber dar siempre ánimos en el momento adecuado.

CASANDRA: ¡Oh miserias, miserias de mi ciudad del todo destruida!
¡Oh sacrificios paternos por las murallas, inmolación de innumerables ovejas
de nuestros prados! Ningún remedio ha evitado a la ciudad sufrir
lo que sufre. Y yo inflamado el corazón pronto caeré en tierra.

ESQUILO, *Agamenón*

PRÓLOGO

Claudio Montellano estaba solo en su despacho. Tenía el ordenador encendido y sus ojos estaban clavados en los resultados de las elecciones primarias celebradas en la provincia. Los números estaban ejerciendo un extraño poder hipnótico sobre él. No acababa de acostumbrarse a ese sesenta por ciento de los votos que le daba como vencedor. En un momento dado, en el canal de televisión que tenía sintonizado, irrumpió la imagen de la Primera Ministra. Pilar Muro aparecía seria y apesadumbrada. Quizás, era el cansancio. Tal vez, la incertidumbre sobre su porvenir más inmediato. Pero estaba claro que, en ese instante, era la representación evidente de la derrota. Claudio Montellano buscó en su mesa el mando a distancia y lo encontró debajo de una pila de papeles. Subió el volumen y echó para atrás su butaca para poder oír a gusto qué iba a decir su vencida adversaria.

–Buenas noches. Lo primero de todo, quiero agradecer al equipo que ha trabajado en mi candidatura en las primarias de esta provincia todo el esfuerzo que ha realizado. Sé que se han dejado la piel en obtener un resultado favorable y que, desde los principales responsables hasta el trabajador más modesto, su empeño ha sido magnífico y colosal. Sólo a mí me corresponden las críticas que se puedan hacer por la derrota sufrida. Creo que las circunstancias no han sido las más satisfactorias. Ha habido noticias en los medios de comunicación que han marcado el estado de ánimo de los votantes. Y ha sido imposible cambiar ese estado de ánimo. A partir de hoy, me fijo como meta redoblar nuestros esfuerzos para explicar nuestro proyecto y para convencer a los electores de nuestro compromiso con la lucha contra la corrupción. Muchas gracias a todos.

Como era habitual en Pilar Muro, actuaba con suma profesionalidad. Palabras absolutamente correctas y precisas. Ningún desliz. Ninguna salida de tono. Todo encajaba perfectamente en la estrategia adecuada para su situación: una mezcla sutil y delicada de humildad y fortaleza. Por ello, Claudio Montellano no podía dejar de recordar el incidente acaecido el último día de campaña. Al principio, lo atribuyó a los nervios generados por la publicación de las noticias sobre Antonio Cifuentes. La evolución de las encuestas y los votos finalmente obtenidos por cada candidatura no hacían sino ayudar a la confirmación de dicha teoría. Pero la reacción de Pilar Muro no estaba acorde con su carácter gélido y matemático: ella nunca se dejaba llevar en público por la tensión o por impulsos surgidos de un estado de ánimo alterado. En privado, todo era muy distinto: él había sido, más de una vez, testigo de sus repentinos ataques de ira y mal genio. Pero era la primera vez que ello sucedía fuera de un reducido grupo de personas. Y lo que le resultaba más sorprendente era que ese aparente estallido de ira había sido la única grieta en el carácter pétreo y sistemático de su personalidad. ¿Y si no hubiera sido una grieta? ¿Y si esa reacción hubiera correspondido a un plan premeditado?

No tuvo demasiado tiempo para reflexionar sobre la cuestión. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por unos tímidos golpes en la puerta de su despacho.

–Sí, adelante...

–Perdone, señor Montellano...

Era un voluntario de la campaña que dejaba traslucir claramente su azoramiento ante el hecho de tener que hablar con el líder.

–Dime, ¿qué sucede?

–Es que Esteban no está... Ni el señor Bernal, tampoco...

Claudio Montellano se extrañó de la noticia.

–¿Que no están?¿Y dónde están?

–No lo sabemos. Se marcharon antes del discurso de Carlos Peña...

El político cogió el teléfono móvil que tenía sobre la mesa y llamó a sus dos colaboradores para averiguar qué había ocurrido. Pero ninguna de las dos llamadas fue respondida.

–Ninguno de los dos teléfonos da señal –Claudio Montellano mostraba una mezcla confusa de resignación y preocupación–. Si has venido a verme, es que hay algún problema, ¿no?

–María Benavides está llamando desde la recepción. Pide que le bajemos cuarenta euros para pagar el taxi en el que ha venido...

–¿En el taxi en el que ha venido?¿Y de dónde viene?

El voluntario se encogió de hombros.

–Está bien. Yo me ocupo.

Claudio Montellano se dirigió a la recepción del hotel. A esa hora, sólo había vacío y penumbra, la soledad de los pasillos sin transeúntes y la tristeza de las noches despiertas. María estaba sentada en un sofá cerca de la entrada. Conforme se fue acercando, se fue dando cuenta de que su aspecto era lamentable. Despeinada, con su maquillaje desfigurado y con su traje de chaqueta negro sucio y polvoriento. Supuso que el hombre que permanecía de pie junto a ella era el taxista que la había traído. Este, se sorprendió cuando reconoció que, quien se acercaba a él, era el candidato triunfador en las elecciones primarias del Partido Moderado. Claudio Montellano sacó un billete de cincuenta euros de su cartera.

–Tome, quédese con la vuelta.

El taxista musitó un apocado agradecimiento, se dio la vuelta y atravesó las puertas giratorias del hotel para regresar rápidamente a su vehículo. María Benavides fue la primera en hablar.

–Tenemos un grave problema, Claudio.

–Eso me lo vas a contar arriba...

El político tomó a su subordinada del brazo, la levantó del sofá y, casi a rastras, la llevó hasta el ascensor más próximo. No redujo la presión con que su mano apretaba hasta que no volvió con ella a su despacho.

–Ahora, cuéntame qué ha ocurrido.

–Lo que ha ocurrido es muy grave, Claudio...

–¡Deja ya de una puta vez de decir que lo que ha ocurrido es muy grave y cuéntame qué es lo que es!

–Pablo Bernal y Esteban Miranda nos han traicionado...

Claudio Montellano no reaccionó. Se acercó a su escritorio, abrió el último cajón y sacó de él una botella de whisky y dos vasos.

—No, no quiero beber... —dijo María.

—Sí, vas a beber.

Claudio Montellano vertió un poco de bebida en ambos vasos y uno de ellos se lo entregó a su joven colaboradora.

—María, lo que me has dicho no es del todo correcto. Lo correcto sería decir que Pablo Bernal, Esteban Miranda y tú me habéis traicionado.

María Benavides clavó su mirada en los punzantes ojos de su jefe. No pudo remediar el permanecer petrificada mientras agarraba el vaso con fuerza con sus dos manos, de modo teatral y excesivo.

—Así que, más bien, cuéntame qué es lo que ha salido mal en vuestra traición...

—Esta noche, Esteban y yo hemos salido a comprar la información robada del Investment International Bank... —dijo María, reaccionando con parsimonia, con lentitud, con la morosidad propia de un ordenador sobrecargado.

—¿A comprar?

—Sí. Aquí, se presentó José Luis Ugarte... ¿Sabes quién es José Luis Ugarte?

—Claro que sé quién es José Luis Ugarte... Mejor que tú, niñata...

María Benavides quedó sorprendida por el tono de voz de la respuesta: despectivo, airado, reflejo de un desprecio hacia ella que nunca antes había percibido. Decidió seguir sin prestar atención a los convulsos sentimientos que bullían dentro de ella.

—José Luis Ugarte había llegado a un acuerdo con el tipo que estaba vendiendo la información. Se había citado esta noche con él. Pero la policía lo anda buscando. Y no se atrevía a ir por ahí con el dinero por el riesgo que suponía... Entonces, vino aquí para ofrecernos la posibilidad de compartir la información a cambio de que fuéramos nosotros quienes acudiéramos a la cita. José Luis Ugarte habló con Pablo pensando que estaba negociando contigo... Pero Pablo decidió actuar por su cuenta...

—¿Quiénes habéis ido al encuentro programado?

—Esteban y yo.

—¿Pablo no ha ido con vosotros?

—No.

—¿Y qué ha pasado? Parece que algo ha salido mal...

—A ese tipo no le gustó que fuéramos nosotros quienes nos presentáramos a la cita... No creyó lo que le dijimos. Y tú sabes por qué...

Claudio Montellano sonrió.

—Sigue contando.

–Ese tipo sacó una taladradora, me puso de rodillas y amenazó con atravesarme el cráneo si no le contábamos toda la verdad...

De repente, parecía que se había hecho más de noche. A la vez que la oscuridad iba ganando peso, el silencio la acompañó en su densidad.

–Pero ese tipo iba con un cómplice... Y a ese cómplice, no le hacían gracia esos modos... Ha disparado contra él y lo ha matado.

Claudio Montellano se sobresaltó.

–¿Quién ha matado a quién?

–Ya te lo he dicho... El cómplice mató a...

–¿Quién ha muerto? ¿La persona con la que Esteban y tú mantuvisteis la reunión en el área de servicio de la autovía?

–Sí.

Claudio Montellano dejó el vaso sobre el escritorio y se llevó las manos a la cara en señal de desesperación.

–¿Qué sucedió después?

–El otro tipo comentó que quería entregar la información a las autoridades. Parece ser que ya no quería venderla y obtener dinero por ella. Y Esteban se ofreció para ayudarle.

–¿Qué? ¿Qué me estás queriendo decir?

–Que Esteban se marchó con él y quieren utilizar la información con fines distintos a los iniciales. Esteban le dijo que había que saber muy bien con quién contactar y que él sabía cómo hacer las cosas...

–¿Y el dinero? ¿Qué pasó con el dinero?

–También se lo llevaron.

–¿Y cómo lo permitiste?

–¿Cómo podía haberlo impedido? Esteban no atendía a razones y el otro tipo iba armado... Bastante he tenido con salir de la cloaca en la que me habían dejado tirada...

–Tenemos que pensar algo y rápido... ¿Dónde está José Luis Ugarte?

–Pablo lo ha alojado en este hotel... Envió a dos de los voluntarios a recoger a otra persona que estaba en un hotel de las afueras...

–¿A otra persona?

–Sí. A una mujer...

–¿A quiénes envió Pablo?

–Creo que a Julián y a Samuel.

Claudio Montellano salió del despacho. María Benavides aprovechó para dar un largo trago al vaso. Estaba muy nerviosa. Tenía que hilar muy fino en las palabras que iba pronunciando. Pilar Muro y ella habían montado con rapidez una estrategia improvisada para reencauzar la situación y no tenía claro si lo que habían ideado podía funcionar o no. Cualquier mínimo desliz significaba echar por la borda todo el esfuerzo que habían realizado hasta ese momento. Su jefe volvió visiblemente enfadado.

–No han vuelto. Y no responden a las llamadas. ¡Maldito Pablo! ¡Maldito Esteban! ¡Maldito Julio! Tenemos que pensar en algo... Tú conoces mejor que nadie a Esteban. ¿Dónde ha podido ir?

–No lo sé, Claudio. No conozco a Esteban tan bien como para saber qué ha podido hacer...

En ese momento, volvieron a sonar en la puerta del despacho los mismos tímidos golpes que habían precedido a la llegada de María.

–Sí, adelante.

El mismo voluntario que en la ocasión anterior: esta vez, sin embargo, su gesto era de mucha mayor inquietud.

–Señor Montellano, está aquí la policía. Viene con un juez... Quieren hablar con algún responsable...

–¡Maldita sea! Bueno, no hay que preocuparse... Vamos a ver qué quieren... En caso de duda, sólo hay que decir que no sabemos nada. Tú, ve a tu cuarto... Arréglate y cámbiate de ropa... Todavía tenemos que hablar...

Claudio Montellano se acercó a ella y volvió a cogerla del brazo, apretando nuevamente con fuerza, con más fuerza aún que antes.

–Y si la policía te pregunta algo, tú no te has movido aquí en toda la noche. ¿Entendido?

–Pero no sabemos el motivo por el que están aquí. No sabemos qué nos conviene decir...

–Te lo repito: si te preguntan, tú no te has movido de aquí en toda la noche... ¿He hablado claro?

–Sí –la respuesta fue resignada y muestra de una derrota por el cansancio.

María salió del despacho. Claudio Montellano respiró hondo.

–Diles que pasen –dijo al voluntario.

No tardaron más de dos minutos en llegar. Venían cuatro agentes de uniforme y dos hombres con traje gris y corbata oscura. El más joven de estos dos últimos, que tendría unos cuarenta y cinco años, tomó la palabra con decisión.

–Buenas noches, señor Montellano. Soy el juez Jorge Benegas.

–Buenas noches. Encantado de conocerle. Como verán, no hay asientos para todos... No sé cuánto tiempo nos llevará a lo que vienen...

–Creo que nos llevará un buen rato... Le traemos muy malas noticias...

–Ustedes dirán...

–Su segundo, el señor Pablo Bernal, ha aparecido muerto en una habitación del Gran Hotel.

Claudio Montellano acusó el impacto del brutal anuncio. Sus neuronas explotaron en mil direcciones. En cada una de ellas, una mezcla informe y heterogénea de cálculos, hipótesis, previsiones y planes de acción precariamente pergeñados empezó a fraguarse del mismo modo que un géiser brota del interior de la tierra. El desconcierto, real y auténtico, que sufría le ayudó a ocultar el complejo mecanismo que se había puesto en marcha dentro de su cerebro.

–¿Muerto?¿Cómo?¿Qué ha pasado? Supongo que un accidente, ¿no?

–No, señor Montellano. El señor Bernal ha sido asesinado. Dos disparos.

–¿Permiten que me sienta?

–Sí, por supuesto... Sin problema.

Los policías y el juez permanecieron de pie.

–No me lo puedo creer. Pero, ¿cómo ha sido?¿Un acto terrorista?¿Un desequilibrado?

–Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Hay, además, otro hecho muy extraño que no nos explicamos...

–¿Otro hecho extraño?

–Sí... Inspector Valle, por favor, relate lo sucedido en el Hotel El Pantano...

El hombre de mayor edad que estaba junto al juez, con aire arrogante y altanero, empezó a narrar las circunstancias que ponían en el punto de mira al equipo de colaboradores de Claudio Montellano, si no al propio candidato.

–Dos compañeros del cuerpo han ido al Hotel El Pantano para intentar localizar al abogado José Luis Ugarte que estaba siendo buscado desde hacía unos días. Cuando llegaron, se encontraron con que no estaba allí y que, además, su acompañante podía haber sido secuestrada. Llamaron a comisaría para que llegaran refuerzos con el fin de identificar posibles pistas y, cuando estaban en ello, se presentaron dos personas en busca de la persona secuestrada. Esas dos personas son dos voluntarios de su campaña y habían sido enviados por el señor Bernal...

–Entiendo. Es lógico que hayan venido a interrogarme... Pero creo que voy a servirles de poca ayuda. Esta noche, Pablo Bernal había dejado de ser mi segundo.

El juez Benegas no pudo disimular un gesto de asombro.

–Me parece una extrañísima casualidad, señor Montellano... Su número dos muere asesinado y resulta que había dejado de ser su número dos... Algo que no sabía nadie...

–Se equivoca, señoría. Esa noticia ya es de dominio público...

Claudio Montellano movió con rapidez sus dedos en el teclado y, al cabo de unos segundos, giró el ordenador portátil hacia sus visitantes para que vieran la página web del diario *El Debate*. De un extremo a otro, un gran titular ocupaba todo el ancho de la pantalla:

“Tras su contundente victoria, Claudio Montellano decide prescindir del apoyo de Pablo Bernal”

El juez estaba atónito. Giró su cabeza para mirar inquisitivamente al inspector Valle, quien solo pudo esbozar en sus facciones una abrumadora sensación de impotencia. El político decidió aprovechar el momento de desconcierto de sus visitantes para golpear fuerte en el hígado.

–Es que internet se entera de que estamos orinando antes de que crucemos la puerta del cuarto de baño... Deberían saberlo.

–Bueno, como comprenderá, tendremos que confirmar todos los extremos de la noticia –dijo el juez Benegas–. A veces, en internet se dice que vamos a orinar y lo que vamos a hacer realmente es lavarnos las manos... ¿Alguien más conocía la decisión que había tomado?

–Sí, por supuesto. Si les vale la palabra de un exprimer ministro... Carlos Peña sabía desde hacía unos días el paso que iba a dar.

Carlos Montellano ya se lanzaba al ataque sin piedad, convencido de que, de momento, sus oponentes estaban aturcidos y sin saber qué hacer.

–Señor Montellano –prosiguió el juez–, ¿le puedo preguntar los motivos por los que iba a prescindir de la colaboración del señor Bernal? Todo el mundo sabe que era uno de sus aliados más fieles...

–Usted lo ha dicho... “Era”. Me traicionó. Quiso presentar su propia candidatura utilizando a gente de mi equipo...

–No sé si usted calibra en su justa medida lo que acaba de decir... Si recojo esa declaración en el sumario, ello significa poner negro sobre blanco que usted tenía un motivo para odiar al señor Bernal...

Estaba claro que al juez no le faltaba valor. Atreverse a hacer una acusación de asesinato a quien podía ser el próximo Primer Ministro no estaba al alcance de cualquier magistrado asustadizo. Eso hizo que Claudio Montellano empezara a respetar y a admirar a Benegas. Pero no tanto como para evitar un tono burlón ante la endeblez del argumento, la cual solo se podía justificar por un afán de notoriedad que igual podía ser una provocación que una sutil invitación que podía ser descifrada por alguien experto en detectar ambiciones útiles.

–Mire, señor Benegas. Es absurdo que yo haya pensado ni por un momento en asesinar a Pablo Bernal. Él ya era un cadáver político en el momento en que decidió ir por libre... Siento decir esto. Pablo Bernal fue mi amigo durante muchos años. Y un leal colaborador. Pero en los últimos tiempos perdió el norte. Y empezó hacer muchas tonterías. Él no tenía capacidad para ser el líder de una candidatura. Y su torpeza provocó que su intento por conseguirlo fuera breve e infructuoso. Pidió la ayuda de Carlos Peña y el acudió inmediatamente a mí para contarme qué estaba sucediendo... La única explicación para esta conducta es que hubo personas que influyeron negativamente en él... Malas compañías... Ahí tienen ustedes una línea de investigación que seguir...

Valle miraba a Montellano con los ojos entornados y apretando los labios, haciendo un esfuerzo por descifrar cuál era el laberinto en que estaban encerradas todas esas palabras. Era evidente que no lo estaba consiguiendo.

–Señor Montellano –dijo el juez–, antes ha dicho que el señor Bernal quiso utilizar a gente de su equipo... ¿Me puede dar algún nombre?

–Hasta donde sé, se valió de Esteban Miranda.

–¿Podríamos hablar con el señor Miranda?

–Esteban Miranda ha desaparecido y no sabemos dónde está...

–¿Cómo es eso posible?

–En el momento en que se vino abajo todo el tinglado, está claro que quiso poner tierra de por medio...

El juez Benegas y el inspector Valle cruzaron sus miradas. Sin necesidad de decirse nada, ambos confirmaron que sus pensamientos coincidían: de momento, no había nada más que hacer.

–Está bien, señor Montellano... Como comprenderá, tendremos que seguir en contacto... Esta investigación va a ser compleja y no creo que la podamos resolver en pocos días... Quisiera expresarle mis condolencias pero, ante lo que nos ha dicho...

–No se equivoque, señoría. Aunque, al final, Pablo y yo nos convertimos en enemigos políticos, es una persona con la que he compartido muchos años de trayectoria profesional y por la que sentía un gran afecto... Su muerte me ha dolido sobremanera...

–En este caso, le acompañamos en el sentimiento.

–¿Su mujer y sus hijos conocen la noticia?

–Será el propio Ministro del Interior quien se lo comunique –dijo Valle–. No ha querido delegar en ningún subordinado esa responsabilidad...

–Me parece lo correcto. Quedo a su disposición para lo que necesiten.

El inspector Valle entregó una de sus tarjetas de visita a Claudio Montellano.

–Si recuerda algo que considere relevante o recibe alguna información que nos pueda ayudar, le agradeceríamos que nos lo comunicara.

Al juez Benegas no le gustó nada el gesto de Valle.

–Señor Montellano, si no le importa, sería más correcto que usted se pusiera en contacto conmigo, ya que, a fin de cuentas, soy el juez de instrucción del caso. Ya informaré yo al inspector de las novedades de las que deba enterarse.

Entre el juez y el policía hubo un intercambio de miradas que a Claudio Montellano le recordaron las que había visto en algunos de sus compañeros de partido antes de empezar a intercambiarse traiciones mutuas.

–Pues, por nuestra parte, creo que ya está –dijo Benegas.

El político se levantó para dar la mano al juez y al inspector. Justo en el momento en que el último agente de policía desapareció de su vista, Claudio Montellano se desplomó en su butaca. Se tomó el pulso: sintió que sus venas estaban a punto de reventar. Buscó un pañuelo de papel y se limpió el sudor que, de improviso, había empezado a inundarle su frente. Estuvo inmóvil durante diez minutos, respirando hondo, intentando poner su mente en blanco para hacer encajar el último e inesperado suceso en sus planes para el futuro. Pero su mente estaba bloqueada. Todo lo veía

oscuro e incierto. Había que recabar información. Se levantó y se dirigió a gran velocidad a la habitación de María.

Llamó a la puerta y le abrió su compañera de cuarto, quien se sorprendió al verle.

–¿Puedo pasar? –dijo Claudio Montellano.

–Sí, sí, por supuesto...

María se había duchado (su cabello aún estaba mojado) y se había cambiado de ropa.

–María, ¿podemos salir fuera? Tenemos que hablar.

Fuera de la habitación, Claudio Montellano guardó silencio durante unos dos minutos. Daba vueltas por el pasillo mientras María estaba apoyada en la pared con los brazos cruzados. Daba vueltas porque no sabía qué hacer. El sentimiento de frustración le atenazaba como un cepo a su presa. Había alcanzado el que consideraba el objetivo más complicado (cambiar la dinámica de la campaña electoral, conseguir tomar la iniciativa y que Pilar Muro estuviera a remolque) y, ahora, un hecho inesperado podía significar que todo el trabajo se fuera por la borda. Necesitaba empezar a deshacer el nudo gordiano por algún lado.

–Lo que me han contado el policía y el juez que han venido, nos complica todo. Nos lo complica sobremanera. Y nos obliga a actuar con gran rapidez... Porque es una información que va a correr como la pólvora. Y necesitamos tener preparado el contraataque. Han asesinado a Pablo Bernal...

La palidez que aún mostraba María Benavides en su rostro se acentuó aún más con la noticia. No pudo reaccionar. Claudio Montellano continuó hablando, en el convencimiento de que la sucesión de reveses que ella había vivido a lo largo de esa aciaga noche iban a acabar insensibilizándola frente a cualquier contingencia adversa.

–Su cadáver ha aparecido en el Gran Hotel. No me preguntes nada más porque no lo sé. Además, la acompañante de José Luis Ugarte ha desaparecido... Cuando Julián y Samuel llegaron al Hotel El Pantano, se encontraron allí con la policía... Es decir, todo ha sido un absoluto desastre.

–Pero, pero... No entiendo nada. ¿Quién puede estar detrás de todo esto? ¿Pilar Muro?

–Ahora mismo, no podemos responder a esa pregunta. La única salida es preparar una argumentación sólida que demuestre que Pablo Bernal había sido expulsado de esta candidatura esta noche y reunir armas para el contraataque. ¿Sabes dónde está José Luis Ugarte?

–Sí... En la habitación... ¿Cuál era? Sí, la 412, donde estaban Silvia y Laura...

–Vamos para allá.

–¿Qué pretendes?

–Aún no lo sé.

Cuando Claudio Montellano llamó a la puerta de la habitación, José Luis Ugarte tardó en responder. Cuando lo hizo, sólo pudo hacerlo con una voz tímida y temblorosa.

–¿Sí?

–Señor Ugarte, soy Claudio Montellano. Vengo a hablar con usted.

José Luis Ugarte abrió la puerta con decisión. El contraste con su anterior respuesta dubitativa sólo pudo deberse a que había reconocido la voz del candidato.

–Señor Montellano, le agradezco que haya venido a verme. Pasen, por favor. No sé cómo ha podido sacar tiempo, supongo que tiene que estar muy ocupado... ¿Cómo ha salido todo?

–Mal, señor Ugarte. Muy mal.

El rostro del abogado se demudó.

–¿Cómo? ¿Qué ha sucedido? No me lo puedo explicar... Todo estaba perfectamente preparado. ¿Nos ha descubierto, quizás, la policía?

–No exactamente. La verdad es que no sé por dónde empezar. Me parece que es inútil dar rodeos. En primer lugar, tengo que decir que Pablo Bernal se convirtió en un traidor...

–¿Un traidor?

–Sí. Lamento decir esto pero usted vino de buena fe a proponerme un pacto y mi segundo aprovechó su ofrecimiento para cumplir sus propios objetivos, que pasaban por presentar su candidatura y acabar con la mía de modo fulminante. Por tanto, el propósito que usted tenía al acudir a mí se ha visto completamente frustrado.

–¿Qué ha sucedido?

–La colaboradora, aquí presente, que Pablo Bernal envió para hacer el intercambio fue allí engañada... La persona a la que acompañaba era cómplice de la mentira y se ha quedado con la información y el dinero...

–Pero eso no es posible... Hay que pedir explicaciones inmediatamente al señor Bernal... Le tenemos que exigir...

–Señor Ugarte, Pablo Bernal ha sido asesinado...

El desconcierto y nerviosismo del abogado iban en aumento.

–¿Asesinado?

–El cadáver de Pablo Bernal ha aparecido en una habitación del Gran Hotel...

–¿Y quién lo ha asesinado?

–No lo sabemos.

De pronto, José Luis Ugarte cayó en la cuenta de que Cati aún no había llegado.

–Pablo Bernal me dijo que me iba a traer aquí a mi acompañante... ¿Tienen noticia si viene de camino?

–Esa es otra mala noticia que tengo que darle. Su acompañante ha desaparecido.

–¿Desaparecido...?

–Cuando los dos voluntarios llegaron al Hotel El Pantano, estaba allí la policía. La persona a la que iban a recoger se había esfumado... Las fuerzas de seguridad estaban investigando qué había sucedido...

José Luis Ugarte se sentó en la cama y ocultó su rostro entre sus manos. La desesperación había terminado de aflorar. Claudio Montellano se sentó junto a él y le puso la mano sobre el hombro para darle ánimo.

–Señor Ugarte, yo aún conservo contactos de mi etapa de Ministro del Interior. Intentaré averiguar qué se sabe del asunto...

–No me explico nada. No logro comprender qué está sucediendo... No tiene sentido.

–Señor Ugarte, tenemos que estar preparados. Tenemos que estar bien pertrechados ante lo que se puede avecinar... Y la información que iba a ser nuestra arma definitiva ha quedado, de momento, fuera de nuestro alcance... Tenemos que buscar una alternativa.

–¿Qué quiere decir?

–Que no sabemos lo que se nos puede venir encima. Pero yo tengo suficientes enlaces dentro del Estado como para poder defendernos. Si, ha oído bien: para poder defendernos. Porque mi voluntad es poner a su disposición esos enlaces. Para protegerlo y para poder encontrar a su acompañante. Pero usted me tiene que dar algo a cambio...

–¿Algo a cambio? ¿Qué?

–La información de todos los clientes de su bufete.

Capítulo primero

1

Tres vehículos policiales llegaron al aparcamiento de la comisaría y estacionaron cerca de la entrada principal. Carla Robles se bajó inmediatamente de uno de ellos y corrió hacia el interior del edificio. La agente se encontró al inspector Valle saliendo de un pasillo lateral para cruzar la recepción.

—¿Qué ha pasado, Valle? ¿Qué es eso que he oído por radio? ¿Qué gilipollez es esa de que habéis detenido a Silva?

El inspector tenía las manos dentro de los bolsillos de los pantalones. Continuó andando como si no hubiera escuchado a la agente y siguió su camino hacia las escaleras, empezando a subir para dirigirse a su despacho.

—¿Por qué no me quiere responder?

Valle se paró en seco en el primer descansillo.

—Agente Robles, creo que lo primero que debe hacer es respetar las jerarquías. ¿Qué es eso de Valle? ¡Inspector Valle, por favor!

—De acuerdo, de acuerdo, inspector... Le pido disculpas. Yo solo...

—Lo segundo que debe hacer es redactar el informe sobre lo sucedido en el Hotel El Pantano. Acaba de llegar y, en vez de ponerse a ello, ha venido hasta mí como una loca faltando a su obligación más inmediata.

—Inspector, le prometo que, antes de que amanezca, tendré preparado el informe...

—Y en tercer lugar, no debería preguntarme sobre un asunto que el juez ha dispuesto que esté bajo secreto sumarial. Todo lo que rodea a la detención del inspector Silva es muy delicado y mi consejo es que nos limitemos a esperar la información oficial que se vaya suministrando... Por ahora, es todo lo que le puedo decir.

Valle reanudó sus pasos sin prestar atención al gesto de desesperación de Carla Robles, que corrió tras el inspector con la esperanza de poder llegar a descubrir qué estaba sucediendo.

—Inspector, sólo le pido que me dé cinco minutos para que pueda hablarle... Se ha tenido que producir un inmenso error... No, un error, no... Todo ha sido una trampa que le han tendido al inspector Silva...

Valle aceleró su marcha y empujó con fuerza, con las palmas de ambas manos, las puertas batientes que daban paso al corredor donde se ubicaba su despacho.

—Es posible que sea así. Que alguien haya tendido una trampa al inspector Silva. Pero dilucidarlo corresponde ya al juez Benegas. Nuestro deber ahora es ayudarlo y no estar chismorreando como porteras sobre este asunto a altas horas de la madrugada.

—Y eso es lo que quiero hacer, inspector. Ayudar a resolver este embrollo. Yo sé cómo el inspector Silva acabó en el Gran Hotel y por qué estaba allí. Quiero ponerme a disposición del juez para contar lo que vi.

Valle ya había entrado en su oficina y empezó a buscar algo entre sus papeles y carpetas.

—¿Cómo es que no me han interrogado sobre lo que ha sucedido? ¿Por qué no me han preguntado sobre la razón por la que el inspector Silva se dirigió al Gran Hotel? Si lo explicara, quedaría perfectamente claro qué ocurrió y no habría duda de que Silva es inocente. Y, por cierto, ¿qué se sabe de Catalina Romero Martín? Esa mujer puede aportar información sobre quién la secuestró y, así, podremos averiguar quién tendió la trampa al inspector...

Valle empezó a mover la cabeza expresando un evidente fastidio.

—¿Sabe, Robles...?

—Agente Robles, por favor.

—Vale, vale... ¿Sabe, agente Robles, qué ha ocurrido de verdad? ¿Quiere que yo se lo cuente? Pues algo que ya le vaticiné: que el inspector Silva se ha terminado atragantando con el bocado que se ha querido comer... Y no solo eso. Sino que, además, ha lavado el cerebro a sus subordinados para que dejen de ver cómo es la realidad... Eso es lo que ha ocurrido. Y, ahora, hágame caso. Haga su informe cuanto antes. El juez Benegas tiene que estar esperándolo. Ahora, le rogaría que me dejara solo. Estoy muy ocupado.

—A sus órdenes, inspector.

Carla Robles tenía que hacer un colosal esfuerzo para no dejar escapar la rabia que la dominaba en ese instante. Cruzó a gran velocidad la primera planta de la comisaría hasta llegar a las oficinas de su unidad. Allí, estaban Osorio y Zuloaga. Robles pudo detectar en sus rostros la misma inquietud que ella estaba sufriendo.

—¿Qué sabéis sobre lo que ha sucedido? ¿Por qué han detenido al inspector?

—Parece ser que han asesinado a Pablo Bernal, el número dos de Claudio Montellano —dijo Osorio—. El inspector Silva estaba en la misma habitación del Gran Hotel donde ha aparecido el cadáver.

—¿La sede de campaña de Claudio Montellano estaba en ese hotel?

—No, en el Hotel Internacional —dijo Zuloaga.

—¿Y no se sabe cuándo se pierden los pasos de Pablo Bernal? Hoy, se han celebrado primarias. Es imposible que el número dos de uno de los candidatos se pudiera haber evaporado de repente. No es verosímil que dejara el Hotel Internacional y fuera hasta el Gran Hotel sin decir dónde iba y por qué. Esto no tiene sentido...

—Robles, es inútil que nos preguntes sobre qué se sabe del caso porque no nos han informado de nada —dijo Osorio—. Y es evidente que, si informan de algo, los últimos que nos vamos a enterar somos nosotros. Silva es nuestro jefe y, obviamente, no nos van a brindar ni una pizca de confianza.

–Es que hay cosas que no tienen explicación –dijo Robles–. Bastaría con preguntar en la sede de campaña de Claudio Montellano y hacer un esfuerzo por encontrar a Catalina Romero para atar cabos y desentrañar todo este asunto...

–Cálmate, Robles –dijo Osorio–. No sabemos qué pesquisas se han realizado hasta ahora. A lo mejor, por la mañana, todo está resuelto.

–No, no va estar resuelto.

Carla Robles, de forma inconsciente, había dado un puñetazo sobre su mesa.

–Sabéis que no va a estar resuelto. Todo esto no es más que un intento por sabotear la investigación. A esta hora, ya podría estar decidido que Silva sea culpable y que hay que paralizar las indagaciones que estábamos realizando. Quedarnos quietos puede ser letal para el inspector.

Osorio y Zuloaga guardaron silencio y bajaron sus miradas. Sabían que su compañera tenía razón pero una sensación de impotencia parecía tenerlos clavados en la indecisión más absoluta. Robles había encendido el ordenador y había empezado a escribir el informe que podía ser la llave para acceder al juez Benegas.

Habían pasado unos diez minutos cuando entraron a la oficina Méndez, Carretero y Cristina Salvador. Méndez no se molestó en saludar. Cogió una silla, la colocó al otro lado de la mesa de Carla Robles, frente a la agente, y se sentó en ella.

–¿Qué ha pasado en el Estadio Metropolitano? –preguntó Martín Zuloaga.

–Eso ahora es lo de menos –dijo Méndez–. Entre otras cosas, porque allí no ha pasado nada. Vamos a ver, Robles. Cuénteme qué sucedió en el Hotel El Pantano y cómo es posible que el inspector Silva se dirigiera solo al Gran Hotel.

–No pasó nada en especial, inspector. Llegamos, el director del hotel se resistió a admitir que José Luis Ugarte estaba hospedado allí pero en el registro vimos que aparecía Catalina Romero Martín... No fue difícil tirar del hilo... José Luis Ugarte había salido pero Catalina Romero, en principio, estaba en la habitación... Pero cuando subimos, esa habitación estaba vacía... Sólo había un tablero de ajedrez. Yo no le presté atención pero el inspector Silva se fijó en la posición de las piezas y dijo que era imposible que se tratara del desenlace de una partida que hubieran jugado el abogado y su acompañante... Se trataba del final de una partida jugada por Bobby Fischer, la primera partida que jugó después de veinte años de estar retirado... Y supo que en la desaparición de Catalina Romero había intervenido David Berenger...

–David Berenger, David Berenger... ¿Quién era David Berenger? –dijo Méndez.

–Es el intermediario del grupo que intentó blanquear dinero con la compra de las viviendas de lujo de Inmobiliaria y Promotora Villar –dijo Carretero a la vez que colocaba una carpeta llena de papeles frente al inspector Méndez–. No pudo ser detenido en su momento porque tenía pasaporte diplomático.

–Ya... Me estoy empezando a perder... A ver... ¿Cómo quieren que expliquemos que, a partir de un tablero de ajedrez, el inspector Silva pudo deducir que ese tal David Berenger estaba implicado en la desaparición de Catalina Romero? No va a haber quien se lo crea...

–Esa era una forma de actuar típica de Berenger, inspector –dijo Robles–. Ya lo hizo en el transcurso de la anterior investigación...

–Prefiero no entrar en detalles. Y prefiero que no se los demos a nadie. La verosimilitud tiene una resistencia muy limitada... Robles, de acuerdo con que pudieron deducir que ese Berenger estaba implicado en el asunto... Pero, ¿por qué abandonó Silva el Hotel El Pantano?

–Debajo del tablero, había una nota. En ella, ese tipo decía que no iba a hacer daño al inspector y le daba las coordenadas del lugar donde estaba... Parece ser que ese lugar era el Gran Hotel. El inspector me dijo que me quedara en esa habitación esperando a que llegara la “científica” y ante la posibilidad de que Catalina Romero regresara...

José Francisco Méndez miró con recelo a la agente Carla Robles. Empezó a intuir qué había sucedido.

–Salgan fuera hasta que yo los llame. La agente Robles y yo tenemos que hablar a solas.

–Creo que yo me debería quedar –dijo Carretero–. A fin de cuentas, en este momento soy la persona de mayor rango de esta comisaría que forma parte del grupo...

–Carretero –dijo Méndez sin mirar a su interlocutor–, basta con que yo haga una llamada para que usted deje de formar parte de este grupo y de esta comisaría... Así que salga y ya le informaré de lo que averigüe... ¿De acuerdo?

Carretero salió con los demás, con la cabeza gacha y un ostensible gesto de resignación furibunda en su rostro. Una vez solos, Méndez se atrevió a hablar con absoluta sinceridad a Carla Robles.

–Mire, le voy a contar qué ocurrió realmente. Silva intuyó que podía haber algún tipo de peligro y no quiso que usted se expusiera. Y no se atreva a negarlo. Yo sé que usted no lo va a reconocer porque eso significaría, a su vez, reconocer que entre ustedes dos existe una relación sentimental... ¿Qué me dice?

–Usted ya sabe lo que voy a decir. Me lo acaba de explicar: yo nunca voy a reconocer eso que ha relatado... Me quedé en el Hotel El Pantano esperando a la “científica” y el posible regreso de Catalina Romero...

–Nunca he conocido gente tan terca como la de esta comisaría, maldita sea...

A la vez que hablaba, Mendez golpeó la mesa con la palma de su mano derecha.

El inspector se levantó y empezó a caminar por la oficina. Trataba de buscar las palabras adecuadas, aquellas que, exponiendo sin ambigüedad lo que pensaba, permitieran dejar abierto un puente de comunicación con la agente.

–Mire, Carla, no me ponga más difícil la situación... Demasiados obstáculos se interponen en nuestro camino como para que entre nosotros mismos nos pongamos zancadillas...

–Pero, ¿qué coño quiere saber? El inspector Silva está detenido. Y sabemos perfectamente que esa detención es fruto de una trama delictiva, de la trama que estamos investigando... Y lo que pretende, sencillamente, es impedir que sigamos con nuestro trabajo... ¿Qué importa el motivo por el que Silva fue solo a su cita con Berenger? Tomó esa decisión. Me ordenó, repito, me ordenó, que me quedara en el Hotel El Pantano esperando la llegada de la policía científica... Y una vez que llegó al Gran Hotel, le tendieron una trampa. Eso es todo. Ahora, inspector Méndez, recurra a los medios de los que dispone e intente enderezar el desaguado. Y le ruego que no pierda el tiempo y no me lo haga perder a mí preguntándome por detalles que son completamente irrelevantes.

La agente Robles giró su mirada deliberadamente hacia el teclado del ordenador y continuó escribiendo, intentando representar una obstinada indiferencia hacia las palabras con las que el inspector Méndez pudiera responderle.

–Carla, se lo dije a todos el día de nuestra llegada. Hay cosas que a ustedes se les escapa. Pretenden saber de aquello que ni tan siquiera llegan a vislumbrar. Sí, claro, es muy fácil sacar la conclusión que usted ha sacado... Hay que dar con la trama que ha tendido la trampa al inspector Silva... Muy bien, estupendo...

Méndez empezó a aplaudir ruidosamente con evidente intención sarcástica.

–¿Y qué trama es esa? ¿Quién participa? ¿Qué objetivos tiene? ¿Cómo hicieron lo que han hecho? ¿Tiene usted respuestas para esas preguntas? Dígame, ¿las tiene?

Carla Robles guardó silencio mientras continuaba escribiendo.

–Claro que no las tiene. Porque desconoce por completo el contexto en el que nos movemos. Ni sabe de qué le estoy hablando ni de sus implicaciones... Necesito saber, Carla. Necesito descartar todas las hipótesis que sean incorrectas... Todas las hipótesis que pueden ser utilizadas para sembrar la confusión y apartarnos de la verdad.

La agente dejó de escribir y clavó su mirada en el inspector.

–¿Hipótesis? ¿Qué hipótesis?

–Por ejemplo, que el inspector Silva pueda ser parte integrante de la trama...

–¿Qué? ¿Cómo puede usted pensar eso?

–No he dicho que lo piense. Pero es lo que nos van a hacer pensar...

–Eso es imposible.

–¿Imposible? No lo crea. A ver, hace un año todas las líneas de investigación quedaron cerradas... ¿Cuántos implicados resultaron muertos? ¿Qué se hizo? ¿Intentar esclarecer cuál era la red corrupta o borrar las huellas para que no se pudiera investigar?

–Eso es absurdo. Yo puedo asegurar que...

–¿Que usted puede asegurar algo? ¿Cuánto tiempo llevaba usted en esta comisaría cuando comenzó la investigación? O, más aún, ¿no es verdad que usted llegó aquí cuando la investigación ya estaba empezada?

–¿Y toda la labor que hicimos posteriormente al desarticular la red de policías infiltrados?

–Le recuerdo que la pieza clave de esa red, el inspector Martínez, se suicidó... O, ¿quizás lo suicidaron? ¿Cuánto tiempo cree que necesitarán los medios de comunicación para hacer creer eso a la opinión pública? Imagine la siguiente insinuación: Silva iba revelando a los cabecillas de la trama quiénes iban a ser detenidos... A continuación, los mismos eran liquidados antes de que pudieran hablar... ¿Qué le parece? Coherente, ¿verdad? Y claramente vendible... Y convincente, incluso...

–Usted no puede creer eso.

—No se trata de que yo me lo crea o no. No se trata de que sea la verdad o no. Se trata de que es lo que puede ser verosímil. Usted no conoce a quienes pueden manejar los hilos para convencer a la gente de lo que se propongan... No tiene la más ligera idea. Es una aficionada que se ha colado en algo que excede su capacidad de comprensión. Todos ustedes son aficionados que, por toda una serie de casualidades, han terminado jugando a un juego sólo apto para zorros y halcones... Y ha sucedido lo que tenía que suceder. Que han caído en una trampa burda y elemental. Y, cuando quien sabe de ese juego quiere ayudarles, reaccionan de un modo torpe y arrogante... Guardándose información, ocultando hechos que pueden ser relevantes y adoptando un aire de superioridad que los hechos no confirman... ¿Cree que me estoy equivocando en algo?

La agente guardó silencio.

—Se lo voy a preguntar nuevamente. ¿Me va a decir qué sucedió?

Carla Robles dudó. ¿Podía confiar en José Francisco Méndez? ¿Quería, de verdad, resolver el problema en que el inspector Silva se había metido o solo buscaba ampliar su arsenal para acabar de hundirlo? Si Méndez era sincero, ¿cómo había permitido que Carretero siguiera dentro de la investigación? Sólo en ese momento se dio cuenta de que no había podido hablar ni con Gómez ni con Osorio de qué debían hacer. ¿El quedarse solos había sido una astuta maniobra del inspector para dejarla aislada, para que no pudiera consultar con sus compañeros cuál era la estrategia más inteligente en ese momento? Decidió que sólo tenía una opción.

—Ya le he dicho lo que sucedió, inspector. Me atengo a lo que acabo de decir.

—¿No se da cuenta de que sin nosotros no van a poder salir de este laberinto?

—¿Y cómo sé que con ustedes vamos a conseguirlo? ¿Quién dice que la filtración de lo que íbamos a hacer esta noche no salió de alguien de su grupo? De Valbuena, de Ceballos, de Salvador, de Zuloaga... De usted...

Méndez sacudió la cabeza visiblemente decepcionado. Se levantó, se dirigió a la puerta de la oficina, la abrió y pidió a Carretero y al resto de agentes que volvieran a entrar. Les indicó que se sentaran, colocó una silla en el centro de la habitación, se sentó en ella y empezó a hablarles. Carla Robles se había agarrado a la mesa con ambos manos para ocultar que le temblaban después de lo que se había atrevido a decir a su superior.

—Ya saben que esta noche todo se ha torcido —dijo Méndez—. No sé qué va a pasar con la investigación... Pero lo más probable es que se haya ido al traste. Va a resultar muy difícil que nuestros superiores sigan confiando en el mismo grupo donde ha participado una persona que puede ser acusada del asesinato de uno de los políticos más importantes de este país. Quiero dejar claro que confío ciegamente en la inocencia del inspector Silva. Y vamos a hacer todos los esfuerzos posibles para intentar demostrarla. Pero no quiero engañarles. A partir de ahora, todo va a ser una mezcla desagradable de obstáculos e inconvenientes. Si hasta la fecha nuestra investigación ha sido ardua, a partir de ahora lo va a ser aún más.

—¿Qué vamos a hacer con los dispositivos de vigilancia? —preguntó Carretero—. ¿Van a continuar Gómez y Valbuena en la casa de José Luis Ugarte y Soriano y Ceballos siguiendo a José Ángel Esquivias?

Méndez dudó. Durante unos segundos, mostró una grieta de indecisión que nunca antes había sido mostrada. A pesar de la tensión del momento, no tardó en rehacerse.

–Sí. Vamos a continuar con ellos. Es la línea de investigación más potente que tenemos y no vamos a desecharla... Tendremos que organizar las rotaciones oportunas pero no vamos a parar hasta poder interrogar al abogado huido e intentar que colabore con nosotros.

La puerta se abrió de repente y apareció el inspector Valle, más arrogante y altanero que nunca. Justo en ese instante, empezó a salir por la impresora el informe que Carla Robles había terminado de redactar. La agente se levantó, recogió los folios impresos, los firmó, los grapó y se acercó hasta su superior para hacerle entrega de los mismos.

–Aquí tiene el informe que me ha solicitado, señor inspector.

Valle empezó a reírse con un indisimulado aire irónico. Hojeó el informe con desgana y clavó su mirada en la agente, que seguía de pie, casi en posición de firmes, frente a él.

–Está bien, agente Robles. Permanezca atenta al móvil y prepárese para que el juez Benegas la llame en cualquier momento para testificar.

–A sus órdenes, señor inspector.

–Y descanse. Esto no es el ejército. Por cierto, igual vengo a traerles buenas noticias. Catalina Romero ha aparecido, confusa y desorientada, por las calles del centro de la ciudad. Ahora mismo, ya está siendo atendida en el Hospital General y su habitación será custodiada por dos agentes. Tendrán que esperar a ir a verla a que su señoría llegue a la comisaría y disponga quiénes de ustedes van a testificar.

2

Pilar Muro había decidido no acostarse, no dormir, despachar el papeleo que se había acumulado en los últimos días de campaña. Sabía que no iba a poder cerrar los ojos, que el sueño iba a pasar de largo esa noche. Optó por sumergirse en una tarea rutinaria y mecánica, no pensar, no tener que recordar el momento en que le pasaron las que iban a ser las cifras definitivas del recuento y tuvieron, ella y todos sus colaboradores, la absoluta certeza de que habían perdido la iniciativa en las elecciones primarias, que Claudio Montellano había adquirido, si no una ventaja aritmética, una ventaja moral que era mucho más difícil absorber y enjugar. Cuando, además, en medio del ambiente de derrota, recibió la llamada de María Benavides, la primera imagen que vino a su mente fue la de un clavo atravesando la tapa de un ataúd. Una furia interior la agitaba con violencia, la revolvió ante la visión de que un trabajo de años se había venido abajo en dos días...

Casi sin que ella se diera cuenta, los guardaespaldas que custodiaban la entrada a la habitación abrieron la puerta y dejaron pasar a Eduardo Díaz. En la penumbra de esas horas de la madrugada, sólo levemente iluminada por la débil luz de un flexo, la Primera Ministra no pudo percibir el gesto de tensa pesadumbre de su jefe de gabinete. Solo cuando se acercó, supo que Eduardo acudía como emisario de malas noticias. (¿Se habría, quizás, enterado ya del suceso que María Benavides le había adelantado en secreto? ¿Bajo qué forma se lo contaría? ¿Cómo le habrían relatado a Eduardo lo ocurrido? ¿Cómo habrían interpretado lo sucedido?). No le hizo falta hablar: interrogó solo con la mirada.

–Ha sucedido algo inesperado, Pilar. No lo he asimilado todavía. No sé cómo procesar la información...

–Deja ya de dar vueltas, Eduardo. Ve al grano.

–Ha aparecido asesinado Pablo Bernal.

–¿Qué estás diciendo?

Las piezas en el tablero se habían vuelto a reconfigurar. Una situación completamente nueva, no sabía si más o menos favorable para ella, había surgido ante sus ojos.

–Has oído perfectamente. El cadáver de Pablo Bernal ha aparecido en una habitación del Gran Hotel. Dos disparos. Han detenido al inspector Silva como sospechoso.

–¿El inspector Silva?

–Es el jefe del equipo local que trabaja con Méndez para encontrar la información robada del IIB...

Pilar Muro se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la habitación.

–No me gusta nada lo que me acabas de contar. Nada de nada. Te voy a hacer una pregunta, Eduardo. Y quiero que seas absolutamente sincero.

–Siempre soy absolutamente sincero contigo, Pilar.

La Primera Ministra sonrió con un gesto irónico que no intentó disimular.

–¿Tenemos que ver algo nosotros con esa muerte?

–No.

–¿Tiene que ver alguien relacionado con nosotros con esa muerte?

–No.

–Entonces, ¿qué ha sido esto? ¿Una simple casualidad?

–Por supuesto que no. Es absolutamente inverosímil que ello haya sido fruto del azar.

–Es decir, que esto puede ser una operación contra nosotros, ¿no?

Pilar Muro ya estaba diseccionando a toda velocidad en su mente los perfiles de la nueva situación.

–Pues sí. Es posible. Destrozan al grupo que habíamos formado para tomar la delantera en la captura de los datos y todos los ojos se vuelven hacia nosotros para culparnos del asesinato...

–¿Quién está llevando el caso?

–El juez Benegas y el inspector Valle.

–¿Son de fiar?

–Obviamente, no. ¿Quién es de fiar hoy en día?

–Hemos de tener vigilada esa investigación...

—Ya lo he pensado. Pero ¿cómo lo hacemos para que no nos acaben acusando de que lo que pretendemos es conducirla lejos de nosotros, de que lo que pretendemos es ocultar nuestra participación?

—Pues utilicemos la fiscalía... ¿Qué fiscal estará en la instrucción?

—Téllez.

—¿Es amigo?

—Quizás.

—¿Cómo podemos conseguir que Méndez continúe al tanto de las pesquisas?

—Pilar, eso va a ser sumamente complicado. El grupo que estaba tras los datos del IIB ha quedado contaminado...

—No, no nos lo podemos permitir. Eduardo, tenemos que trabajar en varios frentes. El primero, que Méndez siga buscando la información robada. El segundo, que entre Téllez y Méndez nos mantengan al día de las averiguaciones sobre la muerte de Pablo Bernal. Y el tercero, tenemos que ver cómo podemos aprovechar esta circunstancia para utilizarla a nuestro favor.

—¿A nuestro favor?

—Sí. Tenemos que desviar las sospechas hacia Claudio Montellano.

Eduardo Díaz se sorprendió. No esperaba que Pilar Muro reaccionara con tanta rapidez para proponer la maniobra más inteligente, la maniobra más hábilmente purulenta.

—¿Por qué sonríes, Eduardo?

—Porque veo que cada vez te voy a hacer menos falta... Ya no eres una alumna aventajada... Estás empezando a ser una profesora...

—No digas tonterías. Colaboradores como tú me son absolutamente necesarios.

—¿Sabes? He vivido muchas veces este momento... Desde aquellos tiempos en que asesoraba al alcalde de mi ciudad... El momento en que un político se da cuenta de que tiene que morder si no quiere ser mordido. Y nunca me acostumbro a vivirlo con normalidad... Siempre me parece que esconde la esencia de nuestro trabajo: caminamos sobre una fina línea que, al final, se acaba diluyendo... Una espesa niebla se extiende por el suelo y ya no sabemos a qué lado de la línea estamos... Al principio, nos invade la ansiedad. Pero, al final, nos resulta indiferente. Avanzamos en medio de la confusión sin preocuparnos qué terreno estamos pisando...

Pilar Muro no esperaba esa reflexión de su jefe de gabinete. Menos aún, a esa hora de la madrugada y en medio de unas circunstancias tan dramáticas. Sabía que Eduardo Díaz tenía razón. Que, sin que pudieran evitarlo, se acababan moviendo en fronteras borradas por las urgencias, las presiones, la ausencia de certezas y el progresivo olvido de algunas verdades esenciales. Pero eso, ahora mismo, no importaba. Había que afrontar lo que era un regalo caído del cielo: el cadáver de Pablo Bernal podía suponer un giro para evitar la contundente derrota que se empezaba a vislumbrar en el horizonte. Ella era una mujer práctica que no podía perder el tiempo en filosofías ineficaces para el objetivo que debían alcanzar: vencer a un Claudio Montellano que amenazaba muy seriamente con expulsarlos del poder.

–Sí, Eduardo. Nos movemos en terrenos indefinidos. Pero lo que no está indefinido es el fin que debemos proponernos: evitar que sea Primer Ministro alguien que va a causar un daño irreparable al país. Y por el bien de nuestros ciudadanos, debemos hacer cualquier cosa. Y si tenemos la oportunidad de hacer despertar sospechas sobre Claudio Montellano y que todos empiecen a desconfiar de él, debemos hacerlo.

–Sí, Pilar. Por supuesto.

–Mañana, a primera hora, vestida de riguroso luto, pronunciaré un discurso ante la prensa condenando el asesinato de Pablo Bernal, lamentando su pérdida y comprometiéndome ante la opinión pública a esclarecer las circunstancias de su muerte. Mientras tanto, debemos decidir cómo vamos a ir transmitiendo la información para que sea verosímil la hipótesis de la implicación de Claudio Montellano en el crimen.

–Por supuesto, Pilar. Por supuesto.

–Y no dudemos en lanzar insinuaciones de que la noticia de *El Debate* sobre el presunto cese de Pablo es una mera cortina de humo para esconder la responsabilidad de Claudio... No hay que tener ninguna piedad con él.

–Ninguna, Pilar. Ninguna.

3

Eran las cuatro de la madrugada cuando el juez Benegas se personó en la comisaría. Él, sus colaboradores y el fiscal Téllez ocuparon una de las salas de interrogatorios. Carla Robles compartía la misma sensación de sorpresa que había invadido al resto de compañeros que estaban en la oficina cuando se percataron de la espectacularidad de la que el magistrado había querido revestir un movimiento que, inicialmente, entraba dentro de lo normal: en más de una ocasión, un juez había tenido que trasladarse a la comisaría para recoger el testimonio de un detenido o de un policía y siempre se solía actuar con relativa discreción. En cambio, esa noche fueron tres los coches con los que el equipo judicial se presentó en el lugar, escoltados, además, por dos vehículos policiales que habían puesto en marcha sus sirenas. No se comprendía muy bien ni el sentido ni la finalidad de un movimiento que, a esa hora, forzosamente debía de llamar la atención de cualquiera que estuviera no muy lejos del edificio, sobre todo porque, en principio, sólo iba a tener que testificar Carla Robles. Pero, pronto, se dieron cuenta de que la situación era mucho más complicada de lo que habían podido prever en sus pensamientos más pesimistas.

–Su señoría me ha dicho que, en primer lugar, quiere interrogar a la agente Robles –dijo el inspector Valle–. Pero no solo a ella. A continuación, tendrán que pasar todos ustedes por la sala de interrogatorios. Y tendrán que llamar a Gómez, a Valbuena, a Soriano y a Ceballos para que también testifiquen...

–¿Cómo dice? ¿A qué viene eso? –dijo Méndez–. Ninguno de nosotros sabe nada del asesinato de Pablo Bernal... De poca ayuda vamos a ser en esa investigación...

–Eso, dígaselo al juez –dijo Valle–. Yo sólo he venido a avisarles de qué es lo que va a suceder...

–Permítame decirle que dudo mucho de su neutralidad en la instrucción del caso –insistió Méndez–. La única explicación para que nuestra presencia sea requerida es que intentan consolidar la acusación contra el inspector Silva. Las preguntas van a ir orientadas a alimentar esa hipótesis cuando hay líneas de investigación mucho más lógicas y provechosas...

–Como le he dicho, en un rato podrá comentárselo personalmente al responsable de la instrucción. Ahora, agente Robles, acompañeme por favor.

Los pasos de Carla hasta estar frente al juez Benegas fueron dados sobre un suelo de nervios, dudas e incertidumbres. No sabía a qué se iba a enfrentar: si a una investigación que pretendía averiguar la verdad o a una partida en la que todos los naipes iban a estar marcados.

* * *

El comisario Torres irrumpió en la oficina con una expresión de evidente enfado dibujada en su rostro.

–¿Quién coño me puede dar una explicación mínimamente coherente de lo que ha sucedido esta noche? –gritó nada más entrar, sin que mediara ningún tipo de saludo o palabra de cortesía.

–Buenas noches, señor comisario –dijo Méndez–. O buenos días, no sé qué decir a esta hora...

–Me conformo con que me diga por qué me tengo que enterar por una llamada a mi casa a altas horas de la madrugada de lo que está sucediendo en mi comisaría... De sucesos que han conducido, parece ser, a un fracaso rotundo y a la detención de uno de mis hombres más valiosos... Y digo “parece ser” porque las explicaciones que me han dado son absolutamente confusas...

–Vamos a ver, comisario Torres –dijo Méndez a la vez que empezaba a caminar dando círculos alejados de su teórico superior, como si fuera un satélite rebelde que quisiera escapar de su órbita–. No me gustaría que llegara a la conclusión de que todo ha ocurrido a sus espaldas por una decisión premeditada que haya partido de nosotros... Todo lo contrario. Los acontecimientos se precipitaron y no tuvimos otra opción que intervenir... Estábamos actuando según usted sabía y según los procedimientos de los que ha estado puntualmente informado: vigilancia del bufete Ugarte-Esquivias y de las casas de los dos abogados y escuchas telefónicas. A partir de los mismos, supimos, por un lado, que podía haber un intercambio en los aparcamientos del Estadio Metropolitano y, por otro, que José Luis Ugarte podía estar alojado en el Hotel El Pantano... Así que Carretero, Salvador y yo, con los efectivos disponibles, fuimos al estadio y Silva y Robles fueron al hotel...

–¿Por qué no fui informado inmediatamente de esos hechos y de esas decisiones?

–Señor comisario, le recuerdo que la responsabilidad de esta investigación recae sobre la Brigada desde el mismo momento en que fuimos llamados para intervenir en ella. Y, a su vez, la Brigada ha delegado en mí la responsabilidad de la misma... Eso significa que no le tengo que pedir autorización para realizar las acciones que tengamos que hacer... Creo que las explicaciones que les hemos ido dando han sido lo suficientemente amplias y detalladas como para que pueda considerarlas satisfactorias...

El comisario que había permanecido de pie hasta ese momento, echó una ojeada a su alrededor y, cuando vio una silla libre a su izquierda, se dirigió a ella y se sentó, cruzando las piernas y lanzando una mirada desafiante a Méndez.

–Mire, ya me estoy hartando de su arrogancia, Méndez. Ha llevado la investigación a su manera, ha tenido todos los medios que ha pedido, he puesto a mis mejores hombres a su servicio, no puede tener ninguna queja de esta comisaría... Y, ahora que todo se ha ido a tomar por culo, pretende ponerse de perfil...

–Yo no pretendo ponerme de perfil, señor comisario. Sólo quiero explicarle las circunstancias...

–Vale, le dejo que me las explique. Aunque dudo mucho que pueda ofrecerme una explicación razonable...

–Señor comisario, toda la culpa la ha tenido el inspector Silva. Acudió solo a un encuentro al que no tuvo que haber acudido...

Osorio se levantó bruscamente y, apoyando sus manos en la mesa, protestó con firmeza por las palabras que acababa de escuchar.

–Con su permiso, señor comisario. Me gustaría decirle al inspector Méndez que la única versión que tenemos de los hechos es la que nos ha dado la agente Robles y de la misma no cabe deducir la simplificada conclusión que él ha querido exponernos...

–¿No?¿De verdad cree que no? –dijo Méndez–. Yo pienso que Silva se precipitó y actuó en contra de cualquier protocolo establecido cuando fue solo al Gran Hotel...

–El inspector Silva ha caído en una trampa –dijo Osorio–. Y resulta altamente sorprendente y sospechoso que, en vez de estar investigando quién ha tendido esa trampa, se haya acusado al inspector del asesinato de Pablo Bernal y se haya excluido cualquier otra hipótesis sobre el mismo...

–Los hechos son los hechos –dijo Méndez–. Hasta ahora, los hechos apuntan en una dirección. Pero, cuando todos testifiquemos, no me cabe la menor duda de que la verdad se habrá abierto camino. Eso sí, de ningún modo puedo justificar el modo de proceder de Silva. Todos saben que cuenta con mi admiración pero no puedo afirmar otra cosa... Lo siento.

–Vamos a dejar de discutir entre nosotros –dijo el comisario Torres–. Ahora, terminen de contarme los hechos de esta noche, por favor.

* * *

El juez Jorge Benegas era alto y tenía un porte atlético, fruto, sin duda, de muchas horas de gimnasio. Debajo de su pelo canoso, su rostro atractivo pero cruzado por un gesto de incontenible desdén y hostilidad hacia el mundo provocaba en los demás una sensación ambivalente, que era una desconcertante mezcla de simpatía espontánea y animadversión precavida. Carla Robles experimentaba la misma reacción ante sus preguntas: por debajo de su aparente sencillez, las surcaba una corriente de refinado veneno ante la que había que tomar todas las cautelas posibles.

–Agente Robles, ¿no le resultó extraño que, por la simple posición de las piezas en un tablero de ajedrez, el inspector Silva supiera qué persona le estaba enviando un mensaje?

–Señoría, en función de lo que sabíamos de David Berenger, no. Ya utilizó anteriormente métodos parecidos.

–¿Y no le parece que existía una extraña familiaridad entre ese señor Berenger y el inspector Silva?

–No era un tema de familiaridad. David Berenger se sentía respaldado por su condición de diplomático. Por eso, se atrevía a desafiarnos tan abiertamente.

–El hecho de que el inspector Silva se mostrara tan confiado, ¿no significaba que se sentía a salvo en presencia de David Berenger?

–No había motivos para pensar que se podía correr algún tipo de peligro. Por ello, el inspector me dejó en el hotel a la espera de la llegada de la policía científica y ante la posibilidad de que Catalina Romero regresara.

El juez parecía estar sorprendido ante la solidez de las respuestas de la agente. Posiblemente, esperaba que se viniera abajo y que cediera sin resistencia ante las insinuaciones que, sutilmente, él iba deslizado. Sin embargo, se mantenía firme en una versión en la que no recaía ninguna sospecha sobre el inspector Silva.

–¿Desde cuánto tiempo hace que el inspector Tomás Silva es su jefe?

–Desde hace un año, aproximadamente.

–Es una persona carismática, ¿verdad?

–Toda persona que pasa a dirigir un equipo humano supongo que debe ser carismática, ¿no?

–Sí, por supuesto. Pero el inspector Silva, ¿a que tiene un carisma muy especial que no tiene nada que ver con el de otros oficiales del cuerpo?

–No le comprendo, señorita.

–Quiero decir que sus subordinados acaban sintiendo hacia él una lealtad especialmente intensa... Una lealtad que va más allá de la mera pertenencia al cuerpo... Una lealtad, podemos decir, personal...

–En mi caso, le debo la lealtad que le debería a cualquier superior.

Carla Robles mantenía su mirada fija en los ojos del juez. Sabía que todas las personas que acompañaban al juez (el fiscal, la secretaria judicial, la taquígrafa, sus dos escoltas) y el inspector Valle tenían, a su vez, clavados sus ojos en ella. Tenía que mantener la tensión. Resistir el pulso. Hacer que fuera el magistrado quien apartara su vista de ella. Lo consiguió. El juez Benegas acabó dirigiendo su mirada al inspector Valle, que estaba detrás de ella: no había manera de saber cuál había podido ser su reacción (posiblemente, una sonrisa cínica e irónica). El juez Benegas, sin embargo, no cejó en su interrogatorio.

–Quiero volver al momento en que el inspector Silva la dejó sola en el Hotel El Pantano. Según sus protocolos oficiales, ¿cómo se debería haber actuado?

* * *

El comisario Torres no dejaba de resoplar mientras caminaba de un extremo a otro de la oficina: las explicaciones de Méndez y Osorio no lograron apaciguar su rabia. Un silencio pesado como un sillar cargado a la espalda pareció romper en dos la madrugada. Al final, el comisario, empantanado como todos en el estupor, sólo acertó a escapar de la estrecha senda que los hechos desnudos dibujaban.

—Cuando coja por banda a Valle, se va enterar... Juro que se va a enterar... Me tuvo que haber avisado en el mismo momento en que encontró el cadáver de Pablo Bernal... Esta no se la voy a pasar...

Carretero se despertó del aparente sopor en que estaba sumido y empezó a hablar con cierta desgana (posiblemente, fruto del cansancio) pero de modo inequívocamente contundente.

—¿Por qué avanzamos en la reflexión en vez de estar lamiéndonos las heridas? Si acusan a Silva es porque han identificado un móvil del crimen. Y creo que ya se ha insinuado cuál es el móvil al que van a aferrarse: que Silva es Alexander.

—¿Usted cree, acaso, que Silva es Alexander? —preguntó Méndez.

Carretero dibujó un profundo gesto de desdén antes de contestar.

—¿Cómo voy a creer esa tontería? Es lo más absurdo que se pueda pensar. Además, si analizamos los hechos, aunque sea superficialmente, esa hipótesis se derrumba por sí misma. Si asesinó a Pablo Bernal, ¿por qué permaneció en la misma habitación donde estaba el cadáver? Si se hubiera marchado, nada lo hubiera conectado con el crimen. Además, ¿por qué se iba a comprometer en borrar las huellas de su presunta conexión con la trama si no existían sospechas de ninguna conexión suya con la trama? ¿Por qué iba a arriesgarse de una forma tan estúpida? ¿Para librarse de una amenaza inexistente? No tiene sentido... Si revisamos las investigaciones realizadas desde el momento de la desaparición de Mario Villar, se observa con claridad que toda la estructura de infiltrados ha quedado desarticulada gracias a las acciones que él ha dirigido... Y no necesitaba hacer desaparecer pistas porque ninguno de los detenidos sabía quién era Alexander... En fin, ¿seguimos?

Osoño estaba sorprendido por la vehemencia con que Carretero defendió sus argumentos. No esperaba recibir apoyo de un aliado tan inesperado.

—Entonces, ¿debemos confiar en que esta noche quedará todo aclarado y que Silva quedará libre? —dijo Méndez.

—Por supuesto que no —dijo Carretero—. Cuanto más tiempo permanezca detenido, cuantos más testigos declaren y cuantas más tiempo dediquen los medios de comunicación al tema, peor le irá a Silva...

—¿Y tiene alguna idea sobre cómo podemos parar este despropósito?

—Es difícil. ¿No se han dado cuenta de cómo Valle, o quien esté por encima de Valle, nos ha dejado inmobilizados aquí a todos a la espera de que el juez nos llame? Íbamos a seguir con las pesquisas pero han logrado retenenos de la manera más sencilla posible...

—Es decir, que no podemos hacer nada.

—Creo que sí podemos hacer algo. Hay una persona aquí que no va a ser llamada a declarar...

Carretero dirigió su mirada al comisario Torres. Viendo cómo su idea parecía ser recibida favorablemente, continuó con su exposición.

—Podemos controlar quiénes sean los últimos en personarse ante el juez. Que sean Soriano y Ceballos. Ellos dos y el señor comisario seguro que pueden descubrir algo antes de que la bola de nieve crezca hasta que no podamos detenerla...

–¿Y cómo podemos inmiscuirnos en una investigación que ya no nos pertenece? –dijo Méndez.

–Que yo sepa, hasta ahora, nadie nos ha quitado la investigación sobre la desaparición de Catalina Romero... –dijo Carretero.

–¿Es eso correcto? –preguntó Méndez.

–Totalmente correcto –dijo Osorio.

–Entonces, ¿qué propone usted? –le preguntó Méndez a Carretero.

–Que el comisario Torres, acompañado de Soriano y Ceballos, acuda al hospital a ver a Catalina Romero y averigüe lo que pueda sobre cómo se produjo su breve secuestro. Después, que vayan al Gran Hotel y pregunten sobre los movimientos que se han producido allí esta madrugada... Recordemos que Silva acudió al lugar porque era donde creyó que podía estar la mujer desaparecida... Por lo tanto, está totalmente justificado que acudamos a ese sitio para realizar indagaciones...

Todos se miraron. Nadie manifestó ninguna protesta. Se produjo un asentimiento tácito de qué era lo que había que hacer.

* * *

–Hubo que resolver la contradicción entre dos circunstancias enfrentadas –dijo Robles–. Por un lado, había que atender a la desaparición de Catalina Romero y, por otro, había que mantener la vigilancia en la habitación hasta que llegara la policía científica.

–No ha respondido a mi pregunta –dijo el juez Benegas–. Mi pregunta era cómo se debería haber actuado según los protocolos oficiales. ¿O acaso no lo sabe?

–Por supuesto que lo sé, señoría. Y en función de mi conocimiento, le he dado la respuesta que le he dado.

–No quiero que me haga una valoración, agente Robles. Quiero que me describa qué dicen los protocolos oficiales...

–Ante la existencia de un escenario donde tienen que aplicarse los procedimientos científicos para el hallazgo de datos y evidencias no perceptibles a simple vista, hay que perimetrar el espacio donde se considere que será necesario aplicar dichas pruebas y custodiarlo hasta que lleguen los efectivos de la policía científica. En lo que respecta a una situación de emergencia donde pueda estar en riesgo una vida humana, hay que priorizar la intervención sobre la misma haciendo uso de los efectivos disponibles en función de la evaluación del nivel de peligro existente.

–¿Hizo uso el inspector Silva de todos los efectivos disponibles cuando salió del Hotel El Pantano y se dirigió al Gran Hotel?

–Señoría, ayer se celebraron elecciones primarias en la provincia. Apenas había efectivos disponibles... Además, buena parte de ellos habían ido con el inspector Méndez para la operación en el Estadio Metropolitano...

–Una pregunta, agente Robles. ¿Contactó el inspector Silva con la comisaría para saber si podía disponer de efectivos adicionales?

Carla Robles guardó silencio. Estaba en un callejón sin salida. Sólo tenía una respuesta posible.

–No me consta que lo hiciera. Tampoco que no lo hiciera. Pero no teníamos dudas de que no había...

–Vale, agente Robles. Ya ha contestado a lo que queríamos saber. En este momento, no nos interesan ni sus valoraciones ni sus opiniones ni sus creencias sobre lo que ha sucedido esta noche... Sólo los hechos.

* * *

Osorio llamó a Soriano y Ceballos.

–Venid aquí y dejad el seguimiento de José Ángel Esquivias. Ahora, tenemos que atender a una cuestión más prioritaria... Sí, es cierto: el inspector Silva está detenido. No os puedo decir nada porque no sabemos nada. Ahora, en lo que tenemos que centrarnos es en saber qué sucedió en el Gran Hotel... Todo lo que averigüemos le servirá de ayuda. El comisario Torres irá con vosotros.

Méndez había perdido buena parte de su entereza y de su seguridad en sí mismo. Se iba sintiendo como un espectro que se iba difuminando ante una realidad que iba adquiriendo consistencia creciente. Quizás, ello no era así: quizás, la realidad siempre había sido pétrea y sólida. Tal vez, era él quien se estaba esfumando en su propia inanidad, en el vacío que siempre había sido. Pensó que su empeño no era más que un esfuerzo vano, ingenuo y hasta temerario. Pretender luchar contra fuerzas superiores era una entelequia. Hasta los presuntos aliados podrían no ser sino urdidores de simples añagazas que generaran la ilusoria ficción de que había una vía de escape al final del laberinto. En realidad, no había ninguna. Méndez estaba empezando a experimentar qué se sentía en ese tipo de situación. Una creciente incomodidad se estaba revolviendo en su estómago. Pudo ignorarla porque el comisario se acercó para hablarle.

–Bueno, Méndez, bajo al vestíbulo para esperar a Soriano y Ceballos. No hay tiempo que perder. Espero encontrar algo que nos permita librar a Silva de esto...

–Yo también lo espero, comisario. Le deseo suerte.

Méndez intentó poner la mente en blanco. Pero no pudo. Seguía dando vueltas a sus pesimistas pensamientos. En ese instante, sentía como nunca la soledad de la responsabilidad, la soledad de que sobre sus espaldas recayeran las consecuencias de sus decisiones erróneas y de las adversidades que el azar colocara en el camino. Sentía como nunca la soledad que no podía extinguirse ni estando en medio de la multitud más bulliciosa.

Robles volvió del interrogatorio. La expresión de su rostro no invitaba al optimismo. Valle había subido con ella.

–Le toca a usted, Méndez –dijo Valle.

El tono de su voz conservaba el mismo grado de impertinencia que había mantenido toda la madrugada. Sin cruzar su mirada con la de su colega, Méndez dejó que este lo guiara hasta la sala de interrogatorios.

Aprovechando que, con la llegada de Robles, los agentes empezaron a preguntar a su compañera qué le habían preguntado, Carretero salió al pasillo y realizó una llamada con su móvil.

–Tengo que decirle que lo he conseguido. He roto el bloqueo y ya hay alguien investigando para intentar sacar a Silva del atolladero en el que se ha metido... No le puedo garantizar nada: como comprenderá, he tenido que recurrir a una idea que se me ha ocurrido sobre la marcha...

Esteban Miranda estaba al volante. A su lado, Mark Cortés estaba descompuesto por un lacerante nerviosismo. La tensión afloraba en sus mandíbulas apretadas y sus sienes palpitantes. El automóvil circulaba por carreteras estrechas y oscuras, por parajes desangelados que les transmitían una punzante sensación de soledad y desamparo. O, quizás, el desamparo ya estaba dentro de ellos desde hacía algo más de una hora. Nunca llegarían a averiguarlo porque cuestiones más urgentes tenían invadidos sus pensamientos...

Esteban estaba dando vueltas con el coche sin ton ni son. No sabía qué hacer. Empezó a creer que, quizás, se había precipitado en ofrecer su ayuda a ese tipo que, ahora, estaba a su lado, con la frente empapada de sudor, con la respiración agitada y que no le ofrecía ninguna confianza de cara a embarcarse en un proyecto tan arriesgado como el que querían llevar a cabo. ¿Ese amasijo de nervios iba a provocar la caída del sistema político vigente? Parecía la broma de un bufón ebrio... En un momento dado, Esteban salió de la carretera y paró el coche en un oscuro descampado que era como una sábana ocre que pudiera tapar la angustia que le corroía.

—¿Por qué has parado aquí? —preguntó Mark.

Esteban no respondió. No sabía qué decir. Estaba dominado por el repentino vértigo provocado por la certeza de que ya no había marcha atrás, de que su vida ya había cambiado para siempre y no había posibilidad de rectificación.

—¿Sucede algo? —siguió preguntando Mark.

—No sucede nada. Solo estoy pensando. Pienso y me hago preguntas. ¿Estás seguro, realmente, de lo que quieres hacer?

Mark dibujó un gesto de extrañeza y, quizás, también de espanto en su rostro.

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Acaso ya no quieres ayudarme?

—No, no, no... No es eso. Es que necesitamos no tener dudas sobre cómo vamos a proceder a partir de ahora... Todo esto encierra muchos peligros...

—Eso ya lo sé... ¿Es que acaso piensas que soy imbécil? Han estado a punto de matar a tu amiga... Y si las cosas no hubieran salido bien, hubieran podido matarme a mí... O a ti... ¡Claro que soy consciente del lío en que estoy metido!

Esteban tuvo que admitir que Mark llevaba razón. El problema no era el otro. El problema era él mismo. Él era quien había empezado a dudar. Quien había dejado de ver claro si había tomado la decisión correcta. Necesitaba reflexionar con un poco de tranquilidad.

—Está bien. Necesitamos diseñar un plan...

Esteban volvió a arrancar el automóvil y buscó una salida a la autovía. Una vez que la encontró y la tomó, paró en la primera zona de servicio que había en la ruta. Allí, había un restaurante abierto y consideró que con un café de por medio podía ver todo más claro. Su principal preocupación no

era diseñar ningún plan. Era decidir cuál era la posición que le convenía, cuáles podían ser los pasos que implicasen el menor riesgo posible.

Cuando Mark y Esteban entraron en el restaurante, estaba completamente vacío. Un camarero somnoliento les sirvió un café solo a cada uno de ellos y se sentaron en medio del desierto salón, en el que, a esas horas de la madrugada, las mesas y las sillas, exhaustas de tránsitos y de clientes, parecían estar sumidas en el duermevela (o alucinación) de la indiferencia. Ambos náufragos guardaban silencio. Navegaban en los que parecían ser planes sólidos y consistentes pero que, al final, no eran más que embarcaciones destartadas que se irían a pique con la primera marejada. En realidad, en ese momento, se sentían vaciados de ilusiones y energías. El entusiasmo inicial estaba, ya, definitivamente apagado.

–Creo que no sabes qué es lo que vamos a hacer –dijo Mark.

Esteban tenía la mirada clavada en la taza de café y no hizo intento alguno por levantarla para mirar a los ojos a su interlocutor.

–Me dijiste que me ayudarías por las circunstancias del momento. Pero ahora dudas...

Esteban hizo un esfuerzo por salir de la burbuja que se había creado para aislarse de su propia angustia.

–Mark, no quiero que pienses que me he arrepentido de mi decisión... No es eso. Es que debemos tener muy claro cómo vamos a actuar... Necesitamos reflexionar con tranquilidad...

Mientras escuchaba, Mark entornaba los ojos, escéptico y desconfiado. El discurso de Esteban Miranda era ambiguo y, hasta cierto punto, desilusionante. Carecía de la contundencia de las palabras con que, en una fábrica sucia y abandonada, había manifestado su voluntad de ayudarlo en una epopeya gloriosa. Ahora, todo era laxo y timorato.

De repente, el silencio se hizo entre ellos. Desde el salón del restaurante se podía ver la oscuridad que todavía dominaba en el exterior. La tristeza de la noche era contagiosa y estaba cubierta por una molesta viscosidad. Se adhería a la piel como una medusa llena de veneno de la que no pudieras desprenderte sin provocar una herida dolorosa. Cuando el desánimo estaba haciendo mella en ellos, el televisor irrumpió como un torrente de agua desbordada en medio de un velatorio. Estaba encendida desde que llegaron pero sólo fue en medio de ese minuto mudo cuando cobró vida propia y los acabó de arrojar a la más absoluta incertidumbre. Esteban se levantó de su silla como si estuviera hipnotizado, con los ojos abiertos de par en par, sin que un solo parpadeo le interrumpiera la visión de las imágenes que estaban mostrando la pantalla. Mark se giró pero le resultó difícil interpretar de qué iba la noticia de la que estaban hablando.

–¿Qué pasa, Esteban?

–Chhhhh... Calla un momento.

Mark también se levantó y se colocó a la izquierda de Esteban. Uno estaba perplejo. El otro, estaba interpretando descifrar qué estaba sucediendo. Esteban volvió a la mesa, se sentó y hundió su cara en unas manos húmedas y temblorosas.

–¿Me vas a decir de una puta vez qué está sucediendo?

Esteban pareció recuperarse del estupor en que había quedado sumido.

–Han asesinado a mi jefe.

–¿Cómo? ¿Tu jefe? ¿Claudio Montellano?

–No, Pablo Bernal...

–¿Pablo Bernal? Ese era su segundo. Era el que iba a traicionar a Claudio Montellano, ¿no?

–Sí.

–¿Y lo han matado?

–Efectivamente.

–Pero Pablo Bernal también era un hombre poderoso...

–Sí, lo era...

–Y a pesar de eso, alguien ha sido capaz de quitarle la vida.

Esteban sabía a dónde quería ir a parar Mark. Si hasta Pablo Bernal había sido asesinado, ¿qué esperanzas podían tener ellos de sobrevivir al riesgo que habían decidido asumir? Tras varios segundos de reflexión, Esteban sabía que, en ese momento, sólo tenían una opción.

–Mira, Mark, lo que debemos hacer inmediatamente es ocultarnos, ir a un lugar donde nos podamos poner a buen recaudo, donde estemos seguros. Y yo sé qué lugar es ese.

5

José Luis Ugarte se sobresaltó. Lo que Claudio Montellano le acababa de proponer significaba violar los principios más elementales de su profesión. Y, además, no comprendía cuál era el sentido de semejante propuesta.

–Señor Montellano, eso que me pide es imposible... Yo no puedo dar a nadie información sobre mis clientes... Esa información es absolutamente confidencial...

–Ya sé que es absolutamente confidencial –dijo Claudio Montellano–. Ya sé que lo que le estoy proponiendo es algo completamente irregular... Ya sé todo eso. Aún más, sé también que usted y su socio han hecho cosas que son más irregulares aún que la que le acabo de proponer. Cosas que suponen una violación clara y flagrante de la ley. Ustedes han sido el eslabón clave para que el dinero procedente de actividades delictivas pudiera ser blanqueado sin problemas. ¿Me equivoco?

José Luis Ugarte agachó la cabeza. María Benavides, que estaba de pie, se apoyó en la pared: temió caer, temió desvanecerse, temió no poder soportar más... Parecía ser que la noche aún no había terminado para ella: todavía le quedaban por completar unas cuantas estaciones del interminable viacrucis que debía recorrer antes de que amaneciera, antes de que cerrara los ojos con la ilusión de que todo lo que había vivido en esas angustiosas horas no era más que una asfixiante pesadilla.

–¿Su silencio significa que llevo razón? –dijo Claudio Montellano.

–Soy abogado, señor Montellano –dijo José Luis Ugarte–. Sé perfectamente que usted no llevará razón hasta que unos jueces digan que eso que ha dicho es verdad. Todo eso que ha dicho, alguien tendrá que demostrarlo. Y no es fácil. Así que antes de pedirme que me suicide profesionalmente, vamos a hablar tranquilamente de la situación.

Claudio Montellano no perdió la calma. Se levantó de la cama, se dirigió a la puerta de la habitación y la abrió de par en par.

–Si usted quiere hablar, hable. Si le soy sincero, yo tengo pocas ganas... Ni ganas, ni tiempo. Si quiere que resolvamos esta situación, la resolvemos. Si quiere empezar con una actitud remilgada sobre este asunto, lo tiene muy sencillo: hágalo por su cuenta y según su criterio. Pero tenga en cuenta algo: desde el momento en que usted decidió entrar en este juego, se ha salido del marco de la ley para entrar en la pura ley de la jungla... Más vale que se dé cuenta pronto de ello. Con esto, lo que quiero decir es que esa apelación que usted ha hecho a la presunción de inocencia no me afecta para nada... Me resbala por completo, vamos... Me es indiferente.

José Luis Ugarte empezó a preocuparse por el giro que se había producido en la situación. De creer que había hallado una salida a la grave encrucijada en que se encontraba, había pasado a intuir que había elegido una alternativa que lo colocaba en una posición aún más desfavorable.

–Señor Montellano, lo que me está pidiendo es que destruya mi carrera profesional...

–Señor Ugarte, a estas alturas, su carrera profesional ya está destruida. Ha recaudado dinero de sus clientes para recuperar una información comprometedor y ha entregado ese dinero sin recibir a cambio dicha información. Ha emprendido una huida con su amante y ella ha desaparecido...

–Ella ha tenido que ser secuestrada...

–Eso no lo sabemos. ¿Sabe lo que van a empezar a sospechar quienes le han pagado para resolver el problema? Que, a lo mejor, esa chica se ha marchado con el dinero. Que, a lo mejor, se ha marchado en connivencia con usted. ¿Seguimos hablando de su carrera profesional?

–Pero usted no puede dejarme en la estacada... Tiene que ayudarme a encontrar a Cati sana y salva...

–¿Ayudarle a encontrar a Cati? Acuda a la policía... ¿No me acaba de hablar de que usted sabe muy bien lo que dice la ley? Pues eso es lo que dice la ley... Que cuando un ciudadano es víctima de un delito, tiene que acudir a la policía... Ponga la correspondiente denuncia. Explique lo que ha sucedido. Confíe en las autoridades... Sea escrupuloso con las normas. ¿No es eso lo que usted dice defender?

José Luis Ugarte se sentía derrotado. Sabía que no tenía ninguna opción razonable que pudiera escoger. Claudio Montellano tenía razón: su derrota era completa y sin paliativos. Sus clientes ya no iban a confiar en él. La relación con su socio estaba acabada. Posiblemente, su matrimonio, también. Estaba ante él quien podía ser el próximo Primer Ministro. Tenía que convertirse en su aliado si quería tener alguna posibilidad de salvación.

–¿Para qué quiere la información de los clientes de mi despacho?

Claudio Montellano cerró la puerta y volvió a sentarse junto al abogado.

–Reflexione un momento, José Luis. ¿Qué cree que pasará cuando todos esos clientes sepan lo que ha sucedido esta noche, que ha fracasado en su intento por recuperar la información? Se lo voy a

decir: toda esa gente se volverá loca y cada uno querrá hacer la guerra por su cuenta... Puede ser el caos. Necesito tener instrumentos para tener agarrados a esos tipos por los cojones... ¿Lo entiende ahora?

–Puedo entenderlo pero hay cosas que no me encajan... Si le doy la información, ¿qué va a conseguir con ello?

–Saber qué teclas tengo que tocar para inmovilizar a la manada que se va a lanzar despavorida hacia el precipicio...

José Luis Ugarte desconfiaba. María Benavides, de pie, clavada contra la pared de la habitación, no desconfiaba: directamente, sabía que Claudio Montellano quería alimentar su arsenal político con nuevas armas que nutrieran un poder que cada día se iba haciendo más fuerte. Y empezó a temer. Empezó a temer por no ser capaz de ayudar a Pilar Muro a frenar la amenaza que se cernía sobre el país. El abogado estaba a punto de ceder. Toda la información que tenía en sus manos iba a acabar pasando a Claudio Montellano. Ella sospechaba que toda la información robada del Investment International Bank podía estar en manos de su jefe (así se deducía de lo que les había dicho el tipo que la había querido asesinar). Y, ahora, podía apoderarse, además, de toda la información del bufete Ugarte-Esquivias. ¿Encontraría ella algún medio para impedir lo que parecía inevitable?

–De acuerdo. Si yo le paso la información que me pide, usted podría controlar que todo esto no se desmandara. Pero, ¿cómo va a poder ayudarme a encontrar a Cati? Y, por otra parte, yo no sé si voy a poder acceder a la información que me pide... La policía estaba vigilando mi casa y el bufete...

Claudio Montellano empezó a sonreír. Sabía que José Luis Ugarte ya no se resistía a la idea. Estaba claro que había aceptado los argumentos que el político le había expuesto. Ahora se trataba tan sólo de derribar las últimas barreras psicológicas que le separaban del éxito de su iniciativa.

–¿Acaso se olvida de que he sido Ministro del Interior? Todavía tengo contactos en el departamento. Puedo informarme de cómo va la investigación sobre la desaparición de la chica y mover los resortes adecuados para que la misma avance con celeridad. Respecto a la otra cuestión, es más peliaguda. Pero si encuentro la forma de resolverla, ¿accederá a lo que le he pedido?

José Luis Ugarte agachó la cabeza. Sus puños apretaban la colcha de la cama donde estaba sentado. Estaba sumergido en un dilema irresoluble: elegir por qué precipicio debía arrojar. Al final, tuvo que decidir cuál iba a ser su abismo.

–Está bien. Si encuentra el medio para que yo pueda proporcionarle la información del bufete, no tendré problema en entregársela.

Claudio Montellano sonrió. Se acercó al abogado y le puso una mano en el hombro.

–Perfecto, José Luis. Ya verá como un camino brillante se abre ante nosotros... Nunca se arrepentirá de la decisión que ha tomado esta noche.

* * *

Claudio Montellano volvió al habitáculo provisional que le servía de despacho. Detrás de él, sumergida en un estado de fatiga que nublaba su lucidez, caminaba María Benavides que, a esas horas de la madrugada, y después de todas las vivencias acumuladas en tan pocas horas, ya no sabía cuál era su objetivo ni cuál era el camino que debía tomar. Sus pies la llevaban, como a una autómatas, de un lado para otro, sin que su voluntad hiciese acto de presencia.

–María, sé que es muy tarde pero tenemos que hablar –dijo el político–. Después de la muerte de Pablo y la marcha de Esteban, tengo que recomponer el equipo de campaña. Para el puesto de Pablo, he pensado en Agustín Covarrubias. Agustín, hasta esta noche, era del bando de Pilar. Después de los resultados de hoy, ya no lo ha visto tan claro. Es decir, no es un ejemplo de aliado leal pero, para compensar, conoce perfectamente los entresijos del partido y tiene línea directa con Enrique Recio... Tenemos que hacer de tripas corazón e incorporarlo a la candidatura.

María Benavides apenas escuchaba. Sólo quería poder descansar, dormir para dejar de tener consciencia, aunque fuera de modo efímero, de todo lo que había ocurrido en esa aciaga jornada.

–Y, por supuesto, tengo que cubrir el cargo de Esteban –prosiguió Claudio Montellano–. Y entiendo que ya habrás adivinado en quién he pensado, ¿no?

Claudio se acercó a María y, sólo entonces, ella se dio cuenta de que su jefe se había acercado tanto a ella que su aliento le daba en la cara.

–Has demostrado ser una gran profesional. Y creo que mereces la recompensa por tu buen hacer...

El político puso ambas manos sobre los hombros de su ayudante. Empezó a sonreír. Poco a poco, María sintió cómo empezó a acariciar sus brazos con el presunto afán de animarla. Pero ella experimentó una sensación diferente (incomoda, desagradable).

–Te lo agradezco, Claudio. Pero estoy exhausta. Tendremos que hablar mañana del futuro.

Claudio se despegó bruscamente de ella.

–Sí, sí, por supuesto... Mañana, tendremos que hablar largo y tendido. Tendremos que tomar muchas decisiones...

–Adiós, Claudio. Hasta mañana.

–Adiós, María, adiós...

María se dirigió con paso lento hasta su habitación en el hotel. No iba a llamar a Pilar Muro. No quería pensar. No quería recordar. Sólo quería que sus ojos se cerraran y su mente quedara inundada por la oscuridad y el silencio.

6

El comisario Torres y los agentes Soriano y Ceballos esperaban en un pasillo del hospital. Los médicos aún no habían terminado su reconocimiento a Catalina Romero. Durante todo el trayecto desde la comisaría, los agentes no dejaron de preguntar a su superior sobre la detención del inspector Silva.

–Créame, poco les puedo decir –respondió el comisario sistemáticamente–. Lo único que sabemos es que el inspector estaba en la misma habitación en la que apareció asesinado Pablo Bernal...

–Eso ha sido una trampa, comisario –dijo Soriano–. Es evidente. El inspector Silva nunca hubiera matado a...

–Todo eso lo sé, Soriano. Lo sé perfectamente. Ahora lo que tenemos que hacer es todo lo posible para desmontar esta conspiración... Para eso vamos primero al hospital y después al Gran Hotel... Para averiguar qué sucedió realmente.

Los agentes parecieron quedar convencidos y dejaron de hacer preguntas sobre la cuestión. Mientras esperaban a que Catalina Romero pudiera ser interrogada, el comisario llamó a Méndez para saber si se había producido alguna novedad relevante pero tenía el teléfono apagado. Entonces, llamó a la agente Robles.

–El inspector Méndez sigue declarando, comisario –dijo Carla Robles–.

–¿Todavía? –dijo el comisario.

–Sí. Eso es una buena señal. Significa que Méndez se mantiene firme y que el juez Benegas se está empleando a fondo para hallar una fisura que perjudique al inspector Silva.

–Me alegro que usted lo vea así. Al menos, nos da más tiempo para que podamos llevar a cabo esta idea que se nos ha ocurrido... No sé, estamos improvisando... No estoy seguro de que esto sirva para algo...

–Mejor hacer algo que no hacer nada, comisario.

Torres tuvo que conceder que Robles tenía razón. Pero ya antes había concedido que Silva la tenía cuando decidieron contactar con la Brigada y ahora se veían en un laberinto del que no sabían que tuviera salida o no. La situación se les había ido de las manos. Nadie quería decirlo pero era así. Al final, iba a ser Valle quien pudiera presumir de llevar razón: muchas veces, le había dicho que estaban pasando límites que era forzoso respetar.

–Mire, comisario, ya sabe lo que pienso –le decía Valle–. Creo que Silva le tiene comido el coco. Nos está metiendo en historias que sólo nos van a traer complicaciones. Esta ciudad ya tiene suficientes problemas como para que nosotros andemos enredados en casos que nos quitan tiempo para lo que verdaderamente debería preocuparnos... Los asuntos en los que Silva nos tiene enfangados deben ser solventados en la capital... Eso es lo que procedería.

–Pero, Valle –argumentaba el comisario–, ¿acaso se olvida de que por culpa de esas historias que, según usted, no tienen nada que ver con nosotros, siete de nuestros compañeros perdieron la vida? ¿No le importa hacer justicia con ellos?

–Tráigame a los culpables de esos asesinatos, déjeme en una habitación a solas con ellos y verá si me importa o no... Pero no creo, sinceramente, que Silva vaya a dar con ellos... Le digo aún más: lo único que va a conseguir es arruinar su propia carrera, la de usted, señor comisario, y la de todos los agentes que lo siguen como a un dios... Eso es lo que va a ocurrir.

Valle estaba a punto de ver cómo su profecía se hacía realidad. Porque si no lograban resolver el entuerto en que habían implicado a Silva, el propio comisario iba a caer porque sería el responsable de haber puesto toda su confianza en alguien que iba a ser acusado de un grave delito. Por ello, no sólo se trataba de salvar a uno de sus mejores hombres sino, probablemente, de salvarse él mismo.

El comisario miraba su reloj con impaciencia. El tiempo del que disponían para lograr algún resultado se estaba acortando peligrosamente. Por fin, una médica se presentó ante ellos y les anunció que podían interrogar a la paciente.

–Les rogaría que no la presionaran. Las pruebas no han revelado ningún problema pero Catalina se encuentra muy nerviosa y confundida... Le hemos suministrado un tranquilizante suave... No querríamos añadirle estrés adicional al que ya está sufriendo.

–No se preocupe, doctora. Prometo que seremos cuidadosos. ¿Ha sufrido algún tipo de agresión que debamos saber? –dijo el comisario.

–No... Se encuentra ilesa.

–Bien. En unos minutos, habremos terminado. Se lo aseguro.

Catalina Romero no era del todo consciente de la situación en la que había estado ni de la inquietud que bullía a su alrededor como una hilera de hormigas que, furtivamente, se hubiera colado a través de una grieta inadvertida. En realidad, ella era el centro de un tapiz de líneas cruzadas, el centro que podía empezar a dar respuestas a las incógnitas que la noche había ido sembrando a lo largo de horas de delirio.

El comisario Torres vio, a través de la ventana de la habitación, que empezaba a amanecer. Lo consideró un presagio favorable.

–Buenos días, señorita Romero. ¿Cómo se encuentra?

Catalina Romero pareció salir de una ensoñación que la hubiera absorbido.

–Bien, bien... ¿Quiénes son ustedes?

–Somos de la policía –dijo enseñando la placa–. Yo soy el comisario Torres. Sería muy positivo que nos dijera qué le ha sucedido. Nos ayudaría a poder a detener a las personas que la han secuestrado.

El gesto de precaución de Cati fue evidente. Ello sorprendió al comisario.

–La realidad es que no me acuerdo de nada, señor comisario. Me quedé dormida en la habitación del hotel y, cuando he despertado, estaba aquí en el hospital...

–¿No se acuerda de nada?

–No.

Soriano se percató enseguida de qué era lo que estaba ocurriendo. Sacó su móvil del bolsillo, le echó un vistazo y se aproximó a su superior.

–Perdone, señor comisario. He recibido un mensaje que debería conocer...

–¿De qué se trata?

–Se lo debo decir fuera.

El comisario pidió disculpas a Catalina Romero y salió con Soriano de la habitación.

–¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna noticia sobre Silva?

–No, jefe. No he recibido ningún mensaje. Se trata de esa chica. Evidentemente, sabe que íbamos detrás de José Luis Ugarte. Y no se atreve a decir nada por temor a comprometerlo.

- Ya. Pues nos la tenemos que jugar.

Ambos policías volvieron junto a la testigo y el comisario decidió poner sobre la mesa todas las cartas de su juego.

–Señorita Romero, es una lástima que no se acuerde de nada. Hay algo que le debo decir. Han ocurrido muchas cosas esta noche. Cosas que usted no conoce. Creo que usted quiere proteger a José Luis Ugarte. Piensa que nuestro objetivo es detenerle. Esa nunca ha sido nuestra intención y aún menos ahora. Se ha producido el asesinato de un importante político, Pablo Bernal... Eso es un hecho preocupante. Y, además, desconocemos por completo el paradero del señor Ugarte. Como comprenderá, si añadimos a todo ello su secuestro, tenemos un cuadro verdaderamente estremecedor. Ahora mismo, tememos por la integridad física de cualquiera y si pudiera acordarse de qué le ocurrió, a lo mejor podríamos localizar al señor Ugarte y protegerle...

El discurso de Torres pareció surtir efecto. Los signos de precaución en el rostro de Cati fueron sustituidos por los de preocupación.

–¿Pablo Bernal? Ese hombre era la mano derecha de Claudio Montellano, ¿no?

–Sí, efectivamente.

Catalina Romero reflexionó durante unos segundos, sopesando las afiladas aristas de todas sus opciones.

–Señor comisario, yo no creo que José Luis haya hecho nada grave...

–Ahora mismo, no es eso en lo que deberíamos pensar. A lo que deberíamos atender es a garantizar la seguridad de todos aquellos que puedan estar en peligro. No sabemos con quiénes nos enfrentamos. Y, por eso, es más importante aún que tengamos toda la información posible.

–Con lo que me está diciendo, no se está comprometiendo a que José Luis no sea detenido...

–Yo no me puedo comprometer a eso. A lo único que me puedo comprometer es a poner su vida a salvo.

Catalina Romero se dio cuenta de que sólo tenía una elección posible.

–¿Qué quieren saber?

–Lo primero, quién la secuestró.

–No sé de quiénes se trataban. No los había visto en toda mi puta vida... Supongo que eran quienes iban detrás de José Luis.

–¿Quiénes iban detrás de José Luis?

–Sí. Por eso, fuimos al hotel. Vino a recogerme donde yo trabajaba porque tenía miedo de que esa gente fuera a mi casa...

–¿Quién es esa gente?

–José Luis no me lo dijo. Tan sólo me habló de que había tenido una conversación con su socio esa tarde y que había perdido la confianza en él.

–¿Con su socio?

–Sí, su socio en el bufete de abogados. Él fue quien le llevó hasta mi casa. Por tanto, conocía su paradero. Y, por tanto, José Luis pensó que mi domicilio era vulnerable.

–Entonces, se supone que esa gente que la retuvo tiene algo que ver con el socio de José Luis Ugarte, ¿no?

–Supongo que sí.

–En el hotel, nos dijeron que José Luis Ugarte había salido esa tarde...

–Sí. Estaba intentando encontrar una solución al embrollo en que estaba metido. Embrollo que no sé de qué se trata, se lo repito...

–Sí, sí... No se preocupe ahora por eso. ¿Le dijo dónde iba?

–Sí. Iba a ver a Claudio Montellano.

–¿Al candidato a Primer Ministro?

–Sí. Parece ser que quería ponerse a su disposición y convertirse en su aliado... Pensaba que, así, iba a poder resolver su problema.

–¿Cuándo llegaron esos tipos?

–Habría pasado hora y cuarto, hora y media desde que José Luis se hubo marchado. Llamaron a la puerta de la habitación, pregunté quién era y me dijeron que venían de la recepción y que traían un mensaje de su parte. Abrí y entraron seis tipos vestidos de negro... Me pusieron un pañuelo en la boca y perdí el conocimiento al instante. Desperté en el interior de una furgoneta. Estaba mareada. Esos tipos hablaban poco. Me dieron a beber agua y, después, se me volvió a nublar la mente... Me empezaron a hacer preguntas. No me acuerdo qué les dije. Mi confusión cada vez era mayor... Lo siguiente que recuerdo fue estar andando por el centro de la ciudad y que dos policías se acercaron a mí preguntándome qué me sucedía...

–¿No se acuerda de qué le preguntaron?

–No demasiado bien.

–Intente hacer memoria...

Catalina Romero cerró los ojos, los apretó e hizo un esfuerzo por recordar, por reconstruir qué había sucedido en esas horas que, ahora, sólo eran niebla en su mente.

–No recuerdo... No puedo recordar...

–Bueno, no se preocupe –dijo el comisario–. Con lo que nos ha dicho, tenemos para empezar... Le dejo mi número de teléfono. Le rogaría que si, se acordara de algo, me lo dijera... Puede ser una ayuda imprescindible para nuestra investigación. Muchas gracias por todo.

* * *

Aunque Soriano no era especialista en el tipo de investigación que estaban llevando a cabo, no se le escapó la importancia de un dato que había revelado Catalina Romero. En el trayecto hasta el Gran Hotel, intentó aprovechar la situación de desconcierto que impregnaba cada uno de los momentos de esa agitada mañana para intentar una arriesgada maniobra.

–Comisario, lo que nos ha dicho esa chica, creo que debería hacer cambiar nuestros planes –dijo Soriano con naturalidad–. Nos ha dicho que José Luis Ugarte fue a ver a Claudio Montellano... Deberíamos ir a hablar con él... Como mínimo, presentarnos en el cuartel general de su candidatura y a ver quién nos atiende... ¡Quién sabe! A lo mejor, hasta él mismo nos recibe. Sólo nosotros sabemos lo de José Luis Ugarte. Podemos aprovechar el efecto sorpresa...

Torres, que iba en el asiento del copiloto, miró de reojo a Soriano, que conducía mientras hablaba en un tono de voz tranquilo y, aparentemente, desapasionado.

–Soriano, sabe perfectamente que no podemos hacer eso. A partir del momento en que Catalina Romero nos dijo que José Luis Ugarte fue a ver a Claudio Montellano, ese es un hecho que afecta de modo directo al caso del asesinato de Pablo Bernal. Es decir, en cuanto volvamos a la comisaría, tenemos que ponerlo en conocimiento del juez Benegas.

Soriano dibujó una mueca de desagrado en su rostro.

–Comisario, eso es desperdiciar la bala más importante que tenemos en este momento.

–Soriano, no podemos disparar esa bala contraviniendo todas las normas.

–Pero, comisario...

–Siga conduciendo al Gran Hotel y dejemos de hablar ya de ese tema. Atengámonos a los planes previstos.

–A la orden, comisario.

Soriano estaba seguro de que iban a perder la oportunidad de deshacer los planes previstos por el enemigo.

7

Méndez estaba a punto de perder su habitual serenidad. Hacía ya un rato que había decidido dejar a un lado su habitual arrogancia porque se había convencido de que no era una buena táctica ante un adversario que podía ser aún más arrogante que él. Pero ni aún así el juez Benegas flexibilizaba su postura ante el testigo.

–Inspector Méndez, creo que debe dejar de una vez por todas de incluir comentarios favorables a su colega en su declaración.

–No, señoría, yo no...

–Inspector, le pido que no me interrumpa hasta que termine lo que debo decirle.

–Sí, señoría, disculpas.

–Aténgase a las preguntas que le estoy haciendo y, simplemente, a describir los hechos tal como sucedieron. Le vuelvo a preguntar. ¿De quién partió la idea de que todos los efectivos disponibles, con la excepción del inspector Tomás Silva y la agente Carla Robles, que irían al Hotel El Pantano, se dirigieran a los aparcamientos del Estadio Metropolitano?

–Del inspector Silva, señoría.

–¿Por qué se dirigieron a los aparcamientos del Estadio Metropolitano?

–Por una conversación interceptada a José Ángel Esquivias. En ella se decía que José Luis Ugarte iba a recibir en ese lugar la información robada al IIB.

–¿Qué agente les comunicó el contenido de esa conversación?

–El agente Osorio.

–El agente Osorio, ¿forma parte del grupo del inspector Silva o de la Brigada de Delincuencia Económica?

–Del grupo del inspector Silva.

–¿Qué implicaba la idea propuesta por el inspector Silva?

–No entiendo la pregunta, señoría.

–Quiero decir, ¿cuál fue la distribución de efectivos que propuso el inspector?

–Al Hotel El Pantano, irían él y la agente Robles. El resto de efectivos iría al Estadio Metropolitano.

–¿Cuáles fueron los argumentos para proponer esa distribución de efectivos?

–Básicamente, dos. El primero, que si el encuentro que se mencionaba en la conversación se producía efectivamente, había que llevar todos los medios posibles, porque Julio Ortigosa era un delincuente potencialmente peligroso. El segundo, que no era probable que ese encuentro tuviera lugar. Por lo que era urgente acudir al Hotel El Pantano porque lo más verosímil era que José Luis Ugarte estuviera allí.

–¿Por qué creyeron que no era probable que ese encuentro se produjera finalmente?

–Tal como argumentó el agente Osorio...

–¿El agente Osorio? ¿El agente que formaba parte del grupo del inspector Silva?

Méndez resopló. Cualquiera imbécil hubiera sido capaz de entrever la línea de investigación que el juez Benegas estaba desarrollando: considerar al inspector Silva como el autor de una conspiración destinada a desviar la atención de todo el cuerpo policial, de modo que él tuviera las manos libres para cumplir sus objetivos.

–Sí, señoría, el agente Osorio.

–¿Y cuáles fueron los argumentos del agente Osorio?

–Que era muy extraño que José Ángel Esquivias no hubiera tenido ninguna conversación comprometida en todo el tiempo que estaban durando las escuchas y, de improviso, hubiera mantenido un diálogo tan explícito.

–No parece un argumento muy consistente.

–Desde mi punto de vista, tal como se estaban desarrollando los hechos, era un argumento de peso.

–Permítame que nos desviemos un momento de los sucesos de esta noche. ¿Qué sucedió con las pesquisas en torno al bufete Ugarte-Esquivias?

–Muy sencillo, señoría. Cuando acudimos a interrogar a José Luis Ugarte, este había desaparecido y no había forma de localizar su paradero.

–Otro hecho curioso, ¿no?

Méndez guardó silencio.

–¿Diría usted que hubo una filtración que provocó que José Luis Ugarte optara por ocultarse?

–Carezco de evidencias para responder a esa pregunta.

–Pero, ¿es normal que un profesional respetado en su ciudad, con numerosas obligaciones a sus espaldas, desaparezca de la noche a la mañana sin dejar razón?

–No, no lo es.

–¿Quiénes sabían que iba a interrogar a José Luis Ugarte?

–Los miembros de la Brigada aquí trasladados, incluido yo, los miembros del grupo de Silva y el propio Silva y mi superior inmediato en la capital, el comisario Solís.

–Es decir, si hubo una filtración, lo más probable es que partiera de su Brigada o del grupo de Silva.

El juez Benegas iba recortando, poco a poco, el terreno en el que Méndez podía moverse y el paso final era empujarlo a un dilema final en el que no tuviera otra posibilidad que apoyar las hipótesis del magistrado.

–Señoría, me está preguntando por algo de lo que carezco de evidencia alguna.

–Inspector, no estoy tratando de que usted haga pasar conjeturas por evidencias. Sólo estoy tratando de aclarar las circunstancias en que se produjeron los sucesos de anoche para determinar cuáles son las hipótesis posibles. Si alguien filtró que José Luis Ugarte iba a ser interrogado, sólo pudo ser un miembro de su Brigada, incluyendo usted, o un miembro del grupo de Silva, incluyendo Silva. O su superior en la capital. No existe otra posibilidad, ¿no?

–Sí. Existe otra posibilidad.

La respuesta de Méndez sorprendió al juez.

–¿Qué otra posibilidad existe, inspector?

–Con nosotros, también estaba el inspector Carretero. Carretero no pertenece al grupo de Silva.

–¿Carretero?

–Sí, Carretero.

–Pero, ¿Carretero participaba activamente en la investigación?

–Totalmente, señoría.

Méndez se dio cuenta de que Benegas sabía perfectamente quién era Carretero y qué papel jugaba. Su respuesta obligaba al magistrado a adentrarse en territorio pantanoso. Porque Méndez estaba seguro de que Carretero había informado de la marcha de la investigación a determinados políticos de la capital. Y eso abría el abanico de posibles filtradores. Benegas se levantó de su silla y empezó a dar vueltas por la habitación con evidente actitud reflexiva. Ahora, quien tenía un peligroso dilema que superar era él. Había abierto lo que pensaba que era un camino adicional para apuntalar su hipótesis y lo único que había conseguido era debilitarla. Al cabo de unos segundos, volvió a sentarse frente a Méndez.

—De acuerdo, esa es una cuestión que tendremos que investigar en el futuro pero, en este momento, lo prioritario es aclarar cómo se produjo el asesinato de Pablo Bernal. Está claro que el plan de acción de anoche partió, básicamente, del inspector Silva. Esto ha quedado perfectamente claro. ¿Qué sucedió en los aparcamientos del Estadio Metropolitano?

—Montamos un dispositivo para vigilar si llegaban allí José Luis Ugarte o Julio Ortigosa o alguna otra persona pero fue una espera infructuosa.

—Bien. Pues creo que con esto ya está. Puede retirarse, inspector Méndez.

—Señoría, antes de marcharme, quisiera manifestar que tengo plena confianza en el inspector Silva. En los días que he trabajado con él, ha demostrado tener un alto grado de profesionalidad y de rigor en su trabajo. No pienso que esté implicado en ningún asunto del que deba avergonzarse.

El juez Benegas lanzó una mirada claramente descalificadora al inspector Méndez. Y era obvio que no iba a dejar impune ese intento de poner en duda la hipótesis en la que estaba basando la instrucción del caso.

—Antes de marcharse, inspector, me gustaría hacerle otra pregunta. No habrán practicado algún tipo de escuchas ilegales a alguno de los investigados o a sus propios compañeros, ¿no?

Méndez se quedó petrificado. Los ojos de Benegas estaban clavados en él como dos dagas que lo inmovilizaran ante cualquier intento de rebelarse ante el torrente imparable que se cernía sobre ellos.

—No, señoría. ¿Cómo me puede preguntar eso? Nosotros nunca nos saltamos las normas básicas del Estado de Derecho...

—Muy bien, inspector. Valle, que venga el inspector Osorio. Va a tener que explicarnos un montón de cosas.

8

Cuando el comisario Torres y los agentes Soriano y Ceballos llegaron al Gran Hotel, todo fluyó con facilidad. El comisario pensó que, quizás, con excesiva facilidad. El empleado que estaba atendiendo la recepción la noche anterior, identificó claramente al inspector Silva. E indicó a dónde se había dirigido: a la *suite* del señor David Berenger. El siguiente paso era llamar al cliente y comunicarle que la policía quería hablar con él. Estaba por ver si estaba dispuesto a aceptar voluntariamente hablar con ellos o no. Sorprendentemente, no puso ningún obstáculo. Sólo cinco minutos después, los tres policías estaban ante un tipo cuya descripción encajaba perfectamente con la que Tomás Silva siempre había realizado: un anciano con venerable aspecto, elegante y educado,

con una sonrisa retorcida que parecía enmascarar una picadura letal de serpiente. Debían tener cuidado para que el veneno de sus palabras no les acabara infectando el cerebro.

—Señores policías, ante todo, debo decirles que no tenía ninguna obligación de recibirlos —dijo David Berenger—. Tengo pasaporte diplomático. Soy agregado comercial en la Embajada de las Islas Greyson en su país. Y, por lo tanto, ello me eximiría de atenderles si antes ustedes no han tramitado la correspondiente solicitud de autorización ante el gobierno al que represento. Sin embargo, en mi afán por colaborar con las autoridades de este país, no me importa responder a las preguntas que tengan que realizarme.

Automáticamente, se había situado en una posición superior. Los tres policías se sintieron observados desde una especie de pedestal que los redujera a una posición de hormigas ridículas e insignificantes.

—Muchas gracias por su afán colaborativo, señor Berenger —dijo el comisario Torres—. El motivo de nuestra presencia aquí es conocer qué sucedió anoche. En concreto, si recibió la visita del inspector Tomás Silva.

—Efectivamente, así fue. Recibí la visita de la persona que usted me dice.

—¿Nos podría contar todo lo que sucedió?

—¿Es necesario que lo cuente?

La pregunta sorprendió a los policías. ¿Por qué los había recibido si ahora iba a empezar a querer escabullirse de forma tan tosca?

—¿Por qué lo pregunta, señor Berenger? —preguntó el comisario.

—Porque no va a ser precisamente agradable ni para mí ni para ustedes.

La serpiente empezaba a realizar movimientos escurridizos, parecía iniciar una estrategia de involucramiento que, con aparente inocencia, escondía el hachazo letal...

—¿No va a ser agradable? ¿Por qué? —preguntó Torres.

—¿Quiere que se lo diga? —dijo Berenger.

—Sí, por favor.

—El inspector Silva vino aquí exigiendo la entrega por mi parte de una elevada cantidad de dinero.

Un silencio como una lápida de mármol cayó en la habitación. Pero cada personaje de la escena aportaba su propio matiz a la imagen congelada que se dibujó durante unos segundos. El rostro de Ceballos era de pánico. El de Soriano, expresaba una evidente indignación. El del comisario Torres reflejaba una mezcla de estupor y preocupación, que no era más que el eco de su agitado interior, en el que, en ese momento, no era capaz de dilucidar cómo podía acabar la endemoniada madeja en la que estaban enredados. El de David Berenger y el de su asistente personal, mostraban una imperturbable serenidad. Se veían con las cartas ganadoras y no tenían de qué preocuparse.

—Perdone, señor Berenger —dijo el comisario Torres—. Pero no encuentro ninguna lógica a lo que me dice...

–Comisario Torres, comprendo que le cueste asimilar que uno de sus hombres estaba dispuesto a aceptar sobornos. No solo que estaba dispuesto... Sino que los exigía. Pero eso fue lo que ocurrió.

–Le repito, señor Berenger, no le veo sentido a sus afirmaciones...

–¿No? ¿Cómo explica la presencia del inspector Silva en este hotel a altas horas de la noche?

–Se había producido un secuestro e indicios hallados en el escenario del delito apuntaban a este lugar, precisamente...

–¿Qué indicios eran esos de los que me habla?

–Unas coordenadas escritas en un papel...

–Una pregunta, señor comisario. ¿Usted ha visto ese papel con las coordenadas escritas?

–No... Pero una de nuestras agentes vio cómo el inspector Silva encontraba la nota y en ella estaban indicadas...

–¿Quién descubrió la nota? ¿Esa agente o el inspector Silva?

–El inspector Silva, creo...

–Entonces, el inspector Silva dijo lo que había allí apuntado y la agente se lo creyó, ¿no? ¿Tienen ese papel en su poder?

–No...

–Vamos a imaginar que ese papel existiera. ¿Qué era lo que indicaba que yo era la persona con la que ustedes debían contactar?

–Un tablero de ajedrez...

–¿Un tablero de ajedrez?

–Sí, la posición de las piezas indicaba...

David Berenger empezó a reír con fuerza. Se levantó de su asiento y, dando vueltas en torno a los policías, hizo que sus carcajadas resonaran con estruendo en la *suite*.

–Bueno, una vez que ya sabemos cuáles han sido los delirios fantásticos que el inspector Silva les ha querido hacer creer, ¿quieren escuchar una historia mucho más coherente y creíble?

–Cuéntenos su versión, señor Berenger –dijo con resignación el comisario Torres.

–Hace algo más de un año, yo era cónsul de las islas Greyson en esta ciudad. En virtud de mis responsabilidades, llegué a conocer a varios directivos de Inmobiliaria y Promotora Villar. Entre ellos, a Vicente Ramos, su director comercial. En una ocasión, el inspector Silva y yo coincidimos. Y fue en la casa de ese señor. Yo había ido a visitarlo porque sabía que eran mis últimos días en el cargo y quería despedirme de todas aquellas personas que había conocido durante el ejercicio del mismo. El inspector Silva había acudido allí creo que porque estaba investigando la desaparición de Mario Villar... Empezó a acosarme a preguntas que yo no entendía... Yo no sabía nada del asunto. Y así se lo dije. El caso es que me marché de la ciudad y me olvidé del asunto.

David Berenger volvió a sentarse en el sillón desde donde los había recibido.

–Hasta ayer por la noche no volví a ver al inspector Silva. Le atendí porque, como han podido comprobar, yo nunca me niego a una petición de las autoridades del país donde ejerzo mis funciones. Llegó en un estado muy tenso y agitado. Le pregunté qué sucedía. Y me contó algo que me pareció inverosímil. Me dijo que me habían implicado en un asunto de blanqueo de capitales y que, si no aceptaba sus exigencias, me iba a ver en una situación muy complicada. Yo no comprendía nada. Yo no sé nada de blanqueo de capitales... Así se lo dije. Él me respondió que eso daba igual. Que yo figuraba como sospechoso en las investigaciones realizadas y que mi nombre iba a salir en los medios de comunicación dañando mi reputación y mi prestigio. Me dijo que estaba en una situación desesperada. Que, antes o después, iban a salir a la luz sus lazos con grupos corruptos y que estaba dispuesto a morir matando. Él pensaba que yo estaba conectado a esos grupos, lo cual revela que este señor está profundamente desconectado de la realidad. Creyó que podría chantajearme con facilidad. Evidentemente, también pensó que yo tengo más recursos económicos de los que realmente dispongo. Me pidió un millón de euros. Cantidad de la que no dispongo ni por asomo... Entonces, empezó a regatear... Pero, obviamente, yo no iba a ceder a sus pretensiones. Me negué en redondo y se marchó de aquí, enfadado y enrabiado... Es todo lo que puedo contarles. Mi asistente personal, Samanta, les podrá confirmar todo lo que les he narrado.

Los tres policías miraron a la joven que estaba a las espaldas de Berenger, que habló sin un asomo de duda ni en su voz ni en su mirada.

–Todo lo que ha dicho el señor Berenger es cierto.

El comisario Torres se sentía acorralado. Sabía que ese anciano de aspecto venerable y su asistente personal estaban mintiendo. Pero, una vez que habían dicho todo lo que habían dicho, sus palabras no podían ser escondidas bajo la alfombra. Ya habían entrado a formar parte de la investigación como el veneno de una serpiente penetra en el sistema sanguíneo después de una picadura.

Ceballos, que estaba sentado al lado de su superior, se aproximó a él y le habló al oído.

–Señor, tenemos que hablar...

–Si nos disculpa un momento, señor Berenger –dijo el comisario.

El diplomático asintió cortésmente con un movimiento afirmativo de cabeza.

Los tres policías salieron al pasillo del hotel con semblante serio y se apartaron de la puerta de la *suite* donde Berenger se alojaba. Ceballos era quien parecía menos afectado por el dilema endiablado que se abría ante ellos.

–Señor comisario, tenemos que informar de esto inmediatamente al juez Benegas –dijo Ceballos.

–Pero, ¿qué dices? –dijo Soriano–. Ese tipo está mintiendo vilmente... Todos lo sabemos...

–Sí, lo sé. Pero no tenemos otra opción...

–Claro que tenemos otra opción... Meterle los dedos a este tipo hasta que se venga abajo...

Ceballos empezó a reír.

–¡Soriano, por favor! ¿Qué te crees? ¿Que estamos tratando con alguno de los delincuentes de poca monta con los que tratas? Estamos ante un tipo que tiene pasaporte diplomático... Que es un zorro viejo. Que sabe con qué cartas está jugando...

—Que, seguramente, es quien ha montado toda esta operación contra Silva —dijo Soriano mientras clavaba su índice en el pecho de Ceballos cada vez que pronunciaba una palabra.

Ceballos empujó levemente a Soriano para alejarlo de sí. Soriano respondió con un empujón más fuerte.

—¡Eh, eh, eh...! Tranquilícense... —dijo Torres—. Así no vamos a resolver nada. ¿Saben lo que les digo? Que ambos llevan razón. Que ese tipo de ahí dentro está mintiendo. Efectivamente. Pero, al mismo tiempo, no es menos cierto que tenemos que hacer un informe sobre los que nos ha dicho y pasárselo al juez. Usted, Soriano, cree que eso es negativo para Silva. Yo pienso que no. Berenger ha puesto sus focos sobre él mismo. A corto plazo, le puede beneficiar. A largo plazo, nos abre la oportunidad de demostrar que está mintiendo y, por tanto, de investigar las causas por las que lo ha hecho. Y eso abre una brecha clara... ¿Estamos de acuerdo?

Era una mera pregunta retórica. Y los dos agentes lo sabían.

—Sí, señor comisario, de acuerdo —dijo Ceballos.

—Sí, jefe, está bien —dijo Soriano.

—Todo perfecto, entonces —dijo Torres—. Volvamos a entrar ahí y sigamos el protocolo. Ya hemos estado improvisando bastante...

Los tres policías volvieron a entrar en la *suite* y se volvieron a sentar en el sofá donde habían estado sentados.

—Bien, señor Berenger, lo que nos ha dicho es muy grave —dijo el comisario—. Para que sea válido, tendrá que pasarse por la comisaría y firmar una declaración. Posiblemente, el juez lo llamará a declarar. ¿Está dispuesto a pasar todos esos trámites?

—Por supuesto, señor comisario. Mi mayor interés es colaborar con que la justicia haga su trabajo.

9

Esteban Miranda detuvo su automóvil y descendió de él. Llevaba dos horas seguidas conduciendo y estaba cansado. Miró hacia el mar. En ese instante, mientras amanecía, parecía extrañamente sereno y apacible. Desde allí, se podía ver el Enclave. Parecía, a pesar de la cercanía, una localidad minúscula e intrascendente. Nada parecía revelar su importancia económica y financiera. La serenidad que se respiraba a esa hora de la mañana, ayudaba a ello. Mark Cortés también bajó del coche.

—¿Crees que es una buena idea estar aquí? —dijo Mark.

—No tenemos otra opción —dijo Esteban—. Yo no tengo la culpa de que mi hermano viva en la localidad más cercana al Enclave. Puede parecer arriesgado. Pero, visto de otro modo, nadie te va a buscar en este lugar. ¿Quién va a sospechar que has regresado a escasos kilómetros del sitio del que huiste?

—Algo así como *La carta robada* de Poe, ¿no?

–¿Cómo?

–Nada. Olvídalo. Lee algún día el cuento y lo entenderás. No quiero... ¿cómo se dice? ¿Destripártelo?

–Sí, así se dice... Igual lo leo algún día. Bueno, vamos, no perdamos tiempo... Quiero ver si mi hermano acepta que nos convirtamos en sus huéspedes o no...

–¿No es seguro?

Esteban Miranda miró hacia el suelo. Suspiró.

–No lo sé. Creo que sí. Hace mucho tiempo que no nos vemos... Pero, a fin de cuentas, es mi hermano, ¿no?

* * *

A esa hora, apenas había movimiento en la urbanización donde Esteban había aparcado el coche. Estaban lejos del centro de la localidad: eso era positivo si querían encontrar un buen lugar para ocultarse. Ambos salieron del automóvil. A ambos lados de la calle, había casas individuales, con un pequeño jardín ante ellas. El límite con la acera lo marcaban unas tapias que venían a ser de la altura de sus cinturas. Unas verjas en mitad de ellas, no más altas que los muretes, abrían el paso a unos breves senderos empedrados que llegaban hasta las puertas de entrada. No habría más de veinte casas en total. Tras andar escasos metros, Esteban atravesó la verja de una de ellas, se dirigió a la entrada y pulsó el timbre con decisión. Pasaron unos dos minutos hasta que alguien abrió la puerta. Antes, la cortina de una ventana lateral se deslizó suavemente para dejar ver quiénes llamaban a esa hora de la mañana. Mark pensó, no supo muy bien por qué, que tenía que ser la misma persona que, instantes después, los estaba mirando, extrañado y sorprendido. Tardó en reaccionar. Sólo al cabo de unos segundos, tras apoyarse en el quicio de la puerta, soltó su primera frase como si fuera un escupitajo directo a la cara.

–Bueno, hermanito, si te has dignado a presentarte aquí es porque estarás metido en algún lío, ¿no?

–Buenos días, Matías. Sí. Tienes razón. Estoy metido en un lío.

El hermano miró a Esteban de arriba abajo. No se sabía muy bien si estaba pensativo, enfadado o desconcertado. Dio igual.

–Pasad.

Dentro de la casa había una especie de desorden controlado. La suciedad y el desbarajuste estaban justos en el límite entre dar una mala impresión definitiva y la posibilidad de disculpa por parte de las visitas inesperadas.

–Sentaos donde podáis. Yo traeré una silla de la cocina –dijo Matías.

En el salón, había un sofá y dos sillones. Pero había cajas y montones de ropa por lavar por todos lados y no era fácil encontrar un espacio libre. Mark se sentó en un sillón. Esteban echó a un lado un par de cajas y se sentó en el sofá. Cuando Matías volvió de la cocina, traía una silla que colocó en el centro del salón. Se sentó en ella y abrió las piernas, con aire suficiente y arrogante.

–Bueno, hermanito, cuéntame... ¿Qué ha sido de tu vida todos estos años?

–No sé si sabrás que entré en política... Fui ayudante de varios políticos del Partido Moderado...

–Y estando metido ahí, ¿te extraña estar en medio de un embrollo?

–Yo sé lo que mucha gente piensa de la política. Pero te aseguro que en ese mundo hay mucha gente valiosa y honrada...

–Tan valiosa y honrada que has venido a verme después de diez años para pedir ayuda...

–No debemos simplificar las cosas. Si he venido aquí es porque sé que hay políticos en los que se puede confiar... Y voy a contar con ellos para resolver el problema en el que estamos metidos.

–¿Tiene que ver ese problema con el asesinato de Pablo Bernal?

Esteban apretó los labios. Se llevó la mano a la cara y se frotó todo el entorno de la boca. La acabó extendiendo para acabar agarrando su barbilla y parte de sus mejillas.

–Te voy a ser todo lo sincero que puedo ser. No lo sé. Mark y yo estábamos huyendo cuando nos enteramos de la muerte de Pablo Bernal. No sabemos si esa muerte tiene algo que ver o no con el asunto en que estamos metidos.

–¿Y en qué asunto estáis metidos?

–Te diría que no me hicieras tantas preguntas. Cuanto menos sepas, Matías, mejor.

–Como comprenderás, no te voy a esconder, porque de eso se trata, de esconderos, sin saber de qué trata todo ese embrollo, ¿no?

Esteban miró a Mark. Mark no transmitió (o no supo transmitir) ningún mensaje sobre la exigencia de su hermano. Esteban tuvo que decidir por sí mismo. Tenía escasas opciones que manejar.

–Tenemos una información muy comprometedor sobre un amplio sector de la clase política de este país. Queremos entregársela a la Primera Ministra... Pero tenemos que asegurarnos de que se la entregamos directamente.

Matías sonrió. Y empezó a menear la cabeza.

–Solo con lo que me has dicho, me doy cuenta de que vuestros problemas son mucho mayores de lo que me has querido contar.

Matías era unos años mayor que Esteban. Era difícil precisar porque tenía el pelo largo y una barba muy poblada que lo avejentaban. Estaba muy delgado y era algo más alto que su hermano. Ofrecía una imagen extrañamente imponente: la de una fragilidad que se retorció a sí misma para fortalecerse y hacerse invulnerable.

–¿Por qué me dices eso, Matías? Lo que pretendemos es algo muy razonable...

–Mira, si fuera algo razonable sería muy simple: contactas con la Primera Ministra y le das lo que le tienes que dar. Pero la verdad es que no te fías de nadie de la cadena de mando... Y, te digo más, creo que no te fías ni tan siquiera de la Primera Ministra. Por eso, quieres ponerte en contacto con ella sin revelar el lugar dónde te escondes. Quieres negociar para asegurar una posición que, ahora mismo, ves precaria. ¿Me equivoco?

–Nuestra posición es precaria. Pero no porque no confiemos en nadie. Sino porque cualquiera puede desconfiar de nosotros. Tenemos que demostrar que somos gente fiable y que la información que tenemos no es ningún *bluff*...

–Bueno, si lo ves así, no me voy a meter. Mira, pese a todo, pese a mis dudas, pese a que creo que no eres consciente de que tu posición es muy débil, o que no quieres confesarlo abiertamente, soy tu hermano. Y no te voy a dejar en la estacada. Lo que pasa es que aquí no os podéis esconder. Por aquí, pasa mucha gente. Y os van a acabar pillando. Sé de un sitio mejor.

10

Cuando los policías se hubieron marchado, David Berenger abrió la puerta del dormitorio de la *suite*. Allí, estaba José Ángel Esquivias, acostado en la cama, boca arriba, con los ojos cerrados y con su mano derecha agarrando su frente, quizás para intentar aliviar el dolor que lo atenazaba. Berenger volvió al saloncito delantero y habló a su asistente personal.

–Samanta, tráenos dos vasos de whisky para el señor Esquivias y para mí.

El abogado pareció salir de su letargo.

–¿Qué piensa? ¿Que con alcohol va a hacernos salir del endiablado laberinto que usted ha creado?

–En primer lugar, señor Esquivias, este endiablado laberinto es el que va a hacer posible que cumplamos nuestros objetivos. Hemos anulado al insidioso inspector Silva. Hemos paralizado la investigación de la policía y, por tanto, hemos desactivado a unos adversarios molestos a la hora de poder ser los primeros en conseguir la información que nos interesa. Todo ello, gracias a Alexander. Ya le he dicho que era un aliado valiosísimo y lo ha vuelto a demostrar. Es decir, hemos avanzado considerablemente en la tarea que nos hemos marcado...

Samanta entró en el dormitorio y dio los dos vasos de whisky con hielo a su jefe. Este se acercó a José Ángel Esquivias y le ofreció uno de ellos, que el abogado cogió de mala gana.

–En segundo lugar, el hecho de que a usted le duela la cabeza no tiene nada que ver con un hecho patológico que pudiera aconsejar la no ingesta de alcohol. Sencillamente, es que es demasiado consciente de la realidad. Padece un exceso de lucidez. A veces, es bueno adormecer un poco los sentidos para escuchar sólo nuestro instinto interior. Ese instinto salvaje, depredador, que busca sólo la supervivencia y el interés propio... Para eso, un poco de alcohol nunca viene mal.

El abogado bebió mientras mantenía los ojos clavados en David Berenger. Mantuvo la bebida en su boca y la saboreó. Bajó la cabeza y empezó a mirar la colcha arrugada, intentando adivinar en su superficie las posibilidades que el futuro ofrecía.

–Mire, señor Berenger, posiblemente lleve usted razón. Quizás, peque de un excesivo realismo – dijo sin levantar la mirada–. Pero, analizando fríamente la situación, no veo por ningún lado que estemos más cerca de conseguir la información que estamos buscando. De hecho, creo que, desde que empezó esta historia, no hemos hecho más que equivocarnos. Hemos reaccionado con falta de sangre fría ante la noticia de que José Luis había contactado con quienes estaban vendiendo la información. Tuvimos que aprovechar ese contacto para llegar a un acuerdo con él y compartir...

David Berenger dio un fuerte golpe en el suelo con su bastón.

–No entiende nada, señor Esquivias. Todavía no ha entendido nada. Me parece mentira que una persona tan inteligente como usted diga cosas como las que acaba de decir... Está pensando como

un burócrata, como un funcionario que tiene que finalizar el trámite en el que está inmerso... Señor Esquivias, a ver si se entera de una vez: se ha metido en una guerra que no va a terminar nunca. Y si eso es así, no se trata de ganar batallas. Se trata de tener disponibles más recursos que el enemigo... ¿Qué es eso de compartir?

—¿Sabe lo que creo? Creo que a ustedes esa fuga de información les da igual... Cuando digo “ustedes”, me refiero al grupo que usted representa. Porque, realmente, a usted, personalmente, el tema ni le va ni le viene. Pero a sus representados, en primera instancia, tampoco. ¿Qué les va a suceder si las autoridades tienen acceso a la información robada? Sospecho que no demasiado. Será un mero arañazo. Molesto pero intrascendente. Pero, en cambio, ello les abriría una oportunidad porque había algunos incautos que pensábamos que ello les significaba un grave problema y que, por eso, íbamos a ayudarles a pescar en aguas revueltas.

David Berenger se sentó al borde de la cama mientras escuchaba atentamente a José Ángel Esquivias y una pícaro sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Siga, señor Esquivias, me interesan mucho sus argumentos.

—¿Qué quiere decir todo esto? Que yo he pasado a formar parte de sus fuerzas por motivos equivocados. Yo pensaba que ello significaba un ascenso en mi jerarquía. Lo que ocurre es que, sí, era un ascenso, pero no sólo un ascenso... Era un movimiento lateral... Era ocupar un puesto más elevado en una jerarquía distinta... Me he dado cuenta de cómo es la sociedad en la que me he movido toda la vida... De cómo somos nosotros... De cómo somos como seres humanos... Me es difícil explicarlo. En el fondo, lo triste es que nada ha cambiado tanto en miles de años... O no queremos que cambie. No sé. Funcionamos a base de clanes, de grupos que, en cierto modo, intentan reproducir la lealtad que nace de los lazos de sangre. Usted forma parte de un clan. Yo formaba parte de otro. Ahora, no sé de cuál formo parte. Y esta confusión no procede de una decisión racional y consciente. Son procesos que no controlamos. Podemos caer en un lado o en otro en virtud de circunstancias y hechos mínimos. Es como Moisés... Nació hebreo. Pero, para salvarle la vida, lo ponen en una cesta que colocan en las aguas del Nilo y acaba siendo encontrado por la hija del faraón. Y pasa a ser egipcio. Con el paso de los años, se descubren sus orígenes y vuelve con su familia de nacimiento... Empiezo a pensar en cómo sucedieron las cosas y hay muchas posibilidades de vida en esa biografía... Como en todas. Minúsculas decisiones que condicionan tu vida...

—Me ha interesado su reflexión inicial pero se ha acabado desviando...

—No crea, señor Berenger, no crea. Estoy hablando de la administración de movimientos sutiles. Con esto, quiero decir que he empezado a entender cómo se mueve usted. De cómo ha conseguido que yo forme parte de su clan... De cómo ya no puedo deshacer mis pasos. De que ya no tiene sentido que usted pueda poner en duda mi lealtad. Utilizo la palabra “lealtad” por puro convencionalismo... Porque usted sabe perfectamente que ese término carece de sentido. O, más bien, podemos utilizar la palabra “lealtad” del mismo modo que lo utilizamos con un perro que nos obedece y que nos defendería en caso de peligro... Pero, para el perro, obviamente, esas acciones no nacen de un proceso consciente...

—Tiene razón, señor Esquivias. Así son las cosas.

—Y somos como perros y no lo somos. Como no lo soy, me preocupa lo que le pueda suceder a mi socio José Luis. ¿Puede comprenderlo?

—Siempre me ha preocupado que al señor Ugarte no le suceda nada que...

–Pero, como perro que soy, me preocupa lo elemental: mi vida y la de los míos... Me preocupa que me asesinen. A mí o a mi familia... Me preocupa acabar en la cárcel durante más de diez años... También me preocupa... Y como perro que soy, si me veo acorralado, no dude que le voy a dar un mordisco en sus testículos y voy a engancharme ahí hasta que logre arrancárselos... ¿Lo ha entendido, pedazo de cabrón?

David Berenger se sorprendió por el repentino giro de las palabras del abogado.

–Pero no comprendo cómo puede...

–Lo comprende perfectamente. Mire: yo ya me considero hombre muerto. Y considero que mi familia tiene pocas posibilidades de salir indemne de esto. Así que soy capaz de cualquier cosa. Si quiere que me vaya calmando, me va a ir ofreciendo salidas. Y me va a ir contando cuál es el plan. Porque no voy a permitir que me tenga que enterar por el televisor de que han asesinado a uno de los principales políticos de este país...

–Señor Esquivias, no haga afirmaciones de las que carece de...

El abogado se acercó a la puerta del dormitorio, la cerró y echó el pestillo. A continuación, se acercó a David Berenger, le quitó el bastón, lo colocó en horizontal y lo utilizó para empujar al anciano contra la cama y presionarle con él el cuello.

–¿Lo ve? A esto me refiero... Ahora mismo, podría romperle el gaznate. Y ya está. Igual no cambiaría mi destino. Pero me permitiría una satisfacción que, cada vez, me apetece más. O, igual, conseguiría que me respetaran. Y, tal vez, podría ocupar su lugar.

Samanta empezó a golpear desde fuera y a dar voces para que abrieran.

–¿Señor Berenger! ¿Está usted bien? ¡Hábleme, por favor!

–¿Cree usted que esa chica podría salvarlo?

José Ángel Esquivias eliminó la presión que estaba haciendo con el bastón y lo arrojó al suelo. Se dirigió a la puerta y la abrió.

–¿Qué ha sucedido aquí? –dijo Samanta.

–Nada, nada... –dijo David Berenger–. Déjenos solos, por favor. Vaya al restaurante del hotel a tomar un café.

–¿Está seguro, señor Berenger?

–Completamente.

Samanta se marchó. Berenger empezó a dar vueltas por la *suite*, intentando tomar aire. Finalmente, se sentó en el sofá donde, unos minutos antes, habían estado sentados los policías.

–Le he dicho a Samanta que se marchara para que viera que confío en usted, señor Esquivias.

–Vale, ya está... Ya sé que puedo confiar en usted. Y ahora, ¿qué?

–Va a ser el propio Alexander quien le cuente cuáles son nuestros planes.

Carla Robles bajó hasta los sótanos de la comisaría. Allí, ante la puerta de los calabozos estaba el agente Álvarez, que observaba, somnoliento y con cara de aburrido, las imágenes de las cámaras de vigilancia. En cuanto vio llegar a su compañera, arqueó las cejas y enderezó su espalda, en clara señal de que se había puesto en guardia ante lo que preveía que iba a ocurrir. Robles, por ello, no se anduvo por las ramas.

–Buenos días, Álvarez. Sabes a lo que vengo. Y no me vas a poner obstáculos. Te deberé un favor y, a partir de ahora, te ayudaré cada vez que lo necesites. ¿Está claro?

–No, no, no... Las cosas andan muy mal, Robles. Silva está metido en algo muy serio... Y yo no puedo...

–Sabemos perfectamente que Silva no anda metido en nada... Todo eso es una trampa que le han tendido...

–Eso es el juez quien tendrá que decidirlo...

–¡Álvarez, por favor! ¿Conoces perfectamente a Silva!

–La gente a la que crees conocer es quien te provoca las mayores decepciones...

–¡Álvarez, te lo pido! Necesito saber cómo está el inspector... Tengo que hablar con él para ver si me da alguna pista que nos pueda ayudar... El juez no va a investigar nada. Ya ha sacado sus propias conclusiones y va a cometer una enorme injusticia. Y si eso ocurre, te juro que toda la comisaría se va a enterar que te negaste a ayudarme cuando tuviste la oportunidad...

–Te estás luciendo... ¿Crees que así, amenazándome, vas a lograr convencerme?

–No te estoy amenazando. Te estoy diciendo lo que te diría cualquier compañero si supiera que no quieres ayudar a Silva...

–Yo no me niego a ayudar a Silva. Simplemente, estoy cumpliendo órdenes...

Carla Robles empezaba a desesperarse. No sabía cómo podía convencer a su compañero para que la dejara entrar en los calabozos para poder hablar durante unos minutos con Silva. Algo que era absolutamente prioritario y urgente...

* * *

... porque la situación se estaba volviendo absolutamente desesperada. El interrogatorio a Osorio no había servido para mejorar la posición de Silva. El juez Benegas seguía condicionando, con sus preguntas y con sus alusiones, la dirección que estaban tomando las pesquisas y el perfil que se estaba dibujando del caso iba teniendo un tinte siniestro para el inspector.

–¿Por qué hizo usted el comentario que hizo sobre la conversación que mantuvo por teléfono José Ángel Esquivias? –preguntó el juez Benegas.

–Porque era lo que deducía después de estar horas y horas manteniendo las escuchas sobre el abogado... –respondió Osorio.

–Horas y horas... ¡Qué curioso! Horas y horas dan para muchas conversaciones y, por tanto, para bastante material recopilado... Y usted, por lo que nos acaba de contar, en pocos segundos llega a una conclusión rotunda y contundente...

–Y correcta, señoría. Los hechos posteriores lo demostraron...

–Y eso es lo más sorprendente. Que un proceso de análisis que no se prolongó más que un breve instante terminara siendo tan preciso y atinado... Da que pensar, ¿no?

–No le comprendo, señoría.

–¿Qué hubiera sucedido si no se hubiera producido esa llamada?

–¿Me pide que ponga a elucubrar, señoría?

–No. Basta con que me diga cuáles eran los planes antes de que esa llamada fuera detectada...

–Habíamos descubierto la conexión de José Luis Ugarte, el socio de José Ángel Esquivias, con Catalina Romero. Fue, de este modo, como llegamos a descubrir que ambos podían estar en el Hotel El Pantano.

–¿Entonces...?

–Si no hubiéramos detectado la llamada de José Ángel Esquivias, el inspector Silva, el inspector Méndez, el inspector Carretero y, tal vez, las agentes Robles y Salvador hubieran ido hasta ese hotel para intentar localizar al abogado y a su acompañante.

–Es decir, esa llamada hizo cambiar completamente los planes previstos.

–Sí.

–Por lo tanto, si esa llamada no se hubiera producido, no hubiera sucedido nada de lo que después sucedió...

–Probablemente, no.

–¿Y no le resulta llamativo? Una llamada que entró en el momento justo para trastocar todos los planes y que permitió que el inspector Silva tuviera las manos libres.

–Bueno, tal como lo expone...

–Otra cosa, inspector Osorio. ¿Cómo dieron con la pista de José Luis Ugarte y Catalina Romero?

–El inspector Silva me encargó que estuviera pendiente de todas las denuncias e incidencias que se produjeran en la ciudad. Me llamó la atención un robo que se había producido en el antiguo barrio de pescadores y que, cuando compañeros del cuerpo fueron a buscar a la propietaria, esta hubiera desaparecido de su lugar de trabajo. El inspector Silva conocía al responsable del asunto en la Comisaría Este, el inspector Mendizábal, y, a partir de ahí, supimos que la propietaria de la casa asaltada era Catalina Romero y, quien había ido a recogerla al *call-center* del Parque Empresarial Futurtec, era José Luis Ugarte.

–Casualidades, casualidades y más casualidades.

–Señoría, no le sigo. No sé a dónde quiere ir a parar...

–¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando bajo las órdenes del inspector Silva?

–Desde hace unos cinco años.

–Es decir, que él lo conoce bastante bien. Podríamos decir que lo conoce perfectamente...

–Sí, supongo que sí.

–Es decir, cabe esbozar una hipótesis como la que voy a exponer. El inspector Silva necesitaba poder maniobrar sin ser controlado. Por un lado, había que crear dos salidas urgentes para dividir al grupo. Y las crea utilizando a dos personas a las que conoce, que confían en él y que le pueden facilitar el camino sin que le pongan demasiados obstáculos. En un caso, se sirve del inspector Mendizábal. En el otro, se sirve de usted. Por otro lado, él tenía que elegir aquella salida que le permitiera acabar actuando en solitario. Estaba claro que la operación en el estadio necesitaba de un amplio número de efectivos, ya que en ella podía estar implicado Julio Ortigosa Melero, que es un individuo potencialmente peligroso. Él, entonces, eligió la otra salida, al Hotel El Pantano, para la que sólo bastaban dos policías. Una vez allí, nos encontramos con que José Luis Ugarte y Catalina Romero no estaban y con la sorprendente e increíble historia del tablero de ajedrez, que es completamente inverosímil... *voilà*, objetivo conseguido... Silva sigue con los planes trazados de ir eliminando las piezas que conocen su implicación en la trama de infiltración en el cuerpo de policía y puede acabar sin problemas con la vida de Pablo Bernal...

–Eso es completamente absurdo.

–¿Completamente absurdo? Agente Osorio, no sé si usted es un alma cándida o un colaborador necesario en los planes de Silva...

–Yo no soy ni una cosa ni otra, señoría... Sólo digo que la hipótesis que usted acaba de exponer es completamente incompatible con mi visión directa de los hechos.

–¿Y qué se deduce de su visión directa de los hechos? ¿Que Silva es un inspector de conducta irreprochable cuando, violando todos los protocolos policiales, acude solo a una cita cuyos riesgos desconoce? ¿Que no existe ninguna sospecha sobre Silva cuando ha aparecido en una habitación de hotel junto al cadáver de uno de los políticos más importantes de este país? ¿Que ha hecho un enorme esfuerzo por desarticular una trama de corrupción cuando toda la investigación ha sido un largo camino hacia un callejón sin salida en que han ido desapareciendo todos los eslabones que podían conducirnos a algún sitio?

–Señoría, si Silva tuvo algo que ver con la muerte de Pablo Bernal, ¿cómo se dejó atrapar de modo tan sencillo?

–Agente Osorio, se olvida de que el inspector Valle se presentó en esa habitación gracias a una llamada anónima que advirtió que algo estaba sucediendo allí... Ese fue el hecho inesperado que acabó con los posibles planes de Silva...

–Señoría, esa llamada fue claramente una trampa...

–Nos podríamos creer que es una trampa si, antes, no se hubiera producido toda una cadena de negligencias por parte del inspector Silva... Tiendo más bien a creer que, en su intento por llevar al límite sus planes, algo le salió mal...

–Le repito que eso no se sostiene, señoría.

–Agente Osorio, estoy a punto de dejar de pensar en el dilema sobre su persona y empezar a creer que usted está intentando, deliberadamente, proteger a su jefe. Si no le ha estado ayudando con anterioridad, claro está...

–Yo no he ayudado a nadie a llevar a cabo planes ilegales, señoría. Ni lo he hecho, ni me lo han pedido, ni me lo han propuesto, ni me han hablado de ello.

–Empiezo a dudarle dada su obstinación en defender a Silva.

–Si hay indicios de culpabilidad contra el inspector, aquí tendría que haber ya un abogado defensor, ¿no? Me habla como si ya estuviera condenado y no veo que se estén cumpliendo los procedimientos legales. Me parece algo sumamente irregular, señoría.

–Todavía no existe ninguna acusación, agente Osorio. Para ello, necesitamos tener una idea clara de qué ha sucedido y decidir sobre quiénes han podido intervenir en esta trama criminal. En eso estamos, ahora mismo. Vuelvo a repetirle mi observación: me parece que usted está especialmente obstinado en defender a su jefe.

Osorio empezó a sentir un profundo vértigo conforme el devenir del interrogatorio se estaba convirtiendo en una afilada lanza que apuntaba directamente hacia él. Empezó a vislumbrar que sus intentos por proteger a su jefe eran inútiles. Y que su empeño podía ser aún más perjudicial si no cejaba en él. Quizás, lo más inteligente era dar un paso atrás y, desde la retaguardia, preparar el contraataque.

–Yo no me obstino en defender a mi jefe. Sólo intento explicarle que no hay base, desde mi humilde punto de vista, para levantar la acusación que usted ha realizado, señoría. Es más coherente otro relato diferente de los hechos.

–Pero, ¿podría usted afirmar, sin ningún lugar a la duda, que la hipótesis que he expuesto es completamente falsa?

Osorio reflexionó durante unos segundos. Respondió en función de la que consideró que era, en ese momento, la actitud más pragmática.

–Obviamente, no puedo afirmar, con un grado de seguridad del cien por cien, que su hipótesis sea completamente falsa.

* * *

Álvarez se mantenía inflexible. Carla Robles no sabía qué hacer. Su mirada se le escapaba, inconscientemente, hacia la puerta que conducía a los calabozos. Su compañero percibió su ansiedad. Su rigidez pareció ceder repentinamente. Un extraño brillo apareció en sus ojos.

–Acompáñame un momento, Robles –dijo Álvarez.

–¿Adónde? –dijo Robles.

–Tras esa puerta, hay un pasillo con un ángulo muerto. Ahí, podremos hablar con más tranquilidad.

Álvarez empezó a buscar entre las llaves que colgaban de una de las hebillas de su pantalón y abrió la puerta. Pasaron a un pasillo de ocho metros de largo y cuatro metros de ancho. A izquierda y derecha, se abrían sendas puertas. La de la derecha, conducía a los calabozos de los detenidos sin

condiciones especiales. La de la izquierda, conducía a los calabozos de los detenidos incomunicados. Ahí tenía que estar Silva.

Álvarez cerró la puerta y se apoyó en el quicio, sobre las bisagras. Desde allí, comprobó que podía vigilar, a través de la pequeña cristalera que se abría en el acceso a los calabozos, cualquier movimiento que se produjera en la zona donde tenía la obligación de permanecer salvo que se produjera una situación de emergencia y hubiera pasado aviso de ella al superior de guardia. Robles estaba expectante sobre lo que su compañero tenía que decirle.

—Mira, Robles, yo te entiendo. Te digo más, comparto plenamente tu posición. Estoy de acuerdo contigo. Pienso con toda sinceridad que Silva es inocente. Pero me estás pidiendo que arriesgue mi puesto de trabajo...

—Álvarez, si nos pillan, diré que te he engañado para poder entrar en los calabozos. Asumiré toda la responsabilidad.

—Sabes que eso es inútil. Podrá suavizar, con mucha suerte, la sanción que reciba. Pero de esa no me librá nadie.

—Nadie tiene por qué saber que he entrado. Benegas todavía está enfrascado en los interrogatorios. Le queda un par de horas antes de mandar llamar a Silva.

Álvarez bajó la cabeza en actitud pensativa. Robles empezaba a ser optimista: la actitud de su compañero ya no era la misma.

—Quizás, podamos llegar a un acuerdo —dijo Álvarez.

* * *

Cuando Osorio volvió del interrogatorio, su rostro era el testimonio sangrante de que todo había marchado mal.

—¿Y cómo no te has mantenido firme? —le recriminó Robles.

—Es difícil resistir cuando el juez no es imparcial y no sabemos nada ni tenemos algo a lo que aferrarnos.

—Todo eso ya lo sabías cuando te pusieron ante el juez. Lo que había que hacer era aguantar el chaparrón y ya está.

—No se trataba de aguantar el chaparrón... Prácticamente, te ponen las palabras en la boca y te amenazan con acusarte si las desmientes. Flaco favor podemos hacer así al inspector.

—No esperaba que fueras tan derrotista... Si nos entregamos como corderos que vamos al matadero, no podremos resolver este problema. A ver si nos enteramos de una puta vez...

—Le pediría que se serenase, Robles —dijo Carretero—. Si mantenemos la calma, todo saldrá bien. Ya lo verá...

En ese instante, volvieron de la calle el comisario Torres, Soriano y Ceballos. Sus rostros eran aún más sombríos que el de Osorio y era evidente que la misión que se habían fijado había terminado en fracaso.

—¿Cómo ha ido todo, jefe? —preguntó con ansiedad Robles al comisario.

Torres no respondió. Se sentó en una de las sillas que estaban libres, apoyó los codos en la mesa que estaba frente a ella y se tapó la cara con las manos, en una especie de intento de reflexión agónica. Guardó silencio durante unos segundos y, finalmente, emergió del breve letargo realizando un gesto de resignación.

—¿Quién está declarando ahora? —preguntó con forzado tono aséptico.

—Zuloaga —respondió Méndez, quien, también sentado, se iba convirtiendo, poco a poco, en un fardo aplastado por el peso progresivo de una derrota que se veía inminente.

—Bien. En cuanto acabe, seré yo quien tenga que hablar con el juez...

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —volvió a insistir Carla Robles.

El comisario siguió sin contestar. Arrastrando la vista por el suelo, abandonó la sala para evitar más preguntas comprometidas. Carla Robles, entonces, hizo por cruzar su mirada con la de Soriano. Cuando este se percató, realizó un movimiento casi imperceptible con la cabeza pero que la agente comprendió perfectamente. Cinco minutos después, Soriano encontró la excusa perfecta para salir.

—Hace por lo menos catorce horas que no estoy cerca de un retrete. Voy a buscar uno porque me va a explotar la vejiga...

Robles apenas tardó dos minutos en ir detrás de su compañero porque su impaciencia le impidió disimular de modo más brillante. Méndez se dio cuenta completamente de qué iba el juego entre los dos agentes pero, cada vez más hundido en el desánimo, no hizo nada por impedirlo.

Soriano estaba en el pasillo que daba a los servicios de señoras y de caballeros. Esperaba a Robles, así que no se sorprendió cuando esta llegó, desbordada por la tensión y los nervios.

—¿Qué ha pasado Soriano? ¿Por qué el comisario está tan preocupado?

—Hay muy malas noticias. David Berenger ha declarado que Silva intentó chantajearle para sacarle dinero...

—¿Qué? Nadie se puede creer eso...

—Nadie se lo cree pero hay que comunicárselo al juez Benegas. La cosa está negra para el inspector...

Carla Robles estaba a punto de llorar. Era consciente de que había pocas opciones a las que recurrir.

—Nunca tuve que permitir que Silva abandonara solo el Hotel El Pantano.

—No te mortifiques por eso, Robles. Tendría sus motivos para hacer lo que hizo.

Ambos agentes se miraron fijamente. Ella supo, sin palabras, que había verdades ocultas que empezaban a estar a flor de piel.

—Si yo hubiera estado en la misma posición que Silva —dijo Soriano—, tampoco te hubiera puesto en peligro...

—¿Qué quieres decir?

—Imagínatelo. No es difícil de comprender...

Robles puso su mano derecha sobre el hombro de su compañero e hizo un gesto breve de cariño. Manifestaba afecto pero también trazaba una frontera clara y contundente.

–Sólo tengo una opción, Soriano. Tengo que intentar hablar con el inspector como sea.

–No hagas locuras, Robles. Demasiado complicada está la situación como para que tú también te enredes...

–Si tú estuvieras en mi posición, harías lo mismo que yo.

Soriano sonrió: Robles, como era habitual, llevaba razón.

* * *

Pero ella nunca pensó que iba a ser tan complicado alcanzar su objetivo. Creyó que Álvarez iba a ser más fácil de convencer. Sin embargo, estaba demostrando ser un hueso bastante duro de roer, probablemente más por exceso de pusilanimidad que por firmeza de carácter.

–Álvarez, dime de una vez qué quieres.

Su compañero seguía mirando a través de la cristalera de la puerta, con gesto bobo y dubitativo.

–No tenemos todo el tiempo del mundo. El juez Benegas estará a punto de tomar una decisión sobre Silva. Tienes que dejarme entrar de una puta vez para que pueda hablar con él unos minutos...

Álvarez giró la cabeza y empezó a mirar fijamente a Carla Robles. De repente, llevó su mano hasta la bragueta de su pantalón, se bajó la cremallera y sacó su pene sin decir una sola palabra, sólo manteniendo la vista clavada en su compañera. Sus ojos intentaban emitir señales incitadoras pero eran, simplemente, repulsivas y humillantes. Robles quedó petrificada en su sorpresa, en un relámpago de asco y estupefacción que le impedía tomar cualquier tipo de decisión.

–Ya sabes lo que quiero. Si tienes prisa, más vale que no pierdas el tiempo. Y que no me lo hagas perder a mí...

Carla se acercó a Álvarez, apretando los dientes e ignorando cómo se le empezaba a revolver el estómago. Cuando estaba casi pegada a su compañero, aprehendió la erección para moverla de forma que todo terminara lo más pronto posible. Pero Álvarez la apartó y manifestó su rechazo.

–No, así no. Eso me lo puedo hacer yo mismo.

Carla comprendió. Teniendo que reprimir las arcadas que ya amenazaban con atacarle, se puso de rodillas. Siguió intentando que todo fuera breve y rápido. Supo enseguida que no sería posible: para el alma, el tiempo nunca se mide en segundos.

12

Claudio Montellano apenas durmió esa noche. Quizás, sólo lo hizo durante un cortísimo paréntesis en el que sus ojos estuvieron cerrados más allá de un parpadeo rutinario, un paréntesis en el que, quizás, pudo engañar a su cerebro y este pudo desconectar del mundo por unos raquíuticos segundos

y creyó que era descanso lo que no era más que un tramposo duermevela. Pero la mente del político, de momento victorioso, era un amasijo frenético que tenía que atender a unos frentes que no hacían más que multiplicarse día tras día. Tras su triunfo en la noche anterior, todo podía haberse tranquilizado. Sin embargo, no había sido así. Ahora, tenía que resolver tres problemas que no existían al comienzo de la madrugada anterior. En primer lugar, gestionar las derivaciones de la muerte de Pablo Bernal (confirmar que Agustín Covarrubias estuviera dispuesto a ocupar su puesto y frenar las embestidas de las jaurías que se lanzarían contra él intentando implicarle en el asesinato). Revisando los bolsillos de su chaqueta, se encontró con las tarjetas de visita del juez Benegas y el inspector Valle. Centró su atención, sobre todo, en la tarjeta del juez. Intuyó que ahí había una oportunidad que podía ser aprovechada. En segundo lugar, meditar algún tipo de acción ante la pérdida de superioridad estratégica que había supuesto que le hubieran birlado la información robada del IIB y controlar lo que pudieran llegar a hacer Esteban Miranda y Mark Cortés. Finalmente, tenía que decidir qué se podía hacer con José Luis Ugarte. Esto último era, a la vez, el flanco más delicado y el que ofrecía las mayores posibilidades en una coyuntura tan peligrosa. Siendo habilidoso, podía solventar el incómodo asunto, evitar cualquier conflicto con las autoridades y encontrar un medio para taponar la vía de agua que había supuesto la eliminación de Julio Ortigosa Melero. No eran todavía las seis de la mañana cuando Claudio Montellano hizo una llamada telefónica.

–Jimmy, ¿dónde estás? ¿En la capital? Te tienes que venir aquí, inmediatamente. Es un asunto urgente... Por el dinero, no te preocupes. Ya conozco tu tarifa y no va a haber problema en pagarte. Coge el primer avión y plántate aquí lo más pronto que puedas. Pues, claro que te cubriré todos los gastos... No pierdas ni un segundo y vente ya para acá. Estoy en el Hotel Internacional.

Mientras continuaba reflexionando sobre los planes a llevar a cabo, tuvo que decidir a quién podía llamar para obtener información de un asunto que era crucial dejar encauzado para alcanzar los objetivos que se proponía. Después de darle vueltas, y recordando sus tiempos de Ministro del Interior, pensó que tenía una buena opción. No por ser la única, era necesariamente mala. Buscó un número en la agenda de su móvil y lo marcó. Al cabo de varios tonos, pensó que, quizás, no le iban a coger la llamada. Pero, al final, sí que descolgaron del otro lado.

–¿Señor Montellano? ¿Es usted?

–Efectivamente, agente Carretero. Soy yo.

–¡Qué sorpresa! No me esperaba una llamada suya. Al menos, todavía...

–Ja, ja, ja... Es usted listo, Carretero. Muy listo. Es cierto que no esperaba llamarle aún. Porque estaba claro que, antes o después, tendría que llamarle. Dada la posición que usted ocupa, es fundamental que hablemos, nos pongamos al día y marquemos unas líneas de actuación claras. Pero, para eso, todavía queda un tiempo: habrá que esperar, como mínimo, a que se confirme que yo soy el candidato del Partido Moderado. Ahora, le llamo para pedirle un favor.

–¿Un favor?

–Sí. Un favor que le será recompensado antes de lo que piensa. Necesito saber si la policía ha averiguado algo sobre el paradero de Catalina Romero Martín. Esta chica ha desaparecido...

–No siga, señor Montellano. Sé quién es Catalina Romero Martín. De hecho, soy uno de los encargados de investigar su desaparición.

–¿Usted? Con eso, me está diciendo mucho más de lo que parece. Porque, si usted anda metido en un caso que, en principio, no tiene nada que ver con su cometido, es porque ya han averiguado la conexión de esa desaparición con la del abogado José Luis Ugarte...

–Aún más, señor Montellano. Sabemos, gracias a unas pesquisas que el comisario Torres ha hecho a primeras horas de la mañana, que José Luis Ugarte ha intentado contactar con su candidatura.

–Ja, ja, ja... ¿Sabe que mi paso por el Ministerio del Interior es una de las etapas de las que más me enorgullezco como político? Siempre será un honor haber estado al frente de unas fuerzas de seguridad tan competentes...

–Muchas gracias, señor Montellano. Por mi parte, le puedo decir que también fue un honor servir a sus órdenes.

–Bien. ¿Y han podido averiguar algo sobre la persona que le he comentado?

–Me alegro decirle que sí. Fue la propia Catalina Romero quien nos ha comentado que José Luis Ugarte se dirigió al hotel donde usted se halla antes de que la secuestraran.

–Entonces, ¿ha aparecido?

–Sí. Está sana y salva en el Hospital General.

–¡No sabe cuánto me alegra saberlo! Esa noticia me va a servir de una enorme ayuda. Pero ello me plantea un problema. Supongo que alguien vendrá a interrogarme antes o después. Y necesito tiempo. ¿Habría forma de retrasar esa visita?

–De momento, no se va a producir. El juez Benegas anda ocupado en procesar a un compañero de comisaría por el asesinato de Pablo Bernal...

–¿Un policía fue quien mató a Pablo?

–No. No se crea lo que salga de la instrucción de ese caso... Es inverosímil que el inspector Silva haya asesinado a Pablo Bernal. Es seguro que le han tendido una trampa.

–¿Y quién se la ha podido tender?

–Me ha pedido un favor y creo que ya lo he hecho. Le responderé a esa pregunta cuando me lo haya pagado.

–Vale, Carretero, ja, ja, ja... No se preocupe. Creo que me va a tener que responder antes de lo que piensa.

Tras llamar a Carretero, Claudio Montellano hizo otra llamada.

* * *

A las diez y media de la mañana, avisaron desde recepción que una persona, que decía llamarse Jimmy, preguntaba por Claudio Montellano. Este dio instrucciones para que subiera inmediatamente a su habitación. Antes de que llegara, ya estaba llamando a María Benavides para que también acudiera a hablar con él. Cuando María llegó a la habitación de su jefe, Jimmy ya había abierto la voluminosa maleta que llevaba con él y estaba conectando los dispositivos y equipos que había en ella.

—¿Qué es todo esto?

—Tienes mucho mejor aspecto que anoche, María —dijo el político mientras sus pupilas parecían dilatarse—. Eso quiere decir que has podido recuperarte. Ahora, vamos a ir a hablar con José Luis Ugarte. Mira, te presento a Jimmy.

—¡Hola! —dijo el susodicho Jimmy.

Jimmy era un tipo alto, flacucho y desgarrado, ojeroso y de tez pálida, con barba poblada y greñas recortadas por desigual, que vestía vaqueros gastados, sucias zapatillas deportivas y una camiseta negra y una chaqueta de cuero que eran dos o tres números mayores de lo que convenía a su rectilínea figura. Su imagen era la más parecida a la de un espectro que vagara por la penumbra y pudiera atravesar puertas y paredes.

María no sabía muy bien qué decir ni cómo reaccionar. Se había convertido en una especie de marioneta que las circunstancias manejaban a su antojo. Claudio Montellano salió al pasillo y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón que los dirigía a la cuarta planta y, una vez allí, fueron hasta la habitación de José Luis Ugarte. Las señales de preocupación en el rostro del abogado se habían acentuado desde la noche anterior. La amplia sonrisa del político marcaba, por ello, un paradójico contraste.

—Bueno, señor Ugarte, tengo que decirle que todo ha mejorado bastante. Creo que vamos por buen camino para solucionar todos nuestros problemas...

—¿Sabe algo de...?

—Acompáñeme hasta mi habitación y allí hablaremos tranquilamente.

Los tres realizaron el camino inverso que Claudio Montellano y María Benavides habían realizado unos minutos antes y se encontraron con que Jimmy ya parecía haber montado su red de dispositivos electrónicos con no se sabía qué fin.

—Mire, señor Ugarte, le presento a Jimmy. Es uno de los *hackers* más reconocidos de este país. Teníamos la duda de cómo iba a poder acceder a la información de su bufete. Bueno, pues él le va a llevar hasta la misma puerta de entrada. A partir de ahí, sería complejo acceder. No imposible pero altamente laborioso. No sabemos cuánto tiempo nos llevaría y si, finalmente, podríamos conseguirlo o no. Pero, evidentemente, usted tiene que conocer las claves de acceso. Con ellas, las dificultades que usted veía habrán quedado fácilmente superadas. En pocos minutos, tendremos la información que necesito.

—Pero no sé, señor Montellano, no sé —dijo José Luis Ugarte—. Todo esto es muy precipitado... Debo pensar más detenidamente...

—Usted no tiene que pensar nada. Ya me prometió que si le proporcionaba los medios para acceder la información de su bufete, me la daría. He cumplido mi parte. Ahora, le toca cumplir la suya.

—Pero tengo dudas...

—Mire, si cumple con lo que prometió, resolveré el problema de Catalina Romero. Si ahora se echa atrás, olvídense de que mueva un dedo sobre ese asunto.

María Benavides estaba sufriendo con la asfixiante angustia que se dejaba traslucir, con absoluta nitidez, en el rostro de José Luis Ugarte. Empezó a sentir una intensa repugnancia hacia su jefe. En

realidad, la repugnancia se extendía hacia esa habitación, hacia el *backer* filiforme, hacia el hotel entero, hacia la ciudad, hacia su vida, esa vida que la había llevado a esa cloaca apestosa que temía que la absorbiera para convertirla en un trozo más del río de inmundicia que circulaba silencioso pero a la vista de todos, callado pero mostrando sus miserias ante un decorado de complicidad o indiferencia que también le empezaba a ser profundamente repugnante...

—¿Cómo sé que me va a ayudar en el asunto de Cati?

—Señor Ugarte, me parece que usted es sumamente ingenuo. Ya ha visto que yo siempre consigo lo que quiero. Yo formo parte del poder. Yo soy el poder. Parece mentira que no sea capaz de saber ciertas cosas que son elementales. El poder siempre juega con cartas marcadas. Cuando da un paso, es porque sabe que se va a salir con la suya. El poder nunca va tanteando ni intentando... Si tantea o intenta, no es poder. Es mera especulación. Si yo afirmo que resolveré el asunto de Catalina Romero, es porque lo voy a hacer. ¿Le queda eso claro?

El tono de Claudio Montellano era altivo, autoritario, desconsiderado... José Luis Ugarte era como una hormiga que viera caer sobre sí la suela del zapato de un ser humano. María Benavides no pudo evitar intervenir.

—Claudio, ¿podemos hablar un momento a solas?

El político se sorprendió por la repentina interrupción. Se dirigió a la puerta de la habitación y salió al pasillo. Detrás de él, fue María. Ambos empezaron a hablar en voz baja.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Creo que te estás sobrepasando, Claudio. José Luis Ugarte llegó hasta nosotros de buena fe y con la mejor voluntad del mundo. No me parece bien lo que estás haciendo con él.

—Mira, María, sé que eres inteligente. Pero no estás bien curtida y te falta experiencia. Ese sujeto que está ahí dentro no es ningún santo. Es un tipo que quiere nadar y guardar la ropa. Que estaría dispuesto a engañarnos en nuestro primer despiste. Así que no le tengas tanta conmiseración... Él sería el primero en testificar ante cualquiera que tú estabas al tanto de toda esa historia. No quieras proteger a quien podría darte una buena puñalada por la espalda. ¿Me he explicado con claridad?

Claudio Montellano no esperó respuesta alguna. Volvió a la habitación y María le siguió con una fidelidad incipientemente perruna.

—Bueno, señor Ugarte, ¿ha pensado ya en lo que le he dicho?

—Sí, señor Montellano —dijo el abogado con resignación—. Vamos adelante...

—Perfecto. Venga, Jimmy. Manos a la obra...

El *backer* tardó en torno a media hora en acceder a los sistemas informáticos del bufete Ugarte-Esquivias. Al cabo de ese tiempo, ya tenía en su ordenador la pantalla de acceso a la información, con las ventanas donde había que escribir el nombre de usuario y la contraseña. Con un gesto, invitó al abogado a que los tecleara. José Luis Ugarte lo hizo lentamente, con pesadez, como si sintiera haber sufrido una derrota sin ningún tipo de consuelo o contrapartida. Después, todo fue un proceso frío y mecánico. Jimmy conectó un disco duro a su portátil y descargó en él toda la información. Eran las doce de la mañana cuando todo había terminado. Parecía haber sido una autopsia burocrática y desapasionada, la disección de un cadáver anónimo por el que sólo se podía experimentar un poco de asco y una buena dosis de indiferencia.

Con el disco duro en sus manos, Claudio Montellano parecía una persona feliz. Como mínimo, ampliamente satisfecha.

–Muy bien. Señor Ugarte, ahora le puedo decir que Catalina Romero está sana y salva en el Hospital General. Su vida no ha corrido nunca ningún peligro.

José Luis Ugarte dio, primero, un respingo de alegría. Pero, inmediatamente, frunció el ceño y, a continuación, dibujó un gesto de ira en su rostro para el que no eran necesarias las palabras. Sin embargo, estas brotaron con rabia y despecho.

–Me ha engañado.

–En absoluto, señor Ugarte. Ya le he dicho que el poder siempre juega con cartas marcadas. Lo siento mucho pero así son las cosas. Déjelo pasar y céntrese en el futuro. A partir de ahora, todo marchará solo. María le acompañará a su habitación. Descanse y relájese. Le vendrá bien.

De forma repentina, un tono fúnebre había invadido la habitación de Claudio Montellano. Todos estaban en silencio. José Luis Ugarte salió de allí con la carga de una humillación para la que no existía redención posible. María Benavides le seguía con la sensación de que las últimas horas habían abierto una herida en su alma que sería imposible que cicatrizará. Jimmy, aunque ocupado en recoger todo su equipo, percibía la desolación que empapaba el aire y aligeró para salir de allí lo más pronto posible. Cuando se marchó, Claudio Montellano se quedó solo. De repente, sintió que la habitación era fría y poco acogedora. Miraba el disco duro como un pequeño trofeo que hubiera ido parar a su vitrina gracias a su habilidad y perspicacia. Ya solo le quedaba un paso para completar su jugada maestra. Con su móvil, volvió a hacer una llamada.

–Inspector Carretero, soy nuevamente yo. ¿No le dije que iba a tener pronto noticias más? Ya ve que no le mentía. Le voy a anunciar algo que, creo, supondrá un importante tanto positivo para usted. José Luis Ugarte está en la habitación 412 de este hotel. Me acabo de enterar que está aquí desde anoche. Fue Pablo Bernal quien se ocupó de esconderlo. Me parece que deberían venir a detenerle, ¿no?

13

Silva estaba acostado, boca arriba, en la dura cama de la celda. Tenía los ojos cerrados. Reflexionaba. Pero sus pensamientos se desarrollaban a través del vacío, de un vacío yermo y gélido que sólo ofrecía desamparo. Reconstruyó sus pasos en esa noche aciaga. Pero no llegó a ninguna conclusión. No sabía nada. Nada podía deducir. Todo era oscuridad. Como esa masa negra que emergía de su mirada cancelada. Su cerebro había entrado en un bucle que se iniciaba en ese calabozo y acababa allí mismo. O podía iniciarse en cualquier otro punto: en el tablero de ajedrez del Hotel El Pantano, en la *suite* de David Berenger o, quizás, en el momento en que, dirigiéndose en secreto a la Brigada de Delincuencia Económica, decidió que iba a poner en marcha toda esa maquinaria diabólica (que no iba a conducir a ningún lado), o, tal vez, muchos años atrás, cuando, en otra ciudad, fue testigo de una cadena de traiciones, traiciones que estaban unidos al presente por un hilo delgado y sutil, un hilo que había querido ignorar pero que, al negarlo (al negarlo él, al negarlo todos, al negarlo cualquiera), había ayudado a que la cizaña creciera hasta asfixiar la luz del sol.

Nada se podía hacer ya.

Durante mucho tiempo, durante demasiado tiempo, habían luchado en las tinieblas contra enemigos ocultos. Y, ahora, esos enemigos ocultos estaban venciendo. Por no decir que era posible que hubieran vencido ya, que no quedaban más batallas por luchar porque la guerra había concluido. Y él era el prisionero que acaba enclaustrado tras ser atrapado por las tropas enemigas. De repente, se le ocurrió pensar que había dado demasiadas facilidades al adversario. A lo mejor, fue algo inconsciente. A lo mejor, en su interior, siempre supo que solo cabía el fracaso y quiso aligerar los trámites, ahorrar etapas y plantarse lo más rápidamente posible en ese frío habitáculo donde ya no era necesario pensar, solo cerrar los ojos y resignarse ante el contundente testimonio de una realidad desperdiciada.

No tuvo más remedio que admitirlo: la celda olía a derrota.

* * *

Álvarez abrió, por fin, la puerta que se hallaba a la izquierda del pasillo.

—Silva está en la número 25 —dijo el agente desviando la mirada, sin querer que sus ojos se cruzaran con los de Robles—. No tardes más de diez minutos. Creo que en ese tiempo no habrá peligro...

Carla Robles se adentró en el fantasmal corredor donde todo era silencio, un silencio helado que se te pegaba a los huesos como el hambre o la rabia. La celda 25 estaba casi al principio, a la izquierda. La agente abrió el ventanuco por el que se podía ver el interior y allí estaba Silva, acostado en la cama. No lo percibió con claridad en la penumbra pero parecía que tenía los ojos cerrados. De repente, creyó que el inspector era menos alto que unas horas antes, que se había encogido por los zarpazos e infamias de la madrugada.

—¡Tomás, Tomás...! —dijo Robles susurrando.

Silva levantó la cabeza. Sonrió. Con un poso de tristeza evidente pero sonrió. Se levantó y se aproximó a la puerta.

—Me debería sorprender que hayas llegado hasta aquí. Pero, ¿por qué será que no me sorprende?

—No ha sido fácil...

Robles bajó la mirada.

—Me imagino. ¿Qué se cuece por ahí arriba?

—Las cosas están muy mal, Tomás. Están empezando a dar por hecho que fuiste tú quien mató a Pablo Bernal. Hay ya quien insinúa que van a montar una teoría que sirva para concluir que tú eres Alexander. Berenger ha dicho que le chantajeaste y le pediste dinero... El juez Benegas está manipulando los interrogatorios...

—¿El juez Benegas está llevando la instrucción?

—Sí. Y está retorciendo la ley hasta extremos inverosímiles para forzar la situación... No está respetando tu derecho a un abogado con la excusa de que no hay una acusación formal... Acusación que está levantando con argumentos absolutamente delirantes...

—Eso, en sí mismo, no es malo. Cuando más débil sea la instrucción, más fácil será rebatirla después...

–Yo creo que la intención final no es necesariamente que salgas condenado ante un tribunal. Creo que quieren hundir tu prestigio profesional y personal. El objetivo es que, cuando logres estar ante un tribunal, tu imagen esté destruida ante la opinión pública. Tenemos poco tiempo, Tomás. Necesito que me puedas decir algo que nos sirva para ayudarte.

Silva sacudió la cabeza con gesto de desazón.

–Bien poco os voy a poder ayudar, Carla. Las coordenadas que habían dejado anotadas debajo del tablero de ajedrez me llevaron al Gran Hotel. En la recepción, pregunté por David Berenger. No tuve problemas en que me llevaran hasta su *suite*. Una vez allí, me dejaron sin conocimiento. Por cierto, fue esa asistente joven con cara de ángel. No os fiéis de ella. En su caso, es evidente que las apariencias engañan. Desperté en una habitación de ese mismo hotel. Me tuvieron que drogar porque estaba confuso y desorientado. Apenas me dio tiempo de nada porque irrumpieron Valle y su grupo y encontraron el cadáver de Pablo Bernal. Me llevaron hasta aquí y eso es todo.

–Tiene que haber algún hilo del que tirar...

Silva empezó a reflexionar. Al cabo de unos segundos, se le ocurrió algo.

–Hay que reconstruir el camino que siguió Pablo Bernal hasta llegar al Gran Hotel. El cuartel general de Claudio Montellano estaba en el Hotel Internacional. ¿Cómo llegó hasta allí?

–Eso ya lo he preguntado yo. Pero no nos dejan investigar... Nos tienen paralizados. El comisario Torres ha intentado averiguar algo amparándose en que llevamos el caso de la desaparición de Catalina Romero... Pero ha sido peor el remedio que la enfermedad. Catalina Romero sólo ha dicho que...

–¿Ha aparecido? ¿Está bien?

–Sí. Está sana y salva. Le dijo al comisario que José Luis Ugarte fue a ver a Claudio Montellano. Eso es un hilo del que deberíamos tirar... Después, fueron a ver a Berenger. Y ahí soltó lo que te he dicho...

–Intentad pedirle a Mendizábal que siga ese hilo. A él fue quien le llegó el tema de la desaparición de Catalina Romero. Desprendeos del caso y volved a pasárselo a él. Él tendrá más libertad que vosotros para actuar...

–Sí, haremos eso.

–Quien ideó el secuestro de Catalina Romero en el Hotel El Pantano fue David Berenger. Eso es evidente porque lo del tablero de ajedrez lleva su sello personal. Y fue él quien también ideó lo del asesinato de Pablo Bernal. Y lo que conecta un hecho con otro es José Luis Ugarte. José Luis Ugarte abandonó el Hotel El Pantano y fue al Hotel Internacional a hablar con la candidatura de Claudio Montellano. Es decir, es muy probable que Pablo Bernal, que a fin de cuentas era la mano derecha de Montellano, se enterara de que Ugarte quería hablar o había llegado a hablar con su jefe. De hecho, lo lógico es que fuera él quien lo recibiera, ¿no? No iba a recibirlo directamente el candidato...

–Es decir, si Mendizábal investiga el recorrido que hizo José Luis Ugarte puede dar con alguna pista que nos sirva. O, como mínimo, podemos encontrar un hilo del que tirar...

–Por intentarlo... A ver si Mendizábal quiere. Creo que sí. Pero, por lo que me cuentas, las cosas andan muy mal... No sé si va a atreverse.

—Creo que es la única salida que tenemos.—Carla Robles calló un breve instante. Cuando volvió a hablar, lo hizo preocupada y tensa— ¿Cómo estás?

—Pues mal. Muy mal. Estoy metido en un buen embrollo. No sé cómo voy a salir de esta. Pero con sangre fría seguro que encontramos la solución. Ya verás cómo sí...

Silva sacó su mano derecha por el ventanuco y la extendió. Carla Robles se la cogió, con una mezcla indefinible de cariño y zozobra, mientras dibujaba una sonrisa tímida en sus labios.

—Tomás, te vamos a sacar de esto. No lo dudes. Ningún compañero de la comisaría cree en tu culpabilidad. Todos ellos estarían dispuestos a ayudarte...

—Bueno, Carla, no nos dejemos llevar por el exceso de optimismo. Si van en serio con esto, os van a meter miedo en el cuerpo a todos para que os quedéis quietos. Sé que me vais a ayudar. Pero no vais a ser tantos. Vais a ser pocos. Hazte a la idea.

—Seamos los que seamos, te sacaremos de aquí.

—Sé que lo intentarás.

Carla Robles se besó la mano y la llevó a la mejilla de Silva.

—Me tengo que ir. No me pueden ver aquí. Nadie tiene que saber que he hablado contigo.

—Claro. Adiós, Carla. Que tengáis suerte.

* * *

Carla Robles abandonó el corredor de las celdas para los detenidos incomunicados y el pasillo que separaba unos y otros calabozos. Llamó a la puerta de salida y Álvarez la abrió.

—¿Todo bien? —preguntó el agente.

Ella se marchó sin mirarle a la cara ni dirigirle la palabra.

14

La confianza que Esteban Miranda tenía en su hermano se basaba, única y exclusivamente, en los vínculos de sangre que lo unían a él. Porque el estilo de vida de Matías era, evidentemente, heterodoxo. Y su hermano no quería profundizar en él más allá de lo que ya sabía: que se dedicaba a la gestión de diversos negocios y trapicheos que tenían lugar entre su pueblo y el Enclave y que regentaba un prostíbulo, la cual era su actividad “oficial” reconocida. Hasta cierto punto, la dirección del burdel era lo que le servía para darle una fachada de dignidad ya que el conocimiento de la naturaleza de sus transacciones ocultas no hubiera ayudado demasiado a mejorar la opinión sobre él. Aunque esta afirmación podría parecer absurda e irracional, si se consideraba que hombres de toda índole y condición social acudían al establecimiento comandado por Matías Miranda, se comprenderá mejor que él se limitaba a estar al frente de un punto de visita habitual para un amplio sector de la localidad. Si ello era así, ¿por qué se debería avergonzar cuando, además, sabía hacer muy bien su trabajo? Todos los clientes estaban satisfechos, las chicas, dentro de lo que cabía, tenían unas condiciones de trabajo satisfactorias, se había ganado la confianza de sus socios y en

más de diez años no había habido ningún problema que hubiera atraído la atención de las autoridades y, por ello, alentado el cierre del negocio.

En función del mundo en que se movía Matías, los avatares de su hermano le podían resultar sorprendentes pero nunca abrumadores: él ya se había visto en peores contingencias, por lo que lo que podía estar sucediéndole a su hermano era un problema menor en relación a los que él había sufrido y solucionado airoosamente. Pensaba plantear la ayuda a Esteban y Mark del mismo modo que él había desarrollado su estrategia para salir de todos los atolladeros en que se había metido: con métodos simples y limitándose a utilizar los recursos que tenía más a mano. En este caso, los iba a esconder en una de las casas donde vivían las prostitutas de su burdel. Irían allí de noche porque, al tratarse de un chalet que estaba algo apartado del casco urbano de la localidad, la oscuridad sería la aliada perfecta para ocultar los movimientos que tendrían que realizar. Esteban y Mark pasaron todo el día en el domicilio de Matías. Este, tras la puesta de sol, los metió en una furgoneta que no tenía ventanas laterales en su parte trasera y los condujo hasta el lugar que iba a ser su refugio. Al tener el chalet una plaza de garaje cerrada, Esteban y Mark pudieron salir sin que nadie los viera. Una vez allí, los instaló en un cuarto que daba a la parte de atrás de la casa, con una ventana que daba al campo, es decir, un sitio ideal para permanecer escondidos.

A esa hora, sólo estaban allí cuatro chicas, una que estaba enferma con gripe, otra que iba a estar pendiente de ella y dos que tenían el día libre y se preparaban para salir. Matías reparó, desde el primer momento, en que Esteban y Mark no estaban especialmente animados y que el lugar escogido no hizo más que deprimirlos. Esteban, cabizbajo, tenía el aspecto de un perro acorralado.

—¿Puedo subir a la azotea? Tengo ganas de fumarme un cigarrillo...

Aunque no era lo más seguro, Matías le dijo que sí. Quería hablar con él un rato para intentar que no se acabara de hundir definitivamente y, de todas formas, no creía que, siendo ya noche avanzada, nadie de fuera pudiera detectar que había alguien en la terraza superior del chalet.

Esteban fumaba con parsimonia. En realidad, con desesperación contenida.

—¿Desde cuándo estás con Mark metido en todo este lío? —preguntó Matías.

Esteban sonrió con desgana.

—Te va a sorprender. Desde hace menos de veinticuatro horas...

Matías sonrió. Pero, al contrario que su hermano, lo hizo a mandíbula batiente.

—Menos de veinticuatro horas... No te voy a preguntar los detalles. Me sorprende. Pero seguro que tendrás tus motivos... No voy a entrar en ellos.

Esteban guardó silencio durante unos instantes. Reflexionó sobre las palabras de su hermano.

—Todos tenemos motivos para hacer lo que hacemos, ¿no? —dijo al final de su reflexión.

—Supongo que sí... Detrás de nuestra conducta, siempre suele haber una razón que la explica...

—Comprendo a dónde quieres ir a parar. No hace falta que des rodeos. Llevo años recriminándote por la vida que llevas y resulta que me he movido en un mundo que no es mucho mejor que el tuyo. De eso se trata, ¿no?

–No soy tan elemental, Esteban. No voy a intentar justificarme ni a tomar revancha. Me importa una puta mierda lo que tú hayas hecho, lo que hayan hecho tus jefes o lo que vayáis a hacer ahora. Los que han mandado nunca han hecho nada por mí ni por mi familia... No espero nada ni de los que mandan ni de los que vayan a mandar en el futuro... Sólo aspiro a que me dejen vivir en paz...

–Tu familia es también mi familia, Matías. Soy consciente de las limitaciones que han tenido las políticas de los gobiernos pero...

–No, mira, no me vengas ahora con esas monsergas que me las paso por donde yo me sé... Y no me digas que mi familia es tu familia porque llevas años pasando de nosotros... Sólo viniste a los entierros de papá y mamá y no tuviste ni un minuto para preguntarnos cómo nos iban las cosas... Te contagiaste de toda la mierda de la gente que te rodeaba... Y punto.

–Matías, hablas como si yo estuviera obligado a elegir el destino que alguien había marcado para mí sin que yo pudiera opinar... ¿Te has parado a pensar que me distancié para defenderme? ¿Que quería liberarme? ¿Que lo único que pretendía era huir de lo que me estabais condenando a ser?

–¿Y eso significa no hacernos ni puto caso? Ni llamadas ni visitas ni nada de nada... Tu hermana Inés te ha echado muchísimo de menos... Y no has sido capaz ni de escribirle una felicitación por Navidad...

–Preferiría que no le dijeras a Inés nada de esto...

–Ni se me ocurriría. ¿Para qué? ¿Para decirle que estás metido en un buen lío y que no has querido ni ir a verla? Mira, ojos que no ven, corazón que no sienten...

–No hay forma de hablar con vosotros...

–Quizás, no. Pero ¿quizás contigo se puede hablar? ¿Qué es lo primero que has hecho nada más llegar? Pedirme un favor y decirme que te preguntara lo menos posible... Así has sido siempre. Pides y exiges pero no das nada.

Quizás, Matías tuviera razón. Quizás, el idealismo que intentaba desplegar en política no era más que una forma de resarcir la despiadada frialdad que había levantado, como una muralla inexpugnable, contra su familia. Quizás, su preocupación por seres humanos abstractos era la contrapartida por su indiferencia ante seres humanos concretos. Pero no. Se dio cuenta de que ello no era así. Él se había preocupado por María. Había querido que prosperara y que tuviera un trabajo acorde con su valía. Se sorprendió cuando ella empezó a deslizarse por el tobogán de la inmundicia e intentó apartarla de él. Pasó por momentos de angustia cuando ese tipo quiso matarla y sintió un alivio infinito cuando Mark le salvó la vida... Sufrió una profunda frustración cuando descubrió la verdadera cara de Claudio Montellano y un hondo dolor cuando se enteró de la muerte de Pablo Bernal... Eso no retrata a una persona insensible. Pero, con su familia, sin embargo, todo era distinto. En su interior, parecían existir unos mecanismos de seguridad que convertían su alma en una fortaleza, en un reducto cerrado impermeable a las palabras, al estupor y a la desilusión de aquellas personas que estaban unidas a él por vínculos de sangre, de una sangre esquiva, de una sangre a la que repelía como si estuvieran dos polos con la misma carga magnética uno frente a otro. Ahora mismo, frente a Matías, le hubiese gustado que una mampara de cristal surgiera de la nada y lo separara de él, que sus labios quedaran silenciados y no tuviera que escuchar ningún otro reproche, ninguna otra recriminación. No le importaban las censuras ajenas... Pero las de su familia le acababan resultando una tortura pavorosa. El cigarrillo empezó a temblar entre sus dedos. Matías se percató de ello.

–Perdona, Esteban, quizás no sea el momento de hablar de esto... No sé. Pero es que es de lo que hemos hablado durante años... Todos los días... En todas las comidas navideñas... En cada cumpleaños de papá y mamá...

–¿Continúas con las actividades en las que papá estaba metido?

–Sí, claro. Por supuesto que sigo con ellas. Es la herencia que me ha dejado... ¿Qué me vas a decir? ¿Que te avergüenzas de ello? ¿Y no te avergüenzas de lo que han hecho y están haciendo tus jefes?

–No prejuzgues lo que iba a decir. Te lo he preguntaba por curiosidad... Solo por eso.

–Pues sí. Sigo con ello. El Enclave está ahí. Siempre ha estado y creo que siempre estará. Ofrece oportunidades. Si no las aprovecho yo, las aprovechará otro.

–No necesitas justificarte. No te estoy recriminando nada...

–Bueno, por si acaso.

Entre ellos, cayó, como una losa, un silencio cortante... Ninguno de los dos hermanos se atrevía a reanudar la conversación. Fue Matías quien tomó la iniciativa.

–¿Sabes que Isabel se casó?

Esteban alzó la cabeza y miró al cielo estrellado. Logró evaporar los sentimientos que se habían despertado en él.

–No, no lo sabía.

–Al principio, me preguntaba mucho por ti. Hasta que dejé de preguntar...

–Matías, tomé una decisión... Asumo las consecuencias.

–Ya... Todos asumimos las consecuencias de lo que hacemos. Bueno, me tengo que ocupar de mis asuntos... Descansad. Creo que os hace falta.

–Vale. Lo intentaremos.

Matías y Esteban bajaron juntos. La despedida entre ellos fue fría. Hubo un abrazo pero fue un abrazo nervioso y timorato. Tras ver cómo su hermano abandonaba el chalet en la furgoneta en la que habían venido, Esteban se dirigió al cuarto que les habían asignado. Mark estaba acostado. Se le veía gesto de enfado. Estaba claro que lo mejor era afrontar directamente la situación.

–Mark, sé que esto no es lo que te esperabas... Pero, ahora mismo, es a lo único a lo que podemos aferrarnos... Ya me ocuparé de encontrar una opción mejor...

–Eso mismo me estuvo diciendo Julio durante meses y fíjate cómo acabó la cosa... Sé que todo esto no es culpa tuya... Es que estoy agotado...

–En mí, puedes confiar. Esto va a acabar bien. Ya lo verás...

En realidad, una honda sensación de pánico había invadido el ánimo de Esteban.

David Berenger cumplió su palabra. Una hora después de su sorprendente anuncio, él y José Ángel Esquivias estaban solos en la *suite* del Gran Hotel, sentados frente a frente: Berenger, en el elegante sillón donde solía hacerlo; Esquivias, en la butaca donde había estado sentado Silva la noche anterior. El diplomático había dado órdenes a todo el personal a su cargo para que no les interrumpieran mientras él no diera aviso en contrario. Asimismo, como medida adicional de seguridad, había colocado a dos hombres ante la entrada de la habitación para evitar indiscreciones y llamadas inoportunas a la puerta. La televisión estaba encendida pero con el volumen puesto a cero.

José Ángel Esquivias estaba tenso. Expectante. No sabía interpretar con precisión qué era lo que había sucedido. En un momento dado, creyó que no era más que un hámster dando vueltas en una rueda infernal girada por unos seres superiores carentes de compasión y, tras verse acorralado y haber tenido que amenazar a Berenger, ocurre lo inesperado: el propio Alexander iba a llamar para tranquilizarle, para disipar todos sus temores e inquietudes... Podía ser tanto un reconocimiento del estatus adquirido como una añagaza para que dejara de pensar que no era más que un peón desechable en una estrategia que no controlaba. Quería mantenerse en guardia porque las señales eran equívocas.

Tras unos minutos donde solo hubo silencio, el móvil de Berenger, que estaba sobre la mesa baja que lo separaba del abogado, empezó a sonar. El venerable anciano pulsó el botón para descolgar el aparato y, casi a continuación, lo ponía en estado de manos libres. Esquivias pudo comprobar, de reojo, que en la pantalla aparecía el mensaje de número oculto. Le extrañó el hecho: si Alexander no revelaba cuál era su teléfono de contacto, ¿cómo avisó entonces el diplomático al líder de los infiltrados sobre lo que estaba sucediendo y la necesidad de hablar con él?

—Buenos días, Alexander. Como le expliqué en la anterior llamada, en el ánimo del señor Esquivias se han sembrado dudas sobre cuál es nuestro plan y cuáles son nuestras verdaderas intenciones. Francamente, veo lógico que ello sea así. No puede haber aún la suficiente confianza entre el señor Esquivias y nosotros y, además, hemos tenido que maniobrar con rapidez ante circunstancias inesperadas, sin poder proporcionar el nivel mínimo adecuado de información. Con el paso del tiempo, él descubrirá que las cosas siempre son así. Mientras tanto, se hace preciso tomar medidas que nos devuelvan a todos la confianza mutua. Por eso, le he sugerido que nos llamara y fuera usted quien explicara el estado de la situación al señor Esquivias.

Conforme avanzaba el largo parlamento de Berenger, la tensión de José Ángel Esquivias no hacía más que crecer, ante la impaciencia por poder escuchar, por fin, cuál era la voz que emitiría el teléfono móvil.

—Muchas gracias, señor Berenger.

Un cierto sentimiento de decepción invadió al abogado. De algún modo, probablemente por algún tipo de dispositivo electrónico, la voz estaba distorsionada. Era incapaz de identificar cualquier rasgo que le pudiera decir algo sobre su edad, acento, posición social, incluso sexo...

—Creo que usted ha explicado muy bien la situación. Y, como es habitual en usted, no han faltado el rigor, la precisión y la lucidez. Señor Esquivias, me presento. Yo soy Alexander. Es un nombre en clave y es lo único que sabrá de mí: es la mejor garantía de que mi identidad real no va a ser

descubierta y podré seguir prestando servicios a la organización que David Berenger representa. Señor Esquivias, hemos percibido en usted las dotes necesarias para ser uno de los nuestros. No sólo uno más. Sino alguien especialmente relevante y destacado. Por ello, es importante para nosotros que esté unido a nosotros sin fisuras. ¿Cuáles son sus inquietudes respecto a la actual situación?

José Ángel Esquivias estaba descolocado. Pensaba que había pasado a ser una pieza inservible dentro de un engranaje superior y, en cambio, parecía que tenía reservado un papel protagonista. Si todo ello era una trampa, no veía claro cuál era su finalidad. ¿Qué podían querer sacar de él? Las imágenes que la televisión estaba emitiendo en ese instante no invitaban al optimismo: mostraban el momento en que sacaron del Gran Hotel, de ese mismo hotel donde estaban ahora mismo, el cadáver de Pablo Bernal.

—Señor Alexander, los acontecimientos han ido demasiado rápidos como para que cualquiera pudiera asimilarlos con facilidad. Yo tenía un bufete de abogados. Ahora, la que era mi forma de vida está destrozada. Y de intentar conseguir una información que estaba por ahí circulando, algo que no parecía excesivamente complejo, me veo metido en medio de una conspiración en la que han asesinado a uno de los políticos más importantes de este país. Comprenderá que resulta complicado sobrellevar todo esto con un mínimo de serenidad, ¿no?

—Le comprendo, señor Esquivias. Pero se lo ha dicho el señor Berenger. A veces, tenemos que tomar decisiones aceleradas para evitar males mayores. Descubrimos a tiempo que su socio estaba negociando la compra de información a sus espaldas. Con ello, impedimos que las investigaciones avanzaran hasta un punto en que pusieran en peligro nuestros objetivos. ¿Llevo razón?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Creo que perdimos la mejor oportunidad posible para conseguir la información...

—Perdimos dicha oportunidad porque su socio huyó de la casa donde se había refugiado.

—Le metimos el miedo en el cuerpo...

—Un miedo real y bien fundamentado. A la mañana siguiente, la policía se iba a presentar en su despacho. Usted comprobó que fue así.

—José Luis hubiera podido mantenerse firme frente a las preguntas que le pudieran haber hecho. La acción de la policía no tendría por qué haber tenido consecuencias...

—No lo tengo tan claro, señor Esquivias. Los responsables de la investigación son gente muy preparada y tenaz. Fíjese que nosotros no detectamos ningún movimiento para intentar comprar la información robada en el Enclave y, en cambio, ellos sí lo descubrieron. Probablemente, hubieran ofrecido un acuerdo con su socio y este hubiera cedido fácilmente... Intente estimar las implicaciones de tal circunstancia...

El abogado empezó a reflexionar y se dio cuenta de que el misterioso personaje podía tener razón. Pero, a pesar de ello, seguía teniendo dudas sobre la estrategia empleada.

—Aunque pudiera llevar razón en ese punto, creo que lo de Pablo Bernal ha sido claramente excesivo.

De repente, se hizo un profundo silencio. Berenger miraba hacia el suelo. No había respuesta al otro lado del teléfono móvil. Por un momento, llegaron a pensar que la llamada se había cortado. Pero, al cabo de unos segundos, Alexander respondió.

—¿Excesivo? Se ha logrado lo que parecía imposible: que hayamos paralizado la investigación policial.

—¿Y no había otro medio para conseguirlo?

—No.

—Pero, ahora, habrá una investigación mucho más peligrosa: la del asesinato de...

—Claro que sí. Y, de momento, hay un único sospechoso: el inspector Tomás Silva.

—¿Y las sospechas son lo suficientemente sólidas como para que el inspector pueda ser procesado?

—Eso es lo de menos. A lo mejor, las sospechas no se sostienen. Pero no le quepa la menor duda: el inspector Silva va a ser procesado.

—Y a partir de ello, ¿qué?

—Pues tendremos el terreno libre para conseguir la información robada del IIB. Y, cuando la tengamos, habremos consolidado una posición que será inexpugnable. Eso sí, antes, usted tendrá que soportar una dura prueba.

José Ángel Esquivias se asustó.

—¿Una dura prueba? ¿Cuál?

—Su socio, José Luis Ugarte, está en el hotel donde se halla ubicado el cuartel general de Claudio Montellano. Y en, aproximadamente, tres cuartos de hora, va a ser detenido.

16

Cuando Carla Robles volvió con sus compañeros, su rostro estaba inundado de pesimismo: sus rasgos ya se confundían con los del ambiente tétrico que presidía esa oficina. Nadie conversaba ya. Nadie trazaba ningún plan para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Cuando llegaron Gómez y Valbuena, era evidente que estaban enterados de todo lo que había sucedido porque su expresión de funeral lo anunciaba con la misma precisión que un teorema matemático. Robles se sentó en su silla para intentar liberarse del agotamiento infinito que empezó a sentir sobre su espalda. Quería dormir. Solo dormir. Quizás, al despertar, descubriera que todo había sido sólo un mal sueño. Si no, habría recuperado fuerzas suficientes para afrontar el colosal desafío que les aguardaba.

—Estén preparados —dijo Méndez a los recién llegados—. El juez Benegas los puede llamar de un momento a otro...

Ambos decidieron ser prudentes. Se sentaron y no preguntaron nada. Gómez hizo un gesto a Robles con el dedo índice de la mano derecha para indicar que ya hablarían luego. Osorio se estaba hundiendo en su desesperación. Acabó saliendo a los pasillos para intentar despejarse y aclarar sus pensamientos. Cinco minutos después, también salió Cristina Salvador, que no paró hasta que lo pudo encontrar, una planta más arriba, apoyado en una barandilla que asomaba al amplio vestíbulo

de la comisaría. Cristina puso su mano izquierda sobre el hombro de su compañero en señal de afecto. Osorio estaba completamente hundido y el gesto no le transmitió ninguna sensación positiva ni reconfortante.

–He sido un cobarde. Tenía que haber resistido...

–Ese tipo es duro y listo... Una mezcla explosiva. Además, el trance en que Silva se ha visto implicado no es el más adecuado para defenderle... No te sientas culpable de nada. Benegas tiene sus objetivos muy claros y puede alcanzarlos sin apenas arriesgar... Nosotros, si queremos defender al inspector, nos la tenemos que jugar... Podríamos parecer cómplices de esa sórdida historia...

–Sí. Esa es la estrategia exacta que Benegas está llevando a cabo...

Osorio clavó sus ojos en el rostro de Cristina Salvador mientras pronunció esa última frase.

–Era de esperar.

–¿Por qué?

–Bueno, porque es un juez ambicioso... Ha visto la oportunidad que le ofrecía el caso y se está dedicando a explotarla...

–Te veo muy enterada sobre estos entresijos...

–¿Qué te sucede, Javier? Te noto raro... Claro que estoy enterada. Soy policía. Y si no lo fuera, soy una ciudadana informada... ¿Qué te crees? Que no sé de cómo se manejan las cosas del poder...

–Es que me sorprende mucho, Cristina. Cuando te acercaste a mí, aparentaste que eras una persona con poca experiencia, que estabas aprendiendo... Prácticamente, cándida e ingenua... Y, ahora, sabes muchísimo de muchísimas cosas... ¿De qué vas, exactamente?

–Mira, Javier, será mejor que lo dejemos... No estás en el mejor estado anímico posible...

–No, te equivocas. Estoy en el mejor estado anímico posible. En aquel en el que empiezas a adquirir lucidez.

–Comprendo que te sientas mal por lo que ha pasado con tu declaración ante el juez pero...

–Me siento mal. Pero lo que te estoy diciendo no tiene nada que ver con eso... Es que me he dado cuenta de que tu juego no me gusta...

–¿Juego? ¿Qué juego? No te comprendo, Javier...

–Creo que lo único que pretendiste al iniciar una relación conmigo fue sacarme información...

–¿De qué estás hablando? ¿Cómo puedes decir esas cosas?

–Ha habido fugas de información en nuestro grupo. Eso es evidente. La huida de José Luis Ugarte lo dejó bien claro. Hubo una filtración. Mientras se mantenía el sistema de vigilancia sobre Silva y sobre nosotros, sobre todos los policías que no formábamos parte de la Brigada de Delincuencia Económica, podíamos tener la duda de dónde salían los chivatazos... Pero después de que Silva lograra que esa vigilancia fuera abortada, no podía haber dudas: la filtración tuvo que venir de dentro. Y ahora me doy cuenta de que has estado maniobrando todo el tiempo para convertirme en tu fuente de información. Por eso, cuando el sistema de vigilancia quedó paralizado, me confesaste

su existencia: era el mejor modo de mantener mi confianza en ti por si Silva me hubiera revelado o me llegara a revelar que nos estabais controlando...

Cristina Salvador no quiso seguir escuchando. Se dio la vuelta y se dispuso a volver a la oficina donde estaban todos sus compañeros. Pero Javier Osorio la cogió del brazo e impidió que se marchara.

–Hasta ahora, no nos hemos preocupado demasiado sobre el tema porque las cosas se movían dentro de determinados límites –dijo Osorio–. Pero esta noche todo ha cambiado. Y tenemos que empezar a analizar sin piedad las circunstancias...

–Suéltame, Javier. Me estás haciendo daño...

–No te suelto hasta que me digas la verdad. ¿A quién pasabas la información?

–¿Te he dicho que me sueltes!

–¿Qué está sucediendo aquí?

Quien había irrumpido en la escena era el inspector Valle. Sus ojos estaban clavados en ambos con esa mirada torva y esquinada que lo caracterizaba.

–No sucede nada, inspector –dijo Osorio–. La agente Salvador y yo estamos cambiando impresiones. Sólo eso.

–Puede haber sido un cambio de impresiones. Pero no me parece que haya sido nada pacífico –dijo el inspector.

–No se preocupe, inspector –dijo la agente Salvador–. Tan sólo estamos hablando. Es que estas horas están siendo muy duras. Y tenemos los nervios alterados...

Valle desconfiaba. Intentaba ahondar en qué había ocurrido, en qué hilo oculto del tapiz se estaba manifestando en esa trifulca apenas disimulada.

–Tengan cuidado, agentes. Tengan mucho cuidado. Los juegucitos de Silva ya se han acabado. Ahora, estamos hablando de cosas serias. No se guarden nada de lo que se puedan arrepentir en el futuro inmediato.

Los tres policías se dirigieron a la oficina donde estaba el resto de miembros del grupo. El ambiente no había mejorado. Posiblemente, la pesadumbre no había hecho más que acentuarse. Osorio creyó entrever en el rostro de Valle un gesto de íntima satisfacción.

–Le toca a usted, Gómez. Le recomiendo que se ciña a la verdad y no intente esconder nada... Créame. Es el consejo de un compañero que quiere lo mejor para usted.

Gómez no dijo nada. Se levantó y empezó a caminar con paso lento para ir hacia la sala donde el juez Benegas estaba tomando declaraciones.

La primera reacción de José Ángel Esquivias fue de estupor: en realidad, no había acabado de comprender el alcance real de las palabras de Alexander. Cuando al fin lo hizo, quedó sumido en una especie de congelación de la que no pudo escapar durante unos segundos que, después, le parecerían casi eternos. Cuando pudo recuperarse de la primera impresión, tan solo le salió un balbuceo renqueante que le costó enderezar para emitir un discurso mínimamente coherente.

–¿Detenido? No... no lo entiendo... ¿Cómo que van a detener a José Luis? ¿Para eso hemos hecho todo lo que hemos hecho? ¿Y cómo puede usted saber que lo van a detener? No, no comprendo nada...

–Señor Esquivias... –dijo Alexander–. Tranquilícese. Voy a explicarle...

–¿Va a explicarme? Le recuerdo que... Ya no sé qué le tengo que recordar... Estamos fuera de control... Todo está fuera de control... Le recuerdo que llevábamos todo más o menos encarrilado hasta que le dijimos a José Luis que se escondiera para evitar que la policía lo interrogara... No lo iban a detener. Tan solo interrogar... Y, entonces, estábamos aterrados. Y, ahora, que se va a proceder, según usted, a una detención en toda regla, me dice que debemos estar tranquilos... Explíquese.

El razonamiento del abogado era correcto. Pero Alexander no se dejaba llevar por ningún tipo de razonamiento sino por la corriente de la realidad y de los hechos.

–Posiblemente, esté usted en lo cierto, señor Esquivias. Pero, a veces, las certezas son irrelevantes. En determinados contextos, lo único relevante es la incertidumbre. En el momento en que supimos que la policía iba a visitar a su socio, la mejor opción posible era alejar el peligro. Eso hicimos. Ahora, sabemos que lo van a detener. ¿Qué podemos hacer? Nada. Pues si no podemos hacer nada, no pensemos en ello. Pensemos en qué va a ocurrir después... Ahí, está lo incierto. Ahí, está el núcleo de la partida. Diseñémosla y ganaremos porque nuestros adversarios aún no han pensado en ello. Si quiere prosperar con nosotros, tendrá que asumir nuestra filosofía...

José Ángel Esquivias estaba desconcertado. En realidad, estaba dominado por un vértigo desconocido, por un frenesí narcótico que le agitaba el estómago y le aceleraba los latidos del corazón. Su percepción de la realidad estaba cambiando de forma acelerada y, quizás, descontrolada. Le empezó a preocupar que las nuevas ideas fueran algo así como un tumor maligno que se extendiera por sus neuronas sin que ningún remedio pudiera detenerlo. David Berenger contemplaba el proceso en silencio, entre curioso y divertido.

–Estoy dispuesto a asumir su filosofía, señor Alexander. Pero, moviéndonos a un nivel más prosaico y elemental, la detención de José Luis, ¿no nos mete en un serio aprieto?

–Pensamos que ya no. Nuestro problema era que José Luis Ugarte tenía contacto directo con las personas que tenían la información robada en el Enclave. Creemos que ha perdido ese contacto... Eso ya se lo contará el señor Berenger. La detención de José Luis Ugarte, así como la del inspector Silva, va a servir para hacer perder el tiempo a nuestros adversarios mientras nosotros vamos detrás de la información que deseamos. Cuando la consigamos, tendremos a este país bajo nuestro control.

David Berenger sonrió de manera casi angelical. José Ángel Esquivias se sentía dominado por una sensación de irrealidad creciente. Empezó a pensar que se había equivocado. Que estaba transitando por un camino que no era el deseado. Paradójicamente, si unas semanas antes le hubieran dicho que estaría en disposición de estar con quienes iban a controlar el país, la idea hubiera satisfecho su desmedida ambición. En ese momento, el magma que se movía en su interior era muy diferente. Y ese magma le invitaba a salir corriendo y escapar lo más lejos posible. Pero sabía que ya no podía escapar. Cuando eliges una realidad, esa realidad se vuelve pétrea e inamovible. Y la realidad elegida le había atrapado.

—¿No es usted excesivamente optimista, señor Alexander? —dijo José Ángel Esquivias.

—No. Porque estoy en una posición que me permite asegurarme de que todo el proceso va a desembocar en el objetivo que buscamos...

—Hasta ahora, su posición no nos ha servido de nada.

—No crea. Hemos empezado a eliminar piezas del tablero. Y eso, como sabe un jugador como el señor Berenger, es muy importante. Nosotros tenemos superioridad en la partida. Conforme menos piezas haya, más fácil será materializarla.

—Por lo poco que sé de ajedrez, cuando menos piezas hay, más peligroso es cometer un error.

—Nosotros no podemos equivocarnos. Quienes andan perdidos y sin saber dónde se mueven son nuestros adversarios...

Estaba claro que no había nada más que hablar. Existía una estrategia. Tenían tomados bastiones importantes que les daban una ventaja crucial sobre sus enemigos. Poseían información valiosa y exclusiva. Pero el abogado sentía un vacío hondo y oscuro en el estómago. Creía que se estaba desaguando por él, que se iba a autoabsorber en su propia confusión y en su angustia en espiral...

—Vale. Me han convencido. Ahora, el señor Berenger me explicará los últimos detalles de todo lo que sabemos, ¿no?

—Sí, así es. Me alegro haberle tranquilizado. Lo siento mucho pero tengo que dejarles. Espero que, pronto, podamos volver a hablar para transmitirles buenas noticias. Buenos días.

—Adiós, Alexander. Seguro que será así: en poco tiempo, podremos felicitarnos por los éxitos conseguidos.

La llamada cesó de repente. David Berenger se levantó de su sillón y empezó a dar vueltas por la habitación mientras hablaba a José Ángel Esquivias.

—Cuando perdimos la pista a José Luis Ugarte, supimos que había ido al Hotel El Pantano gracias a Alexander. Silva había descubierto que estaba allí. Por ello, tuvimos que montar la farsa de su llamada y del falso encuentro en el Estadio Metropolitano. Tuvimos suerte de que, por un lado, el dispositivo se retrasara, por lo que nos dio tiempo de ir los primeros para intentar cazar a su socio y que, por otro, se acelerara, ya que fue el propio Silva el que fuera a ese hotelito de las afueras y, por lo tanto, acudiera a nuestra trampa y cayera en ella tan fácilmente. Gracias a lo primero, nos pudimos llevar a la amante del señor Ugarte, la drogamos y nos confesó que él había ido a ver a Claudio Montellano, posiblemente para ofrecerle la información que estaba a punto de conseguir. No podíamos hacer otra cosa que enviar a algunos de nuestros hombres hasta el Hotel Internacional y estar pendientes de los movimientos que allí se pudieran producir. No sabíamos de

qué teníamos que estar pendientes. Estaba claro que José Luis Ugarte había llegado ya, que tenía que haber hablado con algún responsable de la candidatura y que lo único que cabía esperar era que tuviéramos un golpe de suerte y hubiera algún tipo de maniobra que se saliera de lo que considerábamos normal... Tuvimos suerte porque nuestros hombres vieron que Pablo Bernal salía del hotel solo, en su coche, a toda velocidad... Nada más decírmelo, di la orden inmediata de que le echaran el guante y que habláramos con él para sonsacarle todo lo que pudiéramos... No nos costó mucho que nos contara qué había sucedido. Se había aprovechado de que José Luis ya había concertado una cita con los tipos que estaban vendiendo la información robada en el Enclave para conseguirla antes que nadie. Para ello, envió a dos empleados jóvenes de la candidatura para que acudieran a la cita concertada. Pero lo que no sabía es que Claudio Montellano estaba en complot con los tipos con los que se iban a reunir...

—Un momento, un momento... ¿Cómo que Claudio Montellano estaba en complot con esos tipos?

—Sí. Esa fue la gran sorpresa que nos deparó el interrogatorio a Pablo Bernal. Quien promovió el robo de información en el IIB fue el propio Claudio Montellano. Él mismo se lo reveló a Pablo Bernal ayer por la noche. Aparte de las colosales implicaciones del hecho, de un modo inmediato ello suponía que las dos personas que había enviado estaban en peligro: cuando dijeran que estaba allí en nombre de su jefe, evidentemente se iban a dar cuenta de que les estaban engañando y podía suceder cualquier cosa... No dejó de insistirnos que teníamos que ir a rescatarlos... Nos dio indicaciones precisas de dónde se estaba produciendo el encuentro... Cuando me trajeron al hotel a Pablo Bernal, yo ya había dejado inconsciente a Silva y tuvimos que tomar decisiones rápidas. Y desagradables. Cambiamos los planes previstos. Habíamos barajado varias opciones para meter en un lío a Silva. Al principio, creíamos que lo más efectivo es que lo encontraran con el cadáver de una prostituta. Ayer por la noche, llegamos a tener casi decidido que apareciera con el cadáver de la amante de José Luis Ugarte. Pero, al final, pensamos que la opción de Pablo Bernal era la mejor. Iba a suponer un escándalo de tal magnitud que las autoridades tendrían que buscar rápidamente un culpable. Eso suponía que Silva iba a quedar fuera de juego de un modo rápido porque iba a ser el sospechoso más creíble a corto plazo. Aunque, a posteriori, pudiera quedar limpio, al menos esa maniobra permitiría que quedara apartado de la investigación y que nos libráramos de un investigador tan tenaz. Ello nos daba un margen que podía ser decisivo. Convencimos al propio Pablo Bernal para que reservara habitación en el hotel y que esperara en ella los acontecimientos. Parece mentira que gente con tanto poder pueda llegar a ser tan ingenua. Pero es bastante frecuente que ello suceda. Creía que los hombres que le acompañaban estaban para protegerle... Evidentemente, no fue así... Los hombres que enviamos a la cita para el intercambio de información sólo encontraron un muerto: uno de los tipos que la estaba vendiendo... Ello nos desconcertó. Cuando después, a altas horas de la madrugada, vimos llegar en taxi a una chica, sola, al Hotel Internacional y resultó ser una de las empleadas de la candidatura de Claudio Montellano, empezamos a comprender. Estaba claro que el otro empleado con el que había ido al encuentro programado se había marchado con el vendedor de información superviviente y que ahora debían de estar juntos... Los datos que nos dio Pablo Bernal sobre Esteban Miranda, que así es como se llama el empleado huido, son la principal pista que tenemos para seguir el rastro de la información robada... Como puede deducir, ahora mismo su socio ha perdido el contacto con esa información. Esteban Miranda ha traicionado a su jefe. Está a la intemperie y estará buscando algún mecanismo de protección. Por otra parte, el empleado que robó la información de la IIB no debe de ser quien tiene la conexión con Claudio Montellano. Esa conexión, por lo que sabemos, la tuvo que tener el muerto porque, en su día, fue uno de los escoltas privados que contrató el Partido Moderado para proteger a sus dirigentes... Está claro que Claudio Montellano, que fue Ministro del Interior, tuvo que haberlo conocido en esa época... Es decir, Mark Cortés se halla en la misma situación que su

nuevo socio. Quizás, en una situación peor ya que, aquí, es un extranjero. Por tanto, ambos, ahora mismo, deben de estar confusos y desorientados, sin saber qué hacer. Sólo nos queda investigar sobre ellos dos, averiguar de dónde son, quienes son sus familiares, quiénes son sus amigos y contactos y descubrir dónde pueden estar escondiéndose... No creo que tengan muchas posibilidades a las que recurrir. En resumen, que ahora detengan a José Luis Ugarte, nos da igual. Poco va a poder decir que sea de ayuda real para la policía.

José Ángel Esquivias admiraba la lógica rectilínea y cristalina de Berenger. Sobre todo, cuando se desarrollaba en un contexto tan convulso y desquiciado como el que estaban viviendo. Él también era así. En aguas revueltas, era cuando pescaba las mejores piezas. Pero, últimamente, sus facultades parecían mermadas. Posiblemente, porque dedicaba demasiado tiempo a reflexionar sobre la vida. Eso, nunca ayuda a que la perspicacia y la agilidad mental funcionen a la máxima potencia.

–Bien, señor Berenger. Me han convencido. Le pido disculpas por lo que pasó antes con...

–No hablemos de eso, señor Esquivias. Hemos vivido momentos de tensión. No hemos sido con usted todo lo transparentes que teníamos que haber sido. Creo que hoy hemos solucionado todos los malentendidos. Eso es lo importante.

* * *

La mente de José Ángel Esquivias seguía marchando a un ritmo acelerado. Más acelerado de lo que le convenía a sus menguadas energías. Antes o después, podía cometer un error irreparable. Era consciente de ello y un lacerante temor empezó a quemarle en el estómago. Pero sabía que no podía parar. Tras salir del Hotel Internacional, llamó a Alfonso Sanmiguel y se citaron, para media hora después, en una cafetería cercana. Esquivias no sabía qué hacer, así que fue directamente al lugar fijado para el encuentro, con la esperanza de que se le aliviara el dolor de cabeza que le estaba retorciendo las sienes. La espera le pareció eterna. El tiempo se estaba volviendo en su contra, se estaba convirtiendo en un incordio grotesco que jugaba con él como una mosca que revoloteara en torno a él siguiendo órbitas caprichosas e irregulares. Iba perdiendo aliados conforme la realidad le iba pareciendo cada vez más frágil e inconsistente. Empezó a sospechar que ni él estaba siendo ya un aliado para sí mismo.

Cuando Alfonso Sanmiguel apareció, su aspecto era ufano y sonriente. Se sentó frente a su colega y desplegó un optimismo que a José Ángel Esquivias le pareció temerario.

–Creo que todo lo que ha pasado esta noche nos beneficia... Por un lado, Pilar Muro ha sido derrotada. Eso significa que tiene que protegerse, que no se puede permitir tener demasiados flancos abiertos. Dos o tres noticias más sobre Antonio Cifuentes y estaremos en disposición de ponernos en contacto con ella para negociar que no nos vamos a hacer daño mutuamente... Y lo del asesinato de Pablo Bernal es una ayuda inesperada. Porque ello le complica aún más la situación... ¿Quién te dice que no van a culpar a ella o a su entorno de esa muerte? Cuando más turbia esté la situación, más fácil será que nuestra presión dé resultado y sea la propia Primera Ministra la que nos proteja...

–Ves todo muy sencillo, Alfonso...

–Lo veo como siempre... Todo esto era lo que queríamos hacer cuando ideamos nuestro plan... Y nuestro plan va por el camino trazado... ¿Qué sucede para que ahora digas eso?

–Las cosas no son como eran, Alfonso. Han cambiado mucho.

—¿Como qué han cambiado...? No te comprendo.

—Es divertido. Tú serías quien tendría que estar diciéndome esto, ¿no? Tú estás en el bando de la izquierda, en el bando de los progresistas... Deberías de estar más al tanto de todo lo que se cuece en la calle, de lo que la gente piensa, de cómo el pueblo se transforma y deja atrás etapas pasadas... Yo estoy en el bando de la derecha, de los conservadores... Lo lógico es que no me enterase de nada... Que me enterara el último que el mundo se está derrumbando.

Alfonso Sanmiguel estaba sorprendido y sin saber cómo reaccionar. Lo primero que pensó es que se tenía que haber producido algún hecho que desconocía y que era lo suficientemente grave como para que hubiera hundido el ánimo de José Ángel Esquivias.

—¿Por qué me sueltas todo ese discurso, José Ángel? ¿Qué ha sucedido? No te reconozco en todo eso que has dicho...

José Ángel Esquivias no tenía ganas de hablar. No sabía ni los motivos por los que se había atrevido a desahogarse con un torrente de palabras del que desconocía de dónde había surgido.

—No ha sucedido nada en especial, Alfonso —mintió para no caer extenuado sobre el suelo de la cafetería—. Es sólo el cansancio... Tienes razón. La situación actual nos beneficia y concuerda con los planes que habíamos diseñado. Pilar Muro tendrá que escucharnos...

—¿Estás seguro de que no ha pasado nada?

—Todo lo que ha pasado es lo que has visto en los medios... ¿Qué más quieres que haya ocurrido?

—Es que he visto un pesimismo que no es habitual en ti...

—No es pesimismo... No has entendido nada de lo que te he querido decir. Es puro realismo. El edificio se está cayendo y lo que estamos haciendo es evitar que los cascotes caigan sobre nosotros... A lo único que podemos aspirar es a ser supervivientes de un naufragio... No está mal, pero tampoco es para celebrar una fiesta...

Alfonso Sanmiguel estaba perplejo. No sabía si tomarse en serio lo que estaba escuchando o concluir que era una simple estrategia para confundirlo.

—Bueno, José Ángel, y en función de lo que me has dicho, ¿qué es lo que deberíamos hacer?

—Deberíamos seguir haciendo lo que planeamos. ¿Es que tenemos alguna otra opción?

* * *

José Ángel Esquivias llamó a Eva Soto, fue hasta el Hotel Empire, cruzó el vestíbulo, donde empezaba a congregarse toda una cohorte de periodistas (probablemente, para recoger alguna declaración de la Primera Ministra) y subió hasta la habitación de su amante. Eva tenía encendido el televisor. Estaba pendiente de las noticias sobre las elecciones primarias del día anterior y el asesinato de Pablo Bernal.

—¿Te has enterado de lo que ha sucedido? Seguro que tú sabes algo más de lo que está diciendo la televisión...

—¿Por qué voy a saberlo, Eva? ¿Qué tendría que saber?

—Han matado a ese tipo... Era un político importante del Partido Moderado. Tú tienes muy buenos contactos allí... Seguro que te ha llegado algún soplo...

—No, no me ha llegado ningún soplo. A esta hora, tienen que andar bastante perdidos. Esto es algo que se sale completamente de lo habitual... Están en territorio desconocido... Y cuando pisamos territorio desconocido, nunca se sabe qué está ocurriendo y qué va a ocurrir, ¿no?

Eva se quedó mirándolo muy fijamente. Ese día, José Ángel estaba recibiendo muchísimas miradas extrañadas. Miradas que se movían entre el estupor y la desconfianza. Miradas que, hasta ese momento, nunca había experimentado. Todo estaba empezando a ser nuevo. Sus dudas. Las dudas de los demás. Era una situación que provocaba un profundo desasosiego. Pero, a la vez, paradójicamente, era como ver una luz al final del túnel, sentir una brizna de aire en medio de la asfixia...

Eva estaba sentada en el filo del extremo delantero de la cama. José Ángel Esquivias se sentó a su lado. Y la abrazó. Tan solo la abrazó. Le hubiese gustado que ambos se desprendieran de sus cuerpos y permaneciesen ingravidos en medio del silencio. Pero el sonido del televisor le recordaba constantemente que su realidad estaba al acecho para cazarlo nada más que saliera de ese cuarto. Y era imposible que pudiera huir de ella.

18

El juez Benegas había salido de la sala de interrogatorios para responder a una llamada que había recibido en su móvil. Cuando regresó, intensificó su presión sobre Gómez.

—Vamos a ver, agente Gómez —dijo con la clara intención de expresar una sensación de hartazgo—. Volvamos a empezar. ¿Quién tomó la decisión de ir a la casa de Vicente Ramos, exdirector comercial de Inmobiliaria y Promotora Villar?

Gómez se revolvía tenso en su silla. Era perfectamente consciente de la línea de razonamiento que quería seguir el juez de instrucción. Y se resistía a facilitarle la labor.

—Señoría, habla usted de tomar una decisión como si en esa investigación hubiéramos podido sopesar cada paso que dimos. Y no fue así. Fuimos al compás de los acontecimientos. Eran esos acontecimientos los que determinaban lo que hacíamos y lo que no...

El juez Benegas sacudía la cabeza en un claro gesto de desaprobación.

—Agente Gómez, sigue dando rodeos para evitar responder mi pregunta. Por mucho que los acontecimientos impongan su ley, siempre hay alguien que da las órdenes. ¿Fue acaso el comisario Torres quien les ordenó al inspector Silva y a usted que fueran a la casa del señor Vicente Ramos?

—No, señoría.

—¿Fue usted quien acudió allí por iniciativa propia?

—No, señoría.

—¿Entonces?

–Fue el inspector Silva quien creyó conveniente ir a ese lugar.

–Y resulta que, cuando llegaron, según ustedes, les estaba esperando el señor David Berenger y un grupo de pistoleros, ¿no?

–Efectivamente, señoría.

–Y, cuando se marcharon, gracias a un movimiento de ajedrez que el señor David Berenger realizó, el inspector Silva dedujo dónde podía estar en ese preciso momento Vicente Ramos y su esposa, ¿no?

–Sí. Ya se lo he dicho antes.

El juez Benegas dibujaba en su rostro una sonrisa burlona.

–Agente, esa es una historia tan increíble que no sé cómo nadie la ha puesto en duda hasta ahora.

–Puede ser increíble. Pero le aseguro que no estoy mintiendo.

–El señor David Berenger cuenta una versión completamente diferente de los hechos...

–¿Qué va a decir ese tipo? Un individuo que está al servicio de grupos mafiosos...

–En primer lugar, ese tipo, como lo llama usted, es un diplomático. Por lo cual, para echar abajo su credibilidad, hay que hacer un esfuerzo mayor que el que usted está haciendo y aportar más pruebas que las que usted está proporcionando. En segundo lugar, el señor Berenger ha contado su propia versión, que difiere totalmente de la que usted defiende, agente Gómez. El comisario Torres ha ido a visitarle esta mañana y él ha asegurado que se encontró por casualidad con el inspector Silva cuando acudió a la casa de Vicente Ramos para despedirse de él, ya que iba a dejar su cargo de cónsul de las islas Greyson. No hay en su declaración ni rastro del relato truculento en el que se basa su afirmación de que ese señor pertenece a una especie de banda de *gangsters*. ¿Cómo explica eso? ¿Va a llevar la contraria, quizás, al testimonio recogido por su propio jefe, agente?

–Quien miente es David Berenger, señoría. El comisario Torres se ha limitado a comunicar fielmente cuál ha sido el testimonio de una persona implicada en el caso. Pero eso no quiere decir que ese testimonio sea cierto.

El juez Benegas cambió, de repente, el camino por el que estaba transitando la declaración de Gómez. Evidentemente, se trataba de dar dos golpes psicológicos a la vez: el primero, considerar irrelevante la actitud del agente de restar veracidad a las palabras de Berenger; el segundo, llevar las preguntas a un terreno inesperado para que su oponente tuviera menor capacidad de reacción.

–¿Conocía usted al señor Berenger antes de ese encuentro?

–No, era la primera vez que lo veía.

–¿Y cómo sabe usted que esa persona era David Berenger?

–Él mismo se presentó... Él mismo dijo su nombre.

–¿Y cómo está usted seguro de que esa persona que usted vio era el auténtico David Berenger?

Alejandro Gómez no supo qué responder. El juez no inquirió la respuesta a esa pregunta sino que, inmediatamente, se lanzó a la siguiente.

–¿Nos podría explicar las circunstancias en que se produjo ese tan escalofriante encuentro?

–Estábamos en plena investigación del caso de la desaparición de Mario Villar. La noche anterior había sido dura. Silva, Osorio, Robles y yo habíamos estado en problemas. El comisario nos echó una bronca: creía que habíamos perdido el control de la investigación... Y el inspector decidió tirar de todos los flecos que estaban pendientes. Él y yo fuimos a visitar a Vicente Ramos para presionarle... Fue a primera hora de la mañana. Cuando llegamos a su casa, la puerta estaba abierta. Entramos. Entonces, allí dentro, nos encontramos con David Berenger y un grupo de matones que...

–Perdone. Una pregunta. ¿Estaba la casa bien iluminada?

–Eh... No demasiado. Vicente Ramos y su esposa se habían marchado. Habían bajado todas las persianas. Podíamos decir que estaba, prácticamente, en penumbra...

–Es decir, en teoría, ¿era posible que alguien, con un aspecto físico similar al señor Berenger, se hubiera podido hacer pasar por él de forma que usted, con posterioridad, sería incapaz de distinguir al David Berenger falso del David Berenger auténtico?

Gómez quedó noqueado por la pregunta. Intentó reaccionar pero ya estaba completamente a merced del juez.

–Lo que me plantea, señoría, es una hipótesis difícil de creer...

–Yo no le estoy preguntando si es creíble o no. Le estoy preguntando si es posible lo que le estoy planteando.

–Como posible... ¿Qué quiere que le diga...? ¿Qué puedo decir? Sí, es posible... Pero no puedo creer que ello sucediera. ¿Qué significaría? ¿A dónde quiere usted ir a parar? ¿Que el inspector Silva se encontró con David Berenger en otro momento y que lo que yo vi fue una simple escenificación? Lo siento. Eso es completamente inverosímil. El inspector Tomás Silva es una persona completamente honrada que no puede estar implicado en nada de lo que usted insinúa.

–Agente Gómez, vamos a dejar claro el punto que quiero dejar asentado en este momento. ¿Es posible que el David Berenger que usted creyó ver no fuese el David Berenger real?

–Tal como usted lo plantea, sí, pero...

–Muchas gracias, agente Gómez. Eso es todo. Puede retirarse.

Gómez se levantó de la silla y se fue sin decir nada. El juez Benegas revisó los papeles que tenía sobre la mesa. Repasó los nombres de las personas a las que debía tomar declaración y las anotaciones que había realizado sobre los asuntos que quería aclarar. Dio un respiro de satisfacción. Cruzó su mirada con la de sus colaboradores y con la del fiscal y dejó que hubiera unos segundos de silencio antes de volver a hablar.

- Está bien. Ya es hora de que hagamos algunas preguntas al inspector Tomás Silva.

Tal como había anunciado a su mano derecha, Pilar Muro ya estaba con un vestido completamente negro y presentaba un aspecto muy elegante pero de completa sobriedad, sin joyas ni ningún tipo de adorno ni complemento. Tras mirarse concienzudamente en el espejo y comprobar que no había ningún elemento que desentonara de la imagen que quería transmitir, fue a por los papeles donde estaba redactado el discurso que iba a pronunciar ante los medios de comunicación en una media hora. Obviamente, era éticamente ambiguo: expresaba con cortesía y magnanimidad el respeto que sentía por el rival asesinado pero, para cualquier experto que fuera más allá de la literalidad de las palabras, era evidente que buscaba arañar unos cuantos votos a través de la introducción de elementos emocionales. Pilar Muro sabía perfectamente en qué momento de su discurso debía emocionarse y en qué frase su voz estaría a punto de quebrarse. Todo estaba milimetrado para aprovechar una circunstancia ajena en beneficio propio.

Llamaron a la puerta. Tenía que ser uno de los policías que estaba apostado ante la habitación, tal como establecía el protocolo.

—¿Sí?

—Es don Eduardo Díaz, Primera Ministra —dijo el escolta.

—Está bien, que pase.

Eduardo Díaz entró y no dijo nada, esperando a que la Primera Ministra le plantease cuáles eran las cuestiones que le interesaban en ese momento.

—¿Cómo van las investigaciones sobre el asesinato de Pablo Bernal?

—Están adoptando un rumbo que no nos interesa... Van a culpar al inspector Silva... Eso deja fuera de juego a Méndez, que no va a poder seguir con la investigación cuando su principal colaborador en ella va a ser acusado de un delito muy grave.

—¿No quedamos en que íbamos a hacer algo para impedirlo?

—Nuestro hombre en esa comisaría, Carretero, lo intentó pero el tiro nos ha salido por la culata...

—¿Qué ha sucedido?

—Carretero logró que el comisario Torres investigara para hallar una grieta en la acusación. Pero ha sido peor el remedio que la enfermedad... Un testigo ha acusado a Silva de intento de chantaje.

—¿Intento de chantaje? ¿Qué testigo ha sido?

—El agregado comercial de las Islas Greyson en nuestro país. David Berenger.

—Pero eso es absurdo. ¿Quién es ese tipo?

—Obviamente, ese cargo es una simple tapadera. Es un representante de intereses oscuros que se ha refugiado en la inmunidad diplomática para hacer sus tejemanejes...

—¿Y cómo es posible que una acusación tan frágil e inverosímil pueda seguir adelante? Tenemos que tomar el control de esa investigación, Eduardo. Sería bastante fácil llevarla al terreno que nos interesa...

—Es que ese es el problema, Pilar. Si la controlamos descaradamente, las sospechas sobre el asesinato de Pablo Bernal pueden recaer en nosotros... Y eso no nos interesa en absoluto.

—Pero si ocurre lo que has dicho y Méndez se tiene que apartar, ¿cómo vamos a conseguir la información robada del IIB?

—Tú misma lo has dicho: la acusación es muy frágil. A lo mejor, durante unas semanas, ese Silva se ve metido en un atolladero. Pero, conforme pase el tiempo, se verá que no pueden demostrar nada contra él. Ese es el momento que debemos aprovechar... En el instante en que las presuntas pruebas se derrumben, el fiscal atacará para retirar las acusaciones... Y todo volverá a su cauce.

Pilar Muro dio varias vueltas por la habitación reflexionando sobre la estrategia que le había planteado su jefe de gabinete. Era evidente que no acababa de estar satisfecha.

—Comprendo que no podamos aparentar que estamos tutelando la investigación del asesinato de Pablo Bernal. Pero no podemos dejar escapar la investigación sobre el asunto del Enclave. Monta de inmediato un plan B. Si Méndez queda fuera, que pase a llevarla alguien de nuestra confianza. ¿A quién conocemos dentro de la Brigada?

—Al inspector Laureano Ibáñez.

—¿Podemos confiar en él?

—Totalmente.

—Pues que sea él quien ocupe el lugar de Méndez si este es desplazado. Esto es de máxima prioridad, Eduardo. Por cierto, tenemos que investigar el equipo de la candidatura de Claudio Montellano. Tenemos que detectar posibles deserciones.

Eduardo Díaz quedó extrañado por la última petición de Pilar Muro.

—¿Por qué dices eso, Pilar?

—Tengo un palpito. Tú, investiga si alguien del equipo ha abandonado el barco. Si fuera así, creo que sería un hilo del que podríamos tirar.

—Vale, de acuerdo.

—Bueno, voy a darle un último repaso al discurso que voy a dar...

—Hay alguien que quiere hablar contigo, Pilar.

—¿De quién se trata?

—De Antonio Cifuentes.

Pilar Muro dibujó un ostentoso gesto de desagrado en su rostro.

—No quiero hablar con él.

–Si no lo haces, él va a ver con claridad la jugada: no va a tener dudas de que lo vamos a dejar caer. Si lo recibes, lo tranquilizas y le das falsas esperanzas, ganaremos un tiempo precioso.

Pilar Muro calló. Apretó los labios. Sin embargo, al final, cedió, aunque con escasa convicción.

–Está bien. Lo haré. Pero no me apetece en absoluto.

–Lo imagino.

–Pero, ¿tiene que ser ahora mismo?

–Antonio Cifuentes es astuto. Se ha plantado aquí y ha pedido verte. Está calibrando si estás de su lado o no. El posponer la conversación le puede dar pistas de nuestros planes.

–Está bien. Que venga. Con la excusa de mi declaración a la prensa, le podré despachar pronto.

–Eso mismo he pensado yo.

Pilar Muro no tuvo que esperar más de cinco minutos. A ella, le parecieron mucho más largos. Intentó hacer algo mientras estaba esperando. Pero le fue imposible. Le hubiese gustado estrangular con sus propias manos a Antonio Cifuentes nada más que entrara en la habitación. ¿Por qué? ¿Por ira hacia su reprochable comportamiento? (Por mucho que, de puertas hacia fuera, restara credibilidad a las informaciones periodísticas, ella sabía perfectamente que las sospechas que deslizaban en los artículos publicados eran absolutamente ciertas. Aún más, imaginaba hasta dónde habían llegado las maniobras que el concejal había puesto en marcha.) No, no era por ira. En realidad, sólo le molestaba el que hubiera aparecido un obstáculo en el camino hacia su reválida en el poder. Era como si, conduciendo un automóvil a toda velocidad por la carretera, hubiera atropellado a un perro para no tener que parar, con independencia de si fuera un animal noble o un ejemplar enfermo de rabia. Eso era lo de menos. Lo único que importaba era no detenerse, seguir acelerando, no parar hasta llegar al destino anhelado... Si hubiera pasado más tiempo, hubiera sentido vértigo por la frialdad que había invadido su alma. Pero habían vuelto a llamar a la puerta. Y Antonio Cifuentes ya había entrado cuando ella pudo reconstruir sin fisuras el personaje que tenía que representar hacia el exterior.

–Os dejo para que habléis con tranquilidad –dijo Eduardo Díaz–. Además, tengo bastante trabajo pendiente...

–Bien, Eduardo. Te llamaré cuando me disponga a bajar para leer la declaración ante la prensa –dijo Pilar Muro.

Hubo unos segundos de incómodo silencio. Antonio Cifuentes se sentó en una de las sillas de la habitación y esperó a que fuera la Primera Ministra (que permaneció de pie) quien iniciara la conversación.

–Bien, Antonio, no ha sido una buena noche, ¿no? Hasta ahora, todo había ido sobre ruedas... Antes o después, tenía que venir la primera decepción...

–Pilar, lo primero que quiero decirte es que cuentas con todo mi apoyo. Lo de ayer, no cambia nada. Creo que Claudio Montellano es un peligro para el partido y para el país... Yo voy contigo a muerte.

–Muchas gracias, Antonio. Nunca lo he dudado.

–Pero tenemos muchos enemigos. Enemigos que atacan por donde menos podemos esperar... Por ejemplo, con esos ataques hacia mi persona. Yo no soy alguien importante ni de peso en el partido. Eso está claro. Si me atacan es porque soy uno de tus aliados. Por lo tanto, el objetivo final de los ataques en prensa en los últimos días eres tú. No te engañes. No creas que van contra mí. Van contra ti. Y si no paramos esto a tiempo, puede tener consecuencias muy negativas...

–Antonio, comprendo tu inquietud pero no podemos entrar al trapo así como así. Es lo que esperan. Primero, tenemos que hacer que revelen todas sus cartas. Y entonces y cuando, además, se haya aplacado un poco el furor de los primeros días, contraatacar. Es lo inteligente...

–Pero, Pilar, lo estoy pasando francamente mal...

–Todos lo pasamos mal, Antonio. En política, los buenos momentos duran poco. La mayor parte del tiempo es tensión, angustia y sufrimiento...

Inconscientemente, la Primera Ministra dio la espalda al concejal. Frente a ella, estaba el televisor. Estaba encendido y en él se podía ver, en ese momento, la imagen de cómo sacaban del Gran Hotel el cadáver de Pablo Bernal. Pilar Muro aprovechó esa circunstancia para desviar la atención con un gesto que era espontáneo pero que dejaba traslucir sus verdaderas intenciones.

–No se me quita de la cabeza lo de Pablo... Se había convertido en un adversario. Pero era un hombre a quien admiraba. Veo lo que estoy viendo, cómo lo sacan de ahí, como si fuera un fardo inservible, y me entran ganas de dejarlo todo...

Antonio Cifuentes guardó silencio. No era una señal de respeto hacia el compañero asesinado: simplemente, estaba pensando cómo podía reconducir su petición para que la misma fuera atendida.

–Sí, es muy duro. Y hay momentos en que te planteas tirar la toalla. Yo estoy en uno de esos momentos...

–¿En uno de esos momentos? ¿Qué quieres decir?

–No merece la pena seguir en esto para padecer día tras día una tortura, Pilar.

La Primera Ministra se dio cuenta de que el concejal no cejaba en su empeño de exigir una reacción rápida ante la ofensiva de *La Crónica*. Ante su negativa a su requerimiento inicial, ahora planteaba la cuestión de un modo algo más sutil. Ella se sentó en el borde de la cama y simuló que reflexionaba (no tenía nada que reflexionar porque ya tenía decidido el futuro de Antonio Cifuentes).

–Comprendo tu estado de ánimo, Antonio. Muchas veces, yo me siento igual. ¿Qué podemos hacer al respecto? Yo creo que es nuestro destino. Pero no nos queda otra opción que resistir. ¿Qué piensas? ¿Que no vas a poder soportar la presión que están ejerciendo sobre ti?

–No se trata sólo de mí. Se trata de mi familia, de mis hijos...

–¿Y qué sugieres?

Antonio Cifuentes se levantó de la silla y se acercó a Pilar Muro. Agachó la cabeza y habló al oído a la Primera Ministra.

–Tenemos que presionar a los propietarios y al director de *La Crónica*. El periódico forma parte de una cadena de cabeceras a nivel nacional. Si les hacemos llegar, con suavidad y diplomacia, que les

podemos retirar toda la publicidad institucional, creo que no tendrían otra opción que rebajar la presión...

—¿Me planteas que ejerzamos una presión al más alto nivel para un asunto que es estrictamente municipal?

—No es estrictamente municipal. Ya te he dicho que van a por ti...

—Cada cosa a su tiempo, Antonio. Cuando vayan a por mí, ejerceremos la presión al nivel que corresponda. De momento, tenemos que movernos en el nivel al que la polémica se sitúa. Y, ahora mismo, esa polémica se halla a nivel estrictamente local... Si sobreactuamos, pueden creer que el caso tiene más hondura de la que piensan y es entonces cuando no van a soltar el bocado fácilmente...

Antonio Cifuentes empezó a dar vueltas por la habitación con la cabeza agachada. Pilar Muro aguardaba con expectación por dónde iba a salir el concejal después de su segunda tentativa fallida.

—Pilar, te voy a hablar con sinceridad. Creo que no estáis haciendo todo lo posible para ayudarme. Veo que os estáis dejando llevar por la pura y simple inacción... Y eso significa que, entre unos y otros, me estáis achicharrando a fuego lento... Y no sé si ese es el objetivo final. Que sea yo quien me abra en esta contienda y cargue con todas las consecuencias.

—Antonio, te estás dejando llevar por los nervios. Y eso es lo que nuestros enemigos quieren. Cuando estamos bien atincherados, hay que saber resistir el primer ataque. Aguantar detrás de la empalizada. Y salir en contraofensiva cuando los atacantes se hayan debilitado tras su fracaso...

Pilar Muro se levanto, se acercó hasta el concejal y le puso una mano en el hombro.

—Créeme, Antonio. Sabemos lo que estamos haciendo. Tenemos experiencia en casos similares. Y hemos sabido gestionarlos con resultados satisfactorios. Hay que dejar que el fuego se apague, que otras noticias ocupen el lugar de las que, ahora, están en primera plana... Y, entonces, machacaremos con los argumentos que te van a dejar libre de toda sospecha...

Antonio Cifuentes no quería cruzar su mirada con la de Pilar Muro. Y no llegó a cruzarla cuando le dijo sus últimas palabras antes de irse.

—Está bien, Pilar. Confío en vosotros. Espero que sepáis lo que estáis haciendo. Y espero que no me estéis engañando. Porque, entonces, todos saldríamos perdiendo.

20

Tomás Silva había caído en una especie de letargo que fue el estado más parecido al sueño que pudo experimentar esa amarga e interminable noche. De repente, se abrió la puerta de la celda y el agente Álvarez le pidió que se levantara.

—Ha llegado la hora de la verdad, inspector. El juez Benegas ha ordenado que se le traslade a la sala de interrogatorios...

—Pues muy bien. A ver si, ahora, se puede aclarar todo.

El inspector salió de la celda escoltado por Álvarez. A la salida de los calabozos, había otros cuatro agentes, que serían quienes lo llevarían ante el juez.

–Buenos días, inspector –dijo el agente de más edad–. No me hace ninguna gracia lo que estoy haciendo. Pero tengo que cumplir órdenes. Lo comprende, ¿no?

–Por supuesto, López. No tienes que dar explicaciones.

Silva empezó a caminar entre dos de los agentes. La sala de interrogatorios estaba en la segunda planta. Los cinco policías subieron a un ascensor. El inspector se vio, de repente, rodeado por sus cuatro compañeros. Y, solo en ese momento, fue cuando se sintió invadido por una extraña claustrofobia, por la misma falta de aire que le acongojaba algunas veces cuando tenía que enfrentarse a la muerte o, tal vez, a su impotencia ante unas circunstancias que no podía controlar. Estaba a punto de sentir una insoportable sensación de asfixia cuando hizo un esfuerzo colosal para superar la crisis de angustia que estaba empezando a atacarle. Mientras subían, apretó los dientes. Se clavó las uñas en la palma de los manos. Presionó con los pies contra el suelo. Todo, para intentar superar esos segundos en que su ánimo podía venirse abajo, en que podían faltarle las fuerzas que necesitaba para luchar contra la amenaza que se cernía sobre él... Respiró aliviado cuando la puerta del ascensor volvió a abrirse.

Lo primero que percibió fue el respingo de los dos agentes que estaban delante de él. Solo entonces reparó en que, a ambos lados del pasillo que tendrían que recorrer, se habían dibujado dos concurridas filas formadas por muchos de sus compañeros de comisaría. Estaban serios, circunspectos pero, sobre todo, transmitían la imagen de la fe y la confianza absolutas en una persona. Mientras el inspector avanzaba flanqueado por su escolta, todos sus compañeros allí congregados le lanzaban miradas mudas e hieráticas de apoyo. Era difícil explicarlo pero, sin palabras, sin gestos, todas esas personas le estaban inyectando la energía necesaria para resistir el envite que le aguardaba, una energía que no pensaba que iba a poder encontrar dentro de sí mismo. La jornada había sido larga, una jornada que se había prolongado en una noche insomne, pero al final de ella no estaba la desazón sin remedio sino el esbozo de una leve esperanza.

Pero también era evidente la tensión que palpitaba en ese reducido espacio que, habitualmente, estaba vacío y que, ahora, se había convertido en un cruce de caminos donde estaban chocando todos los oleajes nacidos del miedo, la decepción y la ira. Y Silva se sintió como un espigón que resistiera las embestidas del mar más furibundo. Y ello le hizo sentirse enormemente solo y débil.

Una vez que los cinco policías superaron el corredor humano que los había recibido, entraron en un distribuidor que llevaba a las diferentes salas de interrogatorio de la comisaría. Allí, estaba el inspector Valle, con semblante surcado, a partes iguales, por la preocupación y la crispación.

–Buenos días, Silva.

–No tan buenos, Valle.

–Quiero que sepas que no hay nada personal en todo esto. Si tú estuvieras en las mismas circunstancias que yo, harías exactamente lo mismo...

–Hay un problema. Que, quizás, y digo solo quizás, yo podría estar en las mismas circunstancias que tú. Pero, en cambio, es imposible que tú estés en las mismas circunstancias en que yo pueda estar. Eso provoca que, cualquier supuesto que hagamos sobre la materia, sea esencialmente injusto.

Valle clavó su mirada en los ojos de Silva mientras torcía la boca en un peculiar escorzo. No estaba claro si había comprendido o no las palabras de su colega. No hizo ningún esfuerzo por aclararlo: sin decir nada, se dirigió al interior de la sala donde, se suponía, estaba el juez Benegas. Los agentes que escoltaban al inspector se miraron entre sí, sorprendidos e inquietos. Mientras que el resto de agentes intentaban evitar todo contacto visual con el inspector, López sí que cruzó su mirada con él. Silva creyó detectar en ella una mezcla de apoyo a él y de burla hacia Valle. Pero ya no tenía tiempo de pensar en esos detalles. Su mente ya estaba inmersa en otras reflexiones. Pensaba en cómo iba a poder escapar de la trampa en la que había caído. En qué sería lo que le esperaba al otro lado de esa puerta que se acababa de cerrar. Si su suerte estaría ya echada o habría un margen minúsculo e inesperado para poder maniobrar con éxito. No tuvo tiempo de más cavilaciones. La puerta se volvió a abrir. Salió Valle y lo tomó del brazo para acompañarlo al interior de la sala de interrogatorios.

Era una situación que le era familiar. La había vivido cientos, miles de veces. El juez, el fiscal, sus ayudantes, los inspectores y agentes policiales... Lo que era insólito era el punto de vista desde el que estaba contemplando la escena. Y ello le ofrecía ángulos y perspectivas insospechados. En el momento en que se sentó frente al juez Benegas, Silva decidió olvidarse de su condición de filósofo que había extraviado su camino para centrarse, en la más prosaica, de acusado de un asesinato que no había cometido y de la que debía defenderse si no quería pasar muchos años en la cárcel.

—Buenos días, inspector Silva —dijo el juez Benegas—. Como comprenderá, es absolutamente lógico que esté usted aquí, ante mí, y que tenga que dar alguna explicación sobre lo que ocurrió anoche. Usted apareció en la misma habitación de hotel en la que apareció asesinado Pablo Bernal, uno de los políticos más importantes de este país. Y ello es algo que necesita ser investigado y aclarado. Sobre todo, siendo usted un miembro del cuerpo de policía. Así que, en condición de testigo, ¿por qué no empieza contándonos su versión sobre qué ocurrió ayer desde el momento en que usted abandonó el Hotel El Pantano?

* * *

La exposición de Silva fue larga y prolija. No hubo interrupciones por parte del juez. Conforme el inspector iba avanzando en la narración de los hechos, se fue dando cuenta de que todos los que estaban allí ya sabían qué era lo que iba a decir. Simplemente, estaba cumpliendo con la estrategia de interrogatorio que habían diseñado para él. Así que, en el último tramo de su declaración, decidió abreviar para conservar las energías para lo que, esperaba, iba a ser especialmente complicado.

—Y, apenas recuperé el conocimiento, fue cuando entró en la habitación el inspector Valle y el resto de agentes. Encontraron el cadáver de Pablo Bernal. Y me detuvieron. Y eso es todo lo que puedo contar.

El juez Benegas respiró hondo y miró fijamente a Silva.

—Bueno, inspector, creo que debemos profundizar en las lagunas de su historia...

—Señoría, me gustaría que constara que yo no considero que mi historia tenga lagunas. He hecho una fiel narración de lo sucedido.

—Bien, digamos que voy a preguntarle sobre los aspectos que no he acabado de comprender. ¿Le vale?

—Sí. Así sí.

–Resulta difícil de entender que usted dejara sola a la agente Robles en el Hotel El Pantano y, a la vez, fuera solo hasta el Gran Hotel para encontrarse con no sabía muy bien quién... Porque la historia del tablero de ajedrez resulta altamente inverosímil...

–Le dije a la agente Robles que me iba al encuentro de David Berenger y, efectivamente, era él quien se hallaba en el Gran Hotel. Es decir, no resultará tan inverosímil cuando se cumplió al cien por cien lo que yo había deducido.

–Después, hablaremos de ese punto. Ahora mismo, lo que nos preocupa es que, con su decisión, usted incumplió todos los protocolos policiales. ¿No es así?

–Era una situación excepcional y de emergencia. Había que dejar a alguien vigilando el escenario del secuestro de Catalina Romero. Y por ello, ordené a la agente Robles que permaneciera en ese hotel. A su vez, me dirigí al lugar que indicaban las pistas que habían dejado allí. No sabíamos si Catalina Romero estaba en verdadero peligro o no. Y había que actuar con rapidez para averiguarlo.

–No ha respondido a mi pregunta. Eso es incumplir los protocolos policiales, ¿no? Aun suponiendo que fuera una situación de emergencia, ¿cómo se explica que no se comunicara con ninguno de sus superiores?

–Según ese criterio, si veo que una persona va a asesinar a otra, ¿qué debería hacer? ¿Llamar a mi comisario y preguntarle si debo actuar o no? Y aún más, ¿avisar para que venga otro compañero y no hacer nada hasta que este llegue? La situación de ayer por la noche fue algo similar.

–Tan similar, no es. Esta mañana, ha aparecido Catalina Romero sana y salva.

–Me alegro que haya sido así. Pero, anoche, no sabíamos que ese iba a ser el desenlace. Le digo más: no sabemos qué hubiera sucedido si yo no hubiera ido al Gran Hotel. Probablemente, el hecho de que yo me dirigiera hasta allí fue lo que hizo innecesario el que esos tipos retuvieran a Catalina Romero.

–¿Y no fue correr un riesgo innecesario dejar sola a la agente Robles en el Hotel El Pantano?

–Iba de camino la policía científica. Y, en ese momento, todo estaba tranquilo...

–Perdone, inspector. Pero me parece que usted hace una evaluación muy personal del nivel de los riesgos...

–En absoluto.

–Considera que Catalina Romero estaba en una situación peligrosa. Y, al mismo tiempo, cree que la agente Robles no corría ningún riesgo...

–Señoría, Catalina Romero era una persona que se había visto implicada, sin quererlo, en las acciones de una peligrosa banda de matones. Era una mujer completamente ajena a ese mundo y eso significaba que la situación presentaba un alto grado de incertidumbre. Podían pasar cientos de cosas que llevaran a un desenlace desafortunado. La agente Robles, hace un año, ya se enfrentó, ella sola, a miembros de esa banda. Y de forma altamente satisfactoria. Es razonable pensar que podría manejar por sí misma a un director de hotel y a un conserje. ¿Cree que esa evaluación de los riesgos es muy personal?

–Creo que la cuestión es si Catalina Romero corría verdadero peligro o no...

–Señoría, ¿debo recordarle las muertes violentas que se produjeron en la ciudad hace un año? ¿Que yo mismo y mis hombres fuimos tiroteados cuando visitamos a un posible testigo relacionado con la desaparición de Mario Villar?

El juez Benegas empezó a toser. El inicio del interrogatorio a Silva no había discurrido como a él le hubiese gustado. La noche en el calabozo no había hecho tanta mella en el ánimo del inspector como había podido imaginar. Demostró firmeza y argumentó bastante bien las razones que explicaban su comportamiento. Así que decidió cambiar de frente de ataque.

–Bien, inspector, creo que ahora deberíamos profundizar en lo que sucedió cuando llegó al punto de destino que, presuntamente, aparecía en la nota que usted encontró debajo del tablero de ajedrez... Por cierto, ¿dónde está ahora esa nota?

–La llevaba conmigo cuando llegué al Gran Hotel. Sin embargo, con todo el trasiego que hubo, ha desaparecido.

–Una lástima. Una verdadera lástima. Inspector Silva, vamos a centrarnos en su asombroso acierto a la hora de deducir que la persona que le estaba enviando un mensaje era el señor David Berenger...

Silva guardó silencio. El juez lo miraba fijamente. Pero el inspector resistió: no iba a hablar más de la cuenta, no iba a decir nada de forma gratuita. No le iba a facilitar de ningún modo la labor a Benegas: este tendría que preguntar (y tendría que saber cómo preguntar) si quería comprometerlo en algo que las pruebas disponibles no iban a ser capaces de hacerlo.

El silencio continuó, cortante y desconcertado.

–¿Cuál es la pregunta, señoría? –dijo Silva.

Benegas sonrió.

–¿Cómo puede probar que esa nota existió? Porque la agente Robles no llegó a verla...

–Efectivamente, señoría. No puedo probar físicamente la existencia de dicha nota. Sólo tengo mi palabra como medio de acreditar que, realmente, había una nota debajo del tablero de ajedrez. Sin embargo, acabé en el Gran Hotel y contacté con el señor David Berenger... Si preguntan allí, podrán comprobar ambos puntos.

–Ya lo hemos hecho y lo hemos corroborado.

–Entonces, no hay nada más que hablar al respecto, ¿no?

–No lo veo tan claro. ¿Cómo sabemos que no sabía que el señor Berenger estaba en el Gran Hotel y aprovechó las circunstancias para ir a verlo?

–No sabíamos que David Berenger estaba en el Gran Hotel.

–Ha dicho: “no sabíamos”.

–Sí, no sabíamos...

–No sabían ¿quiénes?

–No lo sabíamos ni mi grupo ni los miembros de la Brigada de Delincuencia que habían venido desde la capital a investigar el caso...

–Que esa información no fuera del dominio del grupo que estaba llevando a cabo la investigación no significa que no pudiera ser conocida por usted.

–Si hubiese sido conocida por mí, la hubiera puesto en conocimiento del inspector Méndez.

–Perdone, inspector Silva. Pero esa afirmación que usted acaba de hacer no es creíble.

Tomás Silva arqueó las cejas. Intuyó que tenía que ponerse en guardia.

–¿Por qué dice eso, señoría?

–Porque usted descubrió una casa donde podía estar uno de los posibles implicados en el robo de información en el IIB y no se lo comunicó de inmediato a su compañero.

Tocado. Había que reconocerlo: el juez Benegas había dado de lleno en su línea de flotación. Pero no es menos cierto que había tenido que arriesgar. Quizás, demasiado. Porque el fiscal Téllez no pudo evitar el realizar un indisimulado gesto de extrañeza e intervenir abruptamente en el interrogatorio.

–Perdone, señoría. ¿Dónde aparece esa información? No la he visto en la documentación que estoy manejando –dijo Téllez...

–Debo decir al ministerio fiscal que no aparece en dicha documentación –dijo Benegas–. Es algo de lo que me han informado en el transcurso de la investigación.

–Perdone, señoría –insistió el fiscal–. Pero, si es así, no deberíamos utilizar ese dato hasta que no haya quedado incorporado de forma oficial a la investigación.

–En sentido estricto, deberíamos actuar del modo que dice –dijo Benegas–. Pero, estando en una situación extrema, podemos y debemos acogernos a las excepciones que la ley prevé. Ha sido asesinada una persona, el asesino puede andar suelto y, por tanto, no tenemos la certeza de que no pueda haber más asesinatos. La gravedad de las circunstancias obliga a que tengamos la potestad de proceder de este modo. Pero, ya que es un dato que no se ha incorporado de la forma que el ministerio fiscal ha descrito, dejo a la discreción del inspector Silva que conteste o no a la pregunta.

El ofrecimiento del juez Benegas era de doble filo. Si no respondía, abriría un resquicio de duda sobre su credibilidad y era obvio que, sobre ella, construiría el magistrado la acusación contra él. Si respondía, no debía mentir y, por tanto, tendría que admitir que ocultó información a Méndez. A partir de ahí, no es que su credibilidad fuera puesta en duda sino que, directamente, sería demolida. El dilema era complicado y, prácticamente, irresoluble. Optó por la única solución posible: admitir lo que, de cualquier forma, se iba acabar sabiendo pero no desvelando detalles que pudieran perjudicarle todavía más.

–Es cierto lo que acaba de decir, señoría. A través de confidentes, llegamos a saber la existencia de una casa donde podía estar Julio Ortigosa Melero y no informé de ello al inspector Méndez. Pero tenía mis motivos. Motivos de los que no puedo hablar en este momento porque podría perjudicar el desarrollo de la investigación sobre el robo de información en el IIB. Por lo tanto, me limito a confirmar el extremo que usted ha apuntado. Como me ha dado la posibilidad de no contestar, me limito a contestar solo para confirmar lo que usted ha expuesto.

El juez Benegas detectó claramente que había una brecha para el ataque y se dirigió a ella sin contemplaciones.

–Inspector Silva, ha afirmado que sólo tenemos su palabra para creer en la existencia de la nota que había debajo del tablero de ajedrez. Pero acabamos de comprobar que su palabra no es fiable al cien por cien. ¿Sabe que el señor Berenger ha manifestado que usted acudió al Gran Hotel con la intención de chantajearle?

–Eso es mentira.

–¿Y cuándo debemos creerle, inspector? ¿Ahora? ¿O cuando nos dijo que si hubiera averiguado que el señor David Berenger estaba en la ciudad hubiera informado inmediatamente de ello al inspector Méndez?

–En ambos casos, he dicho la verdad.

–En cambio, con anterioridad, ha admitido que ocultó información a su colega.

–Ya le he dicho que había motivos que no puedo desvelar en este momento.

–Inspector Silva, ¿es usted Alexander?

–¿Cómo puede decir eso, señoría? Eso es una infamia...

–¿De quién sospecha, entonces?

–No hemos encontrado ningún sospechoso en relación a ese punto, señoría.

–¿Y no le parece extraño? ¿No le parece extraño que, después de un año, no haya ningún sospechoso?

–Quienes podían tener información sobre ello, por desgracia, han ido falleciendo conforme la investigación avanzaba.

–¿Falleciendo? Curioso. Su grupo era el único que estaba investigando la posible identidad de ese individuo que es el máximo responsable de pasar información policial a grupos mafiosos, ¿no?

–Que yo sepa, así es.

–¿Y no le resulta llamativo que, conforme su investigación avanza, vayan falleciendo las personas que pudieran proporcionar algún dato que nos facilitara conocer la identidad real de ese sujeto?

–Es toda una fatalidad.

–¿Fatalidad? Yo no creo en la fatalidad, inspector Silva.

–Créame, señoría: la fatalidad existe.

–Pobre argumento para un policía tan concienzudo como usted. La última fatalidad se llama Pablo Bernal. Y apareció, fatalmente asesinado, junto a usted.

Otros segundos de silencio.

–¿Cuál es la pregunta, señoría? –dijo Silva.

—No hay ninguna pregunta, inspector. Es la constatación de que su actuación ofrece demasiadas dudas como para que podamos dejarle libre. Le acuso formalmente del asesinato de Pablo Bernal. Y, debido a la existencia de grave riesgo de fuga (ya que el señor David Berenger afirmó que usted expresó su deseo de abandonar el país con el dinero que estaba exigiendo), a la posibilidad de que destruya las pruebas de su implicación en la trama y a que pueda seguir actuando en colaboración con los grupos mafiosos que dice perseguir, dispongo para usted prisión provisional sin fianza. Le aconsejo muy firmemente que busque un abogado. Le prometo que lo va a necesitar. El interrogatorio continuará cuando cuente con la asistencia del letrado que haya usted elegido.

21

Claudio Montellano llamó a María Benavides a su despacho. Era urgente cubrir las vacantes del equipo y no perder el ritmo de trabajo que les había llevado a su primera gran victoria en las elecciones primarias. No había tiempo que perder. Después de que llegara la policía y se llevara del hotel a José Luis Ugarte, la crisis provocada por la traición de Pablo Bernal se podía dar por zanjada. En cuanto al destino de Esteban Miranda, le era algo absolutamente indiferente. Ya no necesitaba la información del IIB. Tenía, en su lugar, otra igual de valiosa (quizás, más): la proveniente del bufete Ugarte-Esquivias. Sólo quedaba el trámite de hacer una declaración ante la prensa igual de emotiva que la que haría la Primera Ministra en breves momentos. Ni menos, ni más. Exactamente, con el mismo grado de emoción. Si pecaba por defecto, los comentarios de la prensa se centrarían en su inexplicable frialdad. Si pecaba por exceso, dirían que algo debía de esconder su evidente y forzada sobreactuación. El televisor estaba encendido, a la espera de que el canal de noticias conectara con la declaración que iba a emitir Pilar Muro. Después, todo sería encender el piloto automático.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Sí, adelante.

Era María Benavides. Sus mejillas estaban surcadas por unas ojeras mal disimuladas por el maquillaje. Se la veía al borde del derrumbamiento pero Claudio sabía que iba a resistir. Desde que la conoció, percibió en ella la fortaleza de quienes acaban venciendo porque son sistemáticamente menospreciados por el enemigo.

—Siéntate. Tenemos que hablar.

María obedeció mansamente, sin llegar a decir una sola palabra.

—Tenemos que recomponernos a toda velocidad, María. La de ayer, fue una victoria importante. Quizás, crucial. Pero nuestros adversarios ya tienen que estar preparando nuevos ataques contra nosotros. Y no sólo es que tengamos que tener preparadas las respuestas. Es que tenemos que iniciar la ofensiva antes que ellos y tener diseñados los planes de ataque. Agustín Covarrubias ya está de camino.

María Benavides se sorprendió.

—¿Tan rápido ha aceptado?

–Pues claro que ha aceptado tan rápido... ¿Qué pensabas? Los resultados de ayer van a provocar una convulsión en el partido. Las fuerzas se van a realinear en pocos días. Y ese realineamiento va a ser a nuestro favor. No lo dudes.

–Pero todos consideraban que Agustín iba a ser completamente fiel a Pilar... Que no iba a dejarla por nada...

–Pues ya ves.

–¿Crees que su cambio de bando es sincero?

–No, no lo sé. No sé si es sincero o no. Probablemente, no lo sea.

–¿Y vas a integrarlo en el equipo?

–Por supuesto. No podemos estar seguros de la lealtad de nadie. Todos somos traidores en potencia. Así que lo que hay que hacer es gestionar esas traiciones potenciales para que no se produzcan. O, si se producen, podamos usarlas en nuestro beneficio.

–No sé, se me escapa el alcance de todas estas maniobras... Creo que no tengo la suficiente experiencia como para...

–En realidad, lo que te pasa es que aún no confías en toda la capacidad que hay dentro de ti. Pero creo que has empezado a dar los primeros pasos para conseguirlo. Si no, ¿cómo has podido sobrellevar el doble juego en que has estado metida desde que empezaste con nosotros?

Los pensamientos de María Benavides quedaron inmovilizados en un espanto frío y cosificado que podía ser tratado como un objeto que ella manejara despreocupadamente. No sintió el pánico que había imaginado que iba a sentir cuando la descubrieran. Ese entorno en el que había quedado abruptamente sumergida había empezado a insensibilizarla. Empezó a hacer cálculos mentales. ¿Qué le convenía más? ¿Negar la acusación de Claudio o reconocer la verdad? En pocos segundos, fue capaz de tomar una decisión.

–Es cierto. He desarrollado un doble juego. Pero no he hecho nada diferente a lo que tú has comentado: gestionar las traiciones potenciales. Sólo que han sido las mías y no las ajenas.

–Ja, ja, ja, ja... Me gusta. Sí, señor, me gusta... Pero no te hagas la espabilada porque hace mucho tiempo que sospecho que eres una infiltrada de Pilar Muro. No eres tan lista cuando te he pillado tan fácilmente...

–Sí, puedes tener razón. Pero todos tenemos que cubrirnos la espalda, ¿no? ¿Quién de nosotros no ha jugado a un doble juego para sobrevivir si las cosas vienen mal dadas?

–Bueno, en tu caso, triple... No está mal.

–De todos modos, me gustaría que tuvieras algo claro. Yo fui quien propuse que te aliaras con Carlos Peña. Al final, has actuado según mi plan.

María intentaba seguir como buenamente podía el juego teatral al que había decidido lanzarse. Temía que, en cualquier momento, no pudiera más y se acabara derrumbando por la presión de los nervios que le apretaban en todo el cuerpo como unas garras que, apareciendo de la nada, hubieran puesto todo el empeño en mantenerla atrapada casi sin poder respirar.

Claudio Montellano miraba fijamente a María Benavides. Escudriñaba en la actitud y las reacciones de ella cuáles podían ser los motivos reales que había detrás de sus palabras y su comportamiento. Le había sorprendido que hubiera reconocido tan fácilmente que había llevado a cabo un doble juego con él y con la Primera Ministra: era una señal de que estaba ante una persona menos inexperta de lo que parecía. Al menos, había sabido suplir su inexperiencia con cierta sabiduría innata.

—¿Cómo estás tan segura de que yo no había pensado ya en asociarme con Carlos Peña? No digo todo lo que pienso a mis colaboradores...

—Simplemente, lo sé. No se te había ocurrido hasta que yo se lo propuse a Pablo.

Fue otro golpe de efecto. Porque, realmente, fue así. Exactamente así. Ni se le había pasado por la cabeza que el anterior Primer Ministro y él pudieran colaborar en hacer caer a Pilar Muro. Veía a Carlos Peña como un cadáver político. Y no cayó en la cuenta de una verdad que había constatado a lo largo de sus muchos años de carrera profesional: que un presunto cadáver político puede resucitar en cualquier momento, que lo de “cadáver político” no era más que una expresión metafórica que servía para calmar el miedo a que el rival caído te clavara, en el último momento, un puñal en la yugular. Tenía que reconocer que el acierto de María había sido rotundo.

—Vale. Te apuntamos el tanto a ti. Pero, ya que estás tan crecida, algo que veo como muy positivo, no creas que te lo digo en tono de burla o crítica... Porque, en este mundo en el que nos movemos, es mejor confiar en uno mismo a ciegas, aunque sea algo temerario o, incluso, infundado, que dudar de tu capacidad... Es siempre mejor. Como te había empezado a decir, ya que estás tan crecida, a lo mejor puedes decirme qué hacemos con José Luis Ugarte.

María Benavides había resistido la primera etapa de la embestida, la más directa. La segunda, iba a ser más sutil y sibilina. Claudio Montellano quería ponerla a prueba. Ella ya no era una simple subordinada: iba a ocupar el tercer puesto en la jerarquía de la campaña tras el propio candidato y Agustín Covarrubias. Y se esperaba algo más de ella que solo cumplir órdenes... Tenía que pensar rápido y con agudeza.

—Bueno, ahora mismo, el que estemos escondiendo en este hotel a José Luis Ugarte constituye un serio riesgo para nosotros. Ya nos ha dado todo lo que podía darnos. Y no nos va a poder dar más: ha perdido el contacto con quienes robaron la información del IIB y ya no se puede mover para encontrar la forma de recuperarlo. Hemos conseguido toda la información de su bufete... Es decir, ahora mismo es una carga para nosotros.

—Muy bien. ¿Entonces?

—Le hemos prometido ayudarlo... Ello nos compromete. Si le damos la espalda, pensará que le hemos traicionado y se puede volver contra nosotros. Es decir, debemos pensar en una forma de apartarlo de nosotros y convencerlo de que es la mejor opción para él...

—Bueno, ¿y cómo lo apartamos? Y, sobre todo, ¿cómo lo convencemos después?

María Benavides reflexionaba. ¿Qué estaba haciendo Claudio? ¿Buscando una solución? ¿O, quizás, ya había pensado en una e intentaba ver cómo se podía mover ella en su nueva responsabilidad? Probablemente, la segunda opción era la correcta: estaba más acorde con lo que ella estaba empezando a conocer de la mente retorcida de Claudio. Así que, partiendo de ello, tenía dos alternativas: o idear una genialidad que superara lo que su jefe hubiera podido pergeñar o acertar qué podía ser esto último. Como su estado de ánimo no era el óptimo para hilvanar grandes

pensamientos, clavó sus ojos en los de Claudio e intentó intuir qué se le podía haber ocurrido. Al ver que intentaba, con escaso éxito, reprimir una sonrisa burlesca, dedujo que debía de ser algo que mezclara la maldad con la sorpresa. Y, de repente, lo vio con claridad.

–Debemos llamar a la policía, Claudio. Revelarles que José Luis Ugarte está aquí. Y antes de que vengan a por él, decirle que es la mejor solución, que aprovecharemos los contactos que hiciste en tu etapa de Ministro de Interior para que pueda salir del atolladero...

Claudio Montellano no sabía qué decir. Estaba realmente impresionado.

–Eso que acabas de decir es, precisamente, en lo que yo había pensado. De hecho, lo he puesto en marcha hace media hora, aproximadamente. Creo que en otra media hora, más o menos, estarán aquí los efectivos policiales para detener a José Luis Ugarte.

A María Benavides, la satisfacción por haber acertado en su respuesta le duró unos pocos segundos. A ese sentimiento, le siguió un abismo de horror y vergüenza. Le resultaba difícil de describir. Pero era perfectamente expresivo en la boca de su estómago y en la palpitación de sus sienes. Lo sabía: era ya una pieza operativa perfectamente engrasada de un engranaje imparable. En ese momento, tenía conciencia de esa realidad. En unos meses, ni siquiera pensaría en ello: el engranaje la habría absorbido con constancia y meticulosidad. De hecho, en ese momento, ella ayudaría a que ello fuera así: no iba a decir lo que realmente pensaba sino lo que el engranaje y la representación teatral en que se había sumergido exigían. Así que sonrió antes de hablar.

–Siempre vas por delante de todos, Claudio.

–Hay que estar siempre delante de todos si quieres llegar a algo. Vamos a hablar con el abogado. Tenemos que avisarle de lo que se le viene encima.

Claudio Montellano se disponía a salir pero, de repente, se paró. Miró a María, esta vez con una sonrisa abierta, y le habló en un tono claramente retador.

–Bueno, ya que estás tan inspirada, te pregunto: ¿qué más nos haría falta?

Esta vez, ella se quedó en blanco. No sabía a qué se podía referir su jefe. Inquirió la respuesta con un leve encogimiento de hombros. Y aquella vino envuelta en un río de cruel sarcasmo.

–Muy sencillo: tenemos que llamar a un empleado de la seguridad. Cuando le digamos lo que he hecho, el abogado me va a querer partir la cara...

La sensación de horror y vergüenza que había empezado a experimentar María no hizo más que acrecentarse.

22

El inspector Carretero llegó con unas noticias positivas aunque sorprendentes. Demasiado positivas, demasiado sorprendentes. José Luis Ugarte estaba en el Hotel Internacional. Parecía ser que Pablo Bernal le había buscado una habitación y lo había ayudado a ocultarse (no se sabía con qué propósitos). Todos miraban a Carretero con desconfianza. ¿Cómo había podido conseguir esa información? ¿En qué ambientes se movían sus confidentes (si los tenía)? ¿Cómo no había tenido ninguna influencia en la investigación justo hasta ese momento (en que Silva había quedado fuera

de combate)? Las preguntas se acumulaban mientras el inspector daba rienda suelta a su excelente buen humor, aparentemente indiferente a la suerte que podía correr su compañero.

—No sé cómo puedes estar tan satisfecho cuando Silva se está jugando, ahora mismo, su futuro—le reprochó Gómez.

—El que detengamos a Ugarte sólo puede servirle de ayuda —respondió Carretero—. Que la investigación avance es el mejor modo de que quede libre de toda sospecha... Si queda estancada, ello serviría para que subieran las ganas de encontrar un cabeza de turco... Por eso, me alegro. A ver si de una puta vez acabáis con esos recelos absurdos contra mí...

—Si tenemos recelos, por algo será —dijo Osorio.

—Bueno, ya está bien —dijo el inspector Méndez—. Estoy de acuerdo con Carretero. Esto puede ayudar a Silva. Si la investigación llegara hasta el final, no me quedaría duda alguna de que él quedaría libre de toda sospecha. Comprendo que estén enfadados pero no perdamos la racionalidad y el sentido común, por favor...

—¿Y quién va ir al hotel a detener a Ugarte? —preguntó Zuloaga.

—Es lo que, en este momento, está hablando el comisario con los responsables del cuerpo —dijo Osorio—. Como ya hemos hablado, estamos en una situación comprometida.

—Voy a hablar con el comisario para intentar que participemos en el operativo y en el interrogatorio posterior —dijo Méndez—. Somos quienes más sabemos de todas las ramificaciones del caso. Si nos excluyen, no serán capaces de sacar provecho al detenido.

En ese momento, apareció uno de los agentes encargados de la recepción de la comisaría.

—¿Qué pasa, Luis? —le preguntó Gómez.

—Es que... Ahí abajo están la mujer y el hijo del inspector Silva. Están preocupados por él. Han escuchado las noticias y han estado llamándole al móvil para enterarse de qué está sucediendo... Como no respondía a las llamadas, se han presentado aquí. ¿Qué les digo?

Todos se quedaron mirando sin saber qué debían hacer. Después de unos segundos sin que nadie reaccionara, Gómez se levantó con gesto resignado. Miró a Méndez y le habló con seguridad.

—Creo que soy yo quien debe explicarles lo que está sucediendo.

Méndez asintió con la cabeza.

—Sí, Gómez, baje e intente tranquilizarlos. Haga lo que pueda.

Gómez salió, inquieto y cabizbajo. Al cabo de un rato, Carla Robles también salió de la oficina. Desde el pasillo de la planta en la que estaban, se tenía una panorámica bastante amplia del vestíbulo de la comisaría. Podía ver cómo Gómez estaba esforzándose por calmar a la mujer y al hijo de Silva. No estaba teniendo demasiado éxito.

* * *

José Luis Ugarte estaba desconcertado. Posiblemente, no había asimilado aún lo que Claudio Montellano le había dicho. Pasaron unos segundos en los que la habitación se sumió en un silencio expectante.

–No le comprendo... ¿Qué me está queriendo decir? –dijo el abogado.

–Le estoy queriendo decir que la policía va a venir a detenerle. Pero que no se debe preocupar... – dijo Claudio Montellano.

–¿Cómo que va a venir la policía?

–De algún modo, han descubierto que estaba aquí y...

–¿Cómo han podido descubrir que me escondía en este hotel?

–Eso es lo de menos. Lo han descubierto y punto. Afortunadamente, nos hemos podido enterar antes de que se presenten...

–¿Van a llevarme a otro lugar?

–No. No le vamos a llevar a ningún otro sitio...

–Pero, si me quedo aquí, me van a detener.

–Lo sabemos. Pero, ahora mismo, no tenemos otra opción.

–¿Cómo que no tenemos otra opción?

–Lo mejor es que dejemos que la policía venga. A partir de ahí...

–¡Usted lo que es, es un hijo de puta!

José Luis Ugarte pareció reaccionar con un minuto de retraso. Pero lo hizo con una violencia inusitada para la calma que había demostrado hasta ese justo instante. Se lanzó sobre Claudio Montellano y lo agarró por el cuello mientras su rostro dibujaba un gesto de desatada fiera. María Benavides y el empleado de seguridad se acercaron rápidamente para separarlos. José Luis Ugarte se resistió pero la mayor fuerza de su oponente consiguió agarrarlo por los brazos e irlo alejando del candidato y su ayudante que, atónitos, no consiguieron articular palabra.

–¿Se va a tranquilizar? –dijo, finalmente, Claudio Montellano.

José Luis Ugarte no habló. El empleado de seguridad hizo mayor fuerza sobre los brazos del abogado. La presión consiguió que su cuerpo se doblara y él hiciera un gesto de dolor que logró apagar su agresividad.

–Se lo vuelvo a preguntar: ¿se va a tranquilizar?

José Luis Ugarte hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Bien. Suéltelo –dijo el político al empleado de seguridad.

Tras quedar liberado de la fuerza física que lo oprimía, el abogado parecía un muñeco desarticulado que hubiera sufrido todas las derrotas posibles. María Benavides sintió una inmensa lástima por él. Claudio Montellano estaba satisfecho de ver a José Luis Ugarte hundido y desanimado: así, sería más fácil de manejar.

–Señor Ugarte, en ocasiones, no podemos parar lo inevitable. Lo que tenemos que hacer es analizar qué posibilidades ofrece para aprovecharlas lo mejor que podamos. En este caso, es, exactamente, lo que ocurre. No gastaremos energías en esconderlo y en evitar que las autoridades lo encuentren.

A partir de ahora, nos dedicaremos a ayudarlo a librarse de la presión a la que va a ser sometido. Cabe la posibilidad de que lo interroguen y quede libre. Si ello es así, no tendremos que preocuparnos demasiado. Si deciden detenerlo, pondremos en marcha todos los mecanismos para que quede libre en el menor tiempo posible. Tengo muchos contactos de mi etapa como Ministro del Interior y le aseguro que puedo mover los hilos para resolver la situación en poco tiempo. Créame, solucionaremos su situación. Confíe en nosotros.

–Yo no puedo confiar en usted –dijo José Luis Ugarte–. Me ha traicionado. Lo sé. Ha obtenido lo que quería y me he convertido en un peón prescindible. No se lo reprocho. Así somos todos. Ya me he dado cuenta... Lo he descubierto en el peor momento posible...

José Luis Ugarte se sentó en el borde de la cama y hundió su rostro en sus manos, unas manos tensas y desesperanzadas.

* * *

Cuando el inspector Méndez volvió de hablar con el comisario Torres, traía un gesto de preocupación que no auguraba buenas noticias. Permaneció durante unos segundos de pie, en el centro de la sala, mirando hacia el suelo, callado y con las manos en los bolsillos del pantalón. Cuando por fin habló, lo hizo sin cruzar su mirada con las de Osorio o Robles.

–¿Dónde están Gómez y Soriano? –empezó diciendo.

–Gómez sigue con la mujer y el hijo del inspector Silva –dijo Robles–. A Soriano, le he perdido la pista. No sé dónde está...

–Bien, no podemos demorar más esto... No me gusta lo que voy a decir. He hecho todo lo que he podido para que la decisión hubiese sido otra pero mi esfuerzo ha sido en balde. El comisario me ha dicho que ningún agente de la unidad de Silva puede acudir a la detención de José Luis Ugarte. No ha sido una decisión que haya partido de él... Son órdenes de arriba. Soriano sí puede venir con nosotros. Es lo único que puedo decirles.

Osorio y Robles compartían un gesto similar de estoica resignación. Ya habían adivinado que algo así iba a ocurrir. La conjura crecía ante sus ojos como una hiedra ponzoñosa que no iba a parar hasta conseguir ahogar cualquier atisbo de resolución del caso. El silencio opresivo que se apoderó de la sala parecía estar absorbiendo todo el oxígeno que había en ella con el fin de provocar la asfixia general. Méndez no quiso decir mucho más. Inmediatamente, se puso a dar las órdenes para el operativo que iban a poner en marcha.

–Valbuena, Ceballos y Salvador vendrán conmigo. Zuloaga seguirá aquí, pendiente de las escuchas telefónicas. Robles, vaya a buscar a Soriano y dígame que se presente aquí sobre la marcha.

–A sus órdenes, inspector –dijo Carla Robles con evidente desgana.

Robles salió de la sala para buscar a su compañero. Fue una especie de liberación provisional, el poder escapar durante unos minutos del ahogo que estaba empezando a sentir ante unas circunstancias que los habían convertido en sus títeres sin que ellos pudieran hacer otra cosa que constatar su impotencia y su incapacidad para cambiar el curso de los acontecimientos. Robles llegó a la planta baja de la comisaría. Allí, Gómez seguía con la esposa y el hijo de Silva. Había hecho que se sentaran en los asientos que había al lado de la recepción y se colocó entre ellos. No había que prestar mucha atención para comprobar que estaban hundidos y que su compañero estaba intentando que levantaran la moral ante una situación tan incierta. Robles no sabía si acercarse o no.

Prefirió no interrumpir los esfuerzos de Gómez y llamó a Soriano a su número privado pero su móvil personal estaba apagado. Empezó a buscarlo por toda la comisaría. No tardó mucho en encontrarlo: venía de los calabozos.

–Soriano, te están buscando. Vas a participar en el operativo para detener a Ugarte...

–Me he enterado de que el juez ha dictado prisión sin fianza para Silva. Están a punto de llevarlo al furgón para trasladarlo a la cárcel...

Soriano era así. Directo y sin atajos. Eso era la consecuencia de muchos años de calle y de tener que tomar constantemente decisiones en décimas de segundo. No estaba mentalizado para perder el tiempo en protocolos. Robles giró la cabeza y miró hacia el lugar donde estaban Gómez y la mujer y el hijo de Silva. La mañana estaba siendo dura. Todavía iba a tener que afrontar un encuentro que no deseaba que se produjera en ese momento. Pero tenía claro qué era lo que tenía que hacer.

–Gracias, Soriano. Te debo otra... Voy a decírselo a su familia para que intenten verlo...

–De nada. Ya sabes que no te llevo la cuenta... Bueno, vamos a ver qué dispone Méndez. Ya te contaré.

Soriano se fue corriendo hacia las escaleras. Robles tomó aire y caminó con pasos decididos hacia la zona de recepción donde su compañero seguía trabajando duro para cumplir con una tarea imposible. La agente se plantó ante las tres personas que estaban allí sentadas y que no se habían percatado de que ella se estaba acercando.

–Perdona, Gómez. Hola, buenos días –dijo dirigiéndose a la mujer y al hijo de Silva—. Me he enterado de algo que, creo, debería decirles. No son buenas noticias. El juez ya ha tomado una decisión: prisión sin fianza para el inspector... Dentro de poco, va a salir del calabozo camino del furgón... No sé si querrán verlo o no...

Carmen miró, alternativamente, a Gómez, a Robles, a su hijo y al frío vacío que había a su alrededor. Fue una sucesión de miradas que fueron gritos en medio del silencio. Carla sintió que, en apenas unos segundos, Carmen había llegado a ser plenamente consciente del contexto, del entorno y de las circunstancias, que se había dado cuenta de la complicada situación en que su marido se hallaba inmerso, de que se abría un período largo, indefinido e incierto en el que los sacrificios y las penitencias iban a ser duras y de que la mujer que estaba frente a ella era algo más que una simple subordinada de su marido. Las piezas parecían haber revelado su estructura en medio de la zozobra. La agente no pudo discernir si ello era, efectivamente, así o fruto de los pensamientos extraviados de una larga noche en vela. A lo mejor, los desvaríos la habían conducido a la verdad.

–¿Es posible que podamos ver a mi marido?

–No le prometo nada, Carmen –dijo Gómez—. Vamos a intentarlo...

* * *

El comisario Torres quiso estar al frente del operativo que iba a proceder a la detención de José Luis Ugarte. Con él, iban los inspectores Méndez y Carretero. Nadie tenía muy claro qué iba a suceder una vez que el abogado fuera llevado a comisaría. Ni sabían qué acusación concreta podía formalizarse contra él ni tenían una idea nítida de qué línea de defensa iba a utilizar. Por tanto, era muy probable que en veinticuatro horas pudiera quedar libre. Pero, en medio del caos, había que dar una cierta sensación de que todo estaba siendo puesto en orden y que la investigación avanzaba.

Solo Carretero sonreía en el vehículo policial que llevaba a quienes dirigían la operación. Torres y Méndez dibujaban en sus rostros una expresión fúnebre que era la manifestación más obvia de lo que pensaban: iban a ser derrotados y lo único que quedaba por dilucidar era saber qué derrota les iba a caer en suerte, si la más benévola o la más acerba, la más caprichosa o la más severa. Era cuestión de esperar.

—Me preocupa la reacción del candidato y cómo van a comportarse los periodistas que estén por allí cuando nos vean llegar —preguntó el comisario.

—Respecto al candidato, no hay de qué preocuparse —dijo Carretero—. Tiene plena voluntad de colaborar con nosotros. Respecto a los periodistas, deje que yo les diga algo antes de entrar al hotel... Jefe, les voy a tener que prometer que voy a darles alguna información cuando el operativo haya logrado detener a Ugarte...

—Hay que tener cuidado con eso —dijo Méndez—. Hasta ahora, hemos logrado mantener en secreto el robo de información en el IIB. No podemos hacer que salga a la luz...

—Nadie quiere que salga a la luz —dijo Carretero—. Pero si nos presentamos en el hotel donde está el cuartel general del candidato del Partido Moderado que va en cabeza de las primarias, después de que su exsegundo haya sido asesinado, y realizamos una detención, van a empezar a especular... Es mejor que les demos una versión a la que puedan aferrarse.

—¿Relacionamos la detención con el asesinato de Pablo Bernal? —preguntó el comisario.

—No, no es conveniente —dijo Méndez—. Si decimos eso, Ugarte se va a enfurecer... Y no sabemos cómo puede reaccionar...

—Estoy de acuerdo —dijo Carretero—. Necesitamos otra alternativa...

—Tenemos pocas opciones que puedan ser convincentes —dijo el comisario.

—¿Por qué no decimos que estamos investigando una ramificación del caso Mario Villar? —dijo Méndez—. No deja de ser una verdad aunque sea muy a medias... Llegamos a Ugarte a través de José Carrasco. El caso Villar ya no atrae la atención de los periodistas... Es posible que pierdan el interés si relacionamos la detención con él.

—¿Y no es mucha casualidad que la detención se produzca en la sede de la candidatura de Claudio Montellano? —preguntó el comisario.

—Explicamos que llevábamos varios días tras la pista del abogado —dijo Méndez— y que, cuando detectamos su aproximación a esa candidatura, sospechamos que estaba buscando protección. Decimos que Claudio Montellano ha colaborado en todo momento con nosotros (lo cual es cierto) y algún periodista se quedará con la mosca tras la oreja pero, mientras tanto, habremos salvado el escollo.

—A mí, me parece bien —dijo Carretero.

—De acuerdo, pues ya sabe lo que tiene que decir —dijo el comisario—. Por unos días, a lo mejor estamos tranquilos.

Los cuatro vehículos policiales que formaban el operativo estacionaron en una calle situada en la parte trasera del hotel. Todos los efectivos desplazados hasta el lugar sabían perfectamente qué tenían que hacer. Un grupo de agentes, entre ellos Soriano, se ubicó en la puerta trasera del hotel.

El comisario Torres y los inspectores Méndez y Carretero con el resto de agentes se dirigieron a la puerta principal. Otro grupo se apostó en ese punto concreto.

–Ceballos, le dejo al mando aquí –dijo Méndez–. Si detectan a Ugarte, no le permitan salir.

En la recepción del hotel, les esperaba una joven que, nada más verlos, se presentó.

–Buenos días, soy María Benavides. Soy una de las responsables de la campaña de Claudio Montellano.

–Buenos días. Soy el comisario Torres y estoy al mando de todo este operativo. ¿Tienen controlado al señor José Luis Ugarte?

–Sí. Un empleado de seguridad está vigilando para que no se marche de la habitación.

–Bien. ¿Puede llevarnos allí?

–Por supuesto. Acompañenme.

María Benavides los condujo hasta la zona de ascensores del hotel.

–¿A qué planta vamos? –preguntó el comisario.

–A la cuarta –respondió la colaboradora del candidato.

Carretero fue pasando información de sus movimientos, por el canal de comunicación interno, a todos los efectivos que participaban en la operación. Preguntó si había habido alguna novedad. Se apretó el auricular contra la oreja para oír que todo seguía tranquilo.

Una vez que el ascensor subió y todos ellos salieron de él, María Benavides los llevó con pasos decididos hasta la habitación 412. Sólo Méndez detectó algo extraño.

–¿Le sucede algo? –le preguntó inesperadamente.

–Perdone... –dijo ella, sobresaltada.

–Le preguntaba si le sucede algo.

–¿Por qué me lo pregunta?

–La veo tensa.

–Es natural, ¿no? Nunca he vivido la detención de una persona...

Méndez no dijo nada. Todos entendieron que daba por buena la explicación de la joven. En realidad, su respuesta no hizo más que acrecentar su impresión de que algo escondía esa detención tan inesperadamente sencilla.

* * *

Silva volvió a los calabozos de la comisaría después de su declaración ante el juez Benegas. No quería pensar. Hubiera sido inútil. Era mejor esperar a salir de ese agujero y comprobar cuáles eran las circunstancias. En ese momento, estaba en el vacío. Cualquier reflexión hubiera sido vana. Era una encrucijada extraña para él. Siempre pretendía poseer el control racional de la situación y, de repente, le habían arrebatado la posibilidad de utilizar la que consideraba su principal virtud. Era

una jugarreta juguetona del destino. De momento, sólo quedaba aguardar la evolución de los acontecimientos.

Mientras estaba dando vuelta a todos estos pensamientos, la puerta de la celda se abrió. Vio, asomado al umbral, al agente Álvarez, que llevaba un voluminoso manojó de llaves, y, cuando la puerta terminó de abrirse, la figura inconfundible del inspector Valle se dibujó en la luz que había invadido de golpe la oscuridad del claustrofóbico habitáculo. El rival de Silva entró con su habitual arrogancia y guardó silencio durante unos segundos. Finalmente, empezó a hablar de modo extraño. Silva casi llegó a pensar que Valle estaba dolido por lo que iba a hacer. La sensación de extrañeza profundizaba en la piel como la broca de un pozo petrolífero ahondaba en la tierra. No era oro negro lo que iba a surgir en forma de explosión inesperada sino las certezas definitivas que nacían de la convicción última de que no había manera de escapar de la desolación.

—Vuelvo a repetirte lo que te he estado diciendo toda la noche. ¿Crees que me alegra ser quien te lleve hasta prisión? Te equivocas, Silva. No me alegra en absoluto. Ahora mismo, el comisario, Méndez y Carretero están en el Hotel Internacional para detener a José Luis Ugarte. Tus hombres, han quedado al margen. No han permitido ni a Gómez ni a Osorio ni a Robles participar en el operativo. Como puedes comprobar, a mí tampoco.

Silva sonrió.

—Así que ni mi caída ha servido para auparte a ti, ¿no, Valle?

—Parece ser que no. Ya ves.

—Desengáñate. Las cartas están repartidas de antemano. El final de esta historia ya está escrito. Nos bastaría con indagar un poco para dar con él. Pero no lo hacemos porque aún conservamos la ligera esperanza de que el desenlace está en nuestras manos. Pero no es así. Así que no pierdas más el tiempo. Haz lo que tengas que hacer.

Valle se acercó a Silva y le puso las esposas.

—El furgón ya está esperando.

* * *

Cuando María Benavides llamó a la puerta de la habitación, fue el propio Claudio Montellano quien les abrió.

—Muy buenas, señores —dijo con una tensa sonrisa en los labios—. Pasen, por favor.

Cuando el comisario, los dos inspectores y los agentes entraron, posiblemente no esperaban tener que detener a la imagen viva y palpitante de la derrota. José Luis Ugarte estaba sentado en una butaca del cuarto, con los ojos cerrados, la cabeza agachada y con todo su cuerpo dando la impresión de ser una marioneta con los hilos rotos. Todos los policías se miraban entre ellos. Ninguno comprendía que se hubiera realizado un despliegue de tal magnitud para detener a un ser humano inerte que apenas parecía reaccionar ante lo que estaba sucediendo. El empleado de seguridad que vigilaba para que no huyera era perfectamente prescindible.

—Señor Ugarte —dijo el comisario—. Venimos para llevarlo a comisaría y tomarle declaración sobre varios asuntos de los que usted puede tener información valiosa para nosotros... ¿Tiene algún problema para que nos acompañe hasta allí?

José Luis Ugarte abrió los ojos.

—¿Acaso tengo alternativa?

Se levantó de la butaca y extendió sus manos al comisario.

—¿Me van a poner las esposas?

—No, no va a hacer falta.

Los policías y el abogado abandonaron la habitación en medio de un pesado y asfixiante manto de silencio. El comisario se despidió del candidato meramente con un frío saludo de cortesía.

* * *

Esta vez, Valle procuró que, en el camino hasta el furgón, no hubiera ninguna muestra de apoyo a Silva. Dio instrucciones precisas para despejar los pasillos y evitar cualquier concentración de apoyo al inspector. Solo dos agentes más lo acompañaban para el corto trayecto que tenía que realizar hasta un lateral de la comisaría. Silva y Valle ya no intercambiarían más palabras durante el viaje hasta la prisión provincial. Era mejor no hablar cuando los sonidos sólo podían servir para enmascarar las mentiras evidentes, para no referirse a ellas y dejar que corretearan alrededor de uno como niños hiperactivos. Era mejor no hablar para no ser una voz más del coro de la falsedad.

Cuando Silva, Valle y los dos agentes de escolta salieron al exterior, fue, para todos, la oportunidad de respirar el tibio aire de la mañana. El furgón estaba a pocos metros de ellos. Había varios agentes en dos líneas paralelas formando un cordón que impedía que alguien pudiera acercarse al detenido. A su derecha, al otro lado de ese cordón, Silva pudo ver a su esposa, a su hijo, a Carla y a Gómez. No se esperaba encontrarlos allí. Carmen lo saludó con la mano. Su hijo levantó en alto el puño izquierdo con la intención de transmitirle ánimo y fuerza. Gómez le sonrió, moviendo la cabeza, en un gesto que, tras tantos años de haber trabajado juntos, pudo interpretar sin problemas: le decía que confiaba en él y que sabía que toda esa historia iba a tener un final feliz. Carla estaba inmóvil: con los labios apretados, expresaba que estaba reprimiendo todo lo que le hubiese gustado hacer y decir. Su mirada empezó a humedecerse. Silva sonrió a todos y les guiñó un ojo. Les había querido decir que se encontraba bien pero, tras subir al furgón, fue plenamente consciente de que una fiera salvaje le estaba dando un mordisco en el estómago y no iba a cejar en su esfuerzo hasta verlo completamente vencido.

* * *

Cuando los policías se hubieron marchado, Claudio Montellano ordenó al empleado de seguridad que se retirara.

—Bueno, María, otra crisis resuelta...

—No sé si hemos actuado bien. No sabemos cómo puede reaccionar José Luis Ugarte...

—Puede ser que hoy mismo salga libre. Y si no saliera, le ayudaríamos. Que no te quepa duda. Y solo va a poder contar con nosotros. Porque, si quisiera contar con alguien diferente, con lo que ha sucedido aquí esta mañana, podríamos hundir su reputación en menos de diez minutos. ¿O qué crees que pensarían de él si se supiera que ha permitido a un tercero acceder a la información de todos sus clientes?

María Benavides estaba preocupada. O, quizás, estaba desbordada por todo lo que había sucedido desde la noche anterior. Claudio Montellano le sonrió.

—No tengas esa cara, mujer. Ya eres uno de los nuestros.

—¿Uno de los vuestros?

El político se dirigió a la puerta del cuarto y colocó el cartel de *No molestar* en el exterior. Después, volvió junto a la joven.

—Sí, uno de los nuestros. Has accedido al grupo de quienes somos algo. De quienes decidimos lo que ha de ser y lo que no. Y tendrás que recibir el adecuado bautismo de fuego.

María puso gesto de extrañeza. Claudio Montellano se acercó a ella y, sin pedirle ningún tipo de consentimiento, la abrazó y la besó en los labios. María lo apartó de un fuerte empujón.

—Ja, ja, ja... Pero, ¿qué sucede? ¿No sabías que esto era algo normal en el grupo al que has tenido la suerte y el privilegio de acceder? Es lo más corriente y habitual... No tienes que molestarte... Al revés. Debes sentirte halagada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad. Ya lo irás comprobando. Para nosotros, no hay prejuicios, ni barreras, ni límites... Todo es posible y todo está permitido. En todos los terrenos...

Claudio Montellano se quitó la chaqueta, después la corbata y, finalmente, empezó a desabotonarse la camisa. María Benavides no sabía cómo reaccionar.

—Yo no quiero tener sexo contigo...

—Esto no es cuestión de querer o no querer. Esto es aceptar los usos y costumbres del entorno donde te vas a mover. Es lo que hay, jovencita.

Claudio Montellano volvió a aproximarse y la rodeó con sus brazos. Esta vez, con más fuerza que en la ocasión anterior. María no pudo escaparse. Los labios de él empezaron a recorrer su cara y su cuello. Sin soltarla, la tendió en la cama y se colocó sobre ella. No quería dejarla pensar. No quería que pudiera contrarrestar su salvaje embestida. Le fue subiendo la falda y, de un fuerte tirón, le arrancó, rompiéndola, la ropa interior. Mientras sus labios cerraron el intento de ella por dejar escapar un grito, bajó la cremallera de su pantalón para no dar opción a que la acción que había emprendido quedara sin completar.

* * *

De camino a prisión, Silva intuyó que lo peor de las derrotas es que siempre suelen ir seguidas de un acto de humillación.

Capítulo segundo

1

Pilar Muro tenía ante ella los ejemplares de siete periódicos diferentes y creyó ver en ellos sucesivos pasos hacia el precipicio definitivo. Resultaba inverosímil: a una semana de las primarias decisivas en la capital, Antonio Cifuentes estaba en paradero desconocido. Todas las pistas apuntaban a que había huido al extranjero. Dos meses antes, ya había tenido un primer tropiezo serio con toda la polvareda provocada por el escándalo en torno a las informaciones aparecidas en relación a ese concejal y, ahora, justo antes del momento final, Antonio Cifuentes volvía a ser el espectro que se materializaba para acabar con las escasas esperanzas que le quedaban para salir victoriosa de un proceso que se había torcido casi sin remedio.

Claudio Montellano le llevaba una importante ventaja en el número de compromisarios. En la capital, Pilar Muro iba a vencer con completa seguridad pero a su contrincante le bastaba con obtener el treinta por ciento de los votos para alcanzar el número necesario de compromisarios para ser candidato a Primer Ministro por el Partido Moderado. Las encuestas más optimistas preveían que Pilar Muro podía llegar al sesenta por ciento, es decir, insuficiente para desequilibrar la contienda a su favor. Con la huida de uno de sus principales aliados, la situación era ya desesperada. La Primera Ministra levantó la vista de los periódicos y miró a su jefe de gabinete para comprobar cuál era su estado de ánimo. Como era habitual en él, su imagen de persona reflexiva seguía estando presente. Pero creyó advertir una sombra oscura en su mirada, un presagio tenebroso que nunca había percibido antes.

—Eduardo, ¿qué opinas de esto? La cosa pinta mal, ¿no? Y eso que decidimos distanciarnos poco a poco de Antonio Cifuentes. Si lo hubiéramos apoyado sin dejar un resquicio a la duda, ahora mismo seríamos unos perfectos cadáveres políticos.

—Sí, en eso llevas razón. Pero no voy a poner paños calientes, Pilar. La cosa no es que pinte mal... Pinta muy mal. Es decir, si no conseguimos dar un golpe de efecto de aquí al viernes que viene, no es que no vas a llegar al setenta por ciento de los votos, es que, lo más probable, es que, en la capital, pierdas también las primarias.

Pilar Muro no contaba con esto último. Pensaba que, posiblemente, iba a perder la batalla por la candidatura pero que, al menos, se iba a poder despedir con una última victoria que, aunque inútil, iba a proporcionar un barniz de dignidad a su derrota. A lo mejor, no iba a poder contar ni con eso. Empezó a imaginar que su despacho era un inmenso ataúd donde iban a ir a parar todas sus ilusiones, todos sus proyectos, todos sus esfuerzos... No comprendía nada. Había entrado en la fase de ver el mundo como un ente ininteligible.

—No sé qué golpe de efecto vamos a dar. No hemos podido conseguir que Méndez retome la investigación del caso IIB e Ibáñez no ha logrado ningún avance...

—En su descargo, hay que decir que el caso IIB es un caso sumamente complicado e Ibáñez y su equipo han tardado mucho tiempo en ponerse al día. Yo he estado encima de ellos a lo largo de estos dos meses y sé del esfuerzo que han realizado... Pero, a veces, no se pueden pedir milagros, Pilar.

–Te comenté que había que investigar si había habido alguna deserción en el equipo de Claudio. ¿Qué se ha sacado en limpio de ahí?

–Detectamos un abandono significativo. El de Esteban Miranda... Pero no hay ni rastro de él. No ha realizado ningún movimiento. Así, es difícil dilucidar nada...

–¿Y en el lado judicial? No sé qué ha hecho Téllez en todo este tiempo... Benegas se lo ha comido con patatas...

–Téllez es un buen fiscal, Pilar. Un excelente fiscal. Pero lo de Benegas no es normal. Ha visto en este caso una oportunidad de alcanzar el estrellato y ha sido como un perro que se ha aferrado el hueso y no lo ha querido soltar. Pero las acusaciones contra Silva no se sostienen. Antes o después, van a caer por su propio peso...

–Eduardo, cuando caigan, quien va a estar sentado donde yo estoy sentada ahora mismo no voy a ser yo. Será, con toda seguridad, un tipo llamado Claudio Montellano. Así que eso no nos sirve para nada.

–Tienes razón. Sí, sí, sí... No nos servirá...

–¿Entonces? Aunque hoy mismo se retiraran las acusaciones contra el inspector Silva y Méndez retomara la investigación, dudo mucho que de aquí en una semana pudieran descubrir algo que nos beneficiara...

–Ya te lo he dicho. Veo complicado todo...

–¿Y qué propones? ¿Que nos rindamos?

–Evidentemente, no. Algo tenemos que hacer...

Eduardo Díaz empezó a dar vueltas por el despacho de la Primera Ministra con aire inquieto y reflexivo. Tras varios minutos de silencio, regresó de su letargo y recuperó su sempiterno tono audaz y decidido.

–Creo que sólo tenemos dos opciones. La primera, negociar con Claudio Montellano.

–Rechazada. ¿Cuál es la segunda?

–Pilar, no rechaces esa opción tan pronto. Considérala aunque sólo sea para convertirla en maniobra de distracción contra Claudio.

–Está bien. La tendré en cuenta desde ese punto de vista. ¿Cuál es la segunda opción?

–Bueno, yo creo que no hay que ser muy listos para saber qué es lo que puede hacer daño a Claudio. Obviamente, una información comprometedor que no tenga tiempo de contrarrestar.

–¿Y cómo podemos conseguirla a estas alturas?

–Has dicho que no quieres negociar con Claudio Montellano... Pero, ¿estarías dispuesta a negociar con el diablo?

Pilar Muro no comprendió lo que Eduardo Díaz pretendía decirle. Por primera vez en mucho tiempo, se asustó. Realmente, se asustó.

—¿Con el diablo?

—Sí. Con el diablo.

—Una jefa de gobierno no puede negociar con cualquiera... Eso es muy peligroso. Si los medios de comunicación lo descubren, puede ser su ruina política...

—¿Y si la negociación no la llevas tú directamente? ¿Y si encontramos a alguien que no tenga otra opción que convertirse en un intermediario que esté obligado a ocultar a quién representa?

—¿Tenemos a alguien en quien podamos confiar absolutamente?

—Por supuesto que lo tenemos. Podemos tener a cualquiera que queramos. Nunca es difícil dar con un desesperado que deba aceptar cualquier propuesta que se le realice. Aunque sea descabellada...

2

Matías Miranda observaba la playa con unos prismáticos. La casa de su socio Paco Silva estaba en un lugar privilegiado: al final del Paseo Marítimo de la localidad, haciendo esquina con la única otra calle de los alrededores por donde podían llegar visitas indeseadas. Estaba previsto que la lancha que venía del Enclave llegara a las cinco de la tarde. Faltaban unos cinco minutos para que llegara la hora. El paraje, como era habitual incluso en los meses álgidos del verano, era un rincón solitario y desangelado, ideal para que pocos se enteraran de qué era lo que iba a ocurrir y que esos pocos no tuvieran muchas ganas ni de hablar ni de contárselo a nadie. Paco estaba nervioso: como siempre. Matías, tranquilo e inexpresivo. El plan era el habitual: todos sabían cómo debían actuar, todos realizarían un cometido similar al que habían realizado en otras ocasiones. No tenía que haber ningún problema. Y si lo había, se pondrían en marcha las precauciones previstas.

A las cinco de la tarde, Matías vio cómo la lancha se acercaba a la playa. Hizo, entonces, una llamada por el móvil.

—La lancha está aquí. Traed ya la furgoneta.

Antes de que pasara un minuto, una furgoneta de color blanco se había parado con el motor en marcha delante de la casa donde Matías estaba vigilando todos los movimientos que se iban a producir.

Cuando la lancha llegó a la costa, unas veinte personas aparecieron detrás de las rocas que formaban el rompeolas y corrieron hacia la embarcación. Cada uno de ellos cogió un fardo de los que la lancha había traído y, con una nueva carrera, los fueron llevando hasta el interior de la furgoneta.

* * *

—Hace varios días que quería hablar contigo, Mark —dijo Esteban.

—¿Y qué ha ocurrido? —dijo Mark, dibujando en su rostro una triste sonrisa irónica—. Que no hemos tenido la oportunidad de hacer coincidir nuestras agendas, ¿no?

–No me tomes el pelo. Es que quería encontrar un buen momento. Quería verte animado. Porque eso es lo que me preocupa. Te veo muy mal de ánimo...

–¿Y cómo quieres que esté? Después de toda la mierda que he tenido que tragar con la puta información que robé del banco donde trabajaba, aún no hay esperanza de hallar una solución. ¿Qué quieres que haga? ¿Celebrar una fiesta?

–Te comprendo, Mark. Pero no es fácil...

–Eso es lo mismo que me decía Julio. Que no era fácil.

–Yo no soy Julio, Mark –dijo Esteban, visiblemente enfadado.

–Tú no eres Julio. Lo sé. Pero yo estoy pasando por el mismo calvario. Y ya estoy harto. Completamente harto. Y lo peor de todo es que no hay solución a la vista. Porque, ¿acaso tienes una solución que ofrecerme?

Esteban bajó la cabeza. Tenía que admitir que Mark llevaba razón.

* * *

Cuando todo el cargamento ya estaba en la furgoneta, Paco agitó violentamente el hombro de Matías. Este apartó con brusquedad su mirada de los prismáticos y giró la cabeza hacia su socio que, sin mediar palabra, le señaló con el dedo índice de su mano derecha hacia el Paseo Marítimo y la calle lateral. Se acercaban dos vehículos policiales, con las sirenas apagadas, cada uno de ellos en cada una de las dos direcciones que Paco le había señalado. En un minuto, ambos habrían llegado al lugar donde la furgoneta aún estaba parada. Matías se acercó al pretil de la azotea y, llevando los dedos a sus labios, silbó a un tipo que aguardaba en la acera a las instrucciones que le tuvieran que dar para solucionar cualquier imprevisto que surgiera. Y ahí estaban irrumpiendo dos imprevistos de categoría que, como las hojas de unas tijeras, amenazaban con hacer pedacitos el plan que siempre había funcionado a las mil maravillas.

El tipo que aguardaba en la acera emitió dos nuevos silbidos y unas sesenta o setenta personas salieron de un callejón que estaba junto a la casa que se había convertido en puesto de vigilancia y se dividieron en dos grupos: uno, se plantó en el Paseo Marítimo para detener al vehículo policial que se acercaba por él; el otro, corrió hasta la calle lateral para hacer lo mismo con el otro vehículo. Matías hizo una señal a la furgoneta para que se marchara de allí lo más pronto posible. El conductor vio que tenía pocas salidas por donde huir y, dando marcha atrás, giró con posterioridad a la izquierda para cruzar el amplio descampado que había al final del Paseo Marítimo. En unos segundos, el caos se apoderó del lugar.

* * *

–Mira, Mark, ahora mismo, no tengo una solución para todo esto. Pero creo que, al contrario que Julio, soy franco y honesto contigo. Te cuento las cosas como son. Y sí, es cierto, aún no he encontrado una salida. Y sé que tienes que estar a punto de explotar. Pero, ¿qué me pides? ¿Que haga un milagro? Yo no puedo hacer milagros. Tengo que moverme entre los resquicios que la mierda deja libres...

Mark dio un suspiro y empezó a mover la cabeza de un lado a otro en posible señal de hartazgo.

–Yo ya estaría dispuesto a hacer cualquier cosa. Así que si estás dispuesto a correr riesgos, por mí, adelante.

—¿Riesgos? ¿Qué riesgos?

—Presentarnos ante las autoridades y entregarles la información. Punto. Que ellos decidan. De todas formas, tenemos el respaldo del dinero que nos llevamos, ¿no? Se trata de medir bien los pasos...

—Eso hay que pensarlo. No podemos decidirlo en un acaloramiento...

—¿Ya no quieres hacerlo? Cuando nos fuimos de esa fábrica en ruinas, queríamos hacer justicia. ¿Acaso lo has olvidado?

—No estoy en contra de la opción que me propones. Pero hay que tener cuidado en cómo lo hacemos. Entre esas autoridades a quienes nos entregaríamos, hay muchos cuyos nombres aparecen en la información que les vamos a entregar. Se trata de cuidar los procedimientos...

* * *

Los dos grupos empezaron a arrojar piedras contra los vehículos policiales. Los agentes no sabían cómo reaccionar. Salieron con cautela de los coches y se protegieron tras las puertas abiertas. Mientras ambos vehículos quedaron paralizados, la furgoneta atravesó a toda velocidad el descampado dejando atrás una inmensa nube de polvo. Cinco o seis personas del grupo que se había dirigido a la calle lateral, empezaron a recoger piedras del descampado próximo. Después, unos las repartieron entre su propio grupo y otros se las llevaron a quienes, en el Paseo Marítimo, no tenían donde aprovisionarse.

Matías miraba con los prismáticos en todas las direcciones.

—Por donde la furgoneta va a tener que tirar, su suspensión va a quedar hecha añicos —dijo Matías con una evidente preocupación por los temas prácticos y hasta prosaicos y absolutamente tranquilo por el desenlace que esa situación iba a tener.

De repente, uno de los policías del Paseo Marítimo sacó su pistola de la funda y disparó al aire. Todas las personas que estaban cortándoles el paso hicieron el gesto mecánico de agacharse. Matías observó, a través de los prismáticos, cómo su compañero le recriminaba la acción y hacía una llamada por radio.

—Van a pedir refuerzos —dijo Matías—. Que todo el mundo se disperse, creo que la furgoneta ya se ha alejado lo suficiente.

—¿A qué crees que ha venido esto? —dijo Paco.

—Muy sencillo. Nuestro infiltrado en la *poli* quiere más pasta...

* * *

—Pues decidamos cómo hacerlo —dijo Mark—. Se me está acabando la paciencia. Lo pensamos y lo hacemos. Punto.

Esteban trataba de ver cómo podía mejorar el ánimo de Mark y, ante la presión de la situación y lo poco que le conocía, recurrió a la idea más primaria.

—Mira, Mark, igual te gustaría pasar un rato con alguna de las chicas de aquí... No creo que sea nada malo dadas las circunstancias.

—No, Esteban, no. Gracias.

–Si es por timidez, yo puedo organizarte el encuentro.

Mark se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación.

–Esteban, tu propuesta no me puede interesar...

–¿Por qué? No lo entiendo...

–Soy homosexual.

Esteban dibujó en su rostro una mueca en señal de reconocimiento de que se había equivocado por completo.

–Disculpa, Mark. No se me había ocurrido.

–No tienes que disculparte. Es lógico que no lo supieras.

Esteban comprendió que no estaba en la mejor posición para llevar la contraria a Mark.

–Mark, te prometo que voy a pensar cómo resolver esto por la vía rápida y cubriéndonos, al mismo tiempo, las espaldas. Creo que no hay otra salida.

3

Claudio Montellano estaba pletórico momentos antes de la entrevista que iba a hacerle la periodista Berta Ríos. Estaba a un solo paso de alcanzar su objetivo: las posibilidades de Pilar Muro para remontar en las primarias se antojaban absolutamente remotas. En cuatro días, sería, oficialmente, el candidato del Partido Moderado al puesto de Primer Ministro. A partir de ahí, sus planes lo llevarían en volandas al poder en solo tres meses. El despacho del político había pasado a ser, a cualquier hora, un bullicioso hervidero. Reuniones con su equipo, visitas de compañeros de partido, de empresarios, de líderes sindicales o de periodistas se sucedían sin cesar. A cualquier otra persona, ese ambiente le hubiera atosigado hasta la extenuación. Él parecía adquirir energías de ese ritmo aparentemente agotador. Mientras la larga campaña ya estaba haciendo mella en sus colaboradores, a los que era normal ver con pronunciadas ojeras y frecuentes bostezos, él hasta daba la sensación de estar rejuveneciendo a la par que no dejaba de acumular triunfos en las sucesivas elecciones primarias.

Esa mañana, iba a tener la satisfacción de ser entrevistado por la periodista política más importante del país. El hecho en sí era mucho más relevante que cualquier tipo de retórica. Era una señal clara de que Berta Ríos daba por hecho que Claudio Montellano iba a ganarle el pulso a Pilar Muro. Iba a ser el candidato del Partido Moderado y, con toda probabilidad, el próximo Primer Ministro y ella quería entrevistarle, quería ser la primera que lo entrevistara bajo tal condición aunque, de momento, fuera sólo *in pectore*. Ya sólo quedaba un último obstáculo, el cual, tras la huida de Antonio Cifuentes, iba a ser un aburrido trámite.

Berta Ríos llegó puntual a la cita. Pero él la hizo esperar durante unos quince minutos. Era un truco tosco pero efectivo en función de su objetivo: demostrar que ya no le hacía falta ni ser cortés ni educado porque había alcanzado una posición en la que no era necesario serlo. A la periodista, la tardanza en ser recibida no le molestó demasiado: ya estaba acostumbrada a gestos de ese tipo y aún

peores. Así que cuando entró en el despacho del político y se quedó a solas con él para realizar la entrevista, lucía su mejor sonrisa y su actitud más amable.

–Buenos días, Claudio, ¿cómo estás?

–¿Hace falta que te responda?

–Evidentemente, no. Era una simple pregunta retórica. Pero es necesario cumplir con las convenciones sociales, ¿no?

–Sí, sí, por supuesto.

Claudio Montellano abrió uno de los cajones de su mesa y sacó una grabadora.

–Hablando de convenciones, yo también voy a grabar la entrevista que vas a hacerme. Una simple cautela para...

–Sí, lo comprendo. No hace falta que me des explicaciones.

–Perfecto.

–Pero todavía no vamos a grabar nada.

–¿Por qué? –preguntó, curioso, Claudio Montellano.

–Tenemos que hablar. Hay cosas que hablé con Pablo y, después de todo lo que ha sucedido, no sé si fueron o siguen siendo válidas...

–Dime de qué se trata.

–Básicamente, hay una cuestión importante: ¿sigue en pie tu plan para absorber el Partido Renovador? ¿era cierto lo que me contó Pablo?

–Bien, la pregunta ya de por sí es capciosa...

–Capciosa, ¿por qué?

–Yo no pretendo absorber al Partido Renovador. Y dudo mucho que Pablo Bernal te dijera eso...

–No, no me dijo eso. Claro que no. Lo que me dijo es que, si vencías en las primarias, ibas a ofrecerle un pacto al Partido Renovador para ir juntos en las elecciones.

–Efectivamente, ese es el plan. Como ves, de intento de absorción, nada de nada...

–Bueno, sigamos con la historia... Como está claro que Fernando Ríos no va a aceptar tu mano tendida, me dijo que ya habíais hablando del tema con otros integrantes del partido para que presionaran a Fernando y lo destituyeran en caso de que se siguiera negando a firmar un acuerdo con vosotros. ¿Es eso cierto?

Claudio Montellano permaneció pensativo durante unos segundos.

–Seguimos en el *off the record*, ¿no?

–Es lo mismo que me dijo Pablo... ¡Qué remedio! Sí, seguimos...

–Mira, Berta, en el Partido Renovador mucha gente está harta no sólo de estar permanentemente en la oposición sino de la actitud purista de Fernando Ríos de preferir seguir ahí a llegar acuerdos con otras fuerzas para tener posibilidades de llegar al gobierno...

–Claudio, las ideas en ese aspecto de Fernando son muy claras. Lo he entrevistado muchas veces y su postura es tajante: está abierto a acuerdos pero no va a renunciar a los principios por los que fundó el partido... Y, cada vez que el Partido del Progreso o el Partido Moderado le han propuesto un acuerdo, siempre le han pedido que renuncie a alguno de esos principios.

–Berta, está bien que Fernando Ríos defienda esa postura. Pero yo, a eso, lo llamo rigidez mental e integrista ideológico. Lo que él llama “principios”, yo lo llamo “obsesiones personales”. Yo he hablado personalmente con él. Y le he dicho que aceptaríamos íntegramente el plan de su partido para la lucha contra la corrupción, para la regeneración y para la mejora de la transparencia del gobierno. Íntegramente. Para él, no fue suficiente. Estuve dispuesto a ceder en medidas de carácter fiscal y laboral y en su política cultural y de gestión de la televisión pública... Seguía siendo insuficiente. Como comprenderás, lo que no es aceptable, bajo ningún punto de vista, es que un partido que es la quinta parte de lo que representa el Partido Moderado pretenda imponernos su programa porque sí... Eso es estar fuera de la realidad. Muchos de los colaboradores de Fernando Ríos no daban crédito. Tenían ante ellos la mejor oportunidad que podían tener en años, quizás la única, y Fernando Ríos la estaba dejando pasar de forma demencial e inexplicable... A partir de ahí, todo puede ser posible. Estamos ante un momento muy delicado y no pienso dejar de sumar a gente que quiere cambiar las cosas del mismo modo que las quiero cambiar yo.

–Vale, ese es el relato que has preparado para justificar lo que va a suceder. Yo no te he preguntado por las razones de lo que has planeado ni he discutido si ello está bien o mal. Yo sólo te digo que, si Fernando Ríos cae como líder del Partido Renovador y los nuevos responsables llegan a un acuerdo contigo, esa fuerza política va a acabar siendo absorbida por vosotros... Eres un político con una larga experiencia a tus espaldas, Claudio. No pretendas venderme la mercancía averiada de que va a suceder cualquier otra cosa...

–Berta, estás pensando con claves del pasado. Eso valía para la época anterior, para la época en que la economía parecía ir bien y los segmentos electorales estaban más o menos consolidados. Ahora mismo, estamos en un tiempo nuevo. Tenemos que afrontar un cambio sin precedentes en nuestros sistemas políticos, económicos y sociales. Y ese cambio no lo podemos hacer solos. Necesitamos crear una plataforma lo más amplia posible que sea capaz de iniciar un proceso de cambio sustancial...

–Claudio, Claudio, Claudio... La entrevista todavía no ha comenzado... Ahora mismo, te estoy preguntando por cuestiones más elementales... No me vengas con la nueva teoría que...

–Mira, Berta, te estoy diciendo todo esto porque seguimos en el *off the record* y hay primicias que todavía no puedo decir en público...

Las pupilas de Berta Ríos, aunque de forma casi imperceptible, se dilataron. Su olfato le decía que Claudio Montellano estaba a punto de revelar una novedad importante.

–Entonces, toda esa chapa que me has soltado, ¿tiene una justificación?

–Pues claro que sí. Hablar de absorción de unos partidos por otros va a carecer de sentido cuando se materialice el proyecto que queremos llevar a cabo.

–¿Y qué proyecto es ese?

–Como tú bien sabes, en el Partido del Progreso quien va a ganar las primarias es Carmen Seco. Aunque la cosa para este viernes anda bastante ajustada, la ola está, claramente, en contra de Ernesto Páramo. Carmen Seco tiene pensado hacer una coalición con Alternativa. Y eso es algo que todo el sector que apoya a Ernesto no va a consentir sin tomar medidas. Así que te puedes imaginar lo que va a suceder...

Berta Ríos empezó a estar desbordada por las opciones que había empezado a esbozar su mente con el dibujo de la situación que el político estaba realizando en la entrevista.

–¿Qué va a suceder?

–Que Ernesto Páramo y todos sus seguidores se van a unir a la plataforma de cambio que el nuevo Partido Moderado y el Partido Renovador van a crear.

La periodista intentaba, a toda velocidad, analizar las implicaciones de la estrategia que acababa de conocer. Y todas ellas le resultaron altamente preocupantes.

–Claudio, lo que me estás diciendo supone descoyuntar todo el sistema político de este país...

–Yo creo que lo que supone es transformarlo para que sirva a los fines que debería cumplir: servir a los intereses de los ciudadanos. Berta, se han cometido muchos errores en el pasado. Nuestro sistema político sufre de disfuncionalidades acumuladas que hay que atajar de raíz. Y eso no puede hacerlo una única fuerza política. Tiene que hacerlo una coalición que aúne distintos puntos de vista y distintas sensibilidades. Estoy dispuesto a que el Partido Moderado renuncie a parte de su poder para que se integre en una plataforma plural que dé una solución a largo plazo a los problemas institucionales de este país.

–Me estás dando a entender que lo que te propones es un sacrificio para ti (lo cual puede ser parcialmente cierto) pero eludes que ello puede convertirte en el Primer Ministro con más poder de la época democrática en nuestro país. Yo diría que hasta con excesivo poder. Y eso asustaría a cualquiera...

–Cuando exponamos las reformas que tengo planeadas, te darás cuenta que no hay nada que temer. Más bien, al contrario: serán la garantía de que nadie podrá acumular más poder del que le corresponde y de que serán los ciudadanos quienes tengan el poder real en este país.

4

De los dos meses que Tomás Silva llevaba en la cárcel, los peores momentos fueron los primeros siete días. En ellos, se acumularon la incertidumbre, la tensión, el temor y el oprobio. Tuvo miedo del resto de presos. A alguno de ellos, los conocía. Y sabía de lo que eran capaces de tramar. Tuvo miedo de algunos de los policías que vigilaban y de algunos de los funcionarios que velaban por el orden en prisión: era consciente del complejo damero de intereses en que se había visto implicado y no sabía hasta dónde podían llegar las ramificaciones de los diversos grupos que estaban enzarzados en una brutal batalla por mantener y acrecentar su poder. Tuvo un miedo más abstracto e indefinible. El miedo que surge cuando el estridente sonido de las verjas cerrándose resuena en los pasillos y galerías que se han convertido en tu hogar, en un hogar falso, postizo y esquivo que nunca va a ser tu casa y que siempre va a ser tan infernal como el peor recuerdo de la infancia.

Pasada la primera semana, Silva puso en práctica la siempre minusvalorada capacidad humana de adaptarse a cualquier entorno. Ayudó a ello el que fuera asignado a un módulo de presos poco conflictivos y, por ello, se relacionaba con detenidos relativamente tranquilos y relativamente educados: si surgía una disputa seria con cualquiera de ellos, no le iban a acabar dando un navajazo en las duchas sino que contratarían a un par de sicarios para que lo liquidaran en un momento y en unas circunstancias que no permitiesen relacionar el asesinato con ninguno de sus compañeros de cárcel. Por tanto, podía canalizar las relaciones con calma y diplomacia y no tenía por qué tomar precauciones frente a explosiones inesperadas de ira.

Enseguida se acostumbró a las rutinas y a los horarios del lugar. Lo más sorprendente es que, una vez superada la fase de incredulidad y que aceptara, en mayor o menor medida, la situación en la que estaba inmerso, dormía más tiempo que cuando estaba libre. Y ello le permitió despejar su mente y adquirir un creciente grado de lucidez sobre el caso que había supuesto su perdición profesional. Afortunadamente, su compañero de celda era un tipo que no le gustaba hablar demasiado pero con el que se podían mantener las conversaciones justas para mantenerse informado del día a día en el establecimiento penitenciario. Como llevaba ya cinco años en prisión, dominaba a la perfección los entresijos del lugar y, además, quería tener una buena relación con un inspector de policía porque, claro está, nunca se sabía qué podía deparar el futuro y, a lo mejor, de ser un policía caído en desgracia, volvía a ser considerado un funcionario modelo.

—Arturo, ¿te pudiste enterar de algo sobre Ugarte? —dijo Silva.

—De bien poco. Es un tío muy reservado. Apenas se relaciona. En el patio, no se junta con nadie. Toda la gente lo mira mal. No está haciendo amigos y eso, aquí, es muy peligroso...

—Necesitaría hablar con él. Pero en algún sitio a salvo de las miradas de todo el mundo...

—Eso es complicado, Tomás. Porque, si hablamos con algún funcionario amigo, igual lo conseguimos... Pero seguro que tú no quieres que ningún funcionario se entere de esa conversación... ¿O me equivoco?

—Exactamente.

—Pues está jodida la cosa.

—Ya lo sé. Pero algo se podrá hacer, ¿no?

—Déjalo que lo piense con la almohada. Vamos a dormir que ya se nos ocurrirá algo.

Arturo Ferrer tenía unos cincuenta años y cumplía condena por una compleja operación de blanqueo de capitales: había actuado como testaferro de un narcotraficante que había ideado crear una universidad privada con el fin de dar apariencia de legalidad al dinero obtenido con el negocio de la cocaína. La policía detectó la irregularidad de la operación pero no pudo echar el lazo al narcotraficante. Al testaferro, evidentemente, sí, que estaba a punto de poder proceder a la apertura del centro educativo. Eso ya daba una idea de las virtudes y debilidades del sujeto: lo suficientemente hábil como para poder ejecutar maniobras de enorme dificultad, lo mínimamente descerebrado como para no reparar en los riesgos en los que estaba incurriendo ni en lo expuesta que llegaba a ser su posición. Ello significaba que Silva no tenía muy claro si debía confiar demasiado en Arturo Ferrer o no: podía conseguir su objetivo o podía comprometerse demasiado. Así que era necesaria una discreta tutela.

–De todos modos, Arturo, no me gustaría que nos pillaran por alguna tontería... Si puedo hablar a solas con Ugarte, bien. Si no, no pasa nada.

–No te preocupes. Tendré cuidado.

¿Tendría todo el cuidado que iba a hacer falta?

5

Pilar Muro y Eduardo Díaz esperaban a su visita con indisimulado gesto de preocupación. Iban a utilizar el que quizás fuera su último recurso para salvarse de su destrucción política: un recurso desesperado por el que no sabían qué precio tendrían que llegar a pagar en el futuro. La Primera Ministra guardaba silencio. Eduardo Díaz revisaba una y otra vez los documentos que guardaba en una carpeta de piel que había traído consigo y que custodiaba como si fuera el más preciado de los tesoros. Justo a las diez de la mañana, la secretaria de la Primera Ministra llamó a la puerta del despacho y anunció la llegada del jefe de la Brigada de Delincuencia Económica, Bernardo Solís, y del inspector José Francisco Méndez.

–Diles que pasen –dijo Pilar Muro.

Ambos policías saludaron a los políticos y se sentaron frente a la Primera Ministra. Eduardo Díaz estaba sentado a la derecha de su jefa.

–Señores, no vamos a andar con rodeos. La situación es grave. Voy a dejar que sea mi jefe de gabinete quien les explique cómo estamos y las razones que justifican la acción que les vamos a proponer que realicen. Eduardo, por favor.

–Gracias, Pilar. Les hago conocedores de cuál es la marcha actual de las elecciones primarias en el Partido Moderado. Claudio Montellano ha tomado una ventaja importante y en las últimas votaciones que se van a producir, aquí en la capital, teníamos la esperanza de que la fortaleza de la actual Primera Ministra permitiera enjugar esa diferencia y que tomara finalmente la delantera aunque fuera *in extremis*. Por desgracia, la huida del concejal Antonio Cifuentes ha puesto cuesta arriba nuestra remontada y, ahora, tememos seriamente que Claudio Montellano triunfe también en las primarias de la capital. Y creemos que eso sería una muy mala noticia para el país...

–Perdonen que les interrumpa –dijo Bernardo Solís–. Pero creo que, antes que nada, les debo dejar algo claro: la Brigada nunca ha intervenido en batallas políticas. Y creo que no debe intervenir. Debemos ser neutrales y estar por encima del proceso político...

–Tiene razón, comisario Solís –dijo Pilar Muro–. La Brigada siempre debe permanecer neutral. Pero estamos en circunstancias excepcionales. Tan excepcionales, que hacen que yo esté aquí. Como comprenderán, la persona que ocupa el cargo de Primer Ministro nunca está presente en reuniones como esta. Ni tiene tiempo ni es oportuno ni conveniente. Pero, como pueden ver, aquí estoy. Y hago una excepción porque la situación es lo suficientemente alarmante como para que nadie, y mucho menos yo, se esconda tras protocolos y convenciones. Les rogaría que dejaran terminar a Eduardo y, tras escucharle todo lo que tiene que decir, decidan libremente. Eduardo, por favor, sigue...

–Como iba diciendo, el triunfo de Claudio Montellano sería muy mala noticia para el país. Hemos tenido una reunión con Fernando Ríos, líder del Partido Renovador, y nos ha revelado que las intenciones del candidato son las de absorber por desmantelamiento al partido centrista. Él se ha negado a aceptar las pretensiones de Claudio pero este ha logrado captar para su causa a toda una serie de dirigentes renovadores que están dispuestos a deponer a Ríos y nombrar a un nuevo líder. El triunfo de esta maniobra significaría el casi seguro triunfo por mayoría absoluta de la coalición entre moderados y renovadores. Y eso es altamente preocupante. Claudio Montellano es un político muy peligroso. Ambicioso, autoritario y con unas ansias de poder ilimitadas.

El rostro de Bernardo Solís mostraba un evidente gesto de desaprobación ante lo que estaba ocurriendo en ese despacho. El inspector Méndez, en cambio, seguía impassible, sin aparentar ningún tipo de reacción o sentimiento.

–Hemos recabado la opinión de numerosos colaboradores de Claudio Montellano a lo largo de toda su carrera política y corroboran esa impresión al cien por cien.

Mientras decía esto, Eduardo Díaz mostraba la transcripción en papel de todas las entrevistas

–Nos enfrentamos, por tanto, a una amenaza seria para la supervivencia de la democracia en nuestro país. No quiero dejar pasar por alto dos coincidencias que resultan altamente sospechosas. La primera victoria de Claudio Montellano en las primarias vino antecedida de la publicación en el diario *La Crónica* de una información sobre el concejal Antonio Cifuentes. Ahora, en puertas de las primarias decisivas, este concejal huye, con lo que la balanza se desequilibra nuevamente a favor de Claudio Montellano. El azar no puede ser tan propicio para una persona. Creemos que Claudio está detrás de ambos hechos. Y queremos que hagan una investigación a contrarreloj en estos días para demostrar su participación en los mismos. Sabemos que su Brigada no se ocupa de estos casos. Pero apelamos a su condición de demócratas para impedir lo que sería una enorme catástrofe para nuestro país...

–Señor Díaz, no sé, pero no veo claro lo que nos dice –dijo Bernardo Solís.

–Perdone que intervenga –dijo Méndez– pero yo tampoco creo que debamos hacer lo que nos piden. Pero no por las razones que mi jefe tiene en mente. Creo que no debemos intervenir de ese modo porque Claudio Montellano no tiene nada que ver con el caso Cifuentes.

Bernardo Solís quedó petrificado ante las palabras de su subordinado. Pilar Muro y Eduardo Díaz esbozaron sendos gestos de perplejidad.

–¿Está seguro de lo que acaba de decir? –dijo Pilar Muro.

–Completamente. Quienes están detrás de la maniobra de la publicación en *La Crónica* de la información sobre Antonio Cifuentes son los abogados José Ángel Esquivias y Alfonso Sanmiguel.

–Un momento –dijo Eduardo Díaz–. Esos dos abogados pertenecen, digamos, a bandos contrarios... José Ángel Esquivias es de los “nuestros”... Alfonso Sanmiguel está vinculado al Partido del Progreso...

–¿Es eso obstáculo para una alianza coyuntural? –dijo Méndez–. La maniobra de la publicación de esa información tenía como objetivo presionarles a ustedes.

–¿A nosotros? –dijo Pilar Muro.

–Sí. Bueno, concretamente a usted, Primera Ministra. El temor de ellos es que usted no apareciera en la información robada en el IIB. Sospechaban que usted estaba detrás de ese robo y que iba a proceder a una depuración general como arma para ganar las elecciones. El caso Antonio Cifuentes era el arma de contraataque por si decidía ir por ese camino. Tienen un buen arsenal guardado por si se da la circunstancia...

–¿Cómo puede saber todo eso? –dijo Eduardo Díaz.

–Tengo mis fuentes. Fuentes solventes –dijo Méndez.

–Eso significa que nada podemos hacer contra Claudio Montellano, ¿no? –dijo Pilar Muro–. Nuestra última esperanza se ha esfumado.

–Quizás, no –dijo Méndez.

–¿Qué quiere decir? –dijo Pilar Muro.

–Todavía hay una posibilidad para hundir a Claudio Montellano –dijo Méndez.

–¿Cuál? –dijo Pilar Muro.

–Imaginemos que el candidato haya abusado sexualmente de una de sus colaboradoras.

El estupor de quienes escucharon tal afirmación pareció dar un nuevo salto hacia delante, inesperado y casi inasimilable.

–Imaginemos que fuera así –dijo Pilar Muro–. ¿Podríamos demostrarlo?

–Ese sería el trabajo que tendríamos que hacer –dijo Méndez con plena tranquilidad.

–¿Sabemos de qué colaboradora se trata? –dijo Eduardo Díaz.

–La tenemos identificada –dijo Méndez.

–Pero, Méndez, ¿cómo ha podido enterarse de eso? –preguntó, todavía casi sin poder reaccionar, Bernardo Solís–. ¿Qué coño han estado investigando para descubrir eso que nos acaba de contar? Yo no tengo noticia de qué estén investigando algún caso relacionado con la candidatura de Claudio Montellano.

–Es algo que hemos descubierto hace muy poco tiempo en el contexto del caso Ugarte-Esquivias –respondió Méndez–. No le he podido informar porque, al no ser algo prioritario, no he tenido la oportunidad de hablarle de ello... Como otras muchas informaciones de las que tampoco le podemos mantener al día...

–Perdonen, pero las cuestiones internas las resuelven cuando salgan de aquí –dijo Pilar Muro–. Lo que ahora es importante es que tenemos un arma que puede ser decisiva contra Claudio. Pero que no va a ser fácil de usar. ¿Podemos tener pruebas de tal abuso sexual? ¿Está la afectada dispuesta a dar testimonio de lo que sucedió? ¿Será su testimonio creíble?

–Se lo repito, Primera Ministra: ese va a ser nuestro trabajo en los próximos días –dijo Méndez.

Pilar Muro se echó para atrás en su sillón y simuló reflexionar durante unos segundos. Finalmente, volvió a inclinarse hacia delante y habló sin asomo alguno de duda en su voz.

–Está bien. Méndez, a partir de ahora, todo su tiempo lo dedicará a investigar esa vía. Exhaustivamente. Hoy es lunes y tenemos poco más de dos días para obtener resultados. Porque han de ser conscientes de que el objetivo es que el jueves salga la noticia en los medios de comunicación. El jueves, el anticipo. Y el viernes, la puntilla definitiva. El objetivo es difícil...

–No se preocupe, Primera Ministra –dijo Méndez–. Vamos a conseguirlo.

* * *

Cuando Solís y Méndez se marcharon, Pilar Muro y Eduardo Díaz se miraron fijamente durante un largo rato.

–La verdad es que Méndez ha interpretado muy bien su papel – dijo Pilar Muro.

–Sí. Es un excelente actor. Ha sabido utilizar muy bien la información y las instrucciones que le hemos dado.

–La cara de Solís cuando soltó lo del abuso sexual era un poema. Yo creo que se ha dado cuenta de que sus días como jefe de la Brigada están contados. Lo hemos puentado delante de sus narices...

–Méndez es un tipo de confianza. Y a la altura de los tiempos. Solís es un personaje de otra época. De todos modos, lo del abuso sexual, no sé, Pilar, va a ser difícil de probar y, cuando salga a la luz, va a oler a montaje...

–Depende. Si tenemos éxito, sería definitivo. Realmente, no sería ni necesario que llegue a salir a la luz. Solo con la amenaza que le hiciéramos de publicar la noticia, se retiraría de la carrera electoral.

–Pero, ¿estás segura de que es cierto lo del abuso sexual? Te veo muy convencida...

–Sí, estoy plenamente convencida.

–¿Y cómo te ha podido llegar la noticia de ese abuso sexual?

–Lo siento. Eso sigue siendo secreto de sumario – dijo Pilar Muro, sonriendo.

–¿Tienes a alguien dentro de la candidatura de Claudio Montellano?

–Lo repito: eso sigue siendo secreto del sumario.

Desde que Pilar Muro habló del tema con Eduardo Díaz, este sospechó, inmediatamente, lo que había detrás de esa espectacular revelación: la Primera Ministra había logrado infiltrar a alguien dentro del equipo de su adversario. Y no cejó en su empeño de descubrir de quién se trataba. Pero Pilar Muro eludía con firmeza y habilidad dar respuesta a las continuas preguntas de su jefe de gabinete.

–Pero, Pilar, ¿estás completamente segura de que...?

–Sí, estoy segura. Y, además, esto es sólo el plan B, ¿no?

–Sí, sí, es cierto...

–¿Qué tal va el plan A?

–Esta noche, se pone en marcha.

–Creo que Mark está a punto de venirse abajo –dijo Esteban Miranda.

Su hermano dio una calada a su cigarrillo y reaccionó como si no hubiera oído lo que Esteban acababa de decirle.

–Lleva unos cuantos días desanimado. Y ya me ha dicho un par de veces que quiere poner fin a esto.

–¿Y qué significa eso? –dijo Matías.

–Creo que piensa entregarse a las autoridades del Enclave.

–Hasta cierto punto, parece lógico. No has avanzado mucho en estos dos meses.

–No sé lo que pasa. Me encuentro con una especie de barrera insalvable que me impide llegar hasta donde quiero. Está claro que hay alguien que está poniendo todos los obstáculos posibles para que no pueda entregar la información del IIB a las autoridades judiciales.

–¿Y te extraña?

–Sí. Me extraña. ¡Y me extraña mucho!

Las palabras de Esteban estaban marcadas por un tono de recriminación evidente hacia su hermano, quien, en todo el tiempo que había estado intentado hallar una solución para el problema que les afectaba, no había dejado de desconfiar de sus posibilidades para alcanzar el éxito en el empeño: no se fiaba para nada de los políticos y las dificultades que estaba teniendo Esteban para dar salida a la información extraída del banco del Enclave venían a ser una confirmación de sus sospechas.

–Sé que te molesta que los hechos me den la razón –dijo Matías–. Humanamente, es comprensible. Pero no te engañes, Esteban. A nadie le interesa que esa información salga a la luz.

Esteban emitió un hondo suspiro que era una evidente señal de desesperación. Se sentía como un cervatillo acorralado que no tuviera vía alguna de escape. Se empezaba a arrepentir de haber tomado una decisión precipitada en un momento lleno de tensión, en un momento poco propicio para acertar si no se piensa suficientemente en lo que se va a hacer. Ahora, tenía que resolver su dilema lo antes posible. Cualquier tardanza podría ser fatal y definitiva. Las elecciones primarias iban a llegar a su fin. Después, la información que poseían podía no valer nada.

–Tengo que ver el modo de llegar directamente a Pilar Muro –dijo Esteban–. Es mi única opción. He pensado en las distintas posibilidades y esa es la más fiable. Confío en Pilar...

–¿En Pilar Muro? ¿No confías ya en tu anterior jefe, en Claudio Montellano?

–No. Hay demasiadas mentiras en torno a él... Demasiado maquiavélico. Pilar Muro es una mujer del sistema, ha mamado el sistema desde que entró en política, es el sistema personificado. Pero, por necesidad, tiene que hacer limpieza. Y ese es el resquicio que podemos aprovechar.

–¿Y no has pensado en otras posibilidades?

–No te entiendo.

El giro inesperado que Matías dio a la conversación no le gustó en absoluto a su hermano. Durante esos dos meses, había aparentado una indolente indiferencia hacia las gestiones infructuosas de Esteban y ahora, de repente, le iba a proponer alternativas que él no había tenido en cuenta.

–Quiero decir que, a lo mejor, la información que poseéis tiene buenos postores a los que no has prestado atención...

–¿Y tú sí se la has prestado?

–Yo presto atención a mucha gente, Esteban. No sé qué me van a proponer o de qué me van a hablar. Me reúno con quien sea y me suelo llevar enormes sorpresas. Eso es mi vida. Y un día, alguien me habla de la información que Mark y tú tenéis. Y, claro está, escucho lo que tienen que decirme. No puedo hacer otra cosa. No hago otra cosa con quien me habla de historias mucho más absurdas, mucho más retorcidas y mucho más sórdidas. Escucho, medito, consulto y decido. Ahora, te estoy consultando a ti. Y te pregunto: ¿has considerado que puedan existir buenos postores que no hayas tenido en cuenta?

–No, no lo he considerado. Pero tú sabes quiénes son, ¿no?

–Efectivamente. Lo sé.

Desde esa azotea, ambos veían cómo el sol se estaba poniendo en el horizonte. La marea iba subiendo hasta ir invadiendo, poco a poco, la playa. A esa hora de la tarde, los silencios tenían un peso que las crecientes sombras lo iban haciendo insoportable.

–¿Y quiénes son?

–Da igual quiénes son. Lo importante es que ofrecen el dinero suficiente como para que todos nos podamos olvidar fácilmente y rápido de toda esta historia. ¿Lo comprendes?

Era sencillo de comprender: ese era el desenlace normal y previsible. No había nada que explicar. Hubiera habido que explicar algo si la decisión fuera otra: renunciar a cualquier recompensa material y actuar según la ética demandaba.

–Sí, lo comprendo. Pero eso es lo contrario a lo que queríamos hacer cuando vinimos aquí.

–Sí. Justo lo contrario. Pero ya ves que aquellos en los que confías tanto no te hacen ni puto caso. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Esteban sabía perfectamente qué era lo que pensaba hacer.

–Deja que lo hable con Mark.

–Lo veo bien.

* * *

Después de tantos meses viviendo la misma espera, angustiada y rebosante de tedio, Mark Cortés no aguardaba nada: quizás, sólo la derrota definitiva. Pocas expectativas positivas podía albergar su mente cuando una huida llena de esperanza se había convertido en un enclaustramiento estéril y agotador. Los únicos pasos que podía dar iban de ese cuarto a la azotea de la casa donde se escondían y, de la azotea, nuevamente al cuarto. A eso habían quedado reducidos todos sus planes.

Dentro de la senda de la desolación que había recorrido en los últimos meses, cuando Mark vio entrar a Esteban en el cuarto se dio cuenta inmediatamente de que estaba a punto de dar un nuevo paso: el rostro de su compañero de fatigas era inequívoco.

—¿Es posible recibir aún peores noticias de las que hemos recibido hasta ahora? —dijo Mark.

—¿Cómo puedes saberlo? —dijo Esteban.

—Tus facciones me dicen cosas antes de que empieces a hablar.

—Supongo que llevamos tanto tiempo encerrados aquí juntos que eso es perfectamente posible... Sí, creo que sí. Que son malas noticias. Nos han encontrado.

—¿Quiénes?

—Los malos. Bueno, los malos por decir algo. Malos son todos. Todos son unos hijos de puta. Peo quienes nos han encontrado son los hijos de puta más grandes dentro de los hijos de puta.

—¿Y cómo nos han podido encontrar?

—Para esa gente, no ha tenido que ser muy complicado: han investigado nuestros entornos personales y familiares y han dado con mi hermano. A partir de ahí, sólo ha sido tirar del hilo...

—Sí, es algo lógico. Para ellos, coser y cantar. Entonces, ¿qué opciones tenemos?

—La primera, aceptar su oferta.

—Simple, ¿no?

—Efectivamente. Pillamos la pasta. Nos retiramos a un lugar discreto. Y a esperar que se olviden de nosotros.

—¿Y la otra?

—Huir de aquí.

Mark Cortés permaneció pensativo un buen rato. Finalmente, habló en voz no muy alta pero con un grado de firmeza y determinación que no dejaba lugar a la duda.

—Pasta, ya tenemos la que ese abogado nos entregó para comprar la información, ¿no?

—Sí —dijo Esteban.

—Entonces, huyamos.

7

Al final, Arturo Ferrer actuó con cabeza, algo que sorprendió gratamente a Silva. Analizó la situación y se dio cuenta de que un encuentro entre José Luis Ugarte y el inspector en la biblioteca de la cárcel no llamaría demasiado la atención: el abogado y el policía pasaban por ser dos de las personas más instruidas y educadas de la penitenciaría por lo que no era de extrañar que coincidieran en el lugar de encuentro planeado. Aunque en los últimos tiempos, con la entrada en prisión de numerosos encausados por delitos de corrupción y estafa inmobiliaria, podía pensarse

que había aumentado el nivel intelectual medio de los allí encarcelados, la curiosidad por los libros no era una característica apreciable en el nuevo perfil de detenidos, por lo que la conversación podía desarrollarse en un ambiente de mínima discreción.

Silva llegó a primerísima hora de la mañana a la biblioteca, justo después del desayuno, y se sentó en una mesa colocada tras la última estantería del fondo. José Luis Ugarte se presentó a la hora en que lo hacía siempre y, tras pedir dos libros al funcionario encargado, se empezó a dirigir a la mesa donde se sentaba habitualmente. Pero, antes de que se acercara a ella, el preso que realizaba las funciones de ayudante le tomó por el brazo y, con mucha habilidad, le habló llevándole hasta donde estaba Silva.

–Mira, Ugarte, ven. Han venido unos libros nuevos de Derecho que, igual, te interesan. Están en la última estantería...

Ugarte no se había espabilado demasiado durante su estancia en la cárcel pero cuando vio a Silva, sentado en la mesa más escondida de la sala y en evidente actitud de espera, adivinó al instante que se trataba de una encerrona.

–Buenos días, señor Ugarte –dijo Silva–. Le invito a que compartamos algunas lecturas.

–No creo que su intención sea compartir ninguna lectura –dijo Ugarte sentándose junto al inspector–. Pero me temo que no voy a poder escapar de esto, ¿no es verdad, inspector?

–Es usted libre de hacer lo que quiera. Pero creo que deberíamos hablar. Nuestras respectivas situaciones son lo suficientemente desesperadas como para ver si existe posibilidad de que nos ayudemos mutuamente.

–Pues usted dirá...

–Me gustaría que, por un momento, atendiéramos a la exposición de los hechos tal como han ocurrido. Y, a partir de ahí, saque usted sus propias conclusiones.

–Estoy preparado.

–Tengo que reconocer que el ofrecimiento de José Carrasco fue una trampa que tendimos para llegar hasta los ladrones de la información del IIB. Y, evidentemente, dio resultado. La estratagema nos llevó hasta usted. En este punto, hay algo que me parece crítico en toda esta cuestión. Nuestro propósito era hablar con usted y convencerlo para que nos uniéramos al encuentro con los vendedores de la información. Si usted hubiera aceptado, creo que, ahora mismo, no estaría aquí. Estaría libre... En cambio, con la decisión que tomó, lo único que ha conseguido es estar entre rejas...

–Perdone, inspector, pero lo que usted acaba de decir presenta varios matices...

–Dígame cuáles.

–El primero, que está dando por sentado una serie de puntos que, si yo los doy por buenos, podría suponer debilitar la posición de cara a mi defensa. ¿Por qué los tengo que aceptar sin poder ponerlos en cuestión?

–Como esta conversación no está teniendo lugar, podemos suponer cualquier cosa. Eso es lo bueno de este encuentro casual. Por otra parte, seamos adultos: intentar colar una versión alternativa de

los hechos supondría retorcer hasta extremos tan grotescos el sentido común que resulta difícil de aceptar que pueda ser asumida por un tribunal... ¿Estamos de acuerdo?

—Vale. Partamos de que este encuentro no está teniendo lugar. Así, podemos proseguir libremente con los matices sobre sus afirmaciones anteriores. Ha dicho que tendría que haber aceptado la propuesta que me hubieran realizado. Pero, con ello, quiere que ignore algo fundamental: ¿quién le dice que ese paso no hubiera sido traicionar a una buena parte de mis clientes? Es decir, no hubiera tenido otra opción que rechazarla...

—Pues su huida no le ha servido para mucho, ¿no? Fíjese cómo se ve ahora...

—Eso me lleva al último matiz: usted no está mucho mejor que yo... ¿Me habla de librarme de la cárcel cuando usted también está en ella?

—Esos dos últimos puntos son interesantes. Respecto a que yo también esté encarcelado, pues no le puedo dar otro argumento de que lo más probable es que tenemos un enemigo común que nos ha conducido a ambos a esta situación. Pienso que eso ya sería un elemento de peso para aliarnos... Y respecto a la traición a sus clientes, pues, quizás, hay que empezar admitiendo lo obvio: que, desde el momento en que se produjo la filtración de datos en el IIB, sus clientes estaban sentenciados. Antes o después, van a caer.

—No es tan fácil como cree.

Silva percibió que José Luis Ugarte, por primera vez en toda la conversación, se estaba poniendo verdaderamente tenso. Sí, estaba claro: la cuestión de los clientes tenía que ser problemática. Algunos de ellos no podían ser descubiertos sin que les supusiera una dura y larga condena. Y eso complicaba poner las cartas boca arriba.

—De todos modos, señor Ugarte, con tanto matiz, perdemos lo esencial: podemos ayudarnos o no. Podemos ir contra quienes nos han perjudicado o no. Usted elige. A lo mejor, después de que lo hayan jodido bien a fondo, prefiere que los culpables se vayan de rositas. No sé... Dígame usted...

José Luis Ugarte clavó su mirada en los ojos del inspector. El cambio de tono había dado en el blanco: en el espíritu del abogado, afloraron, de repente, la amargura y unas insatisfechas ansias de revancha.

—Por supuesto que no deseo que se vayan de rositas quienes han hecho que acabe aquí... En absoluto...

—¿Y quiénes son? —dijo Silva, con la certeza de que había dado con un hueso que sus mandíbulas no iban a soltar tan fácilmente.

—¿Quiere nombres? Le voy a decir dos: a quien consideraba mi socio y amigo, José Ángel Esquivias y quien, con toda probabilidad, va a ser el futuro Primer Ministro, Claudio Montellano.

Dos nombres. Para empezar. Algo era algo.

—¿Ya no considera que José Ángel Esquivias sea su amigo?

—En absoluto. Para empezar, a mis espaldas, llegó a un acuerdo con el Banco General de Pagos para salvar solo a un grupo reducido de nuestros clientes de la filtración de datos del IIB. Eso suponía dejar caer al noventa por ciento restante. Ese noventa por ciento estaba formado por personas a las que yo no podría denominar clientes. Son amigos. Muchos de ellos, desde la infancia. Son las

personas con las que almorzamos los fines de semana, las personas con las que coincidimos en los actos sociales, los padres de los compañeros de nuestros hijos... Las personas que nos convirtieron en abogados de éxito. Y los íbamos a traicionar. Por eso, cuando ese tipo me visitó y me ofreció la información robada, vi la solución perfecta a ese problema. Pero, entonces, descubrí que José Ángel había hecho algo incluso peor...

—¿Qué?

—Mire, José Ángel ha cambiado mucho en los últimos años. Hasta el punto de que creo que no es la misma persona con que me asocié cuando creamos el bufete. Me parece que empezó a crear una segunda personalidad y cada vez se sentía más a gusto con ella. Aquí tenía su familia y en la capital tenía una amante, una antigua modelo que conoció en el Enclave.

—Esa modelo, ¿quizás se llama Eva Soto?

—Sí, efectivamente. Ese es su nombre. La confirmación del cambio experimentado por mi socio me llegó cuando descubrí que se había aliado con gente muy peligrosa, con gente que también quería la información robada en el IIB... Se habían enterado de que yo estaba detrás de ella y de que la policía había detectado mis movimientos. La noche antes del que iba a ser el día de mi posible detención, José Ángel se presentó en mi casa y me avisó de lo que iba a suceder. Me dijo que me tenía que quitar de en medio...

—Perdone un momento, señor Ugarte. ¿Me está diciendo que José Ángel Esquivias sabía que, al día siguiente, nos íbamos a presentar en su despacho?

—Sí, lo sabía.

—¿Y sabía con quién se había aliado su socio?

—No, no lo sé.

—Usted no lo sabe pero yo me imagino quién es su representante.

—¿Sí?

—Sí. Un viejo amigo que es el causante de que yo esté encarcelado.

—Empezamos a atar cabos, ¿no?

—Más o menos.

—Y ese viejo amigo, como usted lo llama, ¿tiene forma de conocer de antemano los movimientos de la policía?

—Sí, porque tiene un infiltrado que le pasa la información. Alexander es su nombre en clave.

—¿Y le ayuda en algo el saber que conocía de antemano que ustedes tenían planeado presentarse en mi despacho?

—Sí. Podemos decir que, por primera vez en un año, podemos hacer una lista de sospechosos. Lo cual es un avance sustancial.

—Pues me alegro por ello...

–¿Qué hizo cuando su socio le avisó de que a la mañana siguiente nos íbamos a presentar en su bufete?

–Me fui a la casa de una amiga. El plan era esperar allí hasta que se pasara la tormenta. José Ángel consiguió dos móviles de prepago, me los hizo llegar y, con ellos, nos mantuvimos en contacto. En una de las conversaciones que tuve con él, empecé a desconfiar. Intuí que me iba a vender o que me había vendido ya a la banda de mafiosos con la que estaba tratando. Decidí huir junto a Cati y escondernos en el Hotel El Pantano... Una vez allí, reflexioné sobre la situación y vi claro que no podía pasar todo el tiempo escondido como un conejo...

–Y eso nos lleva a la segunda parte de su relato. Porque, aparte de José Ángel Esquivias, usted también ha mencionado a Claudio Montellano como su segundo gran enemigo...

–Créame en lo que voy a decirle: Claudio Montellano es un auténtico peligro para el país. Es un personaje sin escrúpulos dispuesto a cualquier cosa con tal de acumular poder...

–¿Qué le hizo?

–Es largo de explicar.

–Creo que tengo tiempo para escuchar toda la historia...

* * *

–Entonces, ¿usted comunicó a Pablo Bernal donde estaba concertado el encuentro con los vendedores de la información del IIB? –dijo Silva.

–Sí. Como le he dicho antes, en esa fábrica abandonada, a las afueras de la ciudad –dijo Ugarte–. Todo parecía que iría bien encarrilado. Hasta que, unas horas después, Claudio Montellano se presentó en mi cuarto y me dio unas noticias horribles. Una de las chicas que formaba parte del equipo acudió junto a otro colaborador al encuentro... Pero Claudio Montellano no estaba al corriente de ello. Quien lo organizó fue Pablo Bernal, que había traicionado a Claudio y tenía sus propios objetivos. Así que el colaborador había huido con el dinero y con la información... Pablo Bernal había aparecido asesinado. Y Cati había desaparecido... Un completo desastre.

–¿Quiénes fueron los colaboradores de Claudio Montellano que acudieron a ese encuentro?

–Sólo conozco el nombre de la chica: María... Desconozco los datos de quien huyó...

–A raíz de esos sucesos, ¿qué hizo Claudio Montellano?

–Como él también quería conseguir la información del IIB y había fracasado en su objetivo, me chantajeó para que le proporcionara todos los datos de los clientes de mi bufete...

Silva se sorprendió por esas palabras de Ugarte.

–¿Le chantajeó? ¿Cómo fue el chantaje?

–Puso como condición para ayudarme que yo le permitiera su acceso a esos datos.

–¿Y usted cedió?

–Sí.

Silva sacudió la cabeza en clara señal de desaprobación. El abogado se vio en la necesidad de explicarse.

–Comprendo que rechace mi comportamiento. Pero, en ese momento, estaba sometido a una enorme presión. Cati había desaparecido y todos mis planes se habían venido abajo...

–Tenía una alternativa sencilla: abandonar el hotel y dirigirse a la comisaría más cercana para ponerse a plena disposición de las autoridades. Hubiera evitado pisotear su deontología profesional, le hubieran dicho que Cati había aparecido y, a lo mejor, ahora no estaría aquí...

José Luis Ugarte sonrió sarcásticamente.

–Esperemos a ver el final de la película... Dentro de tres días, Claudio Montellano va a ser el candidato a Primer Ministro por el Partido Moderado. Seguramente, será el próximo Primer Ministro... Si eso sucede, ¿también dirá que me equivoqué?

–Acaba de decir que Claudio Montellano es un personaje sin escrúpulos, que sería un peligro para el país... ¿Y confía en su victoria para solucionar su situación?

–Que Claudio Montellano sea una plaga potencial para el país no significa que no pueda beneficiar mi posición si llega al poder... Son cosas distintas.

–Ya veo que usted sabe manejar con desenvoltura esas diferencias...

José Luis Ugarte agachó la cabeza, casi inconscientemente, pero la levantó al instante.

–Inspector, no se engañe, así gestionamos todos nuestros asuntos en esos tiempos. Si usted espera encontrar un ciudadano ejemplar, no va a dejar de llevarse grandes decepciones. Y le pregunto: ¿es usted un ciudadano ejemplar? Si me va a decir que sí, mi siguiente pregunta sería obvia: ¿qué hace, entonces, aquí? ¿Lo ve? Nadie puede tirar la primera piedra.

–Como usted ha dicho antes, esperemos a ver cómo acaba la película. Entonces, hablaremos.

Silva se levantó.

–¿Ya no me pregunta nada más? –dijo Ugarte.

–De momento, no. Necesito procesar todos los datos que me ha dado. Muchas gracias por su colaboración. Si logro salir de esta, le prometo que esta conversación contará a su favor. Me encargaré de que así sea.

8

María Benavides observó cómo Berta Ríos salía del despacho de Claudio Montellano en compañía de su jefe. La expresión de la periodista era ambigua: parecía expresar cierta serenidad forzada. María pensó que la entrevista, sin ir mal, tampoco había ido bien. Ya le había llamado la atención el que Claudio quisiera estar solo a la hora de vérselas cara a cara con la analista política más importante del país. Era algo muy propio de él: querer enfrentarse a pecho descubierto, sin ningún tipo de ayuda o apoyo, a uno de los momentos más relevantes de la campaña. Pero María intuyó que podía haber algo más: Claudio daba ya por ganadas las elecciones primarias y, probablemente,

era una buena oportunidad para exponer a Berta Ríos sus planes a más largo plazo. Eso colocaba a la periodista en una situación incómoda: al convertirla en confidente exclusiva de los proyectos que aún no había revelado a nadie, el político lograba crear la impresión que ella le debía un favor o, como mínimo, había generado un lazo que no se podía romper sin comunicarlo antes. Una maniobra muy sutil e inteligente desde el punto de vista táctico que revelaba que Claudio Montellano ya estaba pensando más como Primer Ministro que como mero candidato en unas primarias.

—Pasa al despacho, María —dijo Claudio con una amplia sonrisa en los labios.

Una vez dentro, María le preguntó sin miramientos sobre cómo había ido el encuentro con la periodista.

—Dentro de lo esperado: Berta ha reaccionado con escepticismo. Berta es una escéptica y, con la edad que tiene, no va a cambiar. Ha conocido a un montón de políticos y prácticamente todos la habrán engañado, manipulado o le habrán hablado de promesas que no se han esforzado por cumplir. Así que cuando le he hablado de nuestro futuro pacto con el Partido Renovador, solo ha visto problemas, complicaciones y fantasmas varios... A mí, eso no me preocupa. Yo ya le he marcado nuestro territorio. Le he dado a entender que ahí es donde tendrá que moverse en los próximos años. Por lo que tendrá dos opciones: o aceptarlo o resignarse a ir perdiendo, poco a poco, influencia.

—Pero, ¿no es peligroso revelar tan pronto lo que quieres hacer?

—No. Es el momento adecuado. En estos días, tendrá que optar por mantenerse neutral o por dar algún tipo de apoyo a Pilar Muro o a mí. Es decir, la estoy obligando a posicionarse.

—¿Y si decide apoyar a Pilar?

—María, después de la huida de Antonio Cifuentes, Pilar Muro está acabada. Si mis planes le suscitan dudas y apoya, finalmente, a Pilar, Berta habrá debilitado considerablemente su posición profesional. Si se mantiene neutral, pues bueno, no se habrá mojado pero, entonces, yo estaré en una situación de fuerza respecto a ella: le he hecho partícipe de cosas que ningún otro periodista sabe pero, en cambio, no me ha devuelto el favor. En ambos casos, ya lo pagará...

—¿Y cómo va a pagarlo?

Claudio Montellano sonrió.

—Cuando tienes el poder, hay muchas formas de hacer pagar cualquier afrenta a tus enemigos... En el caso de Berta, yo daría instrucciones tajantes de hacerle el vacío. Prohibiría a cualquier miembro del Gobierno o del partido que tuviera cualquier tipo de contacto con ella, no le daríamos ninguna información y le tenderíamos alguna trampa suministrándole noticias falsas cuando estuviera especialmente desesperada... Con ello, acabaríamos hundiendo su prestigio... Esto es lo básico. Pensando un poco, igual conseguimos descubrirle algunos trapos sucios que podemos ventilar en los medios adecuados... Medios sensacionalistas, por supuesto.

—¿Este es el tipo de tácticas que vamos a emplear cuando lleguemos al poder?

—No. Ese es el tipo de tácticas que se emplean cuando cualquiera llega al poder.

Claudio Montellano hablaba mientras revisaba sus papeles y comprobaba los mensajes que habían llegado a su móvil: hablaba de forma mecánica, del mismo modo que lo haría un robot que emitiera

los mensajes para los cuales había sido programado. El odio que María Benavides sentía por su jefe se acrecentó, se hizo más agudo y específico: era un odio que nacía de la decepción que le había inyectado a sangre y fuego en su espíritu. Nunca le podría perdonar que hubiera provocado un inmenso vacío en su cerebro, un hueco oscuro e indefinido del que no cesaban de salir fantasmas, engendros y alucinaciones que no dejaban de perturbarla. Claudio Montellano, a sus ojos, estaba dejando de ser una criatura humana para convertirse en un ente sin esencia que se rigiera por propósitos indescifrables. Y, a partir de esa visión, su propia vida había quedado ausente de justificación y de expectativas. Ella misma iba sintiendo cómo, poco a poco, se iban desvaneciendo los perfiles de su piel, de su mundo y del tiempo que le hubiera gustado vivir. Todo se estaba convirtiendo en una masa amorfa a través de la cual era fatigoso avanzar y orientarse. Su camino parecía estar vigilado por dos filas paralelas de payasos cuyas sonrisas permanentes eran un festival interminable de burla y escarnio.

—Claudio, ¿qué va a hacer Pilar Muro? Porque algo hará, ¿no? ¿O se va a quedar con los brazos cruzados mirando cómo le arrebatamos el poder de sus manos?

—Ahora mismo, estará muy ocupada intentando minimizar los daños que ha provocado la fuga de Antonio Cifuentes. Esa fuga, sin que necesitemos hacer nada más, nos está dando votos sin que Pilar pueda impedirlo.

—Imagínate que detuvieran al concejal antes de las elecciones...

—¿Tú crees que Cifuentes ha huido a aquí al lado? Cuando ha dado ese paso es porque ha puesto bastante tierra de por medio... Cualquier cosa que ocurra, será cuando ya no nos afecte. Créeme, a esta guerra sólo le quedan batallas de trámite.

* * *

En su despacho, María Benavides revisaba la recopilación de noticias y artículos que, sobre la campaña, se habían publicado en la jornada, escuchaba las opiniones que se habían vertido en las tertulias radiofónicas y analizaba las últimas encuestas. Todo apuntaba al mismo desenlace que Claudio había vaticinado. La suerte parecía estar echada. Sólo quedaba esperar a que los acontecimientos hablaran por sí mismos. Todo era como el mecanismo de un reloj de precisión absoluta: a ella solo le quedaba deslizarse sobre los engranajes y olvidarse de cualquier miedo o temor. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada en su móvil: era el número del que había estado pendiente durante los últimos meses, el número que había sellado su condición quizás para siempre, el número del que jamás podría escapar... María dejó pasar la llamada sin contestarla. Se levantó, abandonó su despacho, atravesó el espacio donde estaban instaladas las mesas en las que trabajaba la mayor parte del equipo del candidato y salió a la calle. Llamó al mismo número del que había recibido la llamada que había dejado que se perdiera. No le hizo falta identificarse. Al otro lado, parecía que había pocas ganas de perder el tiempo.

—Buenos días, ¿qué tal estás? Hacía tiempo que no hablábamos...

—Buenos días, Pilar. No se ha presentado la ocasión. Por aquí, no ha habido muchas novedades...

—Supongo que no ves claro de qué lado te vas a quedar al final, ¿no? Parece ser que yo estoy en el lado perdedor ahora mismo...

—Hay demasiada unanimidad respecto a ese tema. Desconfío de ello. De aquí al viernes, pueden pasar muchas cosas...

–Por eso te llamaba.

Un espeso silencio se hizo entre ambas mujeres.

–¿Y qué puedo hacer yo?

–Tú tienes la clave para dar la vuelta a la campaña.

–No me gustaría utilizar esa arma.

–¿Por qué no? Sería definitiva contra Claudio.

–Contra Claudio y contra mí. Después de que yo denunciara el hecho, yo dejaría de ser quien soy. Pasaría a ser, durante el resto de mi vida, la mujer que fue violada por Claudio Montellano. ¿Qué tipo de futuro es ese?

–¿Y vas a dejar que un tipo como Claudio Montellano sea el próximo Primer Ministro?

–Pilar, yo no soy la responsable de que llegue a serlo. No comprendo cómo no habéis hecho nada para reaccionar ante las noticias de corrupción que no han dejado de aparecer en estos dos meses. No comprendo cómo se os ha podido ir Antonio Cifuentes delante de vuestras narices... ¡No comprendo tanta torpeza!

–Mira, María, tienes razón en que todo lo que ha sucedido nos ha complicado bastante las cosas. Hay mucha gente intentado hundir nuestra candidatura. Gente que quiere que todo siga igual. Nosotros queremos cambiar las cosas. Claudio dice lo mismo. Pero tú misma has visto qué clase de tipo es.

–Es decir, todos los candidatos cuentan con una cohorte inmensa de colaboradores, se gastan un dineral en estudios y consultorías, hay decenas de periodistas opinando y analizando y, al final, según parece, tengo que ser yo la que resuelva este proceso electoral exponiéndome ante la opinión pública y manchando mi imagen...

–¡María! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Tu imagen no va a quedar manchada! Tú has sido víctima de un tipejo impresentable. Ese es tu papel en toda esta historia...

–Lo ves muy fácil, Pilar. Pero, en cuanto hable de la violación, no faltará quien diga que es toda una invención y que, en realidad, si sucedió algo, fueron relaciones sexuales consentidas...

–Nosotros te apoyaremos, María.

–Sois parte interesada en el asunto: no contáis.

–No lo haremos directamente. Daremos consignas a nuestros periodistas amigos para que te apoyen.

–Pilar, vuestros periodistas amigos os están abandonando. No sé qué fuerza vais a tener para conseguir que defiendan que un hecho tan brutal es cierto...

–María, no te comprendo... No estás nada colaborativa...

–Pilar, para que sea colaborativa, proponme algo que no sea una solución desesperada. Estáis ante el abismo. Lo sabéis. Y queréis que yo os saque del atolladero. Cuando tengáis una idea mejor, llámame.

María Benavides cortó la llamada. Tras hacerlo, tuvo la sensación de que no fue ella quien lo hizo: seguramente, sólo fue un giro más del engranaje.

9

Esteban Miranda apenas había tenido unas pocas horas para idear su huida con Mark. Así que el plan que pergeñó era, forzosamente, simple. Durante los dos meses que habían estado escondiéndose en la casa que les había ofrecido Matías, Esteban había iniciado una relación con una de las chicas que vivían allí. Bárbara tenía unos veintiocho años y era dominicana. Al principio, la atracción por ella fue meramente física: a Esteban le encandiló sus rasgos exóticos, sus piernas alargadas y su piel, sobre todo su piel, que tenía una tonalidad morena que parecía tener un poder hipnótico sobre él. Conforme la fue conociendo, todo fue distinto. Sus conversaciones con ella fueron como empezar a abrir ventanas en una casa que había estado cerrada durante años: un ambiente viciado se había limpiado de polvos e impurezas. Bárbara hablaba de sí misma de forma absolutamente desacomplejada y no hacía ningún esfuerzo por maquillar a lo que se dedicaba, encontrar una justificación para ello o por echar la culpa a algo o a alguien de su situación.

—Mira, chico, yo hago esto porque quiero. Cuando no estoy con Matías, soy peluquera. Y por el mismo tiempo de trabajo, gano diez veces menos. Mi novio, porque yo tengo novio, sabes, mi novio me dice que nos casemos y que me retire. Y yo le he dicho que no. Porque no tiene sentido. Yo le he comparado lo que gano ahora con lo que ganaría trabajando de peluquera... Y me niego. Porque no me sale a cuenta. Es así y no hay más. Cuando voy a mi país, yo no escondo lo que hago aquí. Voy a casa de mi madre y sus vecinas me preguntan: “¿Qué haces allá?”. Y yo les respondo: “Yo soy cuero. Porque, allá, ser cuero es un trabajo”. Allá en mi tierra, decir “ser cuero” es querer decir “ser puta”... Yo lo digo así de clarito. No me avergüenzo.

Al principio, Bárbara le cobraba por cada vez que mantenían sexo del mismo modo que lo haría con un cliente. Pero, cuando llevaban un mes de relación, dejó de hacerlo. Fue atravesar una especie de frontera, saltar una barrera que los separaba. Todo fue más intenso pero, también, más complicado. Por ello, cuando él y Mark decidieron huir, Esteban dudó si pedir la ayuda de Bárbara o no. Pero tras revisar las escasas posibilidades existentes, llegó a la conclusión de que era la única persona que podía ayudarles. Así que lo que le propuso estaba pensado para que su participación pudiera pasar completamente desapercibida.

—¿Para qué me das estos nueve mil euros? —dijo Bárbara.

—Tres mil, son para ti. Los seis mil restantes, es para un favor que tengo que pedirte. Necesito que compres un coche... Un coche de segunda mano. Te diré donde. Es en el pueblo de al lado...

—Eh, eh, eh... No me irás a meter en ningún lío, ¿no?

—No te voy a engañar. Mark y yo nos vamos. Y no queremos usar el mismo coche con el que vinimos. El tema es que... Bueno, no voy a decirle nada a mi hermano...

—No sé, chico. No me gusta...

–A ti, ¿Matías te ha dicho algo sobre que no nos debes dejar ir? ¿Que le debes contar cualquier novedad de la que te enteres sobre nosotros? ¿Te ha puesto en guardia para que le informes de nuestros movimientos? ¿Te ha dicho algo parecido sobre eso?

–No.

–Es decir, que si nos vamos, tú le puedes contar la verdad, sin problema. Que yo te encargué que compraras un coche y no le diste mayor importancia... Tú no le has desobedecido, ¿no?

–No, pero seguro que, como mínimo, me llevo una buena bofetada...

–Entonces, no le digas nada. No tiene por qué saber lo que has hecho.

–¿Qué tendría que hacer?

–Comprar el coche, llenar el depósito y dejarlo a unas cuantas calles de aquí. Deja la documentación en la guantera. Cuando vuelvas, me das las llaves y me dices dónde está aparcado. Esta noche, Mark y yo nos marchamos de aquí.

–¿Os vais?

Esteban adivinó, al instante, el trasfondo de la pregunta. Tenía que responder rápido y tenía que decidir pronto qué iba a responder. ¿Podría tener un futuro con esa chica? Si la respuesta era negativa, ¿tenía que ser sincero o era mejor, en función de las circunstancias, contarle una mentira infundiéndole falsas esperanzas? No sabía nada, no tenía ni planes ni expectativas. Podía hablar con franqueza y dejar, a la vez, el futuro abierto.

–Sí, nos vamos. Y no sé qué pasará con nosotros. No te puedo prometer nada. Pero si todo sale bien, volveremos a vernos. No lo dudes.

–Bueno, chico, la vida es así, ¿no? Caminos que se cruzan, caminos que se separan. Te deseo que tengáis suerte. Creo que os la merecéis...

–Muchas gracias. Porque vamos a necesitarla. A raudales...

* * *

Era medianoche. Esteban tenía en sus manos las llaves del coche que Bárbara le había entregado al mediodía. En el último cruce de miradas que hubo entre ellos, cristalizó una despedida furtiva. Era una historia sin cerrar. Como otras muchas historias que Esteban había protagonizado a lo largo de su vida. Parecía ser el sino al que estaba condenado: ir dejando atrás a personas que todavía aguardaban una respuesta de él. Pero las preguntas se le acumulaban y él empezaba a pensar que jamás iba a poder satisfacer todas las esperas que tenía pendiente de resolver. Esa noche, iba a tener que cargar con dos nuevas frases incompletas. La primera, con Bárbara. La segunda, nuevamente con su hermano. Aunque esta última, con su huida, pudiera que ser que hubiera quedado completada para siempre: el carácter de Matías no se compadecía con perdonar un segundo abandono sin explicaciones. Pero no tenía mucho tiempo para pensar... Sabía que era en ese momento o nunca. El refugio que habían encontrado ya no era seguro y seguir allí implicaba el riesgo de perder el control de la situación. Tanto Mark como él estaban nerviosos. Pero tenían claro los pasos que tenían que dar.

No iban a salir por la puerta principal. Cerrarían la puerta de su habitación desde dentro. Y escaparían por la ventana del cuarto. Estaban en una primera planta por lo que la maniobra no era

especialmente peligrosa. Esteban fue el primero que salió. Se sentó en el poyete de la ventana y empezó a bajar agarrándose con ambas manos a él. Cuando se soltó, la distancia al suelo ya era lo suficientemente reducida como para evitar cualquier percance. Mark, tras ver lo que había hecho Esteban, intentó repetir los mismos movimientos y lo hizo con relativo éxito. En medio de la oscuridad, Esteban, que, a pesar del tiempo transcurrido, aún conocía bien el lugar, pudo andar en la oscuridad con desenvoltura y, en poco tiempo, llegó hasta la calle donde Bárbara había aparcado el coche. Se subieron con rapidez. Esteban comprobó que todo estaba en orden. Arrancó con decisión y se dispuso a abandonar esa calle lateral para llegar, cuanto antes, a una de las avenidas principales del pueblo. Pero justo cuando iban a conseguirlo, una furgoneta negra se interpuso en su camino. Instintivamente, Esteban iba a dar marcha atrás pero otra furgoneta también apareció por sorpresa y les cerró el camino.

Esteban y Mark se quedaron clavados en su estupor. Cuatro o cinco hombres vestidos de negro salieron de la furgoneta que había parado delante de ellos y se colocaron frente al automóvil. Durante unos segundos, no realizaron ningún movimiento. Del asiento del copiloto, salió un anciano con traje blanco y un bastón de empuñadura dorada. Se colocó entre los hombres que habían salido en primer lugar y les mostró una sonrisa amable y que parecía infundir una extraña sensación de paz. Finalmente, habló con gran calma y parsimonia.

–Bueno, señores, por fin nos encontramos. La búsqueda ha sido ardua.

Si a Mark le hubieran preguntado qué fue lo que sucedió a continuación, no hubiera sido capaz de explicarlo con precisión ni de dar demasiados detalles. Hubiera acertado a deducir que, en unas décimas de segundo, Esteban fue capaz de calcular que el coche cabía en el espacio existente en la acera de la izquierda y en los parterres existentes delante de los bloques de viviendas que allí se amontonaban. Recordaría, más o menos, que Esteban dio un brutal volantazo que pilló a todos de improviso e invadió sin miramientos el lateral de la calzada. Y, sin llegar a poder reconstruir la secuencia de los hechos, podría llegar a afirmar que pisó el acelerador a fondo y, antes de que se diera cuenta, estaban subiendo a toda velocidad la avenida principal, que, a esa hora, estaba completamente libre de tráfico.

Esteban miró el espejo retrovisor y comprobó que las furgonetas no les estaban siguiendo todavía, así que giró a la derecha. En los siguientes minutos, dio varios giros similares con el fin de despistar a sus perseguidores.

–Vamos a evitar la autovía –dijo Esteban–. Creo que no se esperarán que optemos por la carretera comarcal...

Esteban acertó. Durante la hora siguiente, no vieron, detrás de ellos, ni rastro de las siniestras furgonetas.

* * *

Matías Miranda estaba, como todas las noches, en su despacho del burdel que dirigía. Al ser lunes, era una noche tranquila. Todo discurría en paz y normalidad. Por eso, fue aún más inesperado cuando el vigilante de seguridad cruzó violentamente la puerta y acabó caído en el suelo. Cinco hombres de negro, armados, y un anciano con un traje blanco invadieron el lugar. Los cinco hombres armados apuntaron hacia él. Matías levantó las manos y no intentó hacer nada.

–Señor Miranda –dijo el anciano–, su hermano y su compinche han escapado. ¿Cómo nos puede explicar tal circunstancia?

Matías se quedó estupefacto. No se esperaba que ese hecho pudiera ocurrir.

–Señor Berenger, le juro que yo no tengo nada que ver con eso. Yo le dije a mi hermano Esteban que había un grupo de personas que se había interesado en la información que ellos tenían... Sólo eso. Pero yo no les he ayudado en absoluto.

–Es decir, usted le revela a su hermano nuestra oferta y no toma precauciones para hacerle a él y a su cómplice un seguimiento discreto. Señor Miranda, señor Miranda, no me extraña que usted siga regentando aquí cuatro negocios de mala muerte. No da para más. Pero, ¿sabe una cosa? Va a ser más útil ahora que nunca lo haya sido antes. Va a ser nuestra moneda de cambio para conseguir lo que queremos. Maniatadlo y llevadlo a una de las furgonetas. Y cuidadlo. Cuidadlo muy bien. Matías Miranda va a conseguir que nos ahorremos un montón de dinero a la hora de obtener la información que andamos buscando.

10

Tomás Silva estaba inquieto y no podía dormir. No dejaba de dar vueltas a todo lo que esa mañana le había dicho José Luis Ugarte y, al mismo tiempo, intentaba conectarlo con las conclusiones a las que él había llegado con anterioridad. Había podido simplificar al máximo las líneas de investigación a desarrollar y, si tenía la oportunidad de hablar con algunos de los agentes de su grupo, iba a poder exponerlas con rapidez y facilidad. Serían entre las dos y las dos y media de la madrugada cuando Silva detectó que había habido un apagón: en mitad del vacío de la noche, el silencio se hizo aún más profundo. Algunos de los ruidos de fondo que eran el acompañamiento habitual de las horas de sueño habían cesado. La oscuridad de la prisión parecía haberse vuelto más espesa e inextricable. Silva se levantó y miró hacia fuera: comprobó que las luces de emergencia estaban activadas. Volvió a la cama, sin saber si iba a poder dormir o no: sus pensamientos seguían revoloteando por su cabeza como un enjambre de abejas que hubiesen empezado a deliberar. Al cabo de un rato, el inspector vio que el haz de una luz de linterna se aproximaba por el pasillo exterior a la celda. Supuso que sería uno de los vigilantes haciendo su ronda. El haz de luz se detuvo delante del lugar donde estaba encerrado. Y el inspector se incorporó alarmado de la cama cuando contempló la escena que se había dibujado ante él: un vigilante estaba abriendo la puerta y, detrás de él, había dos personas con pasamontañas apuntándole cada uno con una pistola y obligándole a que les permitiera el acceso a la celda.

Cuando la puerta estuvo abierta, uno de los dos hombres que cubría su rostro entró de forma decidida. Silva había retrocedido y había agarrado una de las dos sillas que había en el habitáculo: con ella, pensaba defenderse como buenamente pudiera. El hombre que se le acercó abrió un gran bolsillo que tenía en la parte delantera de su jersey. Del interior, sacó un libro y se lo mostró al inspector: era *Las flores del mal* de Baudelaire. Silva quiso asumir que cuando alguien que aparecía armado y escondiendo su identidad le mostraba su obra favorita es que venía en son de paz. Por ello, cuando esa persona le hizo un gesto con la mano invitándole a que se marchara con él, antes que ponerse más nervioso, se acabó calmando. Cuando se disponía a abandonar la celda, Arturo Ferrer tomó su mano izquierda por sorpresa.

–No te preocupes, Silva. No pienso contar lo que he visto.

El inspector sonrió a su compañero de celda. Era una situación ambigua. Podía interpretarse como una muestra de camaradería pero, en realidad, Ferrer estaba dejando claro a Silva que le iba a hacer un favor: no iba a decir que los intrusos parecían conocer al inspector. Este, tuvo que rubricar su firma sobre el correspondiente reconocimiento de deuda.

–Te deberé una, Arturo.

Ambos estrecharon sus manos: en señal de despedida y en señal de que un pacto acababa de formalizarse. El hombre que se quedó apuntando al vigilante indicó a este que saliera de la celda e iniciara el camino de vuelta por el pasillo exterior. A continuación, iba Silva. Y cerraba esa especie de comitiva el sujeto que le había mostrado el libro. Llegaron al final del pasillo y descendieron por las escaleras hasta la planta baja. Caminaron unos pocos metros más hasta llegar a la verja que aislaba los módulos del área administrativa de la prisión, la cual estaba abierta de par en par. Una vez allí, el hombre que iba delante de Silva golpeó en la cabeza al vigilante, quien cayó inconsciente al suelo. Silva miró hacia atrás. Quien le escoltaba, realizó un nuevo gesto con la mano: le indicó que siguiera adelante. El inspector atravesó la verja. El vigilante que se encargaba de ese punto de acceso estaba atado en su silla y amordazado. El tipo con pasamontañas que encabezaba el grupo se acercó a él y le quitó la mordaza.

–Ya está –le empezó a hablar con inequívoco tono autoritario–. A partir de ahora, ya sabes lo que tienes que decir, ¿no?

–Sí, sí, sí... Me lo habéis repetido mil veces –respondió el vigilante con nerviosismo–. Pero iros ya... Y, pase lo que pase, ni se os ocurra contar que yo estoy metido en esto... Si lo hacéis, ya sabéis que, en menos de una hora, puedo conseguir en este antro o en cualquier otro el número de teléfono de algún tipo que os cortaría el cuello sin que le tiemble el pulso. ¿He hablado claro?

–¿Crees que te hemos pagado lo que te hemos pagado y hemos perdido todo el tiempo que hemos pasado negociando contigo para hacer ahora gilipolleces? Venga, voy a ponerte de nuevo la mordaza y, a partir de ahora, sigue el guion que te dijimos, ¿vale?

El vigilante asintió con la cabeza. El escolta del inspector le tomó el brazo para que empezara a correr. Los dos hombres sin identidad y Silva cruzaron todos los pasillos hasta la salida, que también estaba abierta, en menos de un minuto. Allí, esperaba un todoterreno en marcha. Los tres se subieron a él y, poco después, el todoterreno atravesó el acceso a la prisión. Silva observó que el vigilante encargado de la caseta de control estaba derribado en el suelo. Cuando se hubieron alejado un kilómetro del recinto carcelario, sus dos acompañantes y el conductor del todoterreno se quitaron los pasamontañas. Quien le había enseñado el libro, era el agente Gómez. Quien conducía, era Braulio Santiesteban, su antiguo jefe, ya jubilado. No conocía al tercero de los miembros del equipo que se había lanzado a liberarlo de la cárcel.

–Bueno, como es fácil de comprender, no sé muy bien ni qué ha pasado ni por qué estoy aquí –dijo Silva, aturdido y sin saber cómo reaccionar–. Supongo que habrá que hablar largo y tendido...

–Antes que hablar, supongo que Gómez te querrá dar un abrazo –dijo Braulio Santiesteban–. Vamos, Gómez, abrácele y dele otro abrazo de mi parte...

Silva y Gómez empezaron a sonreír al mismo tiempo y se fundieron en un largo abrazo. Quien estaba sentado junto a Braulio, hizo una llamada a través del móvil.

–Todo OK. Vamos de camino.

Silva, posiblemente por deformación profesional, no quiso que pasara más tiempo sin resolver la duda que había empezado a cosquillearle las neuronas.

—¿Y quién es el amigo que os ha ayudado?

—Es el agente Nacho Cárdenas, inspector. ¿Se acuerda de él? Fue quien me ayudó cuando fui al norte e investigué el pasado de Mario Villar y Manuel Vega...

—Sí, sí, me acuerdo...

—¿Sabe una cosa, inspector Silva? —dijo Cárdenas—. He aceptado participar en esta locura porque siempre he querido vivir una situación como la de *39 escalones* o *Sabotaje* o *Con la muerte en los talones* de Alfred Hitchcock: alguien que es falsamente acusado de un delito y tiene que demostrar su inocencia mientras que las autoridades le persiguen... ¡Uf!;Qué pasada! ¡Ah!;Una cosa! Cuando hablo de *Sabotaje*, hablo de la norteamericana, no de la que hizo antes de la guerra en Gran Bretaña y que también se llamaba *Sabotaje*. De esa, no... Son completamente distintas...

—Cárdenas está loco por el cine, como está comprobando... —dijo Gómez—. Eso provoca que tenga cierta facilidad en dispersarse...

—Encantado de conocerle, Cárdenas —dijo Silva—. Gómez me habló muy bien de usted.

—Me alegro, inspector. Ya verá que no les defraudo.

—Bueno, ¿y se puede saber a dónde vamos? —dijo Silva.

—Hemos buscado un chalet en una urbanización como base de operaciones —dijo Braulio Santiesteban—. Allí, te esperan más sorpresas.

11

Amanecía. Esteban llevaba varias horas conduciendo, evitando sistemáticamente las autovías y transitando todo el tiempo por carreteras secundarias. La estrategia fue eficaz: en ningún momento detectaron que algún vehículo les estuviera siguiendo.

—Vamos a parar en esa estación de servicio, Mark. Necesito tomar un café y reponer fuerzas.

—¿Quieres que conduzca yo cuando reanudemos el camino?

—Sí. Conduce tú durante un par de horas. Ahora, vienen unas carreteras relativamente tranquilas. Yo me mantendré alerta por si veo algún coche detrás de nosotros.

En la cafetería, ambos guardaron silencio. Miraban a su alrededor como si fueran antílopes en la sabana africana temiendo por el ataque por sorpresa de leones agazapados. Solo cuando terminaron y volvieron al coche se sintieron nuevamente tranquilos. Mark se sentó en el asiento del conductor.

—¿Seguimos sin encender el móvil? —preguntó a Esteban.

—Sí. No sabemos si pueden tener acceso a nuestra posición si lo tenemos encendido. No podemos correr ese riesgo.

Mark arrancó y enfiló el camino por una carretera solitaria y desolada, bordeada por pueblos semiabandonados y por parajes olvidados que no infundían el ánimo suficiente para alimentar la esperanza de que podían salir con éxito de esa huida improvisada. Era, por tanto, buen momento para introducir nuevos temas de conversación.

–Desde que escapamos de esos tipos –dijo Mark–, tengo la curiosidad por preguntarte dónde has aprendido a conducir de esa manera.

Esteban sonrió.

–Eso es una destreza adquirida durante mi adolescencia. Yo ayudaba a mi hermano a escabullirse de la policía...

* * *

David Berenger volvió a hacer la misma llamada. Pero el teléfono con el que estaba intentando ponerse en contacto seguía apagado.

–¡Maldita sea! No hay manera de ponerse en contacto con esos imbéciles. Lo siento, señor Miranda –dijo Berenger, dirigiéndose a Matías–. No es plato de mi gusto insultar a una persona delante de su hermano. Pero es inevitable concluir que Esteban es un completo imbécil. En estos momentos, podía tener resuelto satisfactoriamente su problema y, en cambio, está huyendo, probablemente por carreteras deplorables, hacia un destino al que no va a llegar.

Matías Miranda, con las manos y los pies amarrados y con los labios ensangrentados y con moratones en toda la cara, estaba sentado en el asiento trasero del coche de David Berenger entre dos de sus matones. Berenger, en el asiento del copiloto, no dejaba continuamente de hacer llamadas, infructuosamente, al número de Esteban.

–Berenger, mi hermano no es tan tonto como usted piensa. De entrada, lo habían acorralado y ha logrado escapar. Eso ya dice algo bueno de él. Después, ustedes llevan toda la noche haciendo el gilipollas sin saber por dónde tirar. Él, en cambio, ya llevará varias horas de camino al lugar al que haya decidido ir. Es decir, ha tomado suficiente tiempo de ventaja respecto a ustedes.

–Se equivoca por completo, señor Miranda. Por lo que usted nos ha contado, Esteban y Mark, si quieren pasar su información a Pilar Muro, van camino de la capital. Y nosotros, al ir por la autovía, vamos a llegar antes que ellos. Ya hemos avisado a todos nuestros soplones y hemos ofrecido una buena recompensa por cualquier dato que nos ayude a localizarlos. ¿Lo ve? No solo él es un imbécil. Usted no es mucho más listo que él.

–Le veo con mucha arrogancia, Berenger. En el pueblo de donde venimos, es complicado esconderse. Pero, ¿en la capital? ¡Puf! La capital es un hormiguero en el que hay miles de rincones donde te puedes refugiar y donde pueden pasar siglos antes de que te encuentren. Debería usted saberlo.

–Ya veremos quién lleva razón al final, señor Miranda. Me gustaría proponerle que apostásemos. Pero, francamente, no veo que tenga mucho que ofrecerme.

David Berenger volvió a hacer la misma llamada. Nuevamente, fue inútil.

* * *

–Matías y mi padre pensaron que yo iba a jugar un papel esencial en los negocios familiares –dijo Esteban–. Me consideraban lo suficientemente inteligente para llegar a aspectos que nunca antes habíamos tratado. Por ejemplo, cómo empezar a invertir en negocios legales ocultando el origen de los fondos invertidos, cómo iniciar una estrategia de relaciones públicas que nos hiciera pasar por miembros honorables de la comunidad, cómo acceder a negocios más importantes que aquellos que estábamos llevando a cabo... Yo era una pieza fundamental para sus planes a largo plazo. Yo siempre me resistí a que ese fuera mi futuro. Cuando abandoné el pueblo, eso fue un mazazo para los dos.

–Lo consideraron una traición, ¿no? –dijo Mark.

–Sí. Más o menos. Además, el modo en que me fui solo hizo empeorar las cosas. Una mañana, cogí un autobús y me marché a la capital, a estudiar en la Universidad una carrera que a mi familia no le gustaba. Lo había preparado todo para que me concedieran una beca y encontré un trabajo de media jornada que me ayudara a cubrir los gastos. Sólo llamé a mi casa dos semanas después. Si lo hubiera hecho de otra forma, no me habrían dejado ir. La familia tiene mil subterfugios y trampas posibles para retenerte, para atraparte, para no dejarte escapar... La única opción es la traición.

–Se puede decir que yo también soy un traidor. El Enclave y tu pueblo no son tan diferentes. Bueno, realmente son iguales. Dos enormes familias en las que dos cualesquiera de sus miembros tienen, necesariamente, algún tipo de vínculo. Dos caras de una misma moneda. Lo que da identidad a cada una de las dos localidades es una línea: la frontera. La frontera es como la pócima que convertía al doctor Jekyll en Mr. Hyde. O una bifurcación genética que marca a sangre y fuego las diferencias entre uno y otro lado. Algo que separa pero que también une. Gracias a la frontera, ahora, el Enclave y tu pueblo son dos pantanos donde prosperan el lodo y la podredumbre.

–Así me sentía yo. Pero, ahora, dudo seriamente que acertara en mis decisiones. Porque el pantano que he conocido es mucho peor.

El automóvil avanzaba por una tierra seca y polvorienta. Aquí y allá, tan solo estaba surcada por matorrales y por árboles solitarios. El cielo estaba encapotado pero sabían que no iba a llover. Todo su trayecto se realizaría bajo una cúpula gris que apenas dejaba resquicio a la luz del sol.

* * *

David Berenger ordenó que las dos furgonetas y su propio automóvil se detuvieran en la siguiente área de servicio de la autovía. Tenía que hacer una llamada complicada: tenía que reconocer un nuevo fracaso y necesitaba pedir ayuda. Pero no había otra opción. Abandonó su coche y se dirigió a una de las furgonetas. Pidió a todos los que iban en ella que lo dejaran solo. A continuación, siguió el método convenido. Envío un e-mail a una cuenta de correo electrónico con un texto bastante escueto: “Necesito que hablemos. La llamada, a mi número habitual”. Sólo tuvo que esperar unos diez minutos. En la pantalla del móvil, vio el mensaje habitual de “número oculto”. Era Alexander.

–Buenos días, Berenger –fueron sus primeras palabras–. ¿Qué novedades tenemos?

–Buenas y malas, Alexander.

–¿Buenas y malas?

–Sí.

–Empiece por las malas.

–Esteban Miranda y Mark Cortés se nos han escapado.

David Berenger oyó perfectamente que Alexander había dado un puñetazo sobre la mesa.

–¿Cómo ha podido ocurrir?

–No conocíamos las habilidades de conducción de Esteban. Se nos escapó en un palmo de calle.

–¡Es increíble! Berenger, puede ir espabilando! Está al borde del abismo...

–¡Tranquilo, Alexander, tranquilo! Sabemos a dónde se dirigen y sabemos cómo convencerles para que nos den a nosotros la información.

–¿A dónde se dirigen?

–A la capital. Su hermano nos ha contado que Esteban le reveló su intención de dar la información a Pilar Muro.

Hubo un espeso silencio al otro lado de la línea.

–Berenger, sabe que eso es problemático, ¿no?

–Lo sé, lo sé... Pero, como le he dicho, sé cómo impedirlo.

–¿Cómo?

–Tengo a su hermano. Matías Miranda está con nosotros. Lo vamos a utilizar como moneda de cambio.

–No es mala idea. Pero, ¿tenéis forma de contactar con ellos?

–Ese es el problema: tienen el móvil apagado.

–¡Berenger, Berenger...! Si esta conversación trasciende, está acabado. Cuesta trabajo ver tanta falta de profesionalidad junta...

–Alexander, le llamo precisamente para resolver el tema de la falta de vías de comunicación con Esteban Miranda y Mark Cortés. Van para la capital. Antes de huir, esa fue la intención que Esteban comunicó a su hermano. Vamos a activar todas nuestras señales de alerta. Pero es posible que usted se pueda enterar antes que nosotros que han llegado...

–Pues sí, es posible. Pero, en principio, yo no estoy para atender esos menesteres tan estúpidos. Menesteres que usted tendría que haber ya resuelto...

–Lo sé, Alexander. Pero estamos en una situación crítica. Tampoco yo debo cruzar el país con un rehén en mi coche y es lo que estoy haciendo.

–Bien. No se preocupe. Si me entero que han llegado a la capital, le avisaré. Nos podemos estar jugando todo por una cuestión de minutos o segundos...

La respuesta de Alexander supuso para David Berenger un profundo respiro: no todo estaba perdido.

* * *

Era ya mediodía. Esteban había vuelto a conducir el coche. Después de tantos kilómetros recorridos, Mark había perdido el sentido de la orientación y la visión de cuál era el destino final de ese viaje que parecía eterno a través de esa llanura interminable.

–Esteban, ¿a dónde vamos?

–He pensado que solo tenemos una posibilidad: darle esta información a Pilar Muro.

–¿No es peligroso? Todos los medios dicen que va a perder las primarias. Es decir, nos vamos a aliar con alguien que va a estar fuera del poder en pocos meses.

–No, la cosa no es así... ¡Piénsalo! Tú y yo sabemos que, cuando le demos lo que llevamos, quien va a perder las primarias va a ser Claudio Montellano.

12

Cuando el todoterreno llegó al chalet del que le habló Braulio Santiesteban, quien estaba esperándoles al lado del garaje era el agente Soriano. Nada más entrar el vehículo, el policía accionó el mecanismo para hacer descender la puerta y evitar cualquier tipo de identificación desde el exterior. Silva todavía estaba aturdido. Braulio Santiesteban le acompañó cuando cruzó el acceso que llevaba a la vivienda propiamente dicha. Recorrieron un pasillo lateral que acababa en el vestíbulo al que daba la entrada principal del chalet y, de ahí, pasaron al salón, donde estaban Carla Robles, Javier Osorio y Rafael Vila, el antiguo agente que formaba parte del grupo de Silva y que fue sustituido por la agente Robles. Silva los fue abrazando uno a uno. Intentó que su abrazo a Carla tuviera una calidez especial que no pudiera ser detectada por el resto de personas que estaban allí reunidas: no supo si tuvo éxito o no.

–¿Y usted, Vila? –dijo Silva–. ¿Cómo es que también está metido en este lío?

–Ya ve, inspector. Se ve que le echaba de menos...

–Y, ahora, veamos –dijo Silva–. ¿Cuándo me vais a decir de una puta vez qué es lo que está sucediendo?

–Ahora mismo, Tomás –dijo Braulio Santiesteban–. A ver, Soriano. Empezó usted que es por donde empezó toda esta historia.

–Mire, inspector –dijo Soriano–, hará cosa de una semana, me llegó el chivatazo de un confidente que me contó que había gente preparando un complot para acabar con su vida en la cárcel. Profundicé en el tema. Le pedí que me ampliara detalles. Me puso en contacto con otro tipo que me dio más información... Llegué a la conclusión de que era algo serio y le pasé toda la información a Gómez...

–En cuanto Soriano me explicó de qué iba la cosa –dijo Gómez–, conté todo a Osorio y a Robles. Deliberamos y llegamos a la conclusión de que teníamos que tomar medidas. Que no podíamos perder mucho tiempo porque el acto violento contra usted podía tener lugar en cualquier momento... Pensé en quién podía ayudarnos: alguien con experiencia que supiera cómo manejar

estos asuntos y que nos ayudara a no dar ningún paso en falso... Y pensé en el inspector Santiesteban...

–Tengo que decir que estoy completamente de acuerdo con la decisión –dijo Silva.

–Cuando Gómez me contó qué estaba sucediendo, vi claro que había que sacarte de la cárcel como fuera –dijo Braulio Santiesteban–. Tal como estaban las cosas, no podíamos contar con la ayuda de las autoridades. Así que teníamos que hacerlo por las bravas... Entre Soriano y yo, empezamos a indagar qué funcionarios de la prisión podían tener mayor inclinación por aceptar una oferta económica a cambio de que nos ayudaran y detectamos que con dos de ellos podíamos tener alguna posibilidad... Esta noche, coincidían en la caseta de acceso a la prisión y en la verja de cierre de los módulos penitenciarios...

–Un auténtico golpe de suerte, ¿no? –dijo Silva, algo extrañado.

–Pues sí y, cuando eso ocurre, no hay que dejar pasar la oportunidad –dijo Braulio Santiesteban–. Entre el dinero que juntamos los que estamos aquí y el que nos pudo dar tu mujer, no hubo problemas en completar los pagos. Esta noche, los vigilantes y nosotros acordamos ejecutar un apagón como medio para ayudar a tu fuga. Lo que hayan podido grabar las cámaras de seguridad no va a ser suficiente como para aclarar cómo sucedieron las cosas. Habrá una investigación pero, sin pruebas concluyentes, a los funcionarios les podrá caer, como mucho, una sanción por negligencia... Y, quizás, ni eso si se constata que las medidas de seguridad de la prisión eran evidentemente insuficientes... Que es lo que va a ocurrir...

–De acuerdo –dijo Silva–. Y ahora, ¿qué?

–Gómez, Cárdenas y Vila están, ahora mismo, libres de servicio –dijo Braulio Santiesteban–. Gómez está de baja por “depresión”. Cárdenas y Vila han pedido utilizar sus días de vacaciones... Eso significa que están disponibles al cien por cien para ayudarte. Hemos conseguido tener cuatro casas preparadas para utilizarlas si fuera necesario. Este chalet, una vivienda en la capital, que he conseguido yo, otra en el norte, que la ha encontrado Cárdenas, y otra en el este, otro chalet que Vila ha localizado. Eso quiere decir que podemos dirigirnos al punto del país que queramos...

–Todo eso está muy bien –dijo Silva–. Pero no estoy muy seguro de que lo que tengamos que hacer sea escondernos esperando no se sabe muy bien qué... No hay otra opción que atacar: tenemos que investigar allí donde no se ha investigado hasta ahora para aclarar todo lo que no pudimos aclarar en su momento y poder demostrar que soy inocente...

Braulio Santiesteban sonrió.

–También eso está pensado –dijo con cierto tono sarcástico–. Soriano, Osorio y Robles van a ser nuestros ojos y nuestros oídos para que nos mantengan al día de qué es lo que pasa y tener acceso a las bases de datos y a los chivatazos que pueda haber... Además, sabemos algo más que cuando te mandaron a la cárcel...

–Yo también sé algo más –dijo Silva–. Así que va siendo hora de que todos nos pongamos al día.

* * *

Carla Robles trajo varias carpetas a la mesa que había colocada en el centro del salón. Empezó a explicar lo que había podido averiguar mientras mostraba las fotografías que habían recopilado a lo largo de la investigación.

–Seguimos el hilo que usted me indicó cuando estaba detenido, inspector. Gómez y yo hablamos con Mendizábal y le pedimos que, con la excusa de la investigación del secuestro de Catalina Romero, pudiéramos comprobar todos los movimientos que se produjeron esa noche en torno a la sede electoral de Claudio Montellano y, sobre todo, observar los que pudo haber hecho Pablo Bernal. Recabamos las grabaciones de todas las cámaras de seguridad de la zona, de las cámaras de vigilancia instaladas en el hotel y que formaban parte del dispositivo de seguridad del candidato y las imágenes de los equipos de televisión trasladadas al Hotel Internacional para cubrir la información sobre Montellano. Después de ver todo, pudimos reconstruir, aproximadamente, la secuencia de acontecimientos. Tenemos identificado el momento en que José Luis Ugarte llega al Hotel Internacional. Al principio, anda un poco perdido... Pero, en un momento dado, se encuentra con Miguel Ángel Wic, el concejal de Urbanismo de la ciudad y, por lo que se aprecia, este sabe cómo eludir los controles de acceso a las oficinas del candidato y lo tuvo que conducir por un lateral del hotel hasta la zona donde no había policías sino personal de seguridad del partido... Obviamente, cuando este personal vio llegar a Wic, lo dejaron pasar junto a su acompañante. De este modo, pudo entablar contacto con los colaboradores de Claudio Montellano.

–¿Habéis averiguado lo que sucedió en la reunión de Ugarte con esos colaboradores? –dijo Silva.

–No, eso continúa siendo un misterio –dijo Robles.

–Pues os tengo que dar una buena noticia –dijo Silva–. Porque Ugarte me contó su versión... Tenemos que ver si la misma encaja con lo que habéis podido averiguar...

Silva narró lo que esa misma mañana le había revelado el abogado, con todos los detalles sobre la suma de traiciones que habían aflorado en pocas horas.

–Eso concuerda con una imagen que nos sorprendió y sobre la que hemos especulado sin poder llegar a una conclusión cierta –prosiguió Robles–. En un momento dado, vemos a dos de los colaboradores de la candidatura de Montellano con, aparentemente, la misma bolsa de viaje con la que José Luis Ugarte se presentó en el Hotel Internacional.

–En esa bolsa de viaje, estaba el dinero con el que Ugarte pretendía comprar la información robada en el IIB –dijo Silva.

–Pues esas dos personas –dijo Robles–, se dirigen al aparcamiento del hotel y salen de allí, no sabemos con qué destino...

–El destino era encontrarse con Julio Ortigosa Melero y Mark Cortés –dijo Silva–. Claudio Montellano no tenía noticia de ese encuentro. Lo organizó Pablo Bernal a sus espaldas... Ahí, todavía hay un aspecto que no veo claro... Según me dijo Ugarte, la chica que va al encuentro de Julio Ortigosa y Mark Cortés se llama María. No sabe su apellido. Del chico, no conoce el nombre. Claudio Montellano le dijo que ese chico había huido con el dinero y con la información. ¿Qué pasó entonces en dicho encuentro? No lo sabemos. Y otra cosa que tampoco entiendo: ¿por qué salió Pablo Bernal del Hotel Internacional? ¿Fue a reunirse con ese chico? ¿Supo que algo había salido mal? Eso es un misterio...

–Lo que se ve en las imágenes –dijo Robles– es cómo Pablo Bernal baja, visiblemente descompuesto, hasta los aparcamientos del hotel y, una vez allí, sale a toda velocidad... De hecho, en una de las cámaras de la calle, se puede ver cómo está a punto de chocarse con otro coche en el momento de incorporarse a la circulación...

–Ugarte me dio los datos del lugar en que se produjo el encuentro con Ortigosa y Cortés –dijo Silva–. Podemos ir a echar un vistazo a ver si sirve para aclararnos un poco las ideas...

–Sí, ese sería un buen punto para empezar –dijo Braulio Santiesteban–. ¿Te dijo Ugarte algo más de interés?

–Me habló bastante mal de Claudio Montellano. Ugarte me contó que le obligó a pasarle toda la información sobre los clientes de su bufete... Parece que Montellano es un tipo peligroso.

–Lo importante, jefe, es que Ugarte le ha dado varios datos relevantes –dijo Osorio–. Sabemos que, a través de Esquivias, podemos llegar a Berenger. Y que hay un colaborador de Claudio Montellano que tiene toda la información robada del IIB... Si logramos averiguar quién es esa tal María, nos podrá decir de quién se trata y podremos saber cómo buscarlo...

–La verdad es que aparte de eso, yo también he sacado mis propias conclusiones –dijo Silva–. Pero, para confirmarlas, tengo que hablar a solas con Osorio...

Javier Osorio se sorprendió por esas palabras.

–Sí... Por mí, sin problemas, jefe –dijo entrecortadamente.

–De acuerdo. ¿Dónde podemos ir?

* * *

Silva y Osorio fueron a una habitación de la primera planta del chalet. Osorio seguía extrañado. Silva estaba con los ojos encendidos, probablemente por el ardor de la lucidez que lo había ido invadiendo a lo largo de esa jornada que era como un hilo enhebrado a través de acontecimientos inesperados.

–Mire, Osorio. A lo largo de la investigación que realizamos con la Brigada, fui teniendo la sensación de que nuestros pasos estaban siendo informados convenientemente para evitar que diéramos con la información robada del IIB. Estaba claro que esa información era altamente perjudicial para los jefes de Berenger y, por tanto, ellos eran los principales beneficiarios de que esas filtraciones nos impidieran cumplir con nuestro objetivo...

–Jefe, ¿no pensará que yo...? –empezó a decir Osorio.

–En absoluto. Pero déjeme terminar para que vea al punto al que quiero llegar. Hubo dos filtraciones que nos perjudicaron bastante. La primera, cuando Méndez se enteró de que nosotros estábamos buscando por nuestra cuenta las pistas sobre Julio Ortigosa. La segunda, cuando todo el dispositivo para capturar a José Luis Ugarte se vino abajo con la falsa noticia sobre el intercambio que se iba a producir en el Estado Metropolitano. En ambos casos, Berenger y sus jefes se salieron con la suya. Podríamos pensar que la segunda filtración pudo salir de muchos sitios. Méndez estaba en contacto permanente con sus superiores en la Brigada y con la oficina de la Primera Ministra, por lo que había muchas personas que conocían la información... Aparte, tampoco hay que descartar tan rápido a Carretero. Pero, con la primera de ellas, no. Sólo lo sabíamos usted, Gómez, Robles, Soriano y yo. Yo, francamente, no me creo la versión que Méndez nos dio de que tenía contactos con confidentes en la Costa. En el tiempo que trabajamos juntos, no me dio la impresión de que pudiera tener esos contactos. Es decir, la filtración salió de nosotros. Y acabó llegando a una persona que, con posterioridad, posiblemente también reveló otros detalles de la investigación al propio Alexander o a alguien que pudo filtrárselos con rapidez y facilidad.

Osorio guardaba un silencio pegajoso. Silva continuó desplegando su razonamiento.

–Cuando le mandé investigar a todos los miembros de la Brigada, hubo un hecho que me sorprendió aunque, en ese momento, no le di importancia. Usted apenas había investigado sobre Cristina Salvador. Su informe sobre ella fue meramente de trámite.

Osorio se quitó las gafas, se restregó los ojos con el pulgar y el índice de la mano izquierda y se volvió a colocar los cristales.

–Tiene razón, inspector –dijo Osorio–. Toda la razón. Inicié una relación con Cristina. Y le revelé que estábamos llevando una línea de investigación aparte de la Brigada... También le conté la noche anterior que, por la mañana, íbamos a ir al despacho de José Luis Ugarte.

Silva se levantó de la silla en que estaba sentado.

–Sabe que actuó mal, ¿no?

–Sí, jefe.

–No sólo por dar esa información cuando sabíamos que, donde menos lo podíamos esperar, podía haber un topo. Sino porque, una vez que usted seguramente ya sospechó de ella, no dijo nada ni a Gómez ni a Robles. ¿Me equivoco?

–No, inspector. No se equivoca.

Osorio estaba avergonzado. Silva agachó la cabeza.

–La realidad es que el contexto es complicado. Le hablo como si fuera su jefe y no soy más que un preso fugado por el que ustedes se han jugado todo su porvenir. Eso me hace pensar que debo ser comprensivo... Que no tengo más opción que ser comprensivo. Esto que hemos hablado, se queda entre nosotros. Ahora mismo, lo importante es utilizar la información que usted ha admitido como cierta.

* * *

Silva y Osorio volvieron con el resto del grupo. Todos estaban confusos por la conversación aparte entre el inspector y el agente. Pero no dijeron nada.

–Una vez que hemos logrado aclarar un punto importante –dijo Silva–, vamos a delimitar nuestro plan de acción. En primer lugar, vamos a visitar la fábrica abandonada donde tuvo lugar el encuentro de los colaboradores de Claudio Montellano con Julio Ortigosa y Mark Cortés. Vamos a ver si sacamos algo en claro de allí. En segundo lugar, vamos a hacer una visita a Cristina Salvador...

–¿A Cristina Salvador? –dijo Gómez.

–Sí. A Cristina Salvador.

–¿Por qué? –dijo Carla Robles.

–Creo que es el topo de Alexander en la Brigada.

–¿Podemos estar seguros de eso, jefe? –dijo Robles.

–No. Por eso, vamos a visitarla. Miren, sé que esto que les acabo de decir parece un poco arbitrario. Pero confíen en mí. Vamos a seguir ese camino.

Nadie lo veía claro pero nadie expuso ninguna queja más.

–Finalmente –dijo Silva, tenemos que contactar con José Ángel Esquivias para llegar a Berenger. Ahí, teníamos un fleco suelto con el tema de Eva Soto.

–Efectivamente, jefe –dijo Gómez–. Es muy extraño que Méndez no quisiese que la visitáramos para preguntarle sobre su relación con Mario Villar y con José Ángel Esquivias. Estoy seguro que ahí tenemos un buen hilo del que tirar...

–¿Y qué hemos podido averiguar de ella? –dijo Silva.

–Vive en la capital –dijo Gómez–. Y, ahora mismo, parece que José Ángel Esquivias se ve con ella. Según parece, el abogado quiere estar allí en el momento en que las primarias van a resolverse.

–Pues me parece que está claro lo que tenemos que hacer –dijo Silva–. La fábrica abandonada, en primer lugar. Y, de ahí, a la capital. A tener dos interesantes conversaciones con Cristina Salvador y Eva Soto. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos asintieron afirmativamente con la cabeza. Tenían bastante trabajo por delante.

13

Esa mañana, en la cárcel, José Luis Ugarte había dibujado un croquis del itinerario para llegar a la fábrica abandonada donde se había concertado la cita con Julio Ortigosa Melero y Mark Cortés. Una vez que salieron de la avenida principal, el camino se ramificaba en un entramado de callejuelas donde la orientación era bastante complicada. Habían dejado en el garaje el todoterreno que habían utilizado para la huida de la cárcel y habían decidido emplear los coches de Braulio Santiesteban, que era el que iba delante, y de Rafael Vila.

–Sé a dónde tenemos que llegar –dijo Braulio Santiesteban a Silva, que estaba sentado a su lado–. Pero aquí es fácil extraviarse y acabar en un callejón sin salida.

–Pero, ¿nos vamos acercando? –dijo Silva.

–Sí. Hay que pasar por debajo del viaducto de la autovía, ¿lo ves?

Braulio Santiesteban señaló hacia el lugar donde se apreciaba claramente el elemento visual más significativo de la zona.

–Creo que ya vamos bien –dijo Braulio Santiesteban al cabo de un minuto.

Durante el resto del trayecto, Braulio condujo con plena seguridad. Ya al final, siguieron el lienzo medio borrado de una tapia derruida que les condujo hasta el punto donde estaba el acceso a la fábrica y que, fruto de tanto abandono, podía ser franqueado sin ningún tipo de obstáculo. Una vez dentro los dos coches, los ocho policías empezaron a inspeccionar todos los recovecos polvorientos de unas instalaciones que eran amplias y difíciles de registrar con un mínimo de agilidad. Osorio y Robles se acercaron a una de las naves de la fábrica pero, tras caminar pocos

metros, un hedor insoportable les echó hacia atrás. Salieron para respirar aire fresco y avisaron al resto del grupo.

–Venid aquí –gritó Carla Robles–. Creo que aquí hay algo... Pero tapaos la nariz con los pañuelos... No se puede aguantar el olor que hay dentro...

Todos entraron en la nave y, en menos de un minuto, las luces de las linternas enfocaron un cadáver en el que el grado de descomposición ya era bastante intenso. El único que fue capaz de acercarse fue Braulio Santiesteban. Era imposible identificar las facciones del cuerpo muerto por lo que empezó a buscar en los bolsillos de la ropa que llevaba puesta. Lo único que pudo encontrar fue una cartera y un teléfono móvil.

–Vamos para fuera –dijo con ambos objetos en su mano izquierda mientras se tapaba la nariz con un pañuelo agarrado por su mano derecha–. Poco más vamos a poder hacer por este pobre desgraciado...

Una vez fuera, revisaron el contenido de la cartera y comprobaron que toda la documentación que había en su interior estaba a nombre de Julio Ortigosa Melero.

–¿Confiamos en que el muerto sea este Julio y no hayan dando el cambiazo en la documentación para despistarnos? –dijo Braulio Santiesteban.

–Por lo que recuerdo, Julio Ortigosa medía 1,80 y Mark Cortés, 1,70. Por la altura, debe de ser Julio –dijo Silva.

–Es decir, si damos credibilidad a lo que Claudio Montellano le dijo a José Luis Ugarte –dijo Osorio–, quienes huyeron fueron Mark Cortés y el colaborador que abandonó el equipo de Claudio Montellano...

–Exactamente –dijo Silva–. En principio, nadie ha utilizado el cadáver para, por ejemplo, hacer creer que Mark Cortés está muerto... El cuerpo lleva aquí dos meses y podían haber pasado años sin que nadie lo encontrase... Es decir, no pensemos, de momento, que aquí hay un engaño en cuanto a la identidad del fallecido... De momento. Después, tenemos el móvil... La batería ya está completamente descargada. Pero algo se podrá hacer... El problema es cómo hacer que alguien del Gabinete de Telecomunicaciones pueda hacernos el favor de revisarlo y sacar información de él...

–Yo tengo un buen contacto allí –dijo Vila–. Un amigo de la época de la academia...

–¿Hará el favor? –dijo Braulio Santiesteban.

–Es hermano de uno de los fallecidos en el ataque al furgón que llevaba a Vicente Ramos a prisión... ¿Le digo de qué se trata?

–Sí –dijo Silva sin pensarlo–. Vamos a la desesperada y, en los pasos que nos quedan, hay que utilizar las pocas bazas buenas que se nos presenten... Y creo que esa lo es. Bueno, aquí no hay nada más que hacer. En poco menos de dos horas, Soriano, Osorio y Robles se tienen que incorporar al trabajo como si nada hubiera sucedido. Braulio, Gómez, Vila, Cárdenas y yo tenemos que viajar hasta la capital. Y lo mejor es que tomemos unas horas de descanso. En este momento, se tienen que estar instalando los puntos de control en todas las salidas de la ciudad, por lo que es inútil que iniciemos ahora el viaje. Cuando vayamos a salir, llamaremos a uno de los compañeros que se quedan aquí para que nos digan qué camino seguir para evitar los controles instalados... Si los hay...

* * *

Cuando Silva, Braulio Santiesteban, Gómez, Vila y Cárdenas regresaron al chalet, se organizaron como pudieron para encontrar para todos un lugar en el que poder conciliar el sueño durante unas horas. Establecieron un turno de vigilancia para que siempre hubiera alguien que estuviera observando quién se acercaba a la casa y, en caso de alarma, tuvieran tiempo de esconder a Silva en un escondrijo que había en la bodega del chalet. Tampoco iban a hacer mucho más: si llegaban sus compañeros de la policía, todos tenían claro que no iban a empezar ningún tiroteo o acto de violencia para impedir la detención del inspector. No hizo falta hablar sobre la cuestión: todos lo asumieron espontáneamente y, por ello, las expresiones de sus rostros escondían una veta sombría que nacía de la convicción de que el plan en el que se habían embarcado caminaba sobre una línea tan delgada que, en ocasiones, era casi invisible.

Silva cayó en un agitado duermevela que le estaba haciendo más mal que bien por lo que decidió levantarse y dar unos pasos por la casa. A quien se encontró haciendo guardia fue al agente Vila. Se sentó junto a él y empezaron a conversar.

—¿Qué tal, Vila?

—Bien, inspector. ¿No preferiría descansar?

—Me es imposible. Creo que lo único que me va a dar fuerzas es retomar la investigación para poder demostrar mi inocencia. Todo lo demás será inútil... Me hubiese gustado que nos hubiéramos encontrado en circunstancias más agradables...

—Jefe, las circunstancias no dependen de nosotros. Cuando Gómez me llamó y pidió mi ayuda, yo no pude negarme. Sé que la acusación contra usted es falsa. Y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrarlo. Por eso estoy aquí...

—Muchas gracias. Creo que algo he tenido que hacer bien durante todos estos años de trabajo para que haya tantas personas jugándose su futuro para sacarme de este embrollo...

—Inspector, es que usted ha sido como un segundo padre para muchos de nosotros...

—No, eso no.

—No sea modesto. Su forma de trabajar siempre ha sido un ejemplo para nosotros...

—Vale, pero eso es algo muy distinto de una relación paterno-filial... Mire, reconozco que yo siempre me refiero a Braulio Santiesteban como si fuera un segundo padre para mí... Pero es distinto. ¿Sabe por qué? Porque cuando yo llegué a esta ciudad estaba destrozado en el aspecto personal y absolutamente descreído y desmotivado en el profesional... Por tanto, en mi relación con Braulio hay algo más que lo que pudiera haber entre una relación jefe-subordinado... Pero, en la mayoría de los casos, ese tipo de relación no se puede intoxicar con tintes de una relación paterno-filial. Los lazos de sangre son autoritarios, no admiten la reflexión, obligan a la lealtad ciega... Y eso es perturbador... Hasta pernicioso, diría yo...

—Ya, le comprendo. Entienda lo que le he dicho como una especie de metáfora.

—No me acaba de convencer pero, dicho así, lo veo más admisible.

Rafael Vila tenía unos cuarenta años. Medía casi dos metros y tenía un porte distinguido y elegante. Cuando se incorporó al grupo de Silva, su cabello era oscuro pero ahora estaba invadido por

numerosísimas canas. Su expresión también había evolucionado con el paso de los años. Al principio, era fresca y risueña pero ahora un sutil rictus de tensión y amargura cruzaba su rostro. Silva reconocía, sin dudarlo, el mismo carácter de cuando Vila era uno de sus agentes. Pero constataba, al mismo tiempo, que su fachada externa había empezado a agrietarse.

—Por cierto, jefe, su gran secreto es lo que le sucedió en su primer destino. Sabemos que vivió una experiencia desagradable pero nunca nos ha contado cuál fue.

Silva sacudió la cabeza con disgusto.

—La verdad, Vila, es que no me apetece contarlo. Sólo a Braulio se lo conté una vez. Y, después, no lo hecho con nadie más.

—¿Tan negativo fue?

—Si se lo contara, a lo mejor usted no comprendería qué supuso para mí. Para entenderlo, tendría que haber vivido lo que yo viví: tocar el cielo con los dedos y, en un instante, darte cuenta de que todo se ha perdido. Nunca más me he sentido tan cerca de la plenitud. Cuando te das cuenta de que esa posibilidad se ha marchado para siempre, es difícil encontrar algún tipo de consuelo...

Silva cerró los ojos. Vila decidió cambiar de tema de conversación.

—Por cierto, jefe, mi sustituta me ha causado muy buena impresión.

—Sí. No lo dude. Robles es una gran policía.

* * *

Había llegado la hora de partir. Braulio llamó a Osorio y este les indicó la forma de salir de la ciudad evitando los controles policiales.

—Bueno, va a suponer un gran rodeo —dijo Braulio Santiesteban—. Además, una parte de la ruta es una trocha en la que habrá que ir con mucho cuidado para no cargarnos el coche.

—¿Por qué no usamos el todoterreno? —dijo Cárdenas.

—Esa no es una buena opción —dijo Silva—. A esta hora, cualquier unidad policial tendrá los datos del todoterreno y su número de matrícula...

—Efectivamente —dijo Braulio Santiesteban—. Mejor utilizar alguno de los coches que no hemos empleado... Creo que, entre los que tenemos disponibles, el mío es el que puede aguantar mejor ese tramo...

—De acuerdo —dijo Silva—. Pero, antes de emprender el viaje, hay algo imprescindible que debo hacer...

Todos miraron al inspector con curiosidad.

—Gómez, ¿me puede dar el libro? —dijo Silva.

Gómez sonrió. Se dirigió al cuarto donde había dormido y volvió con el gastado ejemplar de *Las flores del mal* en sus manos. Se lo dio a Silva y este lo abrió al azar. Leyó los versos que estaban escritos en la página que la suerte había elegido.

–“Blanca niña de rojizos cabellos/cuyo vestido por sus agujeros/deja ver la pobreza/y la belleza,/para mí, poeta malsano,/tu joven cuerpo enfermizo,/lleno de pecas,/tiene su dulzura”. No está mal, ¿no? Esta situación, aunque tensa y amarga, también tiene su dulzura... Antiguos amigos y colegas nos hemos encontrado e iniciamos un viaje que, aunque conlleva riesgos, nos puede proporcionar grandes satisfacciones. Aferrémonos a ello para pensar que vamos a tener éxito.

14

Berta Ríos esperaba a que la llamaran para entrar en el despacho de la Primera Ministra. El encuentro estaba previsto para las diez de la mañana. Hasta las diez y cuarto, no la hicieron pasar. Pilar Muro se levantó de su mesa de trabajo y se acercó a la periodista para estrecharle la mano. Eduardo Díaz también se acercó a ella para repetir el gesto.

–Si no te importa, nos sentamos en esta otra mesa, que está libre de papeles –dijo Pilar Muro.

–Sin problema –dijo la periodista.

–Eduardo va a estar presente.

–Sí. Lo comprendo.

–¿Quieres tomar café o alguna otra cosa?

–Sí, un café con leche estaría bien.

Eduardo Díaz salió un momento y al cabo de unos minutos, una de las dos secretarías de la Primera Ministra entró en el despacho con una bandeja y tres tazas de café. Cuando la secretaria se marchó, Berta Ríos comenzó con la entrevista.

–Primera Ministra, ayer nos despertamos con la noticia de que Antonio Cifuentes había huido. Hoy, con que el inspector Tomás Silva, acusado del asesinato de Pablo Bernal, se ha fugado de la cárcel. ¿Comprenderá que muchos estén pensando que su gobierno hace aguas por todas partes?

Pilar Muro respondió de un modo que la periodista no se esperaba.

–Una pregunta, Berta. ¿Cuándo tiene pensado tu periódico publicar esta entrevista?

Berta Ríos, con la sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar. Así que le dijo la verdad.

–Mañana, Primera Ministra.

–Es decir, que la entrevista a Claudio Montellano la publicaréis el jueves, ¿no?

–Efectivamente.

–Es decir, consideraréis que el ganador va a ser Claudio. Al vencedor se le reserva la última escena, ¿no?

Berta Ríos sonrió.

–No busque tres pies al gato, Primera Ministra. Nos guiamos por lo que las encuestas dicen. Yo creo que no puede haber mayor servicio a la objetividad. A falta de resultados definitivos, seguimos lo que los sondeos indican. Hacer otra cosa sí que sería incluir juicios de valor... Además, yo creo que este rodeo que estamos dando es para eludir, al menos temporalmente, la pregunta que le he hecho. Como habrá tenido tiempo de pensar su respuesta, me gustaría saber cuál es.

–¿Cuál era la pregunta? –dijo Pilar Muro con un evidente tono sarcástico.

A Berta Ríos no le desagradaba el juego y decidió emplear el mismo tono sarcástico que la Primera Ministra.

–La pregunta era que si, ante las fugas de Antonio Cifuentes y Tomás Silva...

–¡Ah! Sí, ya, la recuerdo... Pues mire, habrá que terminar mi mandato para valorar cómo ha sido el mismo. Juzgarlo en el momento en que las cosas están complicadas tiene algo de injusto, ¿no?

–Reconoce, entonces, que la situación es crítica...

–Yo no he dicho que la situación sea crítica. He dicho que las cosas están complicadas. Obviamente, la huida de Antonio Cifuentes nos ha hecho daño. Pero si ha huido es porque veía que la acción de la Justicia iba a ser implacable contra él. Es decir, frente a quienes decían que íbamos a mover todos los hilos para proteger al concejal, nosotros hemos dejado que la investigación judicial siguiera su curso para que se aclararan todas las responsabilidades. En relación a la fuga del inspector Tomás Silva, creo que es pronto para decir nada. Pero es obvio que ese hecho responde a una locura sin sentido. Antes o después, el detenido va a volver a prisión. No tiene posibilidades de escapar.

–Algunos dirán que no es casualidad que ambas huidas se hayan sucedido en unos pocos días y que obedece a un plan del gobierno para que testigos incómodos no cuenten todo lo que saben...

–Ante semejante infamia, no pienso responder. Voy a considerar que esas palabras no se han pronunciado en este despacho.

El gesto de la Primera Ministra se crispó. Berta Ríos decidió cambiar inmediatamente de tono para que la entrevista tuviera lugar en un ambiente de mínima cordialidad.

–¿Cómo lleva que los datos de las encuestas sean tan adversos para usted?

–Cuando crees firmemente en tus principios y en tus convicciones, esas circunstancias coyunturales no te afectan. Sabes que, al final, los electores van a respaldarte.

–Claudio Montellano también cree en sus principios y en sus convicciones...

–Seguro que los tiene. Aunque me gustaría saber cuáles son ya que en los últimos años han sufrido diversos cambios... Yo, en cambio, he tenido siempre un discurso claro, homogéneo y coherente. Al final, ello es lo que infunde confianza.

–¿De dónde viene la rivalidad entre ustedes? Porque Claudio Montellano estuvo en su primer gobierno...

–Nombré ministro a Claudio porque compartíamos la misma visión sobre los cambios que este país necesitaba. En un momento dado, decidió bajarse del barco. Y adoptó un tono y un mensaje populistas de los que el Partido Moderado nunca ha sido partidario. Él sabrá por qué ha optado por

ese rumbo. Yo creo que vio en esa estrategia una forma rápida de llegar al poder. Pero, aunque alguien pueda tener éxito actuando así, al final se acaba enfrentando al duro muro de la realidad: el muro con el que chocan todas las promesas imposibles que se han realizado. Durante mi mandato, con mucha menos palabrería barata, hemos realizado mucho más de lo que Claudio Montellano vaya a poder realizar en veinte años que estuviera gobernando...

* * *

Berta Ríos tuvo que reconocer en su interior que Pilar Muro estaba siendo brillante en sus respuestas: certera, rápida y firme sin ser agresiva. Quería transmitir cinco o seis ideas esenciales y se aferró a ellas evitando cualquier rodeo o dispersión. Cuando terminaron las preguntas, la periodista apagó la grabadora y se quedó pensativa sin saber qué hacer. Por un lado, no pensaba que Pilar Muro fuera la líder de imagen inmaculada con la que se presentaba ante la opinión pública y los medios de comunicación: era, en realidad, una representante con la cara lavada y maquillada de aquello que, con mayor o menor precisión, se denominaba el sistema. Amortizados, por la crisis y la corrupción, todos los líderes que pudieran encabezar al partido, Pilar Muro tenía el insuficiente pasado a sus espaldas como para poder sugerir que no tenía ninguno aunque, desde su juventud, hubiera seguido los rígidos y mecánicos cauces que había que recorrer para ascender en la perfectamente estructurada escalera del poder. Pero, por otro lado, a Berta Ríos no le acababa de convencer la actitud de Claudio Montellano. Tras su entrevista con él el día anterior, su preocupación no hizo más que acrecentarse: le parecía que el político tenía unas tendencias megalómanas que había que intentar parar. Su dilema, por tanto, era que no sabía si debía inclinarse por alguien que, en el fondo, representaba el que nada cambiara demasiado o si, al contrario, debía apoyar a alguien que, manifestando una decidida voluntad de cambio, podía poner en peligro libertades públicas esenciales. La periodista, dentro de una elección que se le antojaba imposible, se inclinó por la opción que le parecía más razonable.

—Primera Ministra, ahora que la entrevista ha terminado, ¿puedo tutearla?

—Sí, por supuesto. Creo que ya nos hemos tuteado con anterioridad en otras conversaciones que hemos tenido...

—Bien. Mira, Pilar, al principio de la entrevista, te ha molestado mucho una pregunta que he realizado... Pero es mi obligación hacer preguntas como esa. También te ha molestado que la última entrevista que vayamos a publicar sea la de Claudio... Ambas cosas te pueden hacer pensar que mi periódico y yo, personalmente, no estamos de tu lado. La realidad es que mi periódico aún no tiene un posicionamiento claro. Pero, en lo que se refiere a mí, considero a Claudio un peligro...

—Eso me lo decís todos los periodistas en privado. Pero, a la hora de la verdad, lo que escribís, decís y publicáis supone un apoyo implícito a Claudio.

—Es la corriente. No se puede ir contra la corriente. Ese es el problema que tienes. Y el caso Cifuentes no ha ayudado para nada a solucionarlo.

—Admito que el caso Cifuentes ha supuesto un lastre. Pero, aún así, os habéis cebado en él hasta la náusea... A pesar de que, desde el primer momento, me abstuve de dar mi apoyo incondicional al concejal. Todo lo contrario: me distancié de él y he insistido todo el tiempo en que la justicia investigara y aclarara los hechos...

—No sé qué tenéis pensado hacer de aquí al viernes. Porque vuestra situación es desesperada. Y creo que algo debéis tener en mente para revertir la situación. Quería deciros que podéis contar conmigo para cualquier cosa...

Pilar Muro y Eduardo Díaz se miraron sorprendidos.

–No me esperaba que nos dijeras eso –dijo Pilar Muro–. Muchas gracias, de cualquier modo. Te debo reconocer que no estamos de brazos cruzados. No sé si obtendremos resultados o no. Pero si los obtenemos, vamos a necesitar que los medios den caña... No sé si me entiendes...

–Te entiendo perfectamente. Pero, ¿habrá material como para que podamos pegar duro?

–Si tenemos éxito, habrá material para pegar durísimo.

Berta Ríos dio un hondo suspiro con una amplia sonrisa en sus labios: evidentemente, se podía estar cocinando una bomba informativa y ella, gracias a una simple maniobra de tanteo de la que no esperaba demasiado, se había posicionado en una posición privilegiada para beneficiarse de ella. Era la periodista más importante del país y, con un poco de suerte, esa condición podía verse reforzada en pocos días.

15

En los dos últimos meses, José Ángel Esquivias se había encontrado en una encrucijada que sólo había podido manejar con enormes y crecientes dificultades. La detención de su socio había sido un gran golpe para su bufete y sólo había podido aminorar los efectos de la marejada con los argumentos de que José Luis estaba en prisión por intentar conseguir la información robada del IIB (es decir, por ir mucho más allá del cumplimiento de su deber estricto como profesional del Derecho) y de que dicha información aún no había caído en manos de las autoridades, lo cual representaba una importante salvaguarda para sus clientes. Aún así, muchos de ellos habían decidido prescindir de los servicios del despacho, lo cual había supuesto para José Ángel Esquivias una importante merma de ingresos. Por ello, no vio otra salida que intentar abrir una vía de contacto con quien parecía que iba a ser el vencedor inapelable de las elecciones primarias en el Partido Moderado. De cara a cumplir ese objetivo, había sido una bendición de la fortuna que Agustín Covarrubias fuera el nuevo jefe de campaña de Claudio Montellano. Agustín era un diputado con el que José Ángel Esquivias tenía una relación fluida y podía ser la mejor vía para abrir una posibilidad de comunicación que veía como la única alternativa para poder salvar a largo plazo la actividad de su bufete. La realidad es que, aunque había creído que su vínculo con David Berenger iba a proporcionarle grandes beneficios, en los últimos tiempos había surgido entre ellos una cada vez más punzante desconfianza. Por parte de David Berenger, todavía flotaba en su mente la sospecha de que José Ángel Esquivias no era ignorante de las maniobras de su socio para hacerse con la información extraída del IIB. Por parte de José Ángel Esquivias, el asesinato de Pablo Bernal había sido una inyección de vértigo de la que aún no se había acabado de recuperar. La postura de ambos estaba siendo, en consecuencia, la de poner tierra de por medio de forma recíproca.

Pero si ello era así, José Ángel Esquivias tenía que poder escapar de la amenaza que representaba que, con la llegada al poder de Claudio Montellano, su bufete dejara de ser la referencia de muchos miembros del Partido Moderado para asuntos complejos, enrevesados y en los que había que tener muy claro dónde se situaba la muy fina línea que separaba la legalidad de la ilegalidad. Cuando el abogado y Agustín Covarrubias se sentaron a almorzar, el diputado estaba exultante.

–Esto está hecho, José Ángel. La victoria del viernes va a ser inapelable. Pilar Muro va a perder hasta en la capital.

–Hace unos meses, me decías lo contrario –dijo José Ángel Esquivias–. Se comprueba una vez más que los políticos sois especialistas en decir una cosa y la contraria...

El abogado bromeaba como estrategia para esconder el nerviosismo el que estaba sumido desde que empezó a temer que su mundo se había empezado a agrietar y amenazaba ruina sin remedio.

–Ja, ja, ja... No es eso. La última vez que hablamos, lo previsible era que Pilar ganara. Pero el caso Cifuentes trastocó todo.

–¿El caso Cifuentes?

–Sí. Ese caso hizo polvo a Pilar en las primarias que se celebraron en tu provincia. Desde entonces, no ha levantado cabeza. Con la huida del concejal, las escasas posibilidades que tenía se han esfumado...

–Agustín, la victoria de Claudio va a suponer una recomposición total en el partido, ¿no?

–Te puedes imaginar...

José Ángel Esquivias siempre había tenido éxito en lograr crear un clima afable con Agustín Covarrubias y conseguir que este hablara largo y tendido y sin morderse la lengua. En esta ocasión, todo estaba siendo diferente. El diputado se contenía en sus palabras. Medía sus frases y desviaba con frecuencia la vista para no tener que mirar a los ojos al abogado. Era una situación que empezaba a ser molesta.

–Agustín, con esa recomposición, ¿en qué lugar queda mi bufete?

–José Ángel, es muy pronto para que te pueda responder a esa pregunta. Además, hay otras cosas...

–¿Qué otras cosas?

–¿Qué es, ahora mismo, tu bufete?

–Mi bufete es el mismo de siempre.

–No, José Ángel, no. Tu bufete no es el de siempre. José Luis está detenido.

–José Luis está detenido por ir más allá del cumplimiento del deber...

–Vale. No es la primera vez que me llega este argumento en relación a tu bufete...

–¿Que no es la primera vez? ¿Con quién has hablado antes de mi despacho?

–Con gente, José Ángel, con gente... Eso es lo de menos. Como te digo, no es la primera vez que me llega ese argumento. Y creo que es la verdad. Sí, creo que José Luis fue más allá del cumplimiento del deber. Y yo te pregunto: ¿y qué?

–¿Cómo que “y qué”?

–Sí. ¿Y qué? Tu socio es un gran profesional. Vale. Pero, después de su detención, está señalado. Y, aunque tú no lo quieras reconocer, tú también lo estás. Eso es así.

Llegó el punto que José Ángel Esquivias temía: la constatación de que el camino amenazaba con llegar al final. Jaque mate. Ya no hay otra jugada posible. La partida ha concluido. Con derrota

inapelable. Había habido mil vicisitudes, mil vericuetos y mil celadas pero ya no era necesario esforzarse más. ¿O sí?

–Agustín, entiendo que los soldados se atemorizan en determinadas circunstancias. Pero los generales son los que, realmente, saben ponderar adecuadamente riesgos y oportunidades.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Que quieres hablar con Claudio Montellano?

–Sí. Efectivamente, eso es lo que quiero decir.

–A ver, José Ángel. Imagínate el siguiente titular: “Candidato de las primarias se reúne con socio de abogado en prisión”. ¿Qué tal? ¿Te parece bonito? ¿Es bueno para Claudio? Creo que eres una persona inteligente...

Hay situaciones que parecen definitivas en una partida de ajedrez porque parecen que suponen una ventaja insuperable a favor de uno de los contrincantes. Uno de los jugadores realiza un sacrificio de pieza y realiza un ataque a la dama de su oponente. Y la dama no tiene salida. ¡Perfecto! ¡Ya está! ¡Partida ganada! Pero, de repente, ocurre lo inesperado: un contraataque imprevisto. El jugador que parece derrotado ataca, a su vez, a la dama de su oponente, la cual tampoco tiene vía de escape. Por lo tanto, intercambio de damas. Pero el atacante inicial tiene, ahora, una pieza de menos: quien parecía ganador es el perdedor. ¿Y qué ocurre con el intercambio de dama por dos torres o el de los dos alfiles por los dos caballos? Ahí, depende. En esa tesitura, estaba José Ángel Esquivias: realizar una maniobra dudosa pero que le podía dar juego y oportunidades.

–Agustín, ¿quieres que yo te dé también otro titular?

–Sí, ¿por qué no? –dijo, confiado y sonriente, Agustín Covarrubias.

–“Las noticias sobre Antonio Cifuentes, que beneficiaron a Claudio Montellano, fueron filtradas por socio de abogado en prisión”. ¿Qué te parece?

El político quedó paralizado. Cambio completo de escenario: ¿ahora qué? No iba a tomar decisiones rápidas pero había que tener cuidado con molestar a quien había demostrado tener un as en la manga: se podía enfadar, que el tren descarrilara y el responsable sería él. ¡Mucho cuidado!

–¡Vaya, vaya, José Ángel! ¡Eres una cajita de sorpresas! ¿Y cuál era tu intención con esa maniobra?

–La realidad es que no debo atribuirme la autoría completa de la idea. Fue una acción conjunta entre Alfonso Sanmiguel y yo.

–¿Alfonso Sanmiguel? Pero ese es el abogado de los otros...

–Sí, efectivamente.

–¿Y por qué fuisteis contra Antonio Cifuentes?

–Seguramente, tú conocerás la historia de la información robada en el IIB...

–Información robada ¿dónde? No, no... No sé nada de eso.

–No me hagas reír, Agustín.

–Bueno, algo sé pero...

–Sabes la historia completa.

José Ángel Esquivias dijo esta última frase con contundencia y mirando directamente a los ojos a Agustín Covarrubias. Este no tuvo otra opción que reconocer la verdad.

–Vale. Sí. Conozco esta historia. Claudio me la contó. ¿Qué tiene que ver eso con el concejal de la Costa?

–Temíamos que Pilar Muro quisiera apoderarse de la información robada y utilizarla para realizar un exterminio general entre quienes habíamos ayudado al Partido Moderado y al Partido del Progreso... Queríamos tener un arma de presión por si ello ocurría. Guardamos varias bombas de relojería en relación al concejal...

–José Ángel, no sé por qué me cuentas todo esto...

–Quiero que ponderéis nuestra capacidad de acción.

Palabras perfectamente medidas: aparentemente, era un argumento para exaltar sus habilidades pero encerraba una amenaza velada que no era muy difícil percibir.

–Nosotros siempre ponderamos vuestra capacidad de acción, José Ángel.

–No siempre, Agustín. No siempre. Ahora mismo, me has dado a entender que vais a prescindir de nuestros servicios. Así que no siempre ponderáis nuestra capacidad de acción...

–A ver, José Ángel, es que parece mentira que, después de tratar tantos años con políticos, no sepas aún cómo funciona la política...

–¿Y cómo funciona la política?

–Graduando las acciones. Todo, poco a poco... Ahora mismo, no podemos utilizar abiertamente vuestros servicios. Tendrás que esperar. Cuando las cosas se hayan enfriado, todo irá volviendo a la normalidad.

Las palabras de Agustín Covarrubias, realmente, no le comprometían a nada. Eran una forma de ganar tiempo. Ganar tiempo, ¿para qué? A lo mejor, para nada. A lo mejor, el bufete Ugarte-Esquivias ya estaba sentenciado y sólo quedaba esperar a que la sentencia se hiciera pública.

–¿Puedo hablar con Claudio Montellano?

–Estás loco. Ya te lo he dicho: mientras estemos en proceso electoral, Claudio Montellano no se va a reunir contigo.

–Agustín: o me dais garantías o no me voy a quedar quieto.

A tumba abierta: era la primera vez en su vida que José Ángel Esquivias realizaba un ataque de tal envergadura. Agustín Covarrubias seguía dudando: no le había valido la estrategia de evitar realizar promesas firmes y no sabía cuál debía ser su siguiente paso.

–Déjame que lo hable con Claudio. Yo no tengo autoridad para darte garantías de ningún tipo.

La muralla previsible: ante ella, ultimátum.

–Veinticuatro horas, Agustín. Veinticuatro horas. Después de ese tiempo, no hará falta que hablemos más. Ya sabré lo que tengo que hacer.

* * *

A Eva Soto, cada vez le resultaba más difícil pasar horas y horas en ese apartamento, estar siempre a la espera de una llamada de José Ángel Esquivias, estar pendiente de los caprichos y manías de un amante que parecía estar deslizándose por un tobogán de caos y delirio. Ansiaba iniciar una nueva etapa en su vida. Dejar atrás los sucesivos infiernos que había tenido que vivir en los últimos años. Creía que, una vez que acabó su historia con Mario Villar, todo sería diferente. Pero las segundas oportunidades que da la vida suelen ser absolutamente malévolas. Ella lo estaba sufriendo en sus carnes.

Eva no podía quejarse del lugar donde vivía. Era una urbanización de lujo en una de las zonas más selectas de la capital: un espacio ocupado por amplias zonas verdes, edificios coquetos, calles acogedoras sin apenas tráfico e infinitos momentos de hastío. El apartamento de Eva estaba en un inmueble de dos plantas: en cada una de ellas, había dos apartamentos y Eva vivía en uno situado en la planta baja. El edificio estaba dominado por el silencio: aunque tres de los cuatro apartamentos estaban ocupados (el suyo y los dos de arriba), la ausencia de sonidos a lo largo del día invitaba a pensar que no vivía nadie en varios kilómetros a la redonda. Todas las mañanas, Eva corría por un itinerario que hubiera sido capaz de hacer con los ojos cerrados. Volvía a casa, se duchaba y se pasaba el resto del tiempo leyendo, viendo la televisión o escuchando música. De vez en cuando, visitaba un centro comercial situado a pocos minutos de la urbanización pero nunca le había gustado demasiado ir de compras, así que, aparte de la necesidad de adquirir los productos básicos para la vida cotidiana, no encontraba aliciente alguno en acudir más veces al lugar. De este modo, los días se habían convertido en un ciclo perpetuo cada vez más tedioso e insoportable.

Ese martes por la tarde, José Ángel Esquivias llegó al apartamento a las seis. Estaba descompuesto y era incapaz de hablar de forma mínimamente coherente. Eva no sabía qué hacer ni qué decirle. Era una situación que se repetía cada vez con más frecuencia. Y llegó a un punto en que se le habían agotado las ideas para poder superarla.

–La cosa pinta mal, Eva. Muy mal. No sé qué hacer... Son todos unos hijos de puta. Pero yo puedo ser más hijo de puta que nadie. No me conocen...

–Cálmate, José Ángel, por favor. Con ese estado de nervios, no puedes pensar de forma sensata. Necesitas tener la cabeza fría...

–No, te equivocas. Necesito tener la cabeza al rojo vivo para que se me ocurran las ideas con más mala leche posible...

–Pero ¿no te han dicho que tienen que consultar con alguien que sí tiene autoridad para poder tomar decisiones? Espera a que te digan algo...

–Sé lo que me van a decir, Eva. Lo sé perfectamente. Mi olfato me lo dice.

Eva Soto sintió ganas de acabar de una vez por todas con esa farsa. No lo hubiera tenido muy complicado. Pero recordó cuando Mario Villar la dejó en el polígono industrial en medio de todas las prostitutas. Apretó los dientes y vio claro qué era lo que tenía que hacer. Se acercó a José Ángel y empezó a besarlo. Su amante dejó de hablar. Ella lo siguió besando. Él se dejó hacer. Eva se quitó la bata y logró que José Ángel se olvidara de todo.

El mitin de Claudio Montellano en el Parque del Norte de la capital estaba a punto de acabar. Habían tenido que cambiar de emplazamiento ante las expectativas de una mayor afluencia de público y el nuevo había estado a punto de quedarse pequeño. Claudio seguía con el exultante estado de ánimo del cual no escapaba en las últimas semanas. Eso preocupaba tanto a Agustín Covarrubias como a María Benavides, quienes creían que era necesaria una cierta cautela para estar alerta ante reveses inesperados. Tras la conversación con José Ángel Esquivias, Agustín lo vio aún más claro.

Acabado el acto, Claudio Montellano y sus dos responsables de campaña se subieron al coche con destino a la sede electoral. Al político le llamó la atención el silencio de sus colaboradores. Le extrañaba que, estando tan cerca el clímax, el momento culminante de la victoria, en su equipo reinara una cierta sensación de hastío o abatimiento. Cuando llegaron a su destino, se bajaron del automóvil y Claudio Montellano habló con sequedad y aspereza.

—A mi despacho los dos, ahora mismo.

Una vez que el político estuvo sentando en su mesa teniendo frente a él a Agustín Covarrubias y María Benavides, dejó aflorar todo su enfado.

—¿Sabéis qué es dirigir? ¿Lo sabéis?

Ante los rostros extrañados de sus interlocutores, Claudio Montellano decidió seguir el hilo del discurso que había esbozado en su mente.

—Dirigir es liderar. Y liderar es entusiasmar. Hacer que quienes estén bajo tus órdenes trabajen a reventacalderas henchidos de alegría y satisfacción porque piensan que van detrás del objetivo que va a justificar sus vidas. Eso es liderar. Y yo, en mi equipo, necesito líderes, no monigotes que van por la vida con cara de funeral... No necesito a personas así.

—Claudio, mi estado de ánimo tiene una explicación —dijo Agustín.

—¿Qué explicación?

—¿Puedo hablar delante de María?

—¡Por supuesto que sí! Pero, ¿qué nos hemos vuelto? ¿Gilipollas? Somos un equipo... No puede haber secretos entre nosotros...

A Agustín Covarrubias le costó empezar a explicar las causas de su preocupación.

—A ver, no sé por dónde empezar... ¿Conoces a José Ángel Esquivias?

—Sí, conozco a José Ángel Esquivias. Sé quién es —dijo Claudio Montellano.

—Hoy, he almorzado con él. Me ha revelado algo que no me esperaba.

—¿Lo qué?

—Él y Alfonso Sanmiguel han sido quienes han filtrado toda la información sobre Antonio Cifuentes.

—¿Él y Alfonso Sanmiguel? ¿Con qué motivo?

—Ha sido una estrategia muy inteligente. Temían que Pilar Muro emprendiera una limpieza general como medio de afianzar su poder y utilizaron ese caso como aviso y como medida de presión para cubrirse las espaldas.

—Bien. Y eso, ¿en qué nos afecta a nosotros?

—Tienen más información. José Ángel Esquivias quiere que le demos garantías de que su bufete va a seguir teniendo trabajo contigo al frente del partido.

—¿Garantías? ¿Qué tipo de garantías?

—Yo le he dicho que es una cuestión de tiempo. Que, con la detención de José Luis Ugarte, necesitamos que se enfríe todo para volver a contar con ellos... Esa respuesta, no le ha satisfecho.

Claudio Montellano guardó silencio con aparente expresión de indiferencia.

—¿Pueden tener algo contra ti? —dijo Agustín Covarrubias.

Claudio Montellano se rio con fuerza.

—¿Que si pueden tener algo contra mí? Por supuesto. Ese bufete ha estado en medio de casi todas las, vamos a decir, operaciones paralelas del partido en los últimos veinte años. Por supuesto que pueden tener algo contra mí.

—¿Entonces? ¿Qué vamos a hacer?

—¿Tenemos que hacer algo?

—Imagínate que filtran alguna información comprometedor a tan pocos días de las primarias definitivas. Puede complicarnos la victoria final...

—Quizás, sí. Quizás, no.

Agustín Covarrubias no comprendía nada. María Benavides parecía absorta en sus propios pensamientos.

—Te veo muy tranquilo, Claudio.

—Mira, Agustín, vas a hacer una cosa. Me vas a concertar una cita con José Ángel Esquivias. Como comprenderás, tiene que parecer un encuentro casual. Yo salgo de mi casa a las siete de la mañana. A eso de las siete y cuarto de la mañana, pasamos por una gasolinera que está en la Ronda Exterior Norte, a la altura de Las Colinas de San Miguel. Dile a ese abogado que me espere allí.

—De acuerdo.

Agustín Covarrubias pareció tranquilizarse.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Claudio Montellano a María Benavides.

–Estoy inquieta. Es mi primer puesto de responsabilidad... Y estar tan cerca de alcanzar la meta me causa una sensación de vértigo...

–Nada de vértigo. Es el momento de disfrutar. Nos tienen que ver disfrutar. Nos tienen que ver con imagen de triunfadores... Eso da votos. Eso hace multiplicar los votos que podamos obtener...

–Sí, Claudio, es verdad. A veces, la falta de experiencia me hace cometer errores estúpidos...

–No pasa nada. Bueno, ya está todo aclarado. Esta noche, tenemos el encuentro con los militantes en la Delegación Centro. Me gustaría quedarme a solas con María para ultimar los detalles del discurso...

Agustín salió del despacho. María seguía encerrada en sus cavilaciones.

–Y, ahora, ¿me vas a decir de verdad qué te sucede? –dijo Claudio Montellano.

–Lo que te he dicho, Claudio. No es otra cosa.

–Espero que sea así. Porque todo está controlado. Perfectamente controlado. Y no me gustaría llevarme ninguna sorpresa...

Claudio Montellano cerró por dentro la puerta del despacho. Y bajó las persianas para cubrir los cristales que, desde la mitad de la pared móvil, llegaban hasta el techo. Después, se acercó a María por detrás y, poniéndole la mano en el hombro, le habló al oído.

–Vamos a relajarnos un poco, ¿no?

María, como si fuera un robot, se levantó de la silla y se tendió en el sofá que había frente a la mesa de Claudio. Se subió la falda y se bajó la ropa interior. Claudio se tendió sobre ella.

17

Serían las diez de la noche cuando Esteban Miranda y Mark Cortés llegaron a la capital. Esteban empezó a dar vueltas sin ton ni son por la ciudad. Al cabo de media hora, Mark se dio cuenta de que su compañero de huida no sabía qué hacer.

–Esteban, ¿qué sucede?

–Estoy pensando, Mark. Estoy pensando.

–Pues aparca en cualquier sitio y podrás pensar con mayor tranquilidad. No tiene sentido que vayas conduciendo por aquí con la cabeza en otro sitio...

Después de un cuarto de hora, Esteban encontró un lugar para aparcar y estacionó allí el coche. Mark no tenía ni idea de en qué parte de la ciudad estaban. Pero lo que más le preocupaba era ver a Esteban con la mirada perdida y apretando los dientes en señal de impotente desesperación.

–Mark, solo tenemos una opción –dijo finalmente–. Tenemos que quemar etapas, tomar atajos... No tenemos mucho tiempo disponible. Esos hijos de puta vienen detrás de nosotros. Y me temo

que, antes o después, nos van a encontrar. Así que, aunque la salida que tenemos a mano es arriesgada, no creo que podamos elegir.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de la chica que vino conmigo en el encuentro en la fábrica?

—Sí.

- Cuando tú y yo decidimos aliarnos, ella me dijo que había que llevar la información a Pilar Muro... En ese instante, me di cuenta de que estaba jugando a un doble juego: era una infiltrada de la Primera Ministra en la candidatura de Claudio Montellano. Eso me hizo desconfiar. Pero, ahora, es nuestra vía más directa para solucionar nuestro problema.

—¿Dos meses huyendo y recurrimos a la opción que hubiéramos podido utilizar desde el primer momento?

—Mark, sigo sin fiarme de María. Un traidor es siempre un traidor.

—Pero...

—Pero, ¿qué podemos hacer si no? Si ella nos pone en contacto con la Primera Ministra o con su entorno, en veinticuatro horas podemos haberle pasado toda la información y estar bajo protección policial...

—¿Y si esa chica no nos ayuda?

—Estandremos igual que estamos ahora. O peor si nos quiere jugar una mala pasada...

—¿La crees capaz de ello?

—Por lo que la conozco, diría que no.

—Entonces, venga, llámala. Ya estoy harto de esta situación.

Esteban sacó su móvil de la chaqueta y buscó el número de móvil de María Benavides. Antes de marcarlo, tuvo una última duda. Pero, finalmente, pulsó con fuerza el botón de su teléfono y, con el rostro y la respiración agitada, esperó la respuesta. Esta vino en forma de voz dubitativa y temblorosa.

—¿Sí?

—María, soy yo: Esteban Miranda.

Silencio. Después, palabras de puro trámite.

—¡Cuánto tiempo sin hablar! ¿Dos meses, quizás?

—Sí, algo así como dos meses.

—¿Y qué? ¿Cómo te ha ido?

—Mal.

Nuevo silencio.

–¿Por eso me llamas?

–Sí. Por eso te llamo.

Esta vez, más que silencio fue vacío y una especie de agujero en el tiempo que podía llevarlos en cualquier dirección posible.

–Por eso me llamas... ¿Y qué quieres?

–Quiero contactar con Pilar Muro.

–¿Ahora quieres contactar con Pilar Muro? Esa noche, te dije que era lo que teníamos que hacer. Y te negaste.

–Compréndeme, María. Estábamos juntos en el equipo de Claudio y, de repente, me sales con que le demos esa información a Pilar Muro. ¿Cómo querías que reaccionara?

–Las cosas son complejas, Esteban. Estamos en un momento decisivo. Las cosas nunca van a ser las mismas después de estas elecciones. Todo es volátil e inestable. Eso lo explica todo.

–Sí, supongo que sí. Pero, ahora, María, no tengo tiempo para esas reflexiones trascendentales. Créeme. Lo siento. Necesito contactar con Pilar Muro.

–Mira, Esteban. ¿Podría contactar con Pilar Muro? Sí. Pero, ¿qué ocurre? Estoy en el equipo de Claudio Montellano. Claudio es el vencedor casi seguro de las elecciones primarias del Partido Moderado. Y, casi con toda seguridad, va a ser el próximo Primer Ministro. Eso hará que yo pueda ocupar un lugar importante en su gabinete. ¿Por qué voy a arriesgar esa posibilidad ayudando a la rival de mi jefe?

–¿Te acuerdas de lo que dijo el tipo que matamos? Claudio Montellano había manipulado la información robada del IIB. Él no aparece allí. Por tanto, él no va a salir perjudicado por el hecho de que los datos lleguen a Pilar Muro. Pero, eso sí, Mark y yo podremos salvar la vida.

–¿Mark es el chico con el que huiste?

–Sí.

–¿Y por qué corre peligro vuestras vidas?

–Nos persigue una banda de mafiosos. Según parece, los datos de sus movimientos bancarios aparecen en la información robada.

–Si esa información llega a Pilar Muro, es capaz de montar una operación que le proporcione importantes réditos políticos. Y ello puede perjudicar a Claudio...

–Si Pilar se beneficia y gana al final las primarias, habrás sido tú quien le habrá dado el arma para conseguirlo.

Silencio de reflexión de María.

–Déjame que lo piense.

–No tenemos mucho tiempo...

–Déjame que lo piense. Es lo único que puedo decir. Mañana, te llamo y te respondo.

–Vale, está bien. Lo comprendo. Hasta mañana.

Cuando acabó la llamada, el rostro de Esteban reflejaba un inquieto desasosiego.

–¿Qué opinas? –dijo Mark.

–No lo sé. De verdad que no lo sé. Es comprensible que quiera pensarlo. Pero la he notado cambiada. Antes, María era diferente. Más abierta, más sincera, más confiada... La he visto suspicaz y a la defensiva. Hay que esperar.

Esteban arrancó el coche y se dirigió al sur de la ciudad, a las afueras. Aparcó, se bajaron del coche y, tras caminar cuatrocientos metros, llegaron a una pensión de aspecto miserable que estaba en una triste callejuela.

–Aquí, si pagamos bien, nos van a hacer pocas preguntas –dijo Esteban.

–Tengo ganas de acabar de una puta vez con esta pesadilla –dijo Mark.

18

Silva guardó el libro en uno de los bolsillos de su chaqueta. Cárdenas colocó sobre la mesa cinco teléfonos móviles y explicó al resto de policías los pasos que había seguido.

–Estos son cinco móviles de prepago que he adquirido en distintas tiendas en mi viaje desde el norte. Los he pagado en efectivo. Así, en principio, no podrán vincularlos fácilmente. Como veis, en cada teléfono he colocado una etiqueta con nuestros nombres. Coged el que os corresponda. En cada móvil, he grabado el resto de números. De este modo, será fácil que nos podamos llamar unos a otros.

–Bien. Pues creo que todo está listo –dijo Braulio Santiesteban–. ¿Nos vamos ya?

Todos asintieron.

Cuando abrieron la puerta del chalet, una espesa niebla se desplegaba sobre las calles. Silva, al dar sus primeros pasos hacia el coche con el que iban a viajar hasta la capital, creyó avanzar a través de la irrealidad, a través de la capa de falsedad y mentiras que cubría la realidad auténtica y genuina.

El automóvil empezó a recorrer carreteras estrechas y solitarias. Subió cuestas empinadas, cruzó los montes que rodeaban a la ciudad y volvió a cruzarlos en un movimiento en zigzag que parecía ser el camino hacia la nada. La niebla no se despejaba. Silva permanecía callado. Reflexionaba sobre sí mismo, sobre su condición, sobre su porvenir, sobre el sentido de su vida.

Al fin, llegaron a la trocha de la que Osorio les habló. A Silva le pareció un recorrido interminable. Alguna vez, él se preguntó si llega un punto en que las carreteras se acaban. Resultaba que sí, que ese punto existía y lo acababan de cruzar. Ahora, transitaban por un espacio en blanco, un lugar del que los mapas apenas daban noticia. Silva era consciente de que no sabían qué iban a hacer, que se ocultaban unos a otros que lo único de lo que estaban seguros era de su propia ignorancia.

Salieron de la trocha y fueron a parar a una carretera comarcal en la que no se cruzaron con ningún otro vehículo durante kilómetros. Parecía el desierto. Un desierto donde no valían las brújulas.

–Ya hemos dejado atrás los controles –dijo Braulio Santiesteban, que era quien conducía.

No iban a utilizar la ruta más directa a la capital. Iban a evitar los puntos más sensibles. Eso haría el viaje más largo pero más seguro. Había pocas ganas de hablar. Sólo Cárdenas se mostraba más extrovertido.

–Podemos jugar a las películas... –dijo con buen humor.

–No –dijo Gómez.

–¿Por qué no?

–Porque tú ganarías siempre.

Todos sonrieron. Fue un paréntesis amable que pudo dar lugar a una conversación animada durante una media hora.

Pero la niebla no se despejaba.

Era absurdo. Parecía que era la misma niebla que dejaron atrás. O que no dejaron atrás sino que les fue acompañando a lo largo de todo el viaje. Silva recordó su vida. Siempre la misma niebla. Una niebla que pareció surgir de repente pero que, quizás, siempre había estado ahí, agazapada, expectante ante el momento justo y preciso en que podía hacer un nuevo prisionero, tomar un nuevo rehén o provocar una nueva víctima.

Hicieron una parada para almorzar. Todavía quedaban unos cuantos cientos de kilómetros por hacer. Eligieron un restaurante de comida rápida que estaba cerca de una gasolinera. Cárdenas tomó nota de los pedidos y los cuatro policías restantes se quedaron en el vehículo. Al cabo de un cuarto de hora, Cárdenas volvió con las peticiones perfectamente atendidas.

La bruma seguía ahí. Quizás, como recordatorio. Sí, porque después de la gran decepción de su vida, la nueva ciudad parecía ser la esperanza de una vida renovada. Pero, a lo mejor, solo fue el ardid definitivo. La trampa que le tendieron para hacerle creer que había una salida.

Reanudaron la marcha. La tarde era gris y plomiza. Ahora, quien conducía era Vila. Los policías empezaron una conversación. Posiblemente, Silva también participara en ella. Pero, después, él no recordaría ni lo que dijo ni lo que le dijeron. Sus recuerdos seguían mordiéndole los tobillos.

¿Habían sido sus casi treinta años de policía una burla del destino para que no pudiera llevar a cabo sus aspiraciones? ¿Cuántas veces había parecido tocar la cumbre con los dedos para acabar descubriendo que sólo era un espejismo sin fundamento? ¿Volvería, esta vez, a suceder lo mismo?

Empezó a anochecer. No supo si se había quedado dormido por un breve lapso de tiempo. Había luz y, de repente, desapareció. Pero la niebla era tenaz y persistente. Entraron en un tramo de autovía. Las luminarias encendidas no eran capaces de atravesar los lienzos blanquecinos que invadían el aire de forma que Silva creyó que, por error, se habían adentrado en un paraje fantasmal e inexistente. Pero no. Estaban en un lugar real. Eso era la realidad: una entidad borrosa y escurridiza que se resistía a ser aprehendida y asimilada. La realidad era una caja fuerte cuya combinación era imposible de descubrir.

Llegaron a la capital. El destino se aproximaba. Ya estaba más cerca. Era el momento clave de la partida. Una partida donde quedaban pocas piezas: una situación especialmente peligrosa. Un fallo insignificante y cualquier ventaja se evaporaba al instante. Era un riesgo pero también una

oportunidad. Sobre todo en una situación en la que ellos tenían todas las de perder. Un error de los adversarios y todo podía darse la vuelta igual que un calcetín. Ese era el clavo ardiendo al que querían aferrarse para encontrar una salida al laberinto en que él solito se había metido.

Braulio Santiesteban volvía a conducir. Él sabía dónde estaba el piso que había encontrado en la capital. Silva no hubiera podido distinguir la ciudad donde vivía de la ciudad a la que habían llegado, no hubiera podido distinguir la niebla de allí de la niebla de aquí. Todo era el mismo mejunje, el mismo magma confuso en el que los elementos se mezclaban hasta no poder diferenciarlos unos de otros.

Aparcaron. Todos descendieron del vehículo. Era una calle larga y tranquila en la que se sucedían bloques de viviendas de ocho plantas. Braulio caminó con paso firme y decidido hasta el edificio donde estaba la vivienda en la que se iban a alojar. Silva se sorprendió de la seguridad con que todos realizaban sus movimientos. Hasta sus propios movimientos no escondían ninguna vacilación.

Y recordó la trocha que atravesaron para evitar los controles policiales. El espacio vacío. El mapa en blanco. El libro de normas pendiente de escribir.

Cuando se borran todos los caminos, una vez que han demostrado su inutilidad, es cuando la confianza vuelve. Es cuando no hay miedo ni del instinto ni de la mirada. Y es, entonces, cuando no hay dudas.

* * *

Una vez instalados en la vivienda, los cinco policías se sentaron alrededor de la mesa del salón para planificar lo que iban a hacer al día siguiente.

–Tenemos que dividirnos para visitar a Cristina Salvador y a Eva Soto –dijo Silva–. No podemos perder el tiempo y tenemos que aprovechar al máximo las horas que estemos aquí. En cualquier momento, pueden echarme el lazo y, entonces, estaremos como al principio.

–¿Y cómo vamos a dividirnos? –dijo Braulio Santiesteban.

–Creo que Cristina Salvador es un hueso más difícil de roer que Eva Soto. A la agente de la Brigada de Delincuencia Económica, hay que sacarle a quién informaba y de quién recibía órdenes aparte de sus superiores directos. Eso no va a ser una tarea sencilla.

–Si es una traidora, no creo que confiese así como así –dijo Vila.

–A lo mejor, no es una traidora... –dijo Silva.

–No le comprendo, jefe –dijo Gómez.

–Puede ser que ella pensara que no estaba colaborando con un traidor –dijo Silva–. Si Alexander es alguien muy bien posicionado en el sistema, ella pudo pensar que estaba ayudando a alguien de confianza. Alguien que podía servirle de vía directa para ascender... Si le hacemos ver el tipo de personaje con el que se había aliado, puede venirse abajo con relativa facilidad...

–Sí, es posible –dijo Braulio Santiesteban–. ¿Quién va por ella?

–Gómez tiene que ir porque es el único que la conoce en persona –dijo Silva–. Creo que tú, Braulio, y Cárdenas le debéis acompañar. Vila y yo iremos a por Eva Soto.

–¿Cuál es el objetivo con Eva Soto? –dijo Vila.

–Acorralarla y meterle miedo –dijo Silva–. Le diremos que conocemos su historia con Mario Villar y que no nos parece una casualidad que ahora tenga una relación con José Ángel Esquivias. Tiene que convertirse en el eslabón que nos lleve al abogado. Y del abogado, a Berenger.

–Si mañana por la mañana nos sale todo bien –dijo Braulio Santiesteban–, podemos tener la mitad del trabajo hecho.

–Si mañana por la mañana nos sale todo bien –dijo Silva–, descubriremos que hay mucho más trabajo que hacer del que habíamos imaginado.

19

–Tengo ganas de acabar de una puta vez con esta pesadilla –dijo Mark.

–Y yo, Mark. Y yo –dijo Esteban.

En la recepción de la pensión, apenas se intercambiaron palabras. Antes de salir del coche, Esteban había sacado de la bolsa de viaje los billetes suficientes para pagar una semana de estancia y dar una gratificación especial al encargado. Este dibujó una sonrisa cómplice dedicada tanto a Esteban como a Mark. Ambos se sintieron más tranquilos. Con las llaves del cuarto en la mano, subieron al ascensor. Cuando se cerró la puerta, se sintieron exhaustos. No creían tener fuerzas para todo lo que, quizás, aún deberían afrontar. Llegaron a la tercera planta. Tardaron unos segundos en salir. Inconscientemente, tanto Esteban como Mark coincidieron en creer que, en ese breve intervalo de tiempo, absorberían el mínimo de energía necesaria para poder continuar. Salieron del ascensor como dos autómatas que aprovecharan sus últimos recursos para cumplir una misión.

Esteban Miranda se quedó dormido en cuanto llegaron a la habitación, se dieron una ducha y se acostaron. Tuvo un sueño turbulento. De las aguas de un pantano salían criaturas repugnantes y se adherían a su piel hasta que llegaban a ser parte inseparable de su cuerpo. Entonces, él era consciente, en medio de la pesadilla, que su personalidad estaba cambiando. Que esas criaturas le habían robado el alma y él ya no era él. Porque el temor más profundo que puede acongojar a un ser humano es el que su identidad sea borrada por lo desconocido, lo ignoto, por el horror que se oculta en las entrañas de las tinieblas cenagosas. El que tu cuerpo se convierta en el súbdito de un usurpador. Es una muerte sin muerte. Es la desaparición de la faz de la tierra sin que nadie sea consciente de ello. Quedar convertido en una máscara tras la que se esconde un ladrón de espíritus. Tras la muerte física, queda un cadáver y la memoria ajena. Tras la usurpación del yo, sólo queda el vacío absoluto, la muerte total.

Esteban despertó. La cama de Mark estaba vacía. Ello le inquietó. Se vistió y bajó hasta la recepción.

–Perdone, ¿ha visto salir a mi amigo? –preguntó Esteban.

–Sí. Habrá salido hace cosa de tres cuartos de hora –contestó el recepcionista.

–Muchas gracias.

Esteban salió a la calle. Empezó a dar vueltas sin orden ni concierto. No sabía qué había podido suceder. ¿Se habría hartado Mark y se habría marchado sin dar explicaciones? ¿Había tenido siempre

unos planes claramente prefijados y, tras llegar a la capital, tenía la oportunidad de ponerlos en marcha? ¿Era una escapada para respirar un poco de aire fresco? La mente de Esteban estaba saturada. No daba más de sí. Y solo podía callejear al puro azar, con la remota esperanza de encontrar una respuesta a una pregunta que no sabía cuál era. En su deambular, Esteban reflexionó sobre sí mismo. Y no le gustaron las ideas que vinieron a su mente. Huyó del mundo en que había nacido para acabar cayendo en un mundo que no era mucho mejor, que en realidad, era mucho peor: mucho más hediondo y repugnante. Y ahora, ¿qué? ¿Se acercaba el momento de su liberación, de su purificación? Cuando proporcionase la información a Pilar Muro, ¿iba a poder limpiar todo su pasado, todos los negocios turbios que había llevado a cabo con su hermano, todas las maniobras sucias que había ejecutado bajo las órdenes de los políticos que habían sido sus jefes? No. Eso no iba a ser un acto de redención. Eso iba a ser un acto de mera supervivencia. Esteban se dio cuenta de que solo había sido auténtico cuando había flotado en medio de aguas estancadas, porque, solo entonces, había cumplido con los parámetros esenciales de la condición humana. Y ello le aterrorizó: no es agradable llegar a la conclusión de que, bajo una apariencia de civilización, nos seguimos guiando por los instintos más primitivos y elementales. Es algo que solo puede generar el más profundo de los desasosiegos. Es el fin de cualquier esperanza.

Esteban siguió vagando por calles oscuras y mal iluminadas. ¿Y si Mark hubiera vuelto al cuarto de la pensión? Quizás. Pero él no quería volver. Seguía cansado. Pero el cansancio no era lo que más le afectaba a esas horas de la madrugada. Era el convencimiento final de que su huida no tenía ningún destino posible: era imposible escapar del pantano en el que todos estamos atrapados.

De repente, vio en una callejuela estrecha un bar con unas luces rojas de neón sobre su entrada. Se aproximó y no le costó mucho comprobar que era un bar de ambiente *gay*. Era fácil deducir que Mark podía estar ahí. Esteban entró. Se acercó a la barra y pidió un whisky solo. Se le acercaron dos o tres clientes pero él los rechazó sin hablar, sólo con un movimiento negativo de cabeza.

Cuando su vaso estaba casi vacío, Mark salió de la parte de atrás del bar en compañía de un chico de una edad similar a la suya. Se sorprendió al ver a Esteban sentado en la barra. Pero supo sobreponerse al instante. Se acercó a él como si nada hubiera sucedido.

—Hola, Esteban —dijo Mark—. ¿Cómo tú por aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Crees que te puedes marchar sin decirme nada?

—Estabas dormido... —dijo Mark, sorprendido.

—¿Crees que esa es una buena excusa?

—Perdonad, ¿sois pareja? —dijo el acompañante de Mark.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para meterte en esta conversación? —dijo Esteban.

—¡Eh, eh, eh! No seas maleducado! —dijo el acompañante de Mark, visiblemente indignado.

—Yo soy como me sale de los cojones... —dijo Esteban.

—Lo mejor será que nos vayamos —dijo Mark—. No queda nada por hacer aquí...

Mark sacó a Esteban del bar a empujones.

—¿Se puede saber qué has hecho? —dijo Mark—. ¿Qué pretendías? ¿Armar una tangana, que viniera la policía y se fuera todo a la mierda?

Esteban se sentía mal consigo mismo, con el pasado que había vivido, con el presente que estaba viviendo y con el futuro que le quedaba por vivir. Se sentía mal con el mundo, con la gente que había conocido y la gente que aún no conocía. Odiaba el día y odiaba la noche. Imaginaba su vida como un puro desperdicio del que muy poco se podía aprovechar.

–No hagas más tonterías, Mark. No hagas más tonterías...

–Necesitaba un desahogo, Esteban. Compréndelo...

Esteban dejó de caminar. Sentía una rabia en su interior que estaba a punto de descontrolarse. No sabía cómo dar rienda suelta a la furia que se le agarraba al estómago y a los latidos de sus sienes. Se acercó a la pared que tenía más cerca y empezó a golpearla con sus puños cerrados. La expresión de Mark era de pánico ante lo inexplicable, lo inasumible, lo que escapa a la racionalidad... Esteban era como un animal herido. No: Esteban era un animal herido. Esteban era el animal que descubre que lo han engañado sobre su verdadera condición y se rebela. Que descubre que ha vivido un espejismo y protesta por toda una vida de mentiras y falsedades. Mark se resignó a esperar a que el ataque de desesperación se agotara en su propio estallido. Y, efectivamente, Esteban dejó de dar puñetazos a la pared. Exhausto, se apoyó en la pared con las palmas de las manos abiertas, la cabeza agachada y la respiración convulsa. Mark observó los nudillos heridos de su compañero y pensó en sus propias heridas sin cicatrizar. Se acercó y le puso la mano sobre su hombro. Esteban giró la cabeza y, tras mirarle a los ojos, empezó a moverla en señal de asentimiento: sí, era lo que necesitaba. Esteban también extendió su brazo para apoyarlo en el hombro de Mark. Ambos caminaron de vuelta a la pensión. Y en ese paseo, en medio de la madrugada, entre las brumas que aún envolvían a sus pensamientos, surgió la precaria certeza de que sólo podemos escapar de lo que somos cuando llegamos a ser capaces de comprender qué esconde la mirada oscura de otra persona y realizamos el gesto preciso para apaciguar la fiereza de la noche.

20

Silva, Braulio Santiesteban, Gómez, Vila y Cárdenas se levantaron a las cuatro de la mañana. Necesitaban levantarse temprano porque debían conseguir un segundo automóvil, de forma que fueron hasta el aeropuerto, el cual era uno de los pocos lugares donde podían encontrar abierta en plena madrugada una oficina de alquiler de coches. Fue Vila quien realizó los trámites mientras los demás policías esperaban en el aparcamiento de la terminal aeroportuaria. Llegó al cabo de veinte minutos con el vehículo con el que él y Silva iban a acudir al domicilio de Eva Soto.

Durante el día anterior, Robles y Osorio habían podido confirmar dónde vivían tanto Cristina Salvador como, quizás, Eva Soto. En el caso de la agente de la Brigada de Delincuencia Económica, bastó con revisar algunos ficheros policiales y realizar un par de llamadas de teléfono. Pero la información sobre Eva Soto fue más esquiva. Tenían el dato proporcionado por José Luis Ugarte de que vivía en la capital pero el último domicilio disponible que Osorio había localizado estaba en la Costa. Como sabían que había estado alojada en el Hotel Empire, Carla Robles indagó sobre qué domicilio había dado en el momento de la facturación y se trataba de un apartamento en un barrio residencial del norte de la capital. Era lo que habían conseguido y, a partir de ahí, verían hasta dónde podían llegar.

En el aparcamiento del aeropuerto, los policías ultimaron los detalles sobre cómo iban a proceder.

–Nos mantendremos permanentemente en contacto –dijo Silva–. Tenemos que conocer al instante cualquier novedad que se produzca... No me fío en absoluto de cómo han ido las cosas hasta ahora...

–¿Por qué? –preguntó, extrañado, Braulio Santiesteban.

–¿Comprendes que todo esté siendo tan fácil?

–Es cierto que esperaba más obstáculos. Pero, bueno, hemos tomado todas las precauciones posibles...

–Precauciones que cualquier otro policía conoce y que podía haber tenido en cuenta para intuir qué íbamos a hacer... No me fío de nada, Braulio. Así que, ante cualquier hecho extraño, ante la más mínima circunstancia que nos resulte sospechosa, un grupo debe avisar al otro. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

–Bueno, pues aclarado esto, pongámonos en marcha. Vosotros, en busca de Cristina Salvador. Nosotros, a confirmar que Eva Soto vive en la dirección que ha encontrado Robles.

* * *

Serían las seis de la mañana cuando Braulio Santiesteban, Gómez y Cárdenas aparcaron frente al bloque de viviendas donde vivía Cristina Salvador. Tenían que actuar con discreción (para no llamar la atención) pero con contundencia (para no dejar vía de escape a la agente).

–Lo lógico es que salga de su casa, tome el ascensor y baje hasta el aparcamiento –dijo Gómez–. De esta forma, saldría por ahí –señaló la puerta del garaje–. Si intentamos detenerla en ese punto, todo será más complicado. Tiene que ser antes.

–Tenemos que entrar, bajar al aparcamiento y esperarla en la puerta del ascensor –dijo Braulio Santiesteban.

–Exactamente –dijo Gómez.

–¿Y cómo vamos a entrar en el edificio? –preguntó Cárdenas.

–Esa es la cuestión –dijo Gómez–. Vamos a ver si se presenta alguna oportunidad... Si no, tendremos que entrar como sea...

Cárdenas arrugó la nariz.

–Si hay que forzar cerraduras, dejádmelo a mí –dijo Braulio Santiesteban–. A fin de cuentas, yo soy un jubilado aburrido. Hasta podría alegar demencia senil...

Sonrieron. No querían confesarlo pero estaban tensos. Necesitaban un momento de relajación.

A las siete menos cuarto, vieron a varias mujeres descender de un coche que había aparcado cincuenta metros delante de donde ellos estaban. Todas llevaban puesto el uniforme de limpiadora.

–Igual, vamos a tener suerte –dijo Gómez–. Braulio, tú y yo nos bajamos. Nacho, tú quédate aquí, al volante... En cualquier momento, quizás vamos a tener que salir pitando...

Gómez y Braulio Santiesteban llegaron a la puerta del edificio casi al mismo tiempo que la limpiadora. Esta abrió la primera cancela y cuando vio que los dos hombres querían entrar con ella, se quedó parada en el umbral sin querer continuar su camino. Gómez enseñó su placa de policía. La limpiadora se sobresaltó ligeramente.

–Se han producido varios robos en el barrio en las últimas semanas –dijo Gómez sin inmutarse–. Tenemos que comprobar las medidas de seguridad que hay instaladas...

–¡Ah, vale! –dijo la limpiadora, que se había tranquilizado tras su suspicacia inicial–. Esperen porque esta cerradura no anda muy bien y la cancela se queda muchas veces abierta...

Una vez que hubieron también traspasado la puerta de acceso al edificio, decidieron aprovechar el clima de confianza que habían logrado crear con la trabajadora de la limpieza.

–¿Tiene usted las llaves de acceso al garaje? –dijo Gómez.

–Sí, sí... Yo les abro sin problemas.

Primer obstáculo superado. Y con menores dificultades de las previstas. Ya sólo quedaba esperar. A las siete y cinco, empezaron a bajar los primeros residentes para subir a sus coches con destino a sus puestos de trabajo. Sabían que, de un momento a otro, se acercaría el instante fatídico. No iban a hablar con un delincuente o con un perseguido por las autoridades. Iban a tener que presionar a una compañera del cuerpo de policía. Y de forma extraoficial. Y no tenían procedimiento para actuar en una situación así. A las siete y cuarto, se abrió la puerta del ascensor y, de él, salió Cristina Salvador. Estaba pendiente de sacar las llaves de su coche de su bolso, así que, en un primer momento, no se percató de la presencia de Gómez y Santiesteban. Braulio, por la reacción de Gómez, supo que era la persona a la que esperaban. Cristina levantó la cabeza y vio frente a ella al agente con quien, hacía dos meses, había compartido largas horas de trabajo. Al principio, no reaccionó. Después, quedó como descolocada. Al final, un respingo de sorpresa resumió lo inesperado de la situación.

–Pero, Gómez... ¿Qué haces aquí? –dijo sin disimular que no comprendía ni el contexto ni sus detalles.

–Hola, Salvador, ¿cómo estás? Venimos a buscarte.

–¿A buscarme?

–Sí. Te queremos hacer un par de preguntas...

Cristina Salvador seguía sin comprender. Miró alternativamente a Gómez y a Braulio Santiesteban. De repente, entornó los ojos. Empezó a hacerse la luz dentro de su confusión inicial.

–Comprendo... Hace dos días, Silva huyó de prisión. No habréis tenido algo que ver en ello, ¿no?

–Acompáñanos y te lo explicamos todo.

–No. Yo no tengo nada que hablar con vosotros.

–Quizás, sí. Quizás, no. Puede ser que necesites hablar para salvarte de una situación comprometida...

–¿Qué situación comprometida?

–Creemos que no te has atendido a los procedimientos oficiales mientras estábamos investigando el robo de la información en el IIB. Has estado informando a terceras personas del resultado de nuestras pesquisas...

Cristina Salvador se quedó paralizada. Ni Gómez ni Santiesteban tuvieron claro cómo interpretar la ausencia de reacción de la agente. Gómez quiso ser optimista y pensar que habían acertado en la diana.

–¿Niegas o no lo que acabo de afirmar, Salvador?

–No sé por qué tendría que contestarte... ¿Estás seguro de que esas terceras personas no tienen la autoridad suficiente como para poder tener derecho a saber qué estaba sucediendo en el curso de nuestras investigaciones?

–Quizás. No lo niego. Pero si esas terceras personas están traicionando la confianza que ha sido depositada en ellas, tú te puedes convertir en cómplice de una larga y fea lista de delitos...

–Creo que estás diciendo tonterías, Gómez...

–Mira, creemos que has estado informando a Alexander o a un cómplice de Alexander.

Cristina Salvador sonrió mientras movía su cabeza de un lado a otro.

–Gómez, estás dando palos de ciego. Quieres salvar a Silva a toda costa y no sabes qué imaginar para lograrlo.

–Yo no creo que esté dando palos de ciego. Te planteo la cuestión clave: ¿crees, en serio, que Silva asesinó a Pablo Bernal?

Cristina Salvador se mordió los labios. Reflexionaba. Al cabo de unos segundos, supo cómo responder a Gómez.

–De acuerdo. Vamos a imaginar que no lo asesinó. Que todo fue fruto de una conspiración. ¿Qué tengo yo que ver con ello?

–Si fue una conspiración, la organizó David Berenger. Él fue quien hizo que acudiera al Gran Hotel. Y si logró llevarlo hasta allí, fue porque, aunque íbamos en busca de José Luis Ugarte al Hotel El Pantano, surgió, para dividirnos, la fantasmal operación en los aparcamientos del Estadio Metropolitano. David Berenger fue avisado, seguramente por Alexander, de que íbamos a poder echar el guante a Ugarte. Así que ideó esa maniobra de distracción para hacernos perder el tiempo, adelantarse a nosotros, secuestrar a Catalina Romero y tender la trampa a Silva. La pregunta, entonces, es: ¿quién avisó a Alexander de nuestras intenciones?

Cristina Salvador quedó petrificada. Pero, esta vez, su inmovilidad era distinta. El razonamiento de Gómez parecía haber sido una especie de punzante revelación. Sus siguientes palabras carecían ya de seguridad. Un imperceptible temor empezó a sacudir sus palabras.

–Si tienes razón, lo que hay que hacer es contárselo todo a Méndez y al comisario Solís, nuestro superior...

–No podemos, Salvador. No sabemos hasta dónde está infiltrada esa gentuza... Lo primero que tenemos que hacer es tener todos los datos y aclarar en quién podemos confiar y en quién no...

–Vale. Vamos a hablar. Pero es un tema muy delicado. No sé qué debo decir y qué no. Sí, es cierto. Yo informaba a una tercera persona de la marcha de las investigaciones. Pero eso no quiere decir que esa persona sea Alexander. La filtración ha podido venir de otro lado. Todo el equipo de Méndez y nuestros superiores en la Brigada sabían cómo estaba marchando todo. Y la persona a la que yo informaba ha podido, de buena fe, informar, a su vez, al traidor. La cosa no es tan simple como me la has descrito...

–Hablemos en un sitio tranquilo y pongamos las cartas sobre la mesa.

–De acuerdo. ¿Qué hacemos? ¿Cojo mi coche?

–No. Vente en el nuestro.

Cristina Salvador, Gómez y Braulio Santiesteban se dirigieron al ascensor. Subieron a la planta baja del edificio y acabaron saliendo a la calle. Braulio Santiesteban y Gómez se adelantaron ligeramente mientras Cristina Salvador, al estar la cerradura averiada, intentaba cerrar la cancela de acceso al bloque con sucesivos y contundentes portazos.

Todo sucedió muy rápido. Una moto, surgida de la nada, rasgó el aire con un sonido de sierra mecánica. En ella, había dos personas. La que estaba sentada en la parte trasera llevaba un subfusil. La ráfaga fue rápida y directa a la cabeza de Cristina Salvador. Sobre el sonido de la moto, se superpuso otro sonido más canalla y cruel. La moto desapareció con la misma rapidez con que había hecho acto de presencia. Braulio y Gómez se acercaron hasta el cuerpo de la agente, caído en el suelo como una muñeca rota. Las heridas en la cabeza eran letales. Los policías se miraron incrédulos y perplejos. Braulio Santiesteban fue el único que supo reaccionar con rapidez. Registró en el bolso y sacó su teléfono móvil.

–Vámonos, Gómez. Esto es lo único que ahora tenemos para averiguar algo.

Corrieron hasta el coche. Cárdenas estaba con los ojos como platos y en una especie de estado catatónico. Gómez tuvo que sacudirle en el hombro para que volviera en sí.

–Nacho, arranca de una puta vez. En unos minutos, esto va a ser una locura...

En estado de semiinconsciencia, giro la llave y el motor se encendió. Huyeron sin comprender aún qué estaba sucediendo.

21

David Berenger seguía sin dar con la pista de Esteban Miranda y Mark Cortés. Por primera vez en su vida, empezó a estar seriamente preocupado. La acumulación de fracasos ya no iba a poder salirle gratis. Con el caso de Mario Villar, tenía la excusa perfecta: otros idearon la estrategia. Esta vez, no. Él había asumido toda la responsabilidad de la operación y los resultados, hasta el momento, eran prácticamente nulos. Realmente, la situación era aún peor: estaban a la defensiva, intentando que la aparentemente sólida estructura no se viniera abajo por los resquicios más inesperados.

Estaba sumergido en sus pensamientos cuando le entró una llamada en el móvil.

–¿Sí? –preguntó fríamente.

–Objetivo conseguido.

–Perfecto.

Cortó la llamada. Según el procedimiento habitual, envió un correo electrónico a Alexander. Al cabo de unos minutos, le llamó y, como siempre, en la pantalla aparecía el mensaje de “número oculto”.

–Dime –dijo Alexander al otro lado de la línea.

–Tendrás que agradecer a alguien el que te haya hecho un gran favor. Habían ido a buscar a Cristina Salvador.

Silencio.

–¿Qué habéis hecho?

–En unos minutos, seguro que lo ves en las noticias. Han estado muy cerca...

–¿Crees que han podido descubrir algo?

–No lo sé. Hemos actuado cuando ha sido posible. Si ha llegado a decirles algo, lo único que tendrán serán las palabras de un ángel que ha ido al cielo.

–Vale. Veo que todavía podemos tener cierta confianza en ti. ¿Qué tal va lo de Esteban Miranda y Mark Cortés?

–Todavía, nada.

–Como logren contactar con Pilar Muro, va a ser muy complicado frenarles.

–Si logran contactar con Pilar Muro, tenemos que saberlo al instante. Tenemos la suficiente capacidad de maniobra para adelantarnos a cualquiera.

–Tú, intenta localizarlos por tus propios medios. No podemos estar corriendo tanto riesgo todo el tiempo...

Alexander colgó. Berenger tuvo que admitir que tenía razón. Alexander era un recurso que había que proteger. Y, en los últimos tiempos, habían hecho uso excesivo de él. Y eso significaba exponerlo y poner en peligro su insustituible contribución a los fines de la organización.

David Berenger estaba terminando de desayunar en la terraza de su mansión. Tras levantarse, el servicio acudió raudo a retirar la mesa. Se dirigió a la planta baja y caminó hasta una puerta blindada que conducía al sótano. Marcó la contraseña necesaria para abrirla y bajó las escaleras hasta llegar a un pasadizo estrecho que desembocaba en una construcción subterránea de gran amplitud. Allí, entre ocho y diez hombres vestidos de negro, se distribuían en diversos turnos. Unos descansaban, otros estaban pendientes de las imágenes que recogían las cámaras de videovigilancia instaladas en el exterior y otros vigilaban a Matías Miranda, que, inopinadamente, a pesar de su furibunda y airada reacción inicial, ahora manifestaba una actitud paciente y serena.

–Tengo que confesar que su hermano es muy inteligente –dijo David Berenger–. Y absolutamente despiadado. No hay manera de contactar con él a través del móvil. Lo cual, lógicamente, nos impide

poder localizarlo. Pero, al mismo tiempo, demuestra una absoluta indiferencia hacia cualquier otra cuestión que no sea el cumplimiento de su objetivo. Repare en que no ha hecho ni el más mínimo intento de hablar con usted.

—Nuestra familia está formada por tipos duros y listos —dijo Matías Miranda—. Ya lo sabe.

—Si. Todavía recuerdo la maniobra de conducción que nos ha llevado a este punto. Todavía no sé cómo pudo escapar de esa calle...

—Mi hermano ha escapado de muchas calles como esa. Nos hemos visto en circunstancias muy problemáticas y, en todas ellas, Esteban me demostró que era un magnífico conductor. Si hubiera seguido donde tuvo que haber seguido, no se habría tenido que mezclar con tanta basura...

David Berenger esbozó una sonrisa de estupor.

—Pero, señor Miranda, ¿acaso ustedes no son también basura?

—No. No lo somos.

—¿Cómo que no? Usted es un proxeneta y un traficante que se aprovecha del contrabando entre el Enclave y este país. Yo creo que ello sirve para equipararnos totalmente.

—Yo pienso que no. Yo hago lo que hago porque no tenía otra opción. Ni yo ni quienes me ayudan. O eso o la pobreza. La miseria, en muchos casos. Me parece que usted tiene muchas alternativas para vivir bien. Si hace lo que hace, es por pura codicia. Eso nos hace distintos.

David Berenger le dio la espalda y permaneció pensativo durante unos minutos, dando vueltas por la habitación donde tenían amarrado a Matías Miranda. Este dudaba de si ese anciano de aspecto venerable iba a estar dispuesto a entrar en un duelo dialéctico con él o no. Sorprendentemente, Berenger decidió batirse verbalmente con su rehén.

—Creo que su razonamiento encierra un prejuicio oculto que hay que hacer aflorar. Usted piensa que hace falta una cierta moral y que, dentro de ella, es una virtud ser moderado en la posesión de riquezas. ¿Sabe lo que yo opino? Que ese prejuicio lo defienden quienes no tienen la suficiente fortaleza para conseguir todas las riquezas que, en el fondo de su ser, desean. Es decir, es la excusa de los débiles. La cuestión no es que usted no sea codicioso. La cuestión es que usted sabe que nunca va a poder conseguir las riquezas de las que, en realidad, le gustaría disfrutar. Entonces, se ampara en ese débil argumento moral que acaba de exponerme. Lo siento. No hay más.

Matías Miranda tuvo que admitir que el viejo sabía golpear donde más dolía. Si quería mantener un cierto equilibrio en la batalla psicológica con ese tipo, tenía que aferrarse a su argumento inicial como si fuera el último asidero antes de caer en el abismo.

—¿Y si, en verdad, existiera la moral, la decencia? ¿Y si no fuera igual quien delinque por sobrevivir que quien delinque por avaricia? ¿Y si el afán desmedido de posesiones fuera una enfermedad?

—¿Enfermedad? Ja, ja, ja... No me haga reír, señor Miranda.

—A ver, hay psicópatas que disfrutan matando, ¿no? Matan porque pueden. Porque son lo suficientemente fuertes para ello. No son débiles. Pero son unos enfermos. Que alguien haga lo que puede hacer, no significa que sea mejor que quien no es capaz de hacerlo. A lo mejor, su problema es que tiene una tara incurable.

Golpe contra golpe. Derechazos directos con escasa piedad. Uno llamó pusilánime al otro. La respuesta de este último fue calificarlo de perturbado. Era difícil contrarrestar el argumento cuando tenías amarrada a la persona que te lo había expuesto.

Esta vez, David Berenger no se rio: el jugador de ajedrez se había quedado bloqueado. Era como si tuviera posibilidades de continuar la partida pero dejara correr el tiempo sin realizar ningún movimiento. Decidió que no iba a realizarlo. Porque no tenía palabras para desmentir que la envoltura de racionalidad con la que siempre se presentaba era una pura máscara que ocultaba la realidad: que él y su organización eran un puro y hueco ejercicio de fuerza que solo se justificaba a sí mismo por su poder y su brutalidad. Volvió a dar la espalda a Matías Miranda. Pero, esta vez, no fue para reflexionar. Sino para afirmar, sin ningún resquicio a la incertidumbre, que entre ambos había un muro que los separaba en dos mundos opuestos, en dos mundos que no se podían comunicar ni comprender. Veían la realidad desde dos atalayas que ofrecían perspectivas irreconciliables. Cualquier diálogo entre ellos era una quimera sin sentido.

David Berenger se acercó al jefe de sus matones, que era quien le había llamado unos minutos antes para avisarle de que Cristina Salvador había sido eliminada.

—¿Cómo va el segundo grupo?

—No sabemos dónde van, señor Berenger. Están dando vueltas. Yo creo que sospechan.

—Ahí va Silva, ¿no?

—Sí.

—Ese es el más peligroso. El más peligroso de todos... Y el más listo.

—Sí... Ha logrado despistar a los polis...

—¿Lo ves? Un tipo escurridizo e imprevisible... Lo temo. ¿Cuántos hombres van detrás de él?

—Tres.

—¿Serán suficientes?

—No queremos llamar mucho la atención...

—De acuerdo. ¿Sabemos algo de Esteban Miranda y Mark Cortés?

—Me ha llegado un soplo del sur de la capital... Ayer, hubo un conato de discusión en un bar *gay*...

David Berenger entornó los ojos con curiosidad.

—Mark Cortés era homosexual, ¿no? —preguntó, intuyendo, a la desesperada, que ahí podía haber buenas noticias.

—Sí. Lo que me llamó la atención es que un tipo entró para buscar a otro. Pero el que entró no parecía maricón... Hubo un intercambio de reproches pero no era un rollo sentimental... Hablaron, más bien, de que no debían llamar la atención...

—Manda unos cuantos hombres a la zona. Me huelo que esa pista es buena.

Vila pensó que Silva estaba un poco paranoico. Pero, conociendo la experiencia de su jefe y recordando las veces que había llevado la razón cuando todos pensaban lo contrario, no lo contradijo. Empezaron a dar vueltas por la capital al azar, realizando giros imprevistos y haciendo varios círculos consecutivos en las rotondas para comprobar que nadie los siguiera. Tras tres cuartos de hora de ruta aparentemente insensata, pusieron rumbo a la urbanización donde podía residir Eva Soto. A las siete de la mañana, llegaron a la calle que Robles había localizado, aparcaron y se pusieron a esperar a que hubiera algún movimiento. El lugar era demasiado tranquilo. Su presencia llamaba, inevitablemente, la atención. Dos tipos en un automóvil, en clara actitud de vigilancia. No era la situación ideal. Pero poco más podían hacer.

—Si vemos a la chica, ¿qué vamos a decirle, jefe? —dijo Vila.

—No lo sé. Por la información que recabamos sobre ella durante la investigación del caso Mario Villar, parece que es una mujer de carácter. No creo que sea fácil amedrentarla. Empezaremos tanteando y, si la situación se nos complica, vamos a intentar negociar con ella. Vamos a hacerle ver que, si colabora con nosotros, le puede ser más conveniente que si no nos ayuda...

—¿Tenemos argumentos para ello?

—Ninguno. Así que deberemos utilizar todo nuestro poder de seducción...

Silva todavía conservaba el sentido del humor. Eso fue lo que más tranquilizó a Vila. A las siete y cinco de la mañana, se abrió la puerta de la casa donde se suponía que vivía la antigua modelo. Una chica joven, en chándal, salió a correr.

—Esa es —dijo Silva.

Ambos policías salieron del coche y corrieron para interrumpir el paso a Eva Soto. Vila se interpuso delante de ella y Silva se colocó detrás. El rostro de la chica reflejó un intenso chispazo de pánico. Así que Vila intentó que se disiparan sus temores.

—No se asuste.

Le enseñó su placa de policía. Eva Soto vio la insignia con cierto recelo.

—No sé qué pueden querer de mí...

—Si podemos hablar en un sitio más discreto... —sugirió Silva.

La mirada de Eva continuaba siendo desconfiada. A pesar de ello, accedió a la petición del inspector. Desanduvo sus pasos y volvió al edificio de donde había salido, acompañada por Silva y Vila. Una vez dentro, adoptó la actitud que el inspector preveía: dura, soberbia y altanera. Eva Soto no se arredraba fácilmente.

—Bueno, pues díganme lo que desean...

—Señorita Soto —dijo Silva—, hace bastante tiempo que queríamos hablar con usted. Sabemos que usted acompañó a Mario Villar en su huida...

–Un momento. Ni les confirmo ni les desmiento lo que acaba usted de afirmar. Suponiendo que sea cierto, ¿estaríamos hablando de algún delito?

–No. Nunca hemos pensado en imputarla. Sólo queríamos preguntarle sobre una serie de extremos que nunca hemos podido aclarar...

–Y, para eso, ¿no sería necesario que vinieran con una orden judicial?

–Hemos venido aquí para pedir su colaboración. Cuando le expliquemos todos los detalles de la situación, comprenderá que le interesa ayudarnos para que conste su actitud de cooperación con nosotros.

–Explique entonces.

–La realidad es que el caso Mario Villar se resolvió de manera bastante abrupta y no logramos atender varios flecos pendientes... Seguimos con varias derivaciones y, hará cosa de dos meses, nos sorprendió que usted estuviera en compañía del abogado José Ángel Esquivias, que estaba siendo investigado en virtud de una de esas derivaciones...

–Le vuelvo a preguntar algo parecido a lo que le he preguntado antes: ¿es un delito que yo me reúna con el señor José Ángel Esquivias?

A Silva le estaba empezando a gustar el carácter de Eva: puntilloso y sin dejar pasar una. Es decir, era más o menos como el suyo.

–Por supuesto que no, señorita Soto. Por ello, puede estar tranquila en relación a esta conversación que estamos teniendo.

–De acuerdo. Estoy tranquila. Sigán, a ver si llegamos, de una vez por todas, a la clave de todo este asunto...

–Mire, podríamos iniciar unos trámites bastante pesados en los que usted nos explicara qué sabe del asunto Mario Villar, cómo fue su huida, en qué punto se separaron... A continuación, le tendríamos que empezar a preguntar cómo conoció al señor Esquivias, si existe alguna conexión entre ambas relaciones... En fin, para usted sería una lata...

Eva Soto empezó a reír.

–Déjeme que termine yo –dijo de modo irónico antes de poner un tono de voz divertidamente engolado–. “Señorita Soto, le podemos ahorrar todos esos trámites si nos ayuda con...”. A ver, en qué quieren que les ayude... Porque han venido para eso, ¿no?

–Necesitamos hablar con José Ángel Esquivias –dijo Silva con contundencia.

Eva Soto se puso seria. Estaba claro que no le había gustado la petición.

–Para hablar con el señor Esquivias, no necesitan hablar conmigo... Acuden a su bufete, le piden una cita y les atenderá.

–Necesitamos hablar con él en otro contexto...

Eva Soto miró hacia el techo y volvió a reír.

–No tendrán en su mente el típico arquetipo de modelo tonta, ¿no? Porque les tendría que decir que, conmigo, se equivocan completamente. ¿Qué piensa? ¿Que no le he reconocido, inspector Silva?

No: Eva Soto no encajaba en el supuesto patrón engañoso de modelo tonta. Todo lo contrario: era una persona bastante inteligente y perspicaz.

–No lo niego, señorita Soto. Sí. Soy el inspector Tomás Silva. El lunes pasado, huí de la cárcel. Fui acusado del asesinato de Pablo Bernal. Pero soy inocente. ¿Y quiere que le diga quién es una de las personas que también lo sabe? Probablemente, José Ángel Esquivias. Le digo más: el señor Esquivias fue un cómplice necesario para urdir la conspiración que me llevó a mí a la cárcel...

La conversación no pudo continuar. La puerta del apartamento se abrió con estruendo antes de que tres tipos, armados y vestidos de negro, entraran y apuntaran tanto a Eva Soto como a los policías.

–Bueno, nos vamos a dejar de juegucitos –dijo el que parecía que mandaba–. ¿Qué está sucediendo aquí?

–Podrían presentarse, ¿no? –dijo Silva con tranquilidad.

–No. Nosotros no necesitamos presentarnos...

Se adelantaron y dieron un empujón a la chica, que cayó al suelo. Los tres matones la dejaron a su espalda y siguieron avanzando hasta colocarse ante los dos policías. Quien había hablado, se aproximó a Silva y le dio una bofetada en la mejilla izquierda.

–¿Qué tal, inspector? ¿Le ha gustado mi tarjeta de visita?

–No me ha gustado pero debo reconocer que es muy expresiva...

El tipo le lanzó una nueva bofetada, esta vez en la mejilla derecha. Silva no quiso ceder en su chulería.

–También aprecio que es usted bastante ecuánime...

–Ya me habían dicho que era usted un personaje muy peculiar. Pero eso es porque aún no se las ha visto conmigo...

El tipo quiso rematar su trabajo con un puñetazo en el estómago del inspector. Silva cayó desplomado. Vila intentó reaccionar lanzándose contra el agresor pero otro de los matones le cortó el paso.

–¿Tiene ya suficiente, inspector Silva? ¿Nos va a decir de qué va todo esto que se trae entre manos?

La pregunta no pudo tener respuesta. Mientras estaba teniendo lugar la escena entre los matones y los dos policías, Eva Soto se fue acercando lentamente a un pequeño mueble que estaba junto a la entrada al apartamento. Abrió sigilosamente el cajón y sacó una pistola con silenciador. No dudó: con extraordinaria sangre fría, disparó tres veces, cada una de ellas a la cabeza de cada uno de los tres matones, que cayeron desplomados como tres sacos que fueran arrojados desde el vagón de un tren al andén de una estación.

Los dos policías se quedaron petrificados. Eva Soto los apuntaba con su pistola mientras cogió su teléfono móvil y empezó a hacer una llamada. Continuó hablando con la misma sangre fría.

–Y, ahora, vamos a hacer que el inspector Méndez venga hasta aquí. Él será quien resuelva todo este embrollo y responda a todas sus preguntas. Mientras tanto, aquí nos vamos a quedar todos, muy tranquilos y muy quietecitos.

Capítulo tercero

1

Eva Soto se mantenía imperturbable apuntando a Silva y a Vila con su pistola. El móvil del inspector empezó a sonar.

–Debería responder. Puede ser importante –dijo el policía intentando convencer a la chica para que le permitiera hablar con quien le estaba llamando (seguramente, Gómez o Braulio Santiesteban).

–Aquí nadie hace nada hasta que Méndez venga –dijo Eva con firmeza–. Ustedes ya han dado suficientes problemas como para que compliquen más esto...

Los tres cadáveres se interponían entre la modelo y los policías como testimonio aún caliente de que no siempre somos capaces de calibrar adecuadamente las consecuencias de nuestras acciones. Afortunadamente, tampoco hubo mucho tiempo para poder pensar. Quince minutos después de que Eva Soto le hubiera llamado, el inspector José Francisco Méndez se presentó en el apartamento. Miró con displicencia la puerta reventada y los tres cuerpos inmóviles sobre el suelo sobre tres charcos de sangre. No prestó atención a cómo la modelo apuntaba a sus dos colegas. Se colocó frente a ellos con los brazos en jarras y les clavó su mirada en claro gesto de censura. Después, suspiró. Agachó la cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué había pensado, de repente, que no toda la culpa era de las ocurrencias de Silva y su grupo? Al fin, decidió hablar.

–Tenemos que hablar largo y tendido, Silva. Esto se nos ha ido de las manos y tenemos que volverlo a controlar...

–Lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí ya... –dijo Silva.

–¿Por qué? No lo comprendo...

–Nos están siguiendo.

–Sí. Lo sé.

–¿Cómo que lo sabe?

–Silva, su huida ha sido preparada por nosotros.

El móvil de Méndez también empezó a sonar en ese instante. Pero el inspector ignoró la llamada.

–Explíqueme eso, Méndez.

–Le hicimos llegar a Soriano la falsa noticia de que se preparaba un complot para asesinarle en la cárcel. Conociendo ya cómo soléis reaccionar, no era muy difícil prever qué ibais a hacer... Os hemos estado siguiendo desde la noche en que Santiesteban, Gómez y Cárdenas ejecutaron el plan de fuga. Esta mañana, habéis sido hábiles. Porque habéis logrado que la unidad que os vigilaba perdiera vuestro rastro...

Silva movió la cabeza mientras reía con cansancio y hartazgo.

–Mire, Méndez, lo primero que tiene que hacer es apagar su móvil y desconectar la radio de su coche. Debemos hacer que nadie sepa dónde está. Y nos tenemos que ir de aquí ya. A ver si se

entera de una puta vez: el cuerpo de policía es un queso de Gruyère... Hay un traidor que sabe todo lo que hacemos en relación al caso IIB. Informa a Berenger. Y Berenger nos toma siempre la delantera. ¿Cuántas putas veces hemos hablado de lo mismo? Estos tres tipos que están aquí muertos los ha enviado él... Y lo más seguro es que también hayan seguido a Santiesteban, Gómez y Cárdenas. Berenger conoce el absurdo plan que habéis montado y sus detalles quizás mejor que usted mismo. Y déjeme que conteste de una maldita vez a mi móvil. Estoy convencido de que ha podido suceder algo grave...

Méndez dudaba. Por un lado, el razonamiento de Silva tenía sentido. Por otro, todo un fardo de temores le atenazaba. ¿Podía incumplir todas las reglas y procedimientos en una operación organizada desde la oficina de la Primera Ministra? ¿Y si la aparentemente consistente teoría de Silva no era más una elucubración sin fundamento? ¿Se estaría jugando todo su futuro a una mano sin triunfos?

—Méndez, no nos podemos ir de aquí así como así —dijo Eva Soto—. No podemos dejar aquí estos tres muertos... José Ángel no puede encontrarlos cuando venga esta tarde...

—Avisa a la brigada de limpieza para que se los lleven —dijo Silva—. A fin de cuentas, cuando se presenten, nosotros ya podremos estar lejos... Después de llamarles, desconéctese y larguémonos...

—No lo veo claro, Méndez —dijo Eva Soto—. No veo sentido a que arriesguemos todo lo que hemos hecho durante el último año...

—Eva, creo que Silva tiene razón —dijo Méndez.

No dio más explicaciones. Hizo una llamada.

—Tenemos un problema. Hay que llevarse tres cuerpos, reparar una puerta y dejar todo impoluto. No puedo entrar en detalles. Estoy en una operación secreta. Os pasó la dirección en un mensaje.

A continuación, apagó el móvil.

—Bien, Silva, usted dirá qué hacemos...

—Eva Soto se viene conmigo. Vila irá en su coche. Se lo repito: apague la radio...

—¡Que sí, coño! ¿Qué más?

—Sígame. Si alguien más nos sigue, le despistaremos...

—De acuerdo.

—Y ahora, ¿puedo responder de una puta vez a la llamada en mi móvil?

—Sí, adelante.

Silva comprobó que tenía diez llamadas perdidas. Era Braulio Santiesteban. Le llamó.

—Dime, Braulio...

La expresión del inspector se volvió, de repente, fúnebre y sombría.

—Vale. Pásame a Gómez...

Unos segundos de silencio.

–Gómez, escúcheme con atención. No voy a decir nombres. Tiene que comprender de qué le estoy hablando. Cada vez que hemos venido a la capital por cualquier asunto, siempre hemos acabado acudiendo a una cervecería... ¿Se acuerda...? De acuerdo... Le insisto: no vamos a decir nombres... Allí, a las doce y media... ¿Todo conforme? Entonces, hasta dentro de un rato.

Cortó la llamada con el mismo manto oscuro sobre su mirada.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Méndez.

–Cristina Salvador ha sido asesinada.

* * *

Silva volvió a dibujar una ruta sinuosa y demencial sobre el mapa de la capital. Méndez tuvo que hacer grandes esfuerzos para no perder la estela del vehículo de su colega. Después de media hora, Silva entró en el aparcamiento de un centro comercial. Se quedó en la parte exterior, lejos de la entrada al establecimiento y del trasiego de clientes. Méndez aparcó a su lado. Los tres policías y Eva Soto formaron un círculo en el espacio que había entre los dos vehículos.

–Bien, vamos a empezar a poner las cartas sobre la mesa, ¿no? –dijo Silva–. Porque la señorita Eva Soto estaba muy preocupada en que usted aclarara todo este embrollo...

–Mire, Silva, se lo he dicho muchas veces y no me ha querido creer. Nuestros tentáculos llegan a sitios donde ustedes no pueden llegar, a sitios que ni tan siquiera imaginan... Llevamos al mismo tiempo gran cantidad de operaciones y ello nos permite tener mucha información y muchas alternativas... Y les ha faltado humildad para reconocerlo y actuar en consecuencia...

–Méndez, déjese de sermones y vaya al grano...

–De acuerdo. Simplemente, intentaba que aprendiera de sus errores y no volviera a cometerlos. Vayamos al grano, entonces. Hace dos años que estamos siguiendo a José Ángel Esquivias. Sabíamos que este abogado era una pieza esencial en el blanqueo de capitales entre la Costa y el Enclave. Y estábamos convencidos de que, si lográbamos hincar el diente a su bufete, íbamos a dar un golpe mortal al flujo de dinero que él gestionaba. Pero no veíamos forma de cómo filtrarnos en su entorno... En una ocasión, durante una de sus visitas al Enclave, uno de nuestros agentes comprobó que entabló relación con una chica joven... Investigamos de quién se trataba y resultó ser Eva Soto, una modelo que estaba relacionada con Mario Villar... Tras la muerte de este, contactamos con ella... Queríamos que hiciera de agente encubierto para averiguar quiénes eran los clientes de José Ángel Esquivias y cuáles eran los movimientos de este...

Conforme Méndez hablaba, Eva Soto se fue sintiendo más incómoda. Decidió intervenir con naturalidad y contundencia. No cruzó ninguna mirada con Méndez. Habló porque consideró que tenía que hablar y porque quería que su punto de vista se hiciera presente.

–Después de mi relación con Mario Villar, estaba muy machacada. Me sentí como una puta. Y sentí que debía hacer algo completamente distinto a lo que había hecho hasta entonces. Quise huir de un mundo que, en el fondo, despreciaba. Era consciente de que lo que me proponía Méndez era muy peligroso. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Creí que, por primera vez en mi vida, podía ser útil...

A Méndez no le importó que Eva Soto interviniera. Casi lo agradeció porque sus siguientes palabras fueron de alabanza hacia ella.

–Durante todo este tiempo, Eva Soto ha tenido un comportamiento modélico. Durante dos meses, la entrenamos de forma intensiva para que estuviera lo mejor preparada posible. Trabajó con rigor y aplicación. Y desde que empezó la operación de infiltración, ha sabido darnos informaciones precisas y relevantes. Cuando ustedes detectaron que Eva estaba en su ciudad, en el Hotel Empire, me aterroricé... No podíamos permitir que nuestra tapadera pudiera quedar expuesta. Por eso, corté tajantemente cualquier intento de que ustedes contactaran con ella...

–Bueno, punto aclarado –dijo Silva–. Lo que no comprendo es por qué no se sinceró con nosotros cuando descubrimos que Eva Soto estaba en nuestra ciudad con José Ángel Esquivias...

–Silva, ¿no se da cuenta de que se contradice? Me ha dicho hace un momento que no somos conscientes de que estamos infiltrados por traidores... Y, poco menos, que somos unos gilipollas de los que un puto topo se está riendo en su cara... ¿Y qué pretendía? ¿Que le reveláramos un agente encubierto del que solo Valbuena, Ceballos y yo teníamos noticia? Ni tan siquiera el comisario Solís conoce esta historia...

Silva tuvo que admitir que Méndez no era tan ingenuo como pensaba. No es que hubiera dejado de pensar que lo fuera. Pero se trataba de una opinión más matizada.

–De acuerdo, Méndez, un tanto para usted. Ahora, le toca explicar el tema del complot sobre mi presunto asesinato...

–Sí, esa es la cuestión verdaderamente importante. Silva, ¿usted es consciente de que la acusación en su contra por el asesinato de Pablo Villar no se sostiene?

–¡Uy! ¡Claro que sí! Fíjese si no se sostiene que me he tirado dos meses en una celda...!

–Silva, compéndalo... La opinión pública estaba al rojo vivo con ese asesinato... Y usted apareció en la misma habitación que el cadáver... Hemos hecho todo lo posible para desactivar al juez Benegas... Pero se ve que ese tipo es un perfecto cretino... Pretende promocionarse con una instrucción que se desplomaría en el primer día de juicio...

–Méndez, ha dicho que “hemos hecho todo lo posible para desactivar”... ¿A quién se refiere con ese “hemos”?

–La oficina de la Primera Ministra y nuestra Brigada... Pilar Muro, su jefe de gabinete, Eduardo Díaz, el comisario Solís y yo mismo... El fiscal Téllez también se ha esforzado por revertir la situación... Todos lo hemos intentado... Pero el juez Benegas ha decidido fiar todo su prestigio con una carta perdedora...

–Supongamos que damos por bueno lo que me está diciendo. Entonces, ¿qué?

–Como alternativa a la desactivación de su acusación, hemos decidido sacarle de la cárcel y proponerle un pacto. Nosotros diríamos que esa acusación fue un montaje para infiltrarlo en una operación encubierta. De ese modo, podría quedar libre fácilmente...

–¿Y van a poder convencer al juez Benegas?

–Cuando usted cumpla su parte, ese juez no tendrá más remedio que aceptar nuestro relato de los hechos...

–¿Y cuál es mi parte?

–Hay algo que nos ha sorprendido en estos dos últimos meses. La información robada en el IIB ha desaparecido de la circulación... Y nos extraña que no haya habido ningún intento de venta... Tenemos una idea de quién la pudo conseguir, hace dos meses, cuando se produjeron los lamentables sucesos que llevaron a su detención...

–¿Y cuál es la hipótesis que tienen sobre ello?

–Reflexionemos. ¿Quién montó todo el plan para dejarnos fuera de combate?

–David Berenger –dijo Silva sin dudar.

–Admitámoslo. ¿No cabe la posibilidad de que David Berenger haya adquirido la información?

–Puede ser...

–Bien. Usted sabrá cuál es la situación actual en las primarias del Partido Moderado... Claudio Montellano tiene todas las papeletas para ganar... Y eso sería muy grave para el país...

Silva rio.

–Y el triunfo de Pilar Muro sería fantástico y maravilloso, ¿no?

–No se lo tome a broma. Pilar no es perfecta. Pero es una política seria con ganas de cambiar las cosas. Claudio Montellano es un peligroso aventurero... Y tenemos que pararlo.

–Méndez, ¿cuál es el acuerdo que me proponen?

–Contactar con David Berenger y negociar con él para llevar a cabo una transacción. Si tiene la información del IIB, queremos que nos entregue los datos relativos a Claudio Montellano que aparecen en ella... A cambio, le prometeremos que no vamos a hacer nada con el resto de la información.

–¿Y por qué tengo que ser yo quien haga eso? ¿Por qué no contactan ustedes directamente?

–Silva, nosotros no podemos contactar... Ni la Primera Ministra ni nadie de su entorno pueden sentarse a negociar con el representante de unos mafiosos. Ni, mucho menos, los integrantes de un cuerpo policial... Pero usted, ahora mismo, está en una zona gris. Es un inconveniente pero podemos convertirlo en una ventaja.

–Eso significaría que Berenger quedaría libre. Y que no seguiríamos la investigación para desvelar la identidad de Alexander... ¿Me equivoco?

–Silva, la política no es fácil. No nos podemos dejar llevar por lo que deseamos o lo que preferimos. Tenemos que atenernos a la conveniencia y a las circunstancias. Cuando todo esto empezó, teníamos margen para fijar las prioridades que considerábamos deseables. Ahora, no lo tenemos. Y tenemos que adaptar nuestros planes a esa realidad.

Silva arqueó las cejas. Sintió cómo, a su lado, los ojos de Vila estaban clavados en él como las dos orillas del abismo delimitan el vacío.

–Méndez, en primer lugar, veo muchas fallas en ese plan que han pergeñado. ¿Qué ocurre si Berenger no tiene la información? ¿Qué ocurre si niega que la posee? ¿Qué ocurre si admite tenerla pero rechaza llegar a un acuerdo con nosotros? ¿En qué lugar quedo yo?

–No podríamos liberarle de la manera rápida...

–Ni de la manera rápida ni de la manera lenta... Porque, para cuando se celebre el juicio, Pilar Muro ya no sería Primera Ministra...

–Todos nos la jugamos en esto. Es la única garantía que podemos ofrecer...

Silva rompió el círculo y empezó a dar vueltas con la cabeza agachada. Estaba claro que no le agradaba la propuesta de Méndez. Al cabo de pocos minutos, volvió con el resto y completó el círculo que había quedado roto.

–Le voy a hacer una contrapropuesta, Méndez. Sólo presenta un inconveniente: usted tiene que decir ahora mismo si la acepta o no...

–Pero, Silva, eso no es posible... Yo tengo que pedir autorización...

–No puede pedir autorización. En el momento en que pida autorización, en el momento en que lo que le proponga salga de aquí, estaremos completamente expuestos... No sabemos quién es Alexander. No sabemos dónde está. No sabemos cómo protegernos de él. Tenemos que actuar por libre...

–¿Y si no acepto?

–Me entregaría. Cristina Salvador ha muerto. Hemos puesto en peligro la vida de Eva, que ha tenido que matar a tres personas. No podría seguir poniendo en riesgo la vida de más gente... Toda esta huida empezó porque se suponía que había un complot para asesinarme... Ahora, sabemos que ese complot no existe. Por tanto, no hay problema en que yo vuelva a la cárcel. Pero hay una oportunidad para avanzar en el caso. Hay algo que, después de todo lo que me ha contado, no acabo de ver claro. Si nos tienen controlados desde que escapé, podían habernos detenido en cualquier momento y ofrecernos el pacto que me ha ofrecido hace un momento. ¿Por qué no lo han hecho? Posiblemente, porque querían saber qué movimientos íbamos a hacer. Usted sospechaba que nos habíamos guardado información. Y, en función de lo que hiciéramos después de la huida, podía confirmar o no sus sospechas...

Méndez sonrió.

–Siempre he dicho que es usted inteligente, Silva. Pero ahora mismo no nos sirve de nada elucubrar. ¿Cuál es su propuesta?

–En prisión, tuve la oportunidad de hablar con José Luis Ugarte. Me proporcionó información valiosa. Y esa información me puede servir para presionar a José Ángel Esquivias y sonsacarle la verdad.

–¿Qué me está proponiendo?

–Que Eva llame a José Ángel Esquivias con cualquier excusa, que se cite con él y que nosotros vayamos a su encuentro. Déjeme que le interroge. Que utilice los datos que me dio Ugarte y lo pongamos entre la espada y la pared. Aprovechemos el factor sorpresa. El abogado no se espera lo que le va a suceder. Alexander no sabe nada. Demos un golpe inesperado.

–Me alegro que no considere que yo pueda ser Alexander.

–¿Le soy sincero? No es que no desconfíe de usted. Es que, desconfiar de usted, no me sirve de nada. Usted y yo estamos aquí. Estoy expuesto a lo que usted diga o haga. Si decido desconfiar, no me quedaría nada por hacer. Si decido confiar, hay una posibilidad de que todos salgamos ganando. Creo que merece la pena arriesgarse.

–Por lo visto, en todo este tiempo, no he conseguido que usted acabe de fiarse de mí, ¿no?

–Parece ser que no.

Méndez hizo una mueca inconsciente de desagrado. Pero, ahora, no tenía tiempo de pensar en el golpe dialéctico de Silva. Necesitaba dar una respuesta a su ofrecimiento. Un ofrecimiento que era un arma de doble filo. O lo conseguían todo o significaba, quizás, arrojar toda su carrera profesional por el retrete.

–Silva, ¿cómo va a llevar el interrogatorio con Esquivias? No me gustaría que empleara la violencia...

–Por lo que veo, tampoco yo he conseguido que usted tenga una idea auténtica sobre mí... Yo nunca he empleado la fuerza física para arrancar una confesión. Y no pensaba hacerlo con Esquivias.

–No sé, Silva... No tengo claro que yo pueda asumir la responsabilidad de dar el paso que usted me propone...

–No la asuma. Dígame que no y ya está. Yo, entonces, me presentaré en la comisaría más próxima y me entregaré. Fin de esta historia.

–¿Ni por un momento va a considerar la posibilidad de negociar con Berenger?

–No. No pienso dar un solo paso para que Berenger y Alexander se vayan de rositas de sus fechorías. Si, al final, no reciben el castigo que se merecen, no será porque yo haya ayudado a ello.

Méndez giró su cabeza hacia Eva Soto.

–¿Qué hacemos, Eva? ¿Ponemos fin a la operación? ¿Hacemos caso a Silva y nos lo jugamos el todo por el todo?

Eva no dio una respuesta inmediata. Meditó. Cuando tuvo una respuesta, habló con tranquilidad y sensatez.

–Si ese Alexander tiene tanta influencia como el inspector Silva dice, con lo que ha ocurrido esta mañana yo ya he quedado expuesta. Y, por lo que parece, Alexander es aliado de Berenger y Berenger es aliado de José Ángel. Es decir, en realidad, esta operación hay que darla por terminada. Intentemos que su desenlace sea un éxito.

–Está bien. Silva, me voy a arriesgar por usted. Confío en lo que me ha dicho. Y confío en su profesionalidad. Vamos a tender una trampa a José Ángel Esquivias. Eva, ¿crees que será fácil que se cite contigo en el sitio que le digamos?

–No lo sé, Méndez. Últimamente, está muy desconfiado. Está todo el tiempo sospechando y viendo fantasmas. Hace ya varias semanas que no pasa la noche en el apartamento. Supongo que teme que le fotografíen o que intenten algo contra él o yo que sé...

–Bien, entonces tendremos que pensar muy bien qué le vamos a decir... Quizás sea la última bala que nos quede para sacar algo en limpio...

Silva estaba de acuerdo con Méndez. No quiso decírselo. Tampoco quiso decirle que el plan con José Ángel Esquivias era un intento desesperado por extraer agua en el desierto. Lo bueno es que, si salía bien, Méndez probablemente dijera de él que era un genio. En realidad, solo habría actuado como un jugador de póker excesivamente atrevido.

2

María Benavides no durmió en toda la noche. Al principio, pensó que la llamada de Esteban Miranda era la causante de haberla sumido en la confusión. Pero, a eso de las dos y media de la madrugada, llegó a conclusión de que esa idea era falsa. Hacía varios meses que ella ya estaba viviendo en el caos. No sabía qué era en qué creía, no sabía a quién debía seguir ni sabía cuál era su posición en el mundo. Y todo ello tenía una causa. Era sorprendente que, a las cuatro menos cuarto de la madrugada, sin haber pegado un ojo, pudiera alcanzar certezas irrefutables. Pero, en muchas ocasiones, es en el delirio donde se alcanza la lucidez. ¿Qué era lo que había descubierto? Que en ningún momento de su vida, desde que tenía uso de razón, le habían hablado de principios. Porque los principios habían demostrado ser herramientas de poca utilidad. Cuando salió el sol, no supo si había sido un sueño o si un torrente de imágenes había surgido fruto de su imaginación. Pero recordó que había visto un rascacielos. Al principio, ella estaba en las primeras plantas. Apenas podía caminar dado el ambiente claustrofóbico que allí reinaba. Una multitud se agolpaba en las habitaciones y pasillos. Le faltaba el aire. Nadie hacía nada por resolver la situación. Todos parecían estar resignados a estar al borde de la asfixia. De vez en cuando, se abría un ascensor. Desde su interior, un anciano uniformado señalaba al azar a unas pocas personas de las que se apretujaban hasta el límite de su resistencia. En el rostro de los elegidos, se dibujaba una amplia sonrisa: podrían subir a las plantas superiores y liberarse de la opresión que les inmovilizaba. Pero esa alegría inicial se veía pronto frustrada porque eran incapaces de avanzar. Entonces, recurrían al único medio del que disponían para llegar hasta el ascensor: cerraban los ojos y todos los que estaban a su alrededor se volvían seres invisibles. Ya no había nadie que impidiera que pudieran llegar al lugar que deseaban. No más de cuatro o cinco personas se subían al ascensor. El anciano uniformado pulsaba el botón de una de las plantas superiores y, cuando la puerta volvía a abrirse, la vista que aparecía ante sus ojos había cambiado radicalmente. Tenían ante sí un espacio amplísimo, completamente abierto, sin paredes ni mamparas ni paneles ni marcas en el suelo que separaran unas partes de la planta de otras. La claustrofobia había sido sustituida por la agorafobia. Ella empezó a correr. Quería llegar hasta alguna ventana, poder ver el mundo que estaba fuera de ese edificio que le estaba empezando a parecer diabólico. Pero, a pesar de que cada vez corría más deprisa, no había forma de llegar a ninguna ventana: parecía estar en un espacio infinito, inabarcable, una jaula sin paredes ni barrotes ni carceleros... De repente, se dio cuenta de la ligera curvatura del suelo... Y lo comprendió todo: estaba en una cinta de Moebius, estaba en una construcción que aparentaba tener dos caras pero que, en realidad, era un circuito perpetuo sin salida. Buscó el ascensor pero ya era imposible volver a él... Se cruzaba con otras personas con rostros sonrientes que parecían irradiar felicidad. Pero esa sensación se iba desvaneciendo conforme iba descubriendo que unas sonrisas eran clónicas de otras, copias repetidas hasta la extenuación y desprovistas de cualquier rasgo de individualidad. Ella seguía corriendo por esa cinta con suelo de mármol cuyo único desenlace era ella misma.

Esta última imagen aún circulaba frenética por su mente cuando dieron las seis de la mañana. Sonó su despertador. Desconectó el sonido apenas había empezado. Sus pensamientos aún no la habían llevado a ninguna conclusión. ¿De lado de quién estaba? ¿De Pilar Muro o de Claudio Montellano? En realidad, nunca se lo había planteado. Había sido vasalla de dos amos sin reflexionar si uno era mejor que otro. No hacía falta. Se trataba de deslizarse por la cinta de Moebius sin temor a caer en la cara equivocada. Era miércoles. Las primarias se celebrarían el viernes. Claudio Montellano iba a vencer. Pero eso iba a ser pasado mañana. ¿Qué sucedería después? ¿Podía ignorar a Pilar Muro? ¿Podía ignorar a Eduardo Díaz? ¿Podía ignorar a un antiguo Primer Ministro como Enrique Recio que apoyaba a quien, de momento, detentaba el poder? ¿Podía ignorar a Esteban Miranda que estaba en posesión de una información valiosísima y que podía, al final de su huida desesperada, colocarle en una posición privilegiada? Lo aconsejable era que no. Lo aconsejable era tener una previsión para cada posibilidad que pudiera producirse. Si Claudio Montellano vencía, ella estaba en su equipo. Si, por culpa de la información que Esteban pudiera proporcionar, Claudio salía finalmente derrotado, habría sido ella el instrumento decisivo para que tal resultado tuviera lugar. Ella estaría presente en el lado bueno de todas las opciones ganadoras. Porque, ¿qué sucedería si Esteban lograba hacerle llegar la información a la Primera Ministra por otras vías? Aunque Claudio Montellano resultara el vencedor final, Pilar Muro todavía podía organizar una campaña brutal para que su candidatura resultara cancelada antes de las elecciones legislativas.

Todo se resolvió con una especie de cálculo aritmético preciso y disciplinado. Ya sabía lo que tenía que hacer. No había que titubear. Se duchó. Se vistió. Ya eran las siete. Llamó a Esteban. Este no tardó en contestar.

–Hola, María. ¿Qué tal estás?

–Me he pasado la noche en blanco pensando sobre el tema del que me hablaste ayer...

–Es decir, lo has pensado a fondo...

–Sí. Lo he pensado a fondo. Y, al final, el criterio que ha inclinado la balanza es el de nuestros años de amistad. No podía permitir que estuvieras caminando por ahí, intentando huir de unos criminales, sin que yo te echara una mano. Voy a hablar con Pilar. Y te voy a poner en contacto con ella para que negociéis la entrega de la información.

–Muchas gracias, María. No sabes cuánto te agradezco lo que me estás diciendo...

–Si te soy sincera, no creo que me debas agradecer nada. Somos amigos. Muchas veces, tú me has ayudado. Ahora, te ayudo yo. Es lo natural.

–De acuerdo. Pero lo que vas a hacer por mí es mucho más de lo que yo haya podido hacer por ti en todos estos años...

–Bueno, quizás. No quiero entrar en eso. Mantente pendiente del móvil. Supongo que te llamarán en cualquier momento.

María Benavides siguió el procedimiento habitual que utilizaba cada vez que necesitaba hablar con la Primera Ministra. Llamó al número que Pilar Muro le había dado. A continuación, esperó que ella la volviera a llamar.

* * *

La sempiterna serenidad de Pilar Muro se estaba viniendo abajo. Todo se había torcido. Lo peor de todo es que habían sido unos cuantos hechos, aparentemente aislados e insignificantes, los que habían echado abajo toda su estrategia. Pero eso, ahora, no importaba. Habían puesto en marcha varios planes a la desesperada para ver si alguno daba resultado. Y era altamente improbable que cualquiera de ellos tuviera éxito. Toda su vida había trabajado para llegar al cargo que había alcanzado, para ser la primera mujer que se convertía en Primera Ministra del país y estaba a punto de perderlo todo. No había llegado a su objetivo en el mejor momento posible. El mundo parecía estar dándose la vuelta y ya no había explicación para nada. Ella, sus aliados y sus colaboradores habían subestimado las consecuencias de la crisis económica. No. Era aún peor: no habían comprendido lo que esa crisis significaba. Estaban asistiendo al fin de una época y ellos habían actuado todo el tiempo como unos meros funcionarios preocupados por seguir un manual de instrucciones. Pero ese manual ya no servía. Había quedado desfasado. Pero ellos seguían ateniéndose a él como si fuera un texto sagrado. Sabía que se iba a sentir profundamente frustrada. Que iba a dejar la política para siempre. No iba a poder seguir con la actividad que había absorbido durante más de veinte años todo su tiempo. Tras la derrota, sería un elemento anacrónico en medio de unas circunstancias completamente distintas a aquellas en las que toda su carrera política se había desarrollado. Iba a ser un personaje que apareciera en la obra equivocada. No iba a tener fuerzas para reinventarse fuera del poder. Claudio Montellano había sido capaz. Pero Claudio tenía un instinto asesino del que ella carecía. Ella sólo tenía un instinto acomodaticio que había dejado de ser útil.

Apenas reaccionó cuando sonó su móvil. Tras unos segundos, la llamada cesó. Pilar Muro miró la pantalla del teléfono: era María Benavides. ¿Qué era eso? ¿La salvación en el último minuto? No quería hacerse ilusiones. Le devolvió la llamada.

–Buenos días, María. ¡Has llamado bien temprano! Supongo que es algo importante...

–Sí. Lo es.

–¿Has decidido contar lo que te hizo Claudio?

–No. Pero tengo algo que puede serte de gran ayuda. ¿Quieres conseguir la información robada en el IIB?

María Benavides seguía corriendo, sin mirar atrás, por una cinta de Moebius infinita.

3

Esteban Miranda y Mark Cortés estaban impacientes. En pocas horas, podían encontrar la salida a su laberinto. Eran las ocho de la mañana. Esteban tenía los ojos clavados en el móvil como si este fuera un hipnotizador que supiera hacer perfectamente su trabajo.

–¿Crees que llamarán? –dijo Mark.

–No tienen otra opción –dijo Esteban–. Están a punto de perder el poder. Necesitan agarrarse a cualquier clavo ardiendo que les ofrezcan...

Pero Esteban albergaba una mínima duda: él sabía que el juego de la política discurría, muchas veces, por vericuetos inesperados. Lo evidente se puede convertir, en cualquier giro imprevisto de la situación, en indeseable. Él tenía fe en que la llamada deseada iba a entrar en su móvil. Pero no iba a estar tranquilo hasta que ese móvil sonara. Por fin, a las ocho y cuarto, el teléfono pareció cobrar vida. A Esteban, le temblaron las manos cuando respondió a la llamada.

—¿Sí?

—¿Esteban Miranda?

Le sorprendió, al reconocer inmediatamente su voz, que fuera la propia Pilar Muro quien le estuviera llamando.

—Sí, yo soy.

—Buenos días, Esteban. Soy Pilar Muro.

—Sí, Primera Ministra, la he reconocido.

—Perfecto. He recibido una llamada de María Benavides. No me la esperaba. Me ha dicho que usted tiene información que fue extraída del IIB. Y que nos la quiere entregar... Llevamos mucho tiempo detrás de esa información...

—Lo sé. Por eso he querido buscar una vía de contacto con usted.

—Pues ya la tiene. Queremos tener esta información en nuestro poder lo antes posible.

—Pero necesitamos algunas garantías. Unos tipos pocos recomendables van detrás de nosotros...

—Si nos dicen dónde están, podemos enviarles protección policial.

—Primera Ministra, si le doy ese dato, los policías no vendrán a protegernos, vendrán a detenernos.

Silencio al otro lado de la línea.

—De acuerdo, Esteban. Está claro que tenemos que establecer un marco de confianza. Mi intención no es que los detengan. Quiero incluirlos en un programa de protección de testigos. Créanme: ustedes no van a pisar la cárcel.

—¿Y qué puede hacer para acreditarme que ello va a ser así?

—¿No les basta con mi palabra?

—Usted tiene mucho más experiencia que yo. Sabe cómo funciona todo esto. No, no nos basta.

Nuevo silencio.

Mark estaba muy nervioso. Pero le estaba gustando cómo Esteban estaba manejando la situación. En él, desapareció cualquier atisbo de desconfianza hacia su socio. Estaba viendo en él firmeza y sentido común.

—Es comprensible. Voy a poner en marcha los mecanismos para que puedan estar seguros de que van a entrar en el programa de protección. Pero ustedes me tienen que dar algo a cambio: tenemos que acordar una hora y un lugar de entrega de la información en el día de hoy. Tiene que ser hoy. Después de las doce de la noche, créanme, todo será inútil para mí. Ya no habrá tiempo de analizar

la información y aprovecharla por lo que me dará igual lo que puedan hacer con ella y lo que pueda ser de ustedes.

–Me parece justo. Hoy, a las nueve de la noche, usted tiene un acto electoral en el Pabellón Deportivo de Las Dunas. Si tenemos las garantías prometidas, nos presentaremos ante el servicio de seguridad y nos pondremos a su disposición.

–Ya veo. En un lugar con gran asistencia de público y de periodistas...

–No queremos sustos, Primera Ministra. Con tantos testigos, todo deberá ser llevado a cabo con sosiego y sutileza. Nos parece que es lo mejor para todos.

–Está bien. Esperen mi próxima llamada. Tengo que hablar con varios de mis subordinados para preparar todo...

–Seguimos conectados. No se preocupe.

Al terminar la llamada, Esteban sonreía. Mark le devolvió la sonrisa.

–Parece que el final de todo se acerca, ¿no? –dijo Mark.

–Parece ser que sí –dijo Esteban–. El final de todo está muy, muy próximo...

* * *

Pilar Muro llamó a Eduardo Díaz a su despacho. Había poco tiempo para hacer todo lo que tenían que hacer y era necesario actuar con rapidez ante cualquier imprevisto. El éxito y el fracaso iban a luchar sobre el alambre de un funambulista.

–Eduardo, te tengo que dar buenas noticias...

–Yo no puedo decir lo mismo.

–¿Qué ha sucedido?

–Han asesinado a una agente de la Brigada de Delincuencia Económica. Cristina Salvador. Formaba parte del equipo de Méndez...

–¡Pero eso es horrible! ¿Cómo ha sido?

–Unos tipos en una moto la acribillaron a tiros cuando salía de su casa. Pero hay algo que nos puede complicar la vida...

–¿Qué es?

–Una parte del grupo que ayudó a Silva fue a verla. Estaba con ella en el momento del asesinato...

El rostro de la Primera Ministra se ensombreció.

–¿De qué se han enterado hasta ahora los medios de comunicación?

–Hay mucha confusión. Durante unas horas, podremos ocultar la condición de la asesinada. Pero, antes de las tres de la tarde, yo creo que la información será de dominio público.

–Entonces, no la ocultemos. Digamos desde el primer momento que se trata de una agente de policía. ¿Cómo es que los agentes que iban detrás del grupo de Silva no pudieron impedirlo?

–Se mantenían a distancia para no ser detectados. Todo sucedió muy rápido. No tuvieron margen para hacer nada.

–¿Estaba Silva allí?

–No. El grupo se dividió en dos. Quienes fueron a ver a Cristina Salvador fueron el segundo de Silva, Gómez, su antiguo jefe, Santiesteban y ese policía del norte que les está ayudando, Cárdenas. Silva y su antiguo segundo, Vila, tomaron otra dirección.

–¿Cuál?

–Les han perdido la pista. Ahora mismo, no sabemos dónde están...

Pilar Muro dio un puñetazo sobre la mesa.

–Pero, Eduardo, ¿cómo es eso posible? ¡No comprendo que pueda haber tanta incompetencia!

–Pilar, tienes que entender que Silva es un gran policía. Además, tenemos controlado el escondite que se han buscado aquí en la capital. No se nos pueden escapar...

–Afortunadamente, ya no importa si los tenemos controlados o no.

El jefe de gabinete de la Primera Ministra se sorprendió por estas palabras.

–¿Por qué?

–Berenger y su grupo no tienen la información del IIB. Esteban Miranda y Mark Cortés nos la van a entregar esta noche...

Los ojos de Eduardo Díaz se abrieron como precipicios ansiosos por conocer todos los detalles de tan espectacular noticia.

–Pilar, ¿me estás diciendo que estamos a punto de tomar la delantera en la campaña, por primera vez en dos meses, a Claudio Montellano?

–Efectivamente. Pero necesitamos apurar todos los trámites para dejar claro a Esteban y Mark que no van a ser imputados por ningún delito. Y para garantizarles que los vamos a incluir en un programa de protección de testigos...

–Es necesario hablar con la fiscalía. ¿Cuándo van a entregar la información?

–Esta noche, durante el mitin en el Pabellón Deportivo de Las Dunas. Ahora mismo, vamos a llamar al comisario Solís y al inspector Méndez. La Brigada de Delincuencia Económica tiene que unirse al servicio de seguridad. Ellos se entregarán y se pondrán a su disposición. Pero es necesario que la Brigada se haga con la información en ese mismo instante. Tienen que encontrar, lo más rápidamente posible, datos contra Claudio Montellano y conseguir que, mañana por la mañana, estén publicados en los medios...

–Me parece perfecto. Tendríamos que hablar con los medios de comunicación proclives a nosotros. Debemos ponerles en guardia y avisarles de que esta noche puede haber primicia informativa de primer orden... Tienen que estar preparados para que les pasemos la información.

–Sí. Tenemos bastante trabajo por delante...

* * *

En la sede de la Brigada de Delincuencia Económica, el ambiente a lo largo de la mañana fue de enloquecimiento frenético. La noticia del asesinato de Cristina Salvador fue como una puñalada que atravesó el frágil entramado que sostenía las investigaciones en curso. La tensión entre el comisario Solís y el inspector Méndez había estado latente desde hacía varios meses. El comisario veía con muy malos ojos el vínculo de su subordinado con la oficina de la Primera Ministra. Creía que esa relación distorsionaba las investigaciones, suponía una violación de la cadena de mando y lo dejaba a él en una posición incomodísima que ponía en tela de juicio su autoridad sobre la Brigada. Cuando llegó la noticia de la muerte de la agente Salvador, al comisario le bastó con hacer un par de preguntas para averiguar que el asesinato se había producido en el contexto de una operación altamente irregular que habían ideado Pilar Muro y Eduardo Díaz. El estallido de cólera que sufrió se agudizó ante los intentos baldíos por contactar con Méndez para ordenarle que se presentara con carácter inmediato en su despacho. Ante la inutilidad de sus esfuerzos en ese sentido, ordenó a la agente Valbuena que hiciera acto de presencia ante él y fue ella la que tuvo que sufrir la brutal descarga de improperios que había estado preparando durante media hora y que la policía padeció en silencio con resignado estoicismo.

–Le juro, agente Valbuena, que esto va a tener consecuencias. Se va a acabar esta situación en que la Brigada es un puto juguete en manos de esos políticos de mierda para atender a sus objetivos particulares y en que se organizan operaciones a mis espaldas sin ningún tipo de cobertura ni apoyo. Esa forma de actuar ha llevado al asesinato de una agente. Y le aseguro que esa es de las cosas que no salen gratis... Pienso poner en vereda a todo el mundo. A su jefe y a ustedes, los primeros. ¿Y qué pasa con Méndez? ¿Se puede saber dónde cojones está?

–Si me permite, señor comisario, voy a llamarle para ver si ya tiene el móvil operativo.

Ana Valbuena volvió a llamar al inspector. Sin respuesta. Ella estaba al borde de la desesperación. Sabía que Méndez tenía que estar con Eva Soto. Pero no quería desvelar al comisario la existencia de esa agente encubierta: era un as en la manga que tenían que proteger hasta el último segundo.

–No contesta, comisario...

–¿Y dónde demonios está? Seguro que usted lo sabe... Le ordeno que me lo diga de inmediato.

–Señor comisario, le doy mi palabra de que el inspector Méndez no me ha dicho dónde iba...

–Pero seguro que usted lo sospecha...

Ana Valbuena bajó la mirada para no cruzarla con los ojos fieros y desbocados de su superior.

–Yo no sospecho nada, señor comisario. Entre mis obligaciones no está la de dudar de mis jefes...

–Buena salida, Valbuena. Pero no le va a servir... ¿Qué se piensa? ¿Que no me he dado cuenta de que ustedes tienen tejemanejes que se han callado no sé con qué intenciones? Pues claro que me he dado cuenta. Ahora mismo, usted está protegiendo a Méndez. Eso es lo que está haciendo. Si, ahora mismo, no me dice dónde está Méndez, le abro sobre la marcha un expediente sancionador...

–Señor comisario, yo...

—Me da absolutamente igual lo que diga. A lo mejor, el expediente no va a ninguna parte. Pero, ¿sabe una cosa? Si ustedes se dedican a joderme a mí, yo me dedicaré a joderles a ustedes... A ver quién tiene más paciencia. Y les digo otra cosa. Cuando Pilar Muro abandone el poder, a ver qué hacen... Porque, entonces, a todos ustedes se les va a acabar el cuento. Y se van a enterar de quién soy yo...

En ese momento, el teléfono del comisario empezó a sonar. Se acercó a su mesa y respondió. Era su secretaria avisándole de que la Primera Ministra quería hablar con él.

—¡Hombre! ¡Hablando del rey de Roma...! A ver qué quiere esa buena señora... Supongo que no tendrá la poca vergüenza de pedirme explicaciones por la muerte de Cristina... Pásame la llamada...

El comisario puso el teléfono en manos libres. Pasaron unos segundos hasta que la voz de Pilar Muro se oyó al otro lado de la línea.

—Buenos días, comisario Solís. Lo primero de todo, darle mis condolencias por la muerte de la agente Salvador...

—Buenos días, Primera Ministra. Está conmigo la agente Valbuena. Le debo decir que creo que, antes de dar cualquier tipo de condolencias, usted me debería dar alguna explicación sobre las intromisiones de su oficina en mi Brigada...

—Comisario, entiendo su postura. Pero, en este momento, no tenemos tiempo para entrar en explicaciones que no van a devolver la vida a su agente. Tenemos otras prioridades. Esta noche, nos van a entregar la información robada en el IIB...

El comisario taladró con su mirada a la agente Valbuena. Esta, se encogió de hombros ostensiblemente para expresar su absoluto desconocimiento sobre la revelación que la Primera Ministra acababa de realizar.

—¿Quiénes nos van a entregar esa información?

—Esteban Miranda y Mark Cortés.

—¿Y qué ha sucedido para que esa entrega se vaya a producir?

—Esas dos personas se han puesto en contacto conmigo y hemos llegado a un acuerdo. No les vamos a imputar ningún delito y los vamos a incluir en el programa de protección de testigos a cambio de que nos hagan entrega de todos los datos que Mark Cortés extrajo del banco donde trabajaba... La Brigada se tiene que incorporar al servicio de seguridad del acto electoral que esta noche voy a celebrar en el Pabellón de Las Dunas. Esteban y Mark se pondrán a disposición de la Brigada y les harán entrega de la información.

—De acuerdo. Puedo ir yo mismo y el inspector Ibáñez y su grupo...

—No. Quiero al grupo de Méndez...

El comisario Solís se mordió los labios. La agente Valbuena se dio cuenta de que su jefe se estaba reprimiendo para no exhibir una explosión de ira ante Pilar Muro.

—Primera Ministra, en este momento, no tenemos localizado al inspector Méndez...

—De aquí a las diez de la noche, supongo que estará localizable, comisario Solís. Quiero a Méndez.

El comisario tenía los puños apretados. Sabía que no tenía opción. Y el problema era que no quería reconocerlo. Pero, al final, cedió con mayor mansedumbre de la que Ana Valbuena esperaba.

–Está bien. Méndez y su equipo. Usted asume la responsabilidad, ¿no?

–Por supuesto, comisario. Yo siempre asumo mis responsabilidades.

La Primera Ministra y la Brigada de Delincuencia Económica, cuando menos se lo esperaban, tenían un plan sólido que ejecutar. Habían empleado gran cantidad de tiempo y recursos en conseguir la información que había sido extraída del Investment International Bank del Enclave y, cuando casi se habían dado por vencido, esa información iba a caer en sus manos de modo casi milagroso. El comisario sabía que no tenía sentido, de momento, protestar. Si todo salía bien, él se apuntaría un tanto importante. Si todo salía mal, la culpable sería Pilar Muro y sus jueguitos de política novata.

–Cuenta con toda nuestra colaboración, Primera Ministra.

* * *

Serían las doce de la mañana cuando volvió a entrar una llamada en el móvil de Esteban Miranda. Era el mismo número que el de la anterior llamada de la Primera Ministra. Esta vez, también era ella quien se comunicaba con ellos personalmente.

–Esteban, les voy a enviar al móvil las fotos de los documentos que acreditan que entran a formar parte del programa de protección de testigos y que la fiscalía no les va a acusar de ningún delito.

Efectivamente, en dos minutos, habían entrado las imágenes prometidas. Esteban las revisó como pudo en la pequeña pantalla de su móvil.

–De acuerdo, Primera Ministra. Queremos tener estos documentos en nuestro poder antes de hacerles entrega de la información...

–Es usted muy duro, Esteban.

–Está en juego nuestra vida. ¿Cree que nos podemos permitir ser blandos?

–No hay problema en hacerles entrega física de todos esos papeles. Pero habrá que fijar un punto de encuentro. Y ustedes tendrán que acudir. No me gustaría perder el tiempo durante horas discutiendo cómo vamos a hacerlo...

–Vamos a hacerlo de forma simple. Quiero que en una hora dejen los documentos en un sobre en el quiosco de música del Parque del Sur. Allí, acudirá uno de nosotros. Lo recogerá y se lo llevará. El otro, esperará durante una hora en otro lugar alejado de allí. Si no aparece la persona que ha recogido el sobre, se marchará con la información y no habrá entrega esta noche. Así que no intenten realizar ninguna detención ni nada parecido cuando recojamos los papeles...

–Es usted todo un experto, Esteban. Cuando acabe toda esta historia, no me importaría tenerle cerca. Siempre hay que poder contar con gente de tanta valía...

A Esteban se le pasó por la cabeza responder a Pilar Muro que a él había dejado de gustarle tener cerca a gente como ella. Pero pensó que era un evidente exceso de arrogancia ante la máxima mandataria del país.

–De momento, arreglemos la cuestión de los papeles... Eso es lo urgente.

El acuerdo había sido cerrado. El horizonte parecía despejado.

–Tú te vas a quedar aquí, Mark –dijo Esteban–. Yo iré al Parque del Sur y le diré a cualquiera que esté por ahí que le pagaré a cambio de que vaya a recoger el puto sobre. Le daré instrucciones para que me lo dé y volveré aquí contigo. Si me siguen, yo seré capaz de despistarlos. Si no vuelvo, te largas con la información y todo el dinero.

–¿Y qué haría yo solo, Esteban?

–Eso sería si nos ponemos en lo peor. No creo que ocurra. Necesitan que todo salga bien.

El argumento tranquilizo a Mark. Esteban se empezó a preparar para salir. Mark se asomó a la ventana del cuarto. Y su tranquilidad se evaporó de golpe.

–Esteban, ven rápido.

–¿Qué sucede?

–Mira.

Varios hombres vestidos de negro iban de un lado a otro de la callejuela. Era evidente que eran los mismos tipos de los que estuvieron huyendo durante casi setecientos kilómetros.

–¿Qué hacemos? –dijo Mark.

–Tenemos que irnos de aquí y llegar al coche lo antes posible.

–¿Cómo habrán dado con nosotros?

–Eso es lo de menos. Esta gente tiene ojos y oídos en todas partes. Puede ser que no sepan que estemos aquí y vengan sólo a husmear cualquier chivatazo que les haya llegado.

–Pero, ¿cómo vamos a escapar?

–Si no podemos hacerlo por abajo, lo haremos por arriba.

Recogieron todo, Esteban cogió una de las almohadas, salieron de la habitación y empezaron a subir por las escaleras hacia las plantas superiores. Al final de todo, se toparon con la puerta de la azotea, que estaba cerrada. Esteban colocó la almohada contra la cerradura con el fin de amortiguar el ruido que se iba a producir, sacó la pistola y efectuó tres disparos. Dio una patada a la puerta, que acabó de ceder, y lograron seguir en su trayecto improvisado. Fueron saltando de una azotea a otra hasta llegar a una que parecía ser la de un edificio abandonado.

–Esta es la mejor opción –dijo Esteban.

Esta vez, no tuvieron que hacer ningún esfuerzo para atravesar la puerta que podía ser un obstáculo para la continuación de su huida: estaba completamente desvencijada. Tuvieron gran precaución en bajar por unas escaleras en pésimo estado que no les ofrecía ninguna seguridad. A pesar de ello, llegaron sanos y salvos hasta la planta baja. Vieron que no iban a tener problemas en salir a la calle porque la puerta del edificio también estaba destrozada. Esteban tiró la almohada al suelo como un resto más de las incipientes ruinas que habían atravesado y, más pronto y con menos dificultades de las que imaginaron, se vieron de camino al automóvil. Una vez que llegaron a él, se subieron con rapidez y arrancaron sin perder tiempo. Iban camino del Parque del Sur. Tenían que rehacer sus

planes y decidir dónde iba a esperar Mark a que Esteban se apoderara de los documentos prometidos por Pilar Muro.

* * *

Cuatro hombres vestidos de negro subieron hasta la tercera planta de la pensión. El recepcionista era un amigo, solo de conveniencia pero lo suficientemente pragmático como para no enfadar a unos tipos con los que lo mejor era llevarse bien. En esa tesitura, que un desconocido le hubiera pagado un extra para que se portara bien no tenía ninguna importancia. De hecho, fue él mismo quien les abrió la puerta de la habitación a esos matones. Pero no sirvió para nada. La habitación estaba vacía: un nuevo fracaso en una persecución que estaba empezando a rozar los límites del absurdo. El jefe del grupo temía llamar a Berenger y darle noticia de una nueva decepción. Pero no tenía otra alternativa.

–Señor Berenger, ya no están en el cuarto de la pensión... Se nos han tenido que ir por pocos minutos...

–No importa. No te preocupes. Los tenemos localizados. Esta noche, iremos a por ellos en el Pabellón Deportivo de Las Dunas.

4

José Ángel Esquivias estaba ansioso por encontrarse con Claudio Montellano. Pensaba que iba a poder convencerlo con facilidad de que una alianza entre ellos podía ser de gran provecho para ambos. Había prestado grandes servicios a muchísimos miembros del Partido Moderado y eso era más que suficiente como prueba de su credibilidad profesional. Le había costado conseguir la cita. Y ahora no iba a desaprovecharla.

El llegó a la gasolinera a las siete menos cuarto. Dejó su coche en un pequeño aparcamiento que estaba a la espalda de la estación de servicio y empezó a dar vueltas para intentar calmar sus nervios. Entró en la tienda y dio un repaso a las revistas y periódicos que estaban a la venta. Volvió a salir al exterior. No quería mirar el reloj porque sabía que ello sólo serviría para alimentar su impaciencia. Cuando pensaba que aún podían quedar diez minutos para la hora del encuentro, llegó un coche con escolta policial que paró a repostar. De él, se bajó Claudio Montellano que, tras dar unos pasos sin propósito aparente, se encaminó hacia donde estaba el abogado. A este le sorprendió que el político se estuviera dirigiendo hacia el punto donde él estaba esperando sin que, en ningún momento, hubiera parecido realizar ningún esfuerzo por intentar localizarle. Era como si un instinto animal le hubiese bastado para saber dónde ir.

–Buenos días, señor Esquivias. ¿Cómo está?

Claudio Montellano le tendió la mano. José Ángel Esquivias se la estrechó con fuerza.

–Buenos días, señor Montellano. Ante todo, muchas gracias por haber propiciado este encuentro...

–Está bien que me lo agradezca. Esto supone un riesgo para mí. Y ninguna ventaja...

–Me gustaría argumentarle que ello no es así. Mi bufete...

–De eso quería hablarle, señor Esquivias. Su socio ha sido detenido...

–Señor Montellano, nuestro bufete ha prestado grandes servicios al partido...

–Señor Esquivias, creo que usted no se ha dado cuenta de que los tiempos han cambiado. El Partido Moderado va a dejar de ser, a partir del próximo viernes, el Partido Moderado que usted ha conocido... Estamos en una nueva época. Y en esa época, no se admiten personajes manchados. Y su bufete está manchado y las manchas de su bufete hacen que usted también lo esté. Admítalo. Tendrá que buscar otros clientes, otros cometidos y otras tareas que llevar a cabo. Siendo yo líder del partido, usted no tiene nada que hacer.

En pocos segundos, José Ángel Esquivias estaba contra las cuerdas y la sucesión de golpes estaba siendo brutal. Tenía que salir del rincón donde estaba siendo triturado y volver a bailar por el cuadrilátero.

–Comprendo su punto de vista, señor Montellano. Pero compréndame a mí. Tengo mucha información sobre el Partido Moderado. Información muy comprometedor. No querría hacer uso de ella pero...

–También quería hablarle de eso. Y de su implicación en la salida a la luz del caso Cifuentes. Respecto a esto último, me da igual que todo el mundo se entere de que usted y Alfonso Sanmiguel hayan sido los artífices de que ese escándalo haya sido conocido por la opinión pública. Piénselo bien: ¿en qué me puede afectar? En poco. Si empiezan a divulgar información sobre miembros del Partido Moderado, me gustaría que supiera que todos ellos son, en este momento, mis rivales políticos... Es decir, si consigue que caigan, me habrá ahorrado bastante trabajo. Y, por último, está la posibilidad de que saque a la luz información sobre mí. Hay cierta posibilidad de que ello sea así. Pero hay algo que no sabe. Durante las pocas horas que su socio, José Luis Ugarte, estuvo bajo mi protección, le exigí que me diera acceso a toda la información existente en los ordenadores de su bufete. Y lo tuve. Y he revisado toda esa información. Y sé que no tienen nada comprometedor contra mí. No tienen movimientos bancarios de ninguna de mis cuentas, ni tienen documentos que acrediten traspasos de dinero o transferencias realizados a mi favor. Sí, pueden tener alguna escritura que me haga socio de alguna compañía de este país. Pero esa compañía no sería más que una cáscara vacía que sólo serviría de intermediaria hacia otra compañía del Enclave. Pero ustedes no han participado en la constitución de ninguna de estas últimas en las que yo pueda estar presente. Y sin tener información sobre ellas, no tienen nada que me pueda hacer daño. Así que, señor Esquivias, siga mi consejo. Deje ya de aferrarse a la quimera de que tiene algún futuro con nosotros. Su momento ya pasó. Como el de Enrique Recio, el de Carlos Peña, el de Pilar Muro, el de Eduardo Díaz y el de tantos otros. Todos ustedes ya son una legión de espectros. Cuanto antes se den cuenta de ello, mejor para ustedes. Buenos días.

KO.

Claudio Montellano se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia su automóvil. José Ángel Esquivias no tuvo ni tiempo de reaccionar. Y ahora, ¿qué?

* * *

Estuvo dado vueltas por la ciudad sin saber qué hacer. Condujo hasta el centro y dejó el coche en un aparcamiento público. Caminó con la mente perdida en pensamientos sombríos hasta que entró en una cafetería en la que había mesas libres en su interior. El abogado era consciente de que, desde el punto de vista profesional (y, aunque no quería reconocerlo, también desde el punto de vista personal), estaba al borde de un precipicio. Tenía que intentar aprovechar las pocas opciones que

tenía para intentar tomar un buen soplo de oxígeno. Y esas pocas opciones se resumían en dos. Por la primera, sentía pocos reparos: Francisco Sáenz, director de Organización del Banco General de Pagos. La segunda, preferiría no explorarla de momento: David Berenger. Pero era un último recurso del que, a lo mejor, se iba a ver obligado a echar mano. Buscó en su móvil el número del directivo bancario y le llamó. La respuesta fue rápida. Era una señal favorable.

–Buenos días, Francisco. ¿Cómo estás?

–Muy bien, José Ángel. ¿Y tú?

–Con mucho trabajo pero también bien. Enhorabuena por tu ascenso. Me he enterado por la prensa. Dentro de unos días, vas a ser vicepresidente de la entidad...

–Todavía no es oficial. Prefiero no hablar de ello hasta que no se confirme de forma pública...

–Ya, lo comprendo. Mira, Francisco, te llamaba porque hacía tiempo que no hablamos. Y deberíamos ver cuáles van a ser nuestras próximas líneas de colaboración...

–Bueno, José Ángel, la crisis del IIB ha quedado al final en nada. Tenemos la cuestión controlada. Era algo que nos podía acarrear problemas a todos pero, ahora mismo, creo que es una cuestión por la que no debemos preocuparnos. No sé, la verdad, a qué líneas de colaboración te puedes referir...

El precipicio se aproximaba.

–Francisco, las veces que hemos hablado, creí entender que entre tu banco y mi bufete iba a existir una vinculación que...

–Yo nunca he asumido ningún compromiso de ese tipo, José Ángel.

–No se trataba de que hubieras asumido ningún compromiso. Se sobreentendía que...

–No había que sobreentender nada. En todo caso, lo que sucedió es que malinterpretaste mis palabras. La crisis del caso IIB ya está superada. Teníamos un problema que afectaba a ambas partes y el problema está resuelto. Ya está.

–Pero creo que podríamos colaborar...

–José Ángel, no hace mucho hablé con Claudio Montellano. Mi entidad estaba muy interesada en conocer los puntos de vista de quien, con toda probabilidad, va a ser nuevo Primer Ministro en pocos meses. Fue un diálogo muy clarificador. Nos sirvió para hacernos una idea de cuáles van a ser las posiciones con las que vamos a contar en el futuro inmediato. ¿Has hablado con Claudio Montellano?

Tras recibir una colosal paliza esa misma mañana, ya sabía que estaba recibiendo otra de la que no sabía si se iba a poder recuperar.

–Sí, he hablado con Claudio Montellano.

–Entonces, si ya has hablado con Claudio, ¿cuál es tu propósito al llamarme a mí? No lo comprendo. José Ángel, después de la detención de tu socio, ¿qué esperas de nosotros?

No merecía la pena seguir arrastrando la dignidad por el fango.

–De acuerdo, Francisco. Vuestra postura es muy clara. Cuando me necesitéis, ya sabéis dónde me tenéis. Si se da el caso, no lo dudéis: os cobraré sobradamente por mis servicios. No se tratará de hacer ningún favor que no sea, al final, compensado como es debido. Buenos días.

Cortó la llamada pulsando con rabia el botón de su teléfono. Empezó a experimentar un turbio malestar en su interior. Sabía lo que era: estaba empezando a sentir lo mismo que hubiera sentido un leproso en la edad oscura. ¿Quién sabe? Quizás, la edad oscura no hubiera concluido aún.

Última alternativa: David Berenger. Era un tipo que no le temblaría el pulso en cobrarte en litros de tu sangre. Pero todos los demás le habían fallado. Nueva llamada. Nueva respuesta rápida. Ya no se atrevía a pensar que era buena señal.

–Señor Esquivias, me alegra mucho su llamada. ¿Cómo está?

–Bien, señor Berenger, bien. En estos días, estoy en la capital. No sé si podríamos vernos...

–Por supuesto que sí. Ahora mismo, estoy en mi casa. ¿Por qué no se pasa por aquí y charlamos con tranquilidad?

–¿Ahora?

–Sí. ¿No puede?

–Sí, sí, puedo... Es que me sorprende...

–Pues nada. Pásese y hablemos.

David Berenger le dio la dirección. En media hora, estaría allí. José Ángel Esquivias acudió sin saber qué le podía deparar dicho encuentro: cuando vas a hablar con el diablo, no sabes qué vas a conseguir pero puedes estar seguro de que vas a perder el alma.

* * *

En otro momento, lo primero que hubiera hecho José Ángel Esquivias hubiera sido realizar un rápido análisis de la mansión de Berenger: ubicación, dimensiones, calidades... A partir de ahí, hubiera podido realizar una valoración de urgencia y hubiera estimado la riqueza y patrimonio de su anfitrión. Esa mañana, no tenía ni ganas ni serenidad como para hacer ese tipo de ejercicios mentales. Estaba dominado por la impaciencia de conocer cuál iba a ser su futuro. Después de esa reunión, le iban a quedar pocas dudas.

Cuando una criada le abrió la puerta, lo llevó hasta una terraza situada en la primera planta de la casa. David Berenger estaba sentado, contemplando las magníficas vistas que aquel lugar ofrecía.

–Buenos días, señor Esquivias. Siéntese a mi lado y disfrute de esta panorámica incomparable. Fíjese, allí en el fondo... Las montañas. Impasibles. Majestuosas. Un aviso para que seamos humildes.

José Ángel Esquivias se sentó al lado del venerable anciano y a punto estuvo de empezar a reír sin control: esas palabras (no sabía si filosóficas o poéticas) en boca de ese personaje le parecieron más cómicas que reflexivas.

–Señor Esquivias, fíjese que le he invitado a mi casa. Es un ofrecimiento que no hago así como así. Me satisfaría que valorara adecuadamente lo que ello significa. ¿Qué desea tomar?

–Realmente, no quiero tomar nada. Me conformaría con que me trajeran un vaso de agua...

David Berenger dio instrucciones al servicio para atender la petición de su invitado. En un par de minutos, José Ángel Esquivias tenía el vaso de agua en sus manos.

–Como le he dicho, esas montañas son un recordatorio de lo que realmente somos. Por eso me gusta mirarlas con tranquilidad y con la mente en blanco. Me inundan todo tipo de ideas iluminadoras. Señor Esquivias, se preguntará por qué le he hecho venir con tanta rapidez. Hay una explicación sencilla. Me gusta ser cortés y educado a la hora de despedirme. Y esta reunión es una despedida. Nuestra relación profesional ha cumplido con la función para la que nació. No tiene sentido prolongarla por más tiempo. Desde este punto, nuestros caminos se deben separar.

Cuando conoces tu destino, ya no hay de qué preocuparse. Por ello, a José Ángel Esquivias le invadió una extraña y perturbadora serenidad.

–No lo acabo de comprender, señor Berenger. Todo sigue mangas por hombro. ¿Por qué me dice que ya no tiene sentido mantener nuestra relación profesional?

–Veo que ha perdido su capacidad de analizar correctamente su entorno. Además, ha dejado de tener hilo directo con quienes tienen la información buena. O, a lo mejor, es que no quiere ver cómo ha cambiado la realidad y se niega a asumir que la realidad que a usted le convenía ha dejado de existir.

–Sí, ya sé lo que me va a decir: que Claudio Montellano va a ser el nuevo Primer Ministro y que hay que acomodarse a que...

David Berenger se empezó a reír con fuerza.

–¿No me diga que eso es lo que usted piensa? Me resulta patético, señor Esquivias. Le aconsejaría que no siguiera hablando porque el respeto que le tengo puede desaparecer de un momento a otro. Ahora mismo, lo más probable es que Claudio Montellano pierda las elecciones primarias...

–Pero, ¿de qué está hablando? Pilar Muro no tiene posibilidades...

–Mire, señor Esquivias. Esta noche, nosotros vamos a tener la información robada del IIB. Alexander nos ha avisado de que pretenden entregársela a la Primera Ministra en un acto que va a tener lugar en el Pabellón Deportivo Las Dunas. Nosotros vamos a tomar la delantera a la policía. Una vez que tengamos la información, nuestra intención es filtrar los datos bancarios del señor Montellano en el Enclave. Y eso significará arruinar sus posibilidades de cara a las elecciones del viernes. Pilar Muro seguirá siendo Primera Ministra. No lo dude. Las cosas apenas cambiarán. Y eso nos conviene. Fin de la historia. Fin de los problemas.

A José Ángel Esquivias se le iluminó el rostro.

–Pero, si ello es así, tiene todo el sentido que sigamos colaborando, señor Berenger. Claudio Montellano es el principal obstáculo para que...

–Veo que usted no ha entendido nada. Su problema no es Claudio Montellano. Porque es cierto que Montellano no quiere nada con su bufete. Pero lo que sucede es que Pilar Muro tampoco desea tener ningún tipo de relación con usted. Gane quien gane, usted está acabado...

–Pero eso no es justo. Nosotros hemos prestado grandes servicios a importantes miembros del Partido Moderado...

–Se lo voy a decir con absoluta franqueza, señor Esquivias. Voy a hablar de una forma que no encaja en mi estilo pero a ver si así se entera de una vez: ustedes han sido algo así como las putitas de esos importantes miembros del Partido Moderado. Mientras han sido útiles a sus deseos, han sido importantes. Pero, a partir del momento en que su socio ha sido detenido, su utilidad se ha evaporado. Las putitas cumplen con su labor pero los clientes no están interesados en cargar con sus problemas ni en incurrir en el riesgo de ver perjudicada su reputación por culpa de ellas. Así que las dejan tiradas y se tienen que buscar la vida como pueden. Eso es lo que tiene que hacer usted a partir de ahora. Señor Esquivias, ha sido un placer trabajar con usted. Le deseo mucha suerte en su nueva etapa profesional.

* * *

José Ángel Esquivias no recordaba cómo había regresado a su coche. Estaba a pocos metros de la mansión de Berenger. Tenía el volante entre las manos. Un sudor frío le empapaba todo el cuerpo. Trazó una metáfora precisa de su situación: había muerto y debía resucitar.

Una llamada entró en su móvil. Era Eva Soto.

–Hola, Eva. ¿Sucede algo?

–José Ángel, necesito verte. Es urgente. Te espero en el aparcamiento del centro comercial de la Estación del Norte. A la una y media. Es muy importante que vayas.

5

Silva empezó a pensar que la niebla que les había acompañado durante todo el viaje se había pegado a sus ojos. Todos los perfiles se le presentaban borrosos e indefinidos. El aire parecía estar invadido por una bruma densa y pesada que había dejado de ser una invitada molesta para convertirse en una vecina permanente. Creyó que esa niebla crónica era los años acumulados, las experiencias amontonadas caóticamente sin que ninguna moraleja hubiera logrado poner orden o, quizás, es que rechazaba la moraleja que había que aprender, la moraleja que podía dar sentido al conjunto de elementos desordenados que constituían su vida y que daría consistencia a lo que parecía vaporoso y deslavazado. Pero ya no había tiempo para pensar. Sólo para dejarse arrastrar por la corriente en que se habían arrojado en un intento desesperado por solucionar una situación que parecía irresoluble. Las reflexiones quedarían para el momento de escribir las memorias o de contar viejas andanzas a los nietos en largas y frías tardes de invierno.

A las doce y media, Silva, Méndez, Vila y Eva Soto se encontraron con Braulio Santiesteban, Gómez y Cárdenas en una cervecería del centro comercial de la Estación del Norte. Gómez había reconocido perfectamente el lugar del que Silva le habló por teléfono aunque no lo nombrara explícitamente. Se sentaron en la mesa más alejada de la entrada, a salvaguarda de miradas indiscretas. Tras los últimos acontecimientos, todos se habían dado cuenta de que se habían quedado cortos a la hora de prever medidas de seguridad. Ahora, parecían estar invadidos por una ola de paranoia que les hacía ver enemigos por todas partes.

–De momento, no podemos volver al piso que habíamos elegido como escondite –dijo Silva–. El problema no es la policía que nos pueda seguir. Es Berenger y sus hombres. Ellos han matado a Cristina Salvador y no se van a parar ante nada...

–Cristina nos confesó que pasaba información a alguien de fuera del grupo de Méndez –dijo Gómez–. Alguien con cierta autoridad. Con la suficiente autoridad como para no dudar de él.

–Antes de irnos de allí, nos llevamos su móvil –dijo Braulio Santiesteban, que lo puso sobre la mesa mientras se dibujaba en su rostro una expresión adusta.

Todos guardaron silencio. Sentimientos enfrentados: acción de un profesional y cadáver de una compañera juntos en la misma imagen. Difícil de deslindar la frialdad que había que tener para resolver el caso del dolor y el asco por el asesinato a sangre fría de una persona. Alguien debía desbloquear la momentánea parálisis que había surgido en el grupo.

–Vila, esto significa más trabajo para su amigo de telecomunicaciones –dijo Silva–. Si Cristina Salvador utilizaba este móvil para hablar con su confidente, sus llamadas tienen que estar aquí registradas...

–Hay muchas llamadas de un número oculto –dijo Gómez–. En relación al resto, no hemos visto nada sospechoso.

–El gabinete de telecomunicaciones puede identificar cuál es ese número oculto –dijo Silva–. Esa pista puede ser crucial...

Un tímido optimismo brotó en medio de la tensión y la tristeza. Una primera grieta había podido surgir en medio del aparentemente inquebrantable muro que sostenía la estructura de Berenger y Alexander. Ahora, había que intentar que una segunda grieta debilitara aún más el entramado.

–Silva, ¿qué quiere hacer con Esquivias? –dijo Méndez.

–Hacerle ver que tenemos información que le perjudica. Que nos la ha dado su socio. Y que, teniendo en cuenta todo lo que se puede derivar de ella, le conviene más colaborar con nosotros que darle la espalda.

–¿Y si se cierra en banda?

–Pondré fin a esto. Se lo he dicho antes y se lo repito. Mis amigos pensaban que mi vida estaba en peligro. Pero todo ha sido una estratagema para buscar un intermediario que negociara con Berenger. Así que ya no tiene sentido mi huida. Me entregaré y se acabó.

Un gesto de protesta explotó de forma unánime entre todos los policías que ayudaron a Silva en su fuga.

–No te puedes entregar –dijo Braulio Santiesteban–. Has sido objeto de una detención injusta. Y si no haces algo para poder demostrar tu inocencia, te van a joder bien...

–Braulio, esta huida tiene sentido si obtenemos información y si ayuda a que salga de la cárcel demostrando mi inocencia. La opción de Cristina Salvador ya vemos cómo ha acabado. No podíamos imaginarnos que esto podía acabar con una muerte en nuestras conciencias. Y eso ya es algo suficientemente duro. La opción que nos queda es José Ángel Esquivias. Esperemos que llegue aquí sano y salvo. Si decide no colaborar, ¿qué queréis que hagamos?

–Silva, si José Ángel Esquivias no colabora, sopesa el negociar con Berenger... –dijo Méndez.

–Me niego. Es mi última palabra.

Méndez constató que no tenía otra solución que resignarse.

–De acuerdo, Silva. Agotemos nuestra última opción.

–Méndez, yo te quiero preguntar qué va a ser de mí –dijo Eva Soto–. Cuando José Ángel vea la encerrona que le he hecho, voy a estar quemada como agente encubierta...

–Por eso, no te preocupes. Te prometimos que, cuando tu misión acabara, ibas a ser recompensada para que pudieras iniciar una nueva vida donde más te apeteciera. Te lo prometí yo personalmente y lo voy a cumplir. Todo se ha precipitado. Pero ello no va a ser obstáculo para demostrarte que mi palabra tiene un valor.

–De acuerdo, aclarado eso –dijo Eva Soto–. ¿Cómo queréis que lo haga?

Diseñaron un plan que fuera lo más sencillo posible: no se podían permitir ni un solo error.

* * *

Eva Soto esperaba a José Ángel Esquivias en la entrada del aparcamiento del centro comercial de la Estación del Norte. Era la una y media. De un momento a otro, el automóvil del abogado iba a llegar. No tardó más de cinco minutos en aparecer. Eva Soto se subió rápidamente al vehículo y se sentó en el asiento del copiloto.

–Eva, ¿se puede saber qué sucede?

–Aparca y te cuento.

José Ángel Esquivias extrajo el ticket del dispositivo de entrada al aparcamiento, la barrera se levantó y se dejó guiar por lo que Eva le decía.

–No, no aparques aquí. Tenemos que ir al lugar más apartado posible. Allí, al final. Entre esos dos vehículos.

Al abogado le pareció extraña la sugerencia pero no quiso contradecirla. Ocupó, con su coche, el espacio que había libre entre los dos vehículos que ya estaban estacionados con anterioridad. Detrás de su automóvil, ya estaba la pared del aparcamiento. De improviso, otro vehículo se colocó delante del suyo. José Ángel Esquivias no comprendió esa maniobra.

–Pero, ¿qué quiere hacer ese gilipollas?

Sin decir una sola palabra, Eva se bajó del coche. Del vehículo que estaba a su derecha, descendieron Silva, Méndez y Santiesteban. Lo que el abogado no sabía es que, en el vehículo de la izquierda, vigilaban Gómez y Cárdenas y, en el vehículo que se había situado en frente, estaba Vila cortando la única salida posible para un intento de huida.

–Pero, Eva, ¿qué estás haciendo?

Silva se sentó junto a Esquivias. Braulio Santiesteban lo hizo en el asiento trasero. Méndez se quedó esperando fuera.

–¿Me pueden explicar que significa esto?

–Señor Esquivias, nos va a hacer el favor de sentarse atrás, entre mis dos compañeros –dijo Silva.

–¿Quiénes son ustedes?

Méndez le enseñó su placa. José Ángel Esquivias estaba perplejo. No comprendía nada. Contempló boquiabierto cómo Eva Soto se sentaba junto a Vila en el vehículo que le cerraba el paso. Empezó a comprender.

—¿Se va a sentar detrás, señor Esquivias? —dijo Silva.

Mansamente, el abogado bajó del vehículo para acomodarse en el asiento trasero. Gómez bajó del vehículo en el que estaba para ocupar el asiento del conductor en el automóvil de Esquivias. Finalmente, entró Méndez.

—Bien, señor Esquivias, no se preocupe —dijo Silva—. El trayecto va a ser corto. Después, tendremos una conversación tranquila y, creo, productiva para ambas partes.

* * *

El vehículo que conducía Vila encabezaba la marcha. En medio, circulaba el automóvil de José Ángel Esquivias. El coche que ahora conducía Cárdenas cerraba la comitiva. Salieron de la ciudad y se fueron a un descampado próximo. Los policías habían preparado un escenario que coaccionara psicológicamente al abogado: estaba rodeado y sin poder huir, en medio de la nada, sentado entre Méndez y Braulio Santiesteban, dentro del coche, en un ambiente que, conforme pasaran los minutos, bajo el radiante sol del mediodía, iba a ser cada vez más tórrido y sofocante.

—Bueno, señor Esquivias —dijo Silva—. Vamos a hablar.

—¿Eva me ha traicionado?

—Eso, ahora, no importa.

—Me importa a mí.

—Eva Soto no ha tenido otra opción que hacer lo que ha hecho. Con eso, debe bastarle. Ahora, debemos hablar de la situación en que nos encontramos. Y analizar qué debemos hacer para que todos nos veamos beneficiados de nuestras acciones...

—Hable claro porque, hasta el momento, no comprendo nada.

—Señor Esquivias, soy el inspector Tomás Silva.

El abogado dio, inconscientemente, un respingo. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que había entrado en terreno pantanoso.

—Sabrá que me detuvieron por el asesinato de Pablo Bernal. Lo que sucede es que fue una falsa detención. Y mi fuga, también ha sido una falsa fuga. La idea era infiltrarme en la cárcel para sacar información a su socio. Y tengo que adelantarle que José Luis Ugarte nos dio información suficiente como para hacernos una idea clara de cómo ha sucedido todo.

La farsa estaba siendo eficaz: como una serpiente, se iba enroscando en torno a José Ángel Esquivias con el fin de acabar inmovilizándolo. Pero la víctima aún tenía margen para resistirse.

—Si lo tienen todo tan claro, actúen —dijo el abogado—. Pongan la información en manos del juez y de la fiscalía y que la justicia haga lo que tiene que hacer. No sé qué tienen que hablar conmigo.

—Si hacemos eso, usted se caerá con todo el equipo y no tendrá nada a lo que agarrarse —dijo Silva—. Y nos puede llevar más tiempo del deseado el llegar al final de todo esto. Es decir, llegar hasta las

últimas implicaciones de la organización que estamos investigando. Y cuanto más tiempo tardemos, más fácil será que se pierdan pistas, que huyan sospechosos y no logremos desarticular del todo la trama que nos interesa. Si usted nos ayuda, su espíritu de colaboración será tenido en cuenta y nos ayudará a conseguir nuestros objetivos.

–Que yo sepa, a mí no se me acusa de ningún delito.

–Se le va a acusar. Porque ya sabemos que usted se ha asociado con el señor David Berenger y David Berenger es el representante de una organización de carácter mafioso. Sabemos que su bufete ha jugado un papel decisivo en la evasión de capitales y en el blanqueo de dinero entre nuestro país y el Enclave. Y todo eso no puede salir gratis. Y su socio ya ha colaborado con nosotros. Eso quiere decir que tenemos, negro sobre blanco, una descripción bastante clara y detallada de sus actividades.

–Entonces, ¿para qué me necesitan?

–Señor Esquivias, deje de comportarse con esa chulería y no desperdicie la suerte que tiene. Y hablo de suerte porque hay algo que usted conoce y su socio no, lo cual le da la oportunidad de ayudarnos. Usted conoce a David Berenger y, por tanto, nos puede informar de cosas a las que su socio no llega. Aproveche esa circunstancia y obtenga algún beneficio en una situación de la que no va a poder escapar.

José Ángel Esquivias agachó la cabeza. Empezó a resoplar. Después de todo lo que habías sucedido esa mañana, estaba anímicamente vencido, sin fuerzas, sin capacidad de resistencia. Silva se dio cuenta de que algo sucedía, que algo se había roto dentro de la mente de su interlocutor. Vio que la conversación podía ser más útil de lo que había imaginado en un principio.

–Inspector Silva, no he tenido una buena mañana. En realidad, esto que acabo de decir es un eufemismo. Ha sido, quizás, la mañana más horrible de mi vida. Ahora mismo, soy un hombre completamente derrotado. Y no sé qué hacer. Quizás, consigan lo que se proponen. Y no por el motivo que piensan. Gane quien gane el viernes, sea Pilar Muro o Claudio Montellano, creo que estoy acabado. Y que, de una forma u otra, acabaré en la cárcel. Por ello, si puedo conseguir cualquier ventaja, no la voy a desaprovechar. Pero es que, si de paso, logro llevarme por delante a algunos de los cabrones que han hecho que acabe en esta situación, me va a importar muy poco. Por lo que veo, José Luis tampoco ha sido capaz de resistir con la boca cerrada. No me extraña. Carece de pasta para esto aunque él quiera presumir de lo contrario. Así que no me voy a tragar toda la mierda yo solito. Así que, adelante, pregunten. Voy a contarles todo lo que sé.

* * *

Méndez estaba impresionado. La jugada de Silva estaba siendo mucho más productiva de lo que habían soñado. Los datos que José Luis Ugarte le había proporcionado en la cárcel estaban siendo decisivos para que Esquivias acabara de abrirse y contara cómo se había entablado su relación con David Berenger y qué había descubierto durante la misma. Tras media hora de conversación, el abogado les contó los detalles de lo que había sucedido en la noche fatídica en la que Silva acabó siendo detenido.

–David Berenger lo sabía todo de su investigación. Alexander le iba revelando todos los pasos y se anticipaba a todos los movimientos que ustedes realizaban. Me avisó de que se iban a presentar en el despacho para interrogar a José Luis Ugarte. Y fui yo quien ayudó a mi socio a esconderse. También supo que habían dado con el paradero de José Luis en el Hotel El Pantano y organizó un plan para llegar allí antes que la policía. Sabíamos que todos los teléfonos estaban intervenidos, así

que hice una llamada simulando que iba a producirse el intercambio de la información robada en el IIB en los aparcamientos del Estadio Metropolitano. La idea era dividirles, hacerles perder tiempo y conseguir atraerle a usted, inspector, al Gran Hotel. Berenger estaba obsesionado en acabar con su persona, más de un modo, digamos, simbólico y moral que físico. Lo veía como la principal amenaza para sus propósitos. Cuando yo hice la llamada sobre la transacción junto al Estadio Metropolitano, yo no sabía lo que Berenger iba a hacer. Cuando me enteré del asesinato de Pablo Bernal y de su detención, me puse en lo peor: podían acusarme de ser cómplice de un delito de sangre. Algo gravísimo. A la mañana siguiente, Berenger confirmó mis peores sospechas. Efectivamente, habían sido ellos quienes habían asesinado al político para implicarle a usted, eliminarle de la investigación y, de paso, paralizar la investigación misma. Algo que, evidentemente, consiguieron.

—¿David Berenger le dijo todo eso explícitamente? —dijo Silva.

—Sí. Tuvo que confesármelo porque yo estaba aterrado y él temía que yo rompiera con él, lo cual podía traer consecuencias indeseadas: por ejemplo, que yo me viniera abajo y confesara todo a la policía.

—¿Sabe usted quién es Alexander?

—No. No lo sé. Sólo he hablado con él una vez por teléfono y su voz estaba distorsionada.

—¿Ha hablado usted con Alexander?

—Sí. Fue a la mañana siguiente de su detención. Berenger preparó la conversación. Alexander llamó al móvil de Berenger y hablamos durante veinte minutos, aproximadamente.

—¿Detectó alguna pista sobre su identidad?

—No, ninguna. Como ya le he dicho, su voz estaba distorsionada. Y habló de forma muy impersonal. Sólo me dio la impresión de que era una persona con mucha información y que tenía una posición relevante. Pero no puedo decirle más.

—¿A qué hora se produjo la llamada?

—Serían entre las diez y las once de la mañana, más o menos.

—¿Ha vuelto a contactar con Alexander después de esa conversación?

—No. Pero me consta que ha seguido filtrando información a David Berenger.

—¿Qué información le ha filtrado? —dijo Méndez.

—Sabe que esta noche van a entregar a la Primera Ministra la información robada en el IIB. Será en el acto electoral que se va a celebrar en el Pabellón Deportivo Las Dunas.

Todos los policías se miraron sorprendidos. O la Brigada estaba siendo marginada por quien afirmaba contar con ella como una de sus principales aliadas o esa mañana, mientras ellos estaban inmersos en un frenético río de acontecimientos, se habían producido novedades que cambiaban sustancialmente el panorama de la investigación.

—¿Cuándo le ha dado David Berenger esa noticia? —dijo Silva.

–Esta misma mañana. En su mansión. Aparte de decirme que daba por terminada nuestra relación profesional, me ha dicho que, después de lo que iba a suceder esta noche, mi colaboración iba a convertirse en completamente innecesaria en el futuro.

Esa revelación podía ser fundamental. Berenger pensaba que tenía la iniciativa y, en realidad, la acababa de perder. Eso les daba un margen de actuación inesperado.

Esquivias les estuvo hablando durante más de una hora. Les dio gran cantidad de datos, muchos de ellos irrelevantes, algunos banales, otros que eran meramente especulativos. Pero, en lo que les había dicho hasta ese momento, había un par de pistas que podían ser decisivas para la investigación.

–Bueno, señor Esquivias, le damos las gracias por su colaboración –dijo Silva–. Será tenida en cuenta. Si quiere, se puede marchar.

El abogado se sorprendió.

–¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿No me van a llevar a la comisaría a registrar mi declaración?

–De momento, no es necesario.

–¿Saben lo que creo? Que me han tomado el pelo.

–En absoluto, señor Esquivias. Hay una investigación en marcha y su bufete está completamente afectado por ella...

–Sí. Pero pienso que todavía no tenían nada contra mí. Lo único que pretendían era sacarme información...

–Señor Esquivias, no vea fantasmas. Lo importante es que ha colaborado con nosotros. Ya verá cómo acaba reconociendo que ha sido una buena decisión. Ahora, nos bajamos de su coche y le dejamos que vaya donde quiera. Como ve, no lo hemos sometido a una presión por encima de lo razonable. Sólo hemos conversado desde la sensatez y el sentido común.

Todos los policías descendieron del coche. José Ángel Esquivias volvió al asiento del conductor y se marchó de allí. Sabía que sólo le quedaba por degustar el amargo sabor de su derrota: lo iba a perder todo y nada iba a poder hacer contra el huracán que se avecinaba en su vida.

* * *

En medio de aquel descampado, todos los policías se apresuraron a analizar la información que les había dado José Ángel Esquivias y sopesaron qué debían hacer para aprovecharla e infligir un daño importante a Berenger y a su organización.

–Méndez –dijo Silva–, lo primero que debe hacer es contactar con la Brigada y comprobar si tienen información sobre la operación que va a tener lugar esta noche en el Pabellón Deportivo Las Dunas. Si le confirman que se va a producir, eso significaría que podríamos tomarles ventaja. Porque ellos no saben que nosotros lo sabemos...

–¿Cuál es su idea? –dijo Méndez.

–Confirmemos primero qué sabe su Brigada y, si es así, se la explico. Muy importante: no les diga absolutamente nada sobre lo que usted sabe sobre lo del Pabellón de Las Dunas.

Méndez encendió su móvil. Un torrente de mensajes inundó el aparato en pocos segundos. Varias decenas de llamadas perdidas y otras decenas más de mensajes que le estaban bombardeando para que se pusiera en contacto con sus superiores y con sus subordinados. Lo que había dicho José Ángel Esquivias, podía tener fundamento. Méndez decidió llamar a Ana Valbuena.

–Ana, ¿qué ocurre?

–Méndez, ¿se puede saber dónde demonios estás metido? Esto es una puta locura. El comisario Solís está que se sube por las paredes... La oficina de la Primera Ministra no deja de llamar preguntando por ti...

–Cuéntame qué está sucediendo.

–Han asesinado a Cristina Salvador.

–Sí, me he enterado. ¿Qué pistas hay?

–Ninguna. No hay nada por dónde tirar. Pero ha ocurrido otra cosa. Quienes tienen la información robada del IIB han contactado con la Primera Ministra: quieren dársela esta noche en el mitin que hay convocado en el Pabellón Deportivo Las Dunas. Pilar Muro quiere que nuestro grupo esté presente en la entrega.

–De acuerdo. En media hora, estoy ahí.

Méndez no podía salir de su estupor.

–Pero, ¿quién coño puede ser ese Alexander? –dijo Méndez–. Se ha enterado prácticamente al mismo tiempo que la Brigada de lo de esta noche...

–Lo importante es que podemos ganarle esta mano –dijo Silva–. A ver, escuchadme todos. Voy a proponer algo peligroso. Pero creo que es la única opción que tenemos para que mi fuga no haya sido una actuación que no haya servido para nada. ¿Por qué no intervenimos de incógnito en el operativo de esta noche?

–Explíquese, Silva –dijo Méndez–, porque no le he comprendido.

–Propongo que nosotros cinco estemos, en secreto, en la retaguardia. Que vigilemos la llegada de Esteban Miranda y Mark Cortés. Y que intervengamos cuando Berenger ponga en marcha su plan. Entonces, actuaremos para abortarlo. Pero sólo Méndez puede saber que estamos en segunda línea. Nadie más debe saberlo.

–No sé, Silva –dijo Méndez–, me surgen muchas dudas con lo que me propone. Los policías que están actuando pueden interpretar que son elementos hostiles. Y pueden disparar contra ustedes.

–Ya he dicho que es arriesgado –dijo Silva–. Pero, ahora mismo, con Berenger sabiendo al dedillo los planes de la Brigada, es usted, sus agentes y el servicio de seguridad de la Primera Ministra quienes están en verdadero peligro...

–Pero, ¿qué tipo de plan podemos preparar si no sabemos lo que van a hacer? –dijo Méndez.

–Vamos a ver, yo creo que está muy claro qué es lo que pueden hacer –dijo Silva–. Esteban Miranda y Mark Cortés fijarán un punto de encuentro en las cercanías del pabellón. Allí, esperará un grupo de policías. Lo que harán estos tipos será, por ejemplo, iniciar un tiroteo en el lado contrario. Es decir, simularán un intento de ataque contra la Primera Ministra. Obviamente, la

orden será trasladar allí todos los efectivos. En ese momento, la prioridad será proteger a quien se presumirá que es el objetivo amenazado: Pilar Muro. Cuando Esteban Miranda y Mark Cortés lleguen al punto de encuentro acordado, no se encontrarán con los policías: se encontrarán con los matones de Berenger. Y estos se apoderarán de la información. Pero si nosotros intervenimos en ese momento, será una gran sorpresa para ellos. Y, ahí, tenemos posibilidades de que no se salgan con la suya.

–Yo lo veo –dijo Braulio Santiesteban.

–Yo, también –dijo Gómez.

–Venga, vamos a hacerlo –dijo Vila.

–A mí me recuerda cuando Han Solo y Chewbacca acuden en ayuda de Luke Skywalker en el momento del ataque a la Estrella de la Muerte –dijo Cárdenas–. Me gusta.

Méndez los miró a todos con cara de incredulidad. Y transmitió esa incredulidad a sus palabras.

–Les voy a ser sincero: jamás pensé que, en mi vida, me iba a topar con tipos como ustedes. No acabo de creérmelo. Cabezotas hasta el final. No ha habido modo de conducirlos a la senda de lo razonable. Eligen siempre el camino más retorcido.

–Pero estamos obteniendo resultados –dijo Silva–. Admítalo, Méndez: con un enemigo como Alexander, hay que alejarse de lo previsible y lanzarse por lo inaudito.

–Sí, quizás lleva razón –dijo Méndez resignado.

–Por cierto, hay otra pista importante que Esquivias nos ha dado –dijo Silva–. Esa llamada que entró en el móvil de Berenger. Tenemos la fecha y la hora aproximada. Si consiguiéramos el teléfono de ese cabrón, podríamos localizar el número que llamó. Y podríamos ver si coincide con el de las llamadas que entraron en el móvil de Cristina Salvador.

–El razonamiento es bueno –dijo Méndez–. Pero a ver cómo conseguimos el móvil de ese tipo... Deme noticias mejores. Hasta ahora, todas las que me ha dado me dejan muy intranquilo...

–¿Quiere que le dé una noticia buena? –dijo Silva–. Se la voy a dar. Ya sabemos que usted no es Alexander. Es imposible que haya sido usted quien le haya comunicado a Berenger los planes de esta noche porque no tenía noticias de ellos. ¿Qué le parece?

Méndez sonrió con cierto cansancio acumulado.

–Esa es una buena noticia para usted. Pero no para mí. Yo ya sabía que no era Alexander.

Una llamada entró, en ese momento, en el móvil de Méndez.

–Es la oficina de Pilar Muro –dijo con un gesto de preocupación–. Sí, dígame... Buenas tardes, Primera Ministra... Siento no haber estado disponible pero estaba en medio de una operación que necesitaba la máxima discreción... Sí, me han puesto al día con lo de esta noche... No se preocupe. Estaré en el Pabellón y estaré atento a cualquier detalle. Vamos a tener todo controlado... En ese tema, no puedo darle buenas noticias. Hemos perdido la pista a Silva y a los agentes que le ayudaban... No, es sólo algo momentáneo. Tenemos vigilado su escondite. Antes o después, tendrán que volver y recuperaremos su rastro...

Méndez, quizás por las circunstancias, también había aprendido a interpretar una farsa. Aunque, en realidad, lo que podía estar sucediendo es que ya no podían distinguir lo que era farsa de lo que era realidad.

6

Esteban Miranda aparcó el coche a cuatro kilómetros del Parque del Sur. Dio a Mark instrucciones claras y sencillas.

–Espera en el asiento del conductor. Cuando esté volviendo, te llamaré al móvil y te diré que pongas el motor en marcha. Quita los seguros para que pueda entrar en el coche sin problemas. ¿Está claro?

–Sí. ¿Cómo me vas a avisar si hay algún problema?

–No sé si te podré avisar. Si en hora y media no he vuelto, te largas.

–¿Me largo? ¿Y qué voy a hacer yo solo?

–Cualquier cosa. Tienes el dinero. Vete lejos. Olvídate de todo. Si nos han engañado, nuestros propósitos habrán sido inútiles y no habrán merecido la pena. Pon tierra de por medio. Será lo mejor que puedas hacer.

El vehículo estaba aparcado junto a un punto del servicio municipal de alquiler de bicicletas. Esteban cogió una y se acercó con ella hasta el Parque. Se quedó en la entrada. Durante unos minutos, estuvo fijándose en las personas que iban pasando cerca de él. Tras descartar a varios de los transeúntes, acabó decantándose por una pareja de jóvenes, un chico y una chica, de unos veinte años, que paseaban, aburridos y sin propósito aparente, sin apenas intercambiar palabra. Se acercó a ellos de manera decidida y sin ningún tipo de titubeo.

–Hola, ¿qué tal?

–Hola –respondió la pareja al unísono.

–Os quiero proponer algo que va a servir para ganar un dinerillo fácil. Doscientos euros para cada uno.

El chico y la chica se miraron entre sí, desconfiados y escépticos.

–Lo que tenéis que hacer es muy fácil. Tenéis que pasaros por el quiosco de música. En uno de los bancos, habrá un sobre. Lo cogéis, me lo acerquéis y ya está.

–Todo esto me parece muy raro –dijo la chica–. ¿Vas a pagar cuatrocientos euros por esa gilipollez?

–Vale. No lo hagáis. ¿Cuánto tiempo creéis que voy a tardar en encontrar a alguien que lo haga? No anda muy bien la cosa como para dejar de ganar pasta por hacer una gilipollez, como tú dices.

El chico le dijo algo al oído a la chica. Después, fue la chica la que hizo lo mismo con el chico. El chico expresó sus recelos.

–Creemos que esto puede ser un rollo chungo. ¿Qué ocurre si nos para la policía?

–Pues lo que tenéis que hacer es decir la verdad. Y contadles quién os ha encargado el trabajo.

Esteban sacó su cartera, la abrió y empezó a buscar en ella hasta que encontró su documento de identidad. Sin dudar, lo extendió a la pareja para que se quedaran con él como si fuera una especie de garantía.

–Tomadlo. No me lo devolváis hasta que no hayáis vuelto con el sobre. No sé cómo os puedo dar más seguridad...

La chica cogió el documento y realizó un movimiento afirmativo de cabeza al joven, que aún no acababa de verlo claro.

–Vale. De acuerdo –dijo finalmente el chico–. Espera aquí que no tardamos mucho.

La pareja empezó a caminar con rapidez hacia el quiosco de música. El corazón de Esteban Miranda empezó a latir con fuerza. Él pensaba que su nerviosismo no tenía ninguna base: la policía no iba a hacer ninguna estupidez porque tenían amarrado el encuentro en el pabellón deportivo y, si se apartaban del guion acordado, iban a perder una oportunidad de oro para conseguir la información robada en el IIB. Pero, a pesar de ello, no podía evitar sentirse agitado por la tensión. Pensó que, realmente, el motivo no era la incertidumbre por lo que fuera a suceder en los próximos minutos sino la sensación de que el final de esa aventura desesperada ya estaba muy cerca. Y después, ¿qué? No lo sabía. Por primera vez en su vida, no lo había pensado. Por primera vez en su vida, no quería pensarlo. A lo mejor, no iba a tener la posibilidad de pensarlo: pudiera ser que le impusieran un futuro de forma tajante y brutal. Se contempló a sí mismo ante el vacío y la nada. No le importaba. Le agradaba poder estar ante un folio en blanco y escribir en él sin limitaciones ni ataduras.

La pareja regresaba caminando a gran velocidad. El chico llevaba un sobre en la mano. Él sacó los billetes del bolsillo interior de su chaqueta. No llegaron a hablar. Le entregaron el sobre y su documento de identidad y él les entregó el dinero. Se subió a la bicicleta y, pedaleando al mayor ritmo del que era capaz, empezó a marchar en dirección contraria a donde tenía aparcado el coche. Su intención era rodear el parque y comprobar si le seguían. Si fuera así, intentaría despistar a sus perseguidores. Pero todas sus precauciones fueron innecesarias. Nadie iba detrás de él. Tras dar una vuelta completa alrededor del Parque del Sur, tomó el camino hacia donde estaba el automóvil. Cuando estaba cerca, realizó la llamada prometida a Mark. Sintió todo su cuerpo inundado por un sudor pegajoso y frío. De repente, lo vio claro. Todo iba a resolverse muy pronto. Varias etapas oscuras de su vida se iban a cerrar de un solo golpe. Cuando estaba a diez metros del automóvil, se bajó de la bicicleta, la dejó tirada en el suelo y se sentó lo más rápido que pudo en el asiento del copiloto.

–Venga, Mark, sal de aquí pitando. Creo que no nos sigue nadie...

Mientras Mark escapaba a toda velocidad de ese lugar, Esteban revisó el contenido del sobre. Su contenido coincidía con el de las imágenes que Pilar Muro había enviado a su móvil. Ya no había impedimento alguno para que esa noche pudieran realizar la transacción que llevaban tanto tiempo esperando: un horizonte luminoso se abría ante ellos.

Méndez llamó a Silva y le explicó todos los pormenores del operativo que habían preparado alrededor del Pabellón Deportivo de Las Dunas. Adicionalmente, le envió a su móvil la foto de un croquis donde se explicaba con claridad la posición que iban a ocupar todos los efectivos. Los policías habían decidido que no iban a volver al piso donde se habían escondido la noche anterior. Pasaron todo el tiempo en el aparcamiento del centro comercial de la Estación del Norte. Cárdenas y Vila se pasaron por uno de los restaurantes de comida rápida que había allí instalados y pidieron el almuerzo para todos y lo llevaron a los coches. Méndez había llevado a Eva Soto a un hotel para que estuviera allí a salvo hasta que las circunstancias se hubieran calmado.

Quienes estaban más tranquilos eran Silva y Braulio Santiesteban: el peso de la experiencia estaba haciendo su trabajo. A Gómez, Vila y Cárdenas se les veía más inquietos. Pero parecía que estaban controlando con éxito sus nervios. Repasaron una y otra vez las alternativas que podían surgir en una situación en la que iba a haber una gran incertidumbre. Sólo podían sospechar lo que los matones de Berenger iban a hacer pero cualquier acción inesperada podía echar por tierra sus posibilidades de salvar con éxito la arriesgada apuesta que habían realizado. Todo iba a depender de cinco segundos en los que nada fallara.

Cárdenas era quien tenía más ganas de hablar. Recordaba películas policíacas, de acción y de género negro y encontraba paralelismos con la situación que iban a vivir. Se le veía animado. Pero, en un momento dado, no pudo disimular cómo se sentía realmente.

—¿Sabe una cosa, inspector? Hay una cosa que no se me quita de la cabeza... No dejan de venir a mi mente las imágenes de *Grupo salvaje* de Peckinpah... ¿La conoce? Unos bandidos veteranos cometen un atraco en un banco, entonces...

—Sí, la conozco —dijo Silva.

—Bueno, pues no puedo evitar recordar la secuencia final... Bueno, no es la secuencia final... Es casi el final. Cuando se produce el brutal tiroteo con el ejército mexicano... Y todos acaban mal... Y, claro, eso no me trae buen pálpito...

—Olvídese de esa película en este momento —dijo Silva—. Recuerde *Río Bravo* de Hawks. Ahí, en el tiroteo final, los buenos ganan. Verá cómo cambia su estado de ánimo.

Cárdenas entornó los ojos. Se quedó mirando a Silva durante unos segundos hasta que una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

—Inspector: ¡a usted también le gusta el cine...!

Silva se llevó el dedo índice a sus labios para pedirle al agente, de forma claramente irónica, que guardara silencio. Después de esta conversación, Cárdenas parecía estar más calmado.

* * *

La protección de la Primera Ministra estaba formada por una especie de tres anillos concéntricos. El primero, estaba en la cancha y en las gradas que constituían el escenario donde se estaba desarrollando el acto electoral. El segundo, se distribuía por los accesos y galerías del pabellón de deportes. El tercero, vigilaba el exterior del recinto. El comisario Solís, el inspector Méndez, y los

agentes Ana Valbuena, Sebastián Pérez, Luis Ceballos y Martín Zuloaga formaban parte de ese tercer anillo y se repartían en dos vehículos policiales que habían estacionado en el acceso oeste del pabellón. Era el punto en el que Esteban Miranda y Mark Cortés dijeron que se iban a presentar. La hora prevista para el encuentro era las nueve y media. En realidad, Esteban había dicho que llegarían unos minutos después. Eran las nueve y veinticinco. El comisario Solís no dejaba de dar vueltas alrededor de los automóviles. Méndez miraba hacia todos lados: sabía que, de cualquiera de ellos, iba a venir la agresión que descompondría todo el operativo. Pero la noche estaba extrañamente tranquila. Solís miró el reloj.

–Espero que sean puntuales –dijo el comisario con el semblante serio, básicamente con la intención de que el excesivo silencio no aumentara aún más la tensión que empezaba a dominar a todo el equipo.

Todos los policías, a través de los pinganillos, se mantenían en contacto con el resto de las fuerzas policiales ubicadas en el lugar. Eran las nueve y veintiocho cuando el guion de la situación se alteró sustancialmente. No hizo falta que les comunicaran que había novedades ya que, desde donde estaban, oyeron perfectamente los disparos al otro lado del pabellón. Solís se comunicó con el jefe del servicio de seguridad.

–Velázquez, ¿qué ocurre? Desde nuestra posición, oímos un tiroteo...

–¡Atención! –dijo Velázquez–. Estamos repeliendo un ataque en el acceso este del pabellón. Ataque en el acceso este del pabellón. Bloqueen todos los accesos. Repito: bloqueen todos los accesos. No podemos permitir que los atacantes accedan al recinto. Todos los efectivos del anillo exterior, diríjense al acceso este. Todos los efectivos del anillo exterior, al acceso este. Hay que repeler el ataque.

Solís dudaba. Pero, en realidad, había poco sobre lo que dudar. Cuando había vidas en peligro, cualquier otra prioridad que no fuera la de su protección pasaba a un segundo plano. Así que el comisario dio la orden inevitable pero sin poder evitar que una ola de rabia le invadiera sin remedio.

–¡Maldita sea! Vamos todos al acceso este... Tenemos que apoyar a nuestros compañeros.

–¿Por qué no nos quedamos aquí dos personas para esperar a Esteban Miranda y Mark Cortés? –dijo Ana Valbuena.

–Demasiados pocos efectivos para una situación como esta. Serían objetivos fáciles de abatir. Vamos todos al acceso este.

Méndez no puso objeciones a la decisión del comisario. Era lógica. Y, además, encajaba en lo que habían previsto: una maniobra de distracción para que los matones de Berenger tuvieran vía libre para conseguir la información del IIB. Ahora, solo había que dejar que la sorpresa que tenían preparada sirviera para dar un vuelco decisivo a la situación. Los policías se repartieron entre los dos vehículos y estos salieron a toda velocidad y sin perder tiempo hacia el lado contrario del pabellón.

Durante unos minutos, los alrededores del acceso oeste quedaron en quietud y silencio. A lo lejos, se oían disparos. Pero allí reinaba una falsa sensación de paz. A las diez menos veinticinco, un coche llegó al lugar. Circulaba a escasa velocidad, con absoluta cautela. Acabó colocándose frente a la entrada que estaba sirviendo de referencia para todos los que rondaban por la zona intentando salirse con la suya. Del coche, bajaron Esteban Miranda y Mark Cortés. Esteban miró a su alrededor con aire de perplejidad. Mark Cortés quería cruzar su mirada con la de su compañero con el fin de

inquirir una respuesta. Ninguno de los dos comprendía nada. Fue Mark quien reparó en los sonidos que pregonaban qué podía estar sucediendo.

–Escucha, Esteban. ¿Esos no son disparos?

Esteban puso atención y acabó realizando con su cabeza un movimiento afirmativo. Pero ninguno de los dos tuvo tiempo de reaccionar. Dos furgonetas irrumpieron desde la parte de detrás del pabellón y se pusieron a su altura en pocos segundos. Unos diez hombres armados y vestidos de negro se bajaron de ambos vehículos y formaron un semicírculo a su alrededor mientras los apuntaban con sus pistolas. Esteban y Mark tenían a su espalda el automóvil con el que habían llegado. La imagen pareció quedar congelada en un retablo de seres paralizados hasta que los movimientos de tres personas rompieron ese efímero embrujo. Uno de ellos era el último matón que quedaba por hacer acto de presencia, el cual arrastraba a Matías Miranda mientras le hacía sentir en su espalda su arma de fuego. El tercer personaje era un anciano vestido de blanco que se servía para caminar de un bastón con empuñadora dorada: David Berenger. Estas tres personas se colocaron frente a Esteban Mark con aire soberbio y arrogante.

–Buenas noches, señor Miranda –dijo David Berenger–. Como ve, la percepción que usted tenía sobre su capacidad de tener la iniciativa era completamente falsa. Esa iniciativa siempre ha sido nuestra. Lo siento. Ahora, su elección es muy simple. Deme el disco duro con la información y su hermano estará sano y salvo. Resístase y ninguno de ustedes saldrá vivo de aquí. Creo que tiene poco que pensar, ¿no?

Efectivamente, en ese instante, el bloqueo mental de Esteban Miranda era absoluto. No tenía opción. Pero la reacción de Matías alteró inesperadamente la relación de fuerzas.

–Esteban, no les vayas a dar nada –dijo con enorme serenidad–. No cedas ante ellos.

El matón que lo sujetaba le dio un golpe en la cabeza con la culata de su pistola. Esteban iba a lanzarse contra el agresor de su hermano pero todos los matones a la vez se pusieron en guardia para dispararle en caso de que se atreviera a hacerlo.

–Deje de decir estupideces –dijo David Berenger a Matías Miranda–. ¿Qué quieren? ¿Una muerte sin sentido? Han perdido. Acepten su derrota y hagamos que esto termine sin tardanza.

–Te lo repito, Esteban: no les des nada –volvió a decir Matías.

La tensión se disparó de forma impremeditada. Ni Berenger ni los matones comprendían qué pretendía conseguir Matías Miranda. Esteban llevó su mano a la empuñadora de la pistola que escondía bajo su chaqueta. De repente, uno de los matones no logró mantener el equilibrio en esa batalla de nervios y empezó a orientar claramente el punto de mira de su arma hacia Esteban con la intención de dispararle. Matías se dio cuenta. Sin pensarlo, dio un fuerte codazo en el estómago del matón que lo sujetaba y, mientras todos se fijaban en cómo este se desplomaba en el suelo, Matías se interpuso en la hipotética trayectoria del disparo que iba a ir dirigido contra su hermano. Las decisiones se acumularon desordenadamente en un par de segundos. El matón disparó contra Esteban justo antes de ver cómo Matías se colocaba entre ambos. La bala entró en su pecho como el mordisco sin piedad de una alimaña. La mirada de Matías se evaporó en la noche. Empezó a caer como un edificio que hubiera sido demolido por la dinamita. Esteban logró sujetarlo antes de que se desplomara en el suelo pero la fuerza de su caída fue superior a la capacidad de su hermano para mantenerlo en pie. Ambos acabaron derrumbados sobre el asfalto del aparcamiento del pabellón de deportes. Nadie sabía qué hacer. La cara de Mark Cortés era una saturación de pánico. Todos los

matones miraban a David Berenger implorándole una orden que sirviera para poner fin a la incertidumbre. Y David Berenger parecía no creer qué estaba sucediendo.

El único que logró hacerse una composición de lugar y tomar velozmente una decisión fue Esteban. Observó cómo todos los matones se fijaban en Berenger y se vio a sí mismo protegido por el ya cadáver de su hermano. Y resolvió el dilema del mismo modo que si hubiera tenido que despejar la equis de una ecuación. Sacó la pistola cuya empuñadura tenía agarrada, montó el arma y apuntó a David Berenger a la cabeza. Y, simplemente, disparó. La bala penetró justo entre las cejas del venerable anciano, en cuyo rostro quedó dibujada una expresión de sorpresa e incredulidad. Todos los matones se disponían a disparar contra Esteban y Mark pero, antes de que pudieran hacerlo, dos automóviles que estaban aparcados arrancaron sus motores y encendieron las luces largas, deslumbrándolos e imposibilitándoles para que pudieran tener una referencia visual clara. Los dos vehículos se acercaron hacia donde estaba todo el grupo. Cinco personas se bajaron de ambos vehículos y, a pesar del desequilibrio numérico, se aprovecharon de que su visión era clara y nítida por lo que, apuntando a su vez a los matones, se vieron capaces de imponerse sin que sus adversarios pudieran ofrecer una resistencia eficaz.

—Dejen las armas en el suelo y levanten las manos —dijo Silva—. Es inútil que se resistan.

Cuatro o cinco matones salieron corriendo hacia una de las furgonetas para escapar. El resto intentó disparar pero Silva, Braulio Santiesteban, Gómez, Vila y Cárdenas respondieron con decisión, abatiendo a todos los que empezaron a abrir fuego. Los policías dejaron que una de las furgonetas huyera. Los restantes matones estaban, malheridos, en el suelo. Silva se acercó al joven que sostenía a un cadáver en sus brazos.

—Supongo que ustedes son Esteban Miranda y Mark Cortés, ¿no?

—¿Por qué demonios no estaban aquí? —dijo Esteban visiblemente enojado—. ¡Tenían que estar aquí...!

—Ha habido imprevistos. Lo sentimos. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido. Estos tipos atacaron, primero, en otra zona del pabellón para desviar los efectivos que debían estar aquí. Si no hubiéramos estado en la retaguardia, ustedes también hubieran sido asesinados.

—¡Mi hermano ha muerto!¿Lo comprende?¡Mi hermano ha muerto!

—Lo comprendo, hijo, lo comprendo.

Silva puso una mano sobre el hombro de Esteban.

—Créame, lo siento. De verdad que lo siento. Hemos hecho lo que hemos podido.

Esteban Miranda empezó a llorar. Gómez se había acercado a Mark Cortés.

—¿Está bien?¿Está herido?

Mark Cortés negó con la cabeza. Aún estaba sin habla. Sus gestos aún estaban descoordinados y sacudidos por el horror.

Vila se acercó al cadáver de Berenger. Registró en sus bolsillos y encontró su teléfono móvil. Sin decir palabra, se lo mostró a Silva. Este realizó un gesto evidente de que pensaba que eso era un logro muy importante del que podían obtener frutos muy provechosos. El inspector y el resto de

policías empezaron a pensar que el plan de fuga en que se habían embarcado no iba a ser tan inútil como llegaron a temer.

Cuando todo parecía estar bajo control, un vehículo policial llegó a toda velocidad al lugar donde ellos estaban. Un policía delgado, de pelo canoso y expresión airada, descendió del automóvil y se acercó al punto donde estaban Esteban Miranda, Mark Cortés, Silva y el resto de policías.

—¿Qué coño sucede aquí? ¿Quiénes son ustedes?

Gómez levantó las manos y empezó a hablar con intención de tranquilizar los ánimos de quien, pensó, podía ser el comisario Solís.

—Soy el agente Alejandro Gómez. Somos policías. Estamos aquí como grupo de apoyo. El inspector José Francisco Méndez le confirmará lo que estoy diciendo.

Quien parecía ser uno de los jefes del operativo empezó a observar a los matones heridos, la furgoneta abandonada, los coches en los que Silva y el resto de policías habían llegado, a Esteban Miranda y a Mark Cortés. De repente, centró su atención en quienes se habían presentado como miembros de las fuerzas de seguridad y reparó en la persona que estaba junto al joven que sostenía un cadáver en sus brazos.

—Un momento. Usted es el inspector Silva, ¿no? —dijo incrédulo—. Usted es el policía que huyó de la cárcel hace dos días...

—Efectivamente. Así es. Pero, como le ha dicho mi compañero, el inspector Méndez le explicará todo.

En el rostro del interlocutor de Gómez se había dibujado una intensa expresión de asombro, asombro que sirvió para que guardara silencio durante los segundos justos como para que al vehículo del inspector Méndez le diera tiempo de llegar también al punto donde todos estaban. Méndez bajó del automóvil con tranquilidad: Silva había sabido prever con acierto cuál iba a ser la estrategia de Berenger y el plan que habían trazado se había saldado con éxito. El enfado del comisario Solís también estaba previsto por lo que sólo había que atenerse al guion que habían previamente imaginado.

—Méndez, a ver si me logra aclarar la cuestión que acaban de contarme —dijo el comisario Solís—. Supongo que no será cierto que usted ha incorporado, sin comunicárselo a sus superiores, un grupo de apoyo en el operativo, ¿no?

—Señor comisario, lo que le han dicho es cierto. Sé que no se trata de una actuación regular. Pero, dadas las circunstancias, que le expondré con detalle en la sede de la Brigada, era la única solución posible...

—Pero, vamos a ver, ¿usted me toma por gilipollas? ¿Cómo se atreve a decirme, con ese desparpajo, que ha tomado, por cuenta propia, una decisión que hubiera podido acabar con un tiroteo entre miembros del cuerpo de policía? ¿Cómo coño se atreve?

El comisario Solís se acercó violentamente a Méndez y le agarró por las solapas de la chaqueta.

—¡Me tiene hasta los cojones, Méndez! ¡Hasta los mismísimos cojones! ¡Le voy a abrir un expediente que se va a cagar! ¡No voy a parar hasta mandarlo a vigilar el peñasco más alejado de este puñetero país! ¡Juro que voy a hacer eso aunque sea lo último que haga en esta vida...!

Todos los policías que habían acompañado a Solís y a Méndez en los automóviles se esforzaban por separarlos pero la ira del comisario parecía incontrolable. Silva y su grupo se mantenían al margen. Cuando los ánimos parecían menos agitados, aunque sin estar del todo calmados, Méndez intentó, nuevamente, explicarse ante su jefe.

–Comisario, sé lo que está pensando. Pero cuando le revele qué ha estado sucediendo con la investigación, no tengo la menor duda de que verá todo de un modo distinto.

–Méndez, lo de hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso... A partir de hoy, voy a poner las cosas en su sitio. Y me da igual lo que diga la Primera Ministra...

–Se lo repito, comisario. Las cosas no son como usted se imagina. Vea lo que hemos conseguido. Si no hubiera habido un grupo actuando de incógnito, ahora mismo no tendríamos la información robada del IIB. Y, probablemente, Esteban Miranda y Mark Cortés habrían sido asesinados. Véalo desde ese punto de vista.

Silva contemplaba toda la escena con cierto hartazgo. Como estaba viendo que se prolongaba más de lo que resultaba deseable, avisó a Braulio Santiesteban.

–Braulio, ¿puedes venir aquí a hacer compañía a este chico? Quiero hablar con Solís y Méndez...

–Sí, Tomás, sin problema.

Tras dejar a su antiguo jefe con Esteban Miranda, Silva se acercó con cautela a la brutal discusión cuyo grado de encarnizamiento parecía de nuevo intensificarse. Empezó a hablar con suavidad y fue como si una ligera lluvia consiguiese apagar un incendio que parecía invencible.

–Buenas noches. Si me permiten, me gustaría decirles algo. Todos nosotros hemos arriesgado nuestras vidas para conseguir una información que llevamos varios meses buscando. Ya la tenemos. Hay dos personas que están aterrorizadas y que, ahora mismo, viendo cómo nos estamos peleando, probablemente no entenderán nada. ¿Por qué no nos dedicamos a analizar la información y a atender a quienes nos la han entregado? Creo que será más útil y provechoso.

El comisario Solís miró a Silva y a Méndez con cara de pocos amigos. Pero acabó comprendiendo que, en ese momento, lo mejor era aprovechar que habían conseguido cumplir con el objetivo que se había mostrado tan esquivo.

–Está bien. Creo que tiene razón. Culminemos esta maldita investigación. Ya habrá tiempo para ajustar cuentas.

8

Silva tuvo que acudir a la máquina del café. La niebla seguía ahí, ante él, acompañada de un aire somnoliento y extenuante. Tenía que estar en la Brigada pero sus cometidos sólo podían ser limitados. Algo similar ocurría con el resto de policías que lo habían acompañado en su huida. De momento, el trabajo de todos ellos había concluido. Iban a construir un relato parecido al que, originalmente, Méndez había trazado pero perfilando mejor los términos de la finalidad que habría tenido la infiltración de Silva en la cárcel. Ahora, el objeto de la investigación era, claramente, la obtención de la información robada en el IIB. Gracias a las pesquisas de Silva, la Brigada de

Delincuencia Económica habría podido contactar con Esteban Miranda y Mark Cortés. A ambos se les ofrecería entrar en un programa de protección de testigos. Gracias a los datos que habían aportado, se iba a poder conocer la identidad de centenares de defraudadores y la administración tributaria iba a poder recaudar gran cantidad de recursos económicos que, de otro modo, habrían quedado exentos de cumplir con sus obligaciones fiscales. La actuación del inspector Silva habría sido decisiva para este gran éxito por lo que sería condecorado de manera acorde a sus méritos. Quedaban muchos flecos por completar para que ese relato pudiera hacerse público. Pero, en todos esos flecos, el papel que habían asignado a Silva, Braulio Santiesteban, Gómez, Vila y Cárdenas era meramente testimonial.

Tras los sucesos en el aparcamiento del Pabellón Deportivo de Las Dunas, Esteban Miranda y Mark Cortés fueron llevados a la sede de la Brigada. El interrogatorio fue dirigido por el comisario Solís y el inspector Méndez pero se permitió que Silva estuviera presente como observador. Esteban y Mark estaban tranquilos. Contemplándolos, casi se podía afirmar con absoluta rotundidad que se sentían liberados. En la hora durante la que se prolongó la conversación de los policías con ambos jóvenes, el estado de ánimo de todos ellos fue crecientemente positivo. Esteban y Mark tenían un espíritu de colaboración claro e inequívoco y Solís, Méndez y Silva fueron consolidando progresivamente la certeza de que no debían tener ninguna actitud defensiva respecto a los interrogados, que estaban dispuestos a explicar todos los detalles de las cuestiones sobre las que se les preguntaba y no manifestaban ninguna intención de ocultar nada. Lo más importante de todo era que, por fin, tenían en sus manos la información que llevaban varios meses buscando. Todas las personas que estaban en la sala de interrogatorios se vieron invadidos por una extraña sensación, mezcla de euforia contenida e indecisión agitada, cuando Mark Cortés colocó dos discos duros sobre la mesa alrededor de la cual estaban sentados.

–Supongo que se preguntarán por qué hay dos discos duros –dijo Mark–. Este es el que utilicé para volcar la información que guardaba el centro de proceso de datos del IIB. En ese otro, hice una copia de esa información. Mi intención inicial era entregar ambos a Julio, la persona que me propuso extraer los datos que manejaba el banco donde yo trabajaba. Pero, conforme pasaban los días, mi desconfianza hacia Julio se fue haciendo cada vez mayor. Por lo tanto, me callé que había un segundo disco duro, exactamente igual que el original. El día que conocí a Esteban, descubrí que Julio trabajaba para Claudio Montellano. Por tanto, confirmé que había hecho bien en hacer un duplicado del disco duro. Porque, lo más probable, es que, en el primero, Julio haya borrado toda la información relativa a ese político. Por lo tanto, es este segundo disco el que les tiene que servir de referencia.

El comisario Solís tomó ambos discos duros y se los entregó a Méndez.

–Que ambos sean revisados por los analistas –dijo con un tono solemne que le hizo gracia al inspector: después de su pelea junto al pabellón de deportes, esa actitud le parecía un arrebato de dignidad que no acababa de reparar la conducta impropia que había tenido un par de horas antes.

Un aspecto sobre el que tanto los policías como los interrogados hicieron correr un tupido velo fue el destino de las dos personas que habían colaborado con Mark en su huida del Enclave. Realmente, aparte del propio Mark, quien sabía la verdad era el inspector Silva, que creyó haber podido reconstruir, con un grado de verosimilitud que consideraba razonable, lo que había sucedido: por un lado, las manchas de sangre en la casa que había encontrado en la primera casa que había servido de escondite a Mark y, por otro, el cadáver de Julio Ortigosa en la fábrica abandonada dibujaban un retrato preciso de lo que había podido suceder. Pero consideró que, en ese momento, ahondar en esa cuestión no iba a servir para mucho. Además, no tuvo una clara oportunidad de entrar en ella

porque el comisario quería concluir con prontitud el interrogatorio y dejar resuelto el tema de los dos jóvenes.

–Les puedo confirmar que hoy mismo van a entrar en el programa de protección de testigos. No queremos que queden desprotegidos un solo segundo ni que tengan ninguna inquietud por lo que va a suceder. Como pueden comprobar, no tienen por qué tener ninguna duda sobre nuestra buena voluntad hacia ustedes.

–Perdone, señor comisario –dijo Esteban Miranda–. Pero yo no voy a entrar en ese programa.

Mark Cortés miró a Esteban con cara de sorpresa.

–¿Está seguro de lo que dice? –dijo el comisario–. Puede correr serio peligro...

–Quizás. Pero, en realidad, no me necesitan. Quien conoce los detalles de la operatoria del IIB y puede aclarar la estructura de la información que han recibido es Mark. Poco puedo decir yo al respecto. Yo he sido un simple intermediario que de poco les puede servir. A partir de ahí, si quiero correr riesgos o no, ya es completamente asunto mío.

–Le pediría que no se precipitara –dijo Méndez–. Tómese su tiempo...

–Ya me he tomado el tiempo que necesito para decidir. Mire, toda mi vida ha sido una sucesión de páginas incompletas. No quiero añadir varias más a mi biografía. Quiero empezar a cerrar episodios que tengo medio abiertos...

–Nos ha sido de gran ayuda –dijo el comisario–. Si en cualquier momento necesita nuestra protección, no dude en ponerse en contacto con nosotros...

–Piénsalo bien, Esteban –dijo Mark.

–Ya lo hecho –dijo Esteban zanjando la conversación.

* * *

Conforme avanzaba la noche, los analistas confirmaron lo que Mark había sospechado. El primer disco duro había sido manipulado y, en él, no aparecía ningún dato sobre Claudio Montellano. Pero en el que era copia de la información original, sí los había y con la suficiente enjundia como para arruinar la imagen de honradez del político. Silva sabía que Pilar Muro no dejaba de llamar a Méndez y que las noticias que este le iba dando eran crecientemente optimistas. Ya habría tiempo de aclarar conceptos con su colega pero, de momento, Silva sentía que había aspectos de la investigación que, sospechosamente, estaban siendo dados de lado. Aunque el café de la máquina no era demasiado bueno, al menos le sirvió para hacer un paréntesis mental que le iba a venir muy bien. Cuando aún no había terminado de beber, Gómez acudió a hacerle compañía. Echó unas cuantas monedas y pidió un descafeinado.

–Jefe, me gustaría preguntarle algo...

–Diga, Gómez.

–¿No le hubiese gustado haber echado el guante a Berenger y llevarlo ante la justicia?

–Sí, me hubiera gustado. Pero no sé si hubiéramos podido hacerlo. Su pasaporte diplomático era un obstáculo insalvable. Pero, como ve, la vida hace extrañas jugarretas. Al final, ha recibido su castigo. Hubiera podido no recibirlo. Yo no creo que los criminales siempre paguen por lo que han hecho.

Muchas veces, muchísimas, no es así. Y esta noche, hubiera podido ser una de ellas. Si hubiéramos atrapado vivo a ese tipo, hubiera dicho que era agregado comercial de las islas Greyson, lo hubiéramos tenido que dejar libre y, a continuación, se hubiera ido directamente al aeropuerto y se hubiera largado del país. Con esto, quiero decirle que la línea entre la justicia y la impunidad es demasiado fina como para que nos podamos sentir siempre satisfechos.

—Claro que no nos podemos sentir satisfechos. Y, sobre todo, si hablamos de este caso. Porque hay algo que todavía no hemos resuelto.

—Sí. Lo sé. Alexander.

—¿Quién es Alexander, jefe?

—No lo sé. Pero no pierdo la esperanza de llegar a saberlo. Ni me voy a olvidar un solo segundo de que me prometí a mí mismo que aprovecharía la más mínima oportunidad que se me presentara para llegar a averiguarlo.

—¿Cree que se presentarán muchas oportunidades?

—No se tienen que presentar muchas. Se tiene que presentar una y que sea buena. Con eso, sería suficiente.

9

La mañana del jueves fue una explosión de estupor que provocó un choque de sensaciones enfrentadas de difícil asimilación. Tres de los periódicos de mayor tirada del país publicaban en primera página los datos de la cuenta bancaria que Claudio Montellano tenía en el Enclave. Una cuenta que llevaba abierta más de dos décadas y cuyo saldo fue subiendo año tras año hasta engrosar una considerable fortuna que desmentía las promesas de honradez y regeneración que el político había estado haciendo durante toda la campaña electoral. Muchos de los partidarios de Claudio Montellano no confiaban en la fiabilidad de la noticia y a ese factor se aferraron Agustín Covarrubias y María Benavides para diseñar una reacción que permitiera amortiguar los daños que la información iba a provocar al candidato en la jornada electoral del día siguiente. Pero, cuando tenían alguna esperanza de que podían remontar el golpe, dos de los programas de televisión matinales empezaron a ampliar los datos que la prensa había publicado. Los ingresos en la cuenta de Claudio Montellano provenían de ocho sociedades que, a su vez, se habían lucrado de un conjunto de operaciones inmobiliarias en las que varios políticos del Partido Moderado habían jugado un papel decisivo. A partir de ese momento, renunciaron a presentar argumentos consistentes y todos sus mensajes giraban en torno a un concepto simple y desesperado: la información que se estaba divulgando era una patraña organizada por Pilar Muro para evitar una derrota que, de otro modo, sería inevitable. Sabían que esa estrategia no iba a servir para nada: de hecho, conforme avanzaba el día, los partidarios de Claudio Montellano se iban desinflando y muchos de los miembros prominentes del partido que le habían estado apoyando empezaron a hacer públicas notas de prensa en las que cambiaban inequívocamente de postura. Incluso Carlos Peña dio una rueda de prensa para manifestar que pasaba a ser neutral en la batalla entre los dos candidatos de las elecciones primarias.

Claudio Montellano no acababa de creerse lo que estaba sucediendo. Mantuvo la calma porque prefirió aislarse en una burbuja de fantasía en la que la catarata de noticias que estaba demoliendo su candidatura no estaba teniendo ningún efecto sobre sus posibilidades de victoria. Entre insultos a Pilar Muro y pronósticos de que lo único que iban a conseguir es que obtuviera más del noventa por ciento de los votos en la capital transcurrió su mañana. Una mañana en la que él fue la persona menos consciente del país sobre la cuestión de cuál iba a ser su futuro inmediato. Al menos, eso permitió a sus colaboradores tener las manos libres para poder improvisar y ejecutar un plan de defensa que, al menos, le permitiera obtener al final unos resultados mínimamente dignos: escaso consuelo cuando habían tenido el éxito al alcance de la mano.

A las dos de la tarde, en la sede de la candidatura reinaba un ambiente de funeral que era el mejor presagio de lo que iba a suceder al día siguiente. Los actos programados del candidato fueron suspendidos. Todos los colaboradores e integrantes del equipo de Claudio Montellano lanzaban miradas implorantes a Agustín Covarrubias y María Benavides con el fin de poder recuperar una brizna de ilusión y no tener que admitir que tanto esfuerzo había sido baldío. Pero las televisiones seguían ahondando en una herida cuya hemorragia no hacía más que intensificarse conforme pasaban las horas. Sólo había una conclusión posible: todo estaba acabado.

María Benavides se encerró en su despacho. No quería hablar con nadie. ¿Había ella intuido cuáles podían ser las consecuencias del favor que iba a hacer a Esteban Miranda? Realmente, no. ¿Se lamentaba de haberlo hecho? Tampoco. Puso su mente en blanco. Durante diez minutos, no pensó en nada. Logró abstraerse en medio del naufragio. Pero, en realidad, la denominación de naufragio a lo que estaba sucediendo no era más que un tributo perezoso pagado al convencionalismo y a la superficialidad. Y aunque pudiera seguir utilizándose la palabra “naufragio”, no tenía por qué ser su naufragio sino, simplemente, el naufragio de otro, un naufragio ajeno que no tenía por qué acabarle afectando, un naufragio al que podría sobrevivir porque, en realidad, ya tenía preparado su propio bote salvavidas. Y lo más curioso es que ella no tuvo que ir a él sino que él fue a ella como la consecuencia inevitable de un mecanismo invisible que actuara por encima de sus voluntades: María Benavides recibió una llamada en su móvil. Era Pilar Muro. En esta ocasión, no había sido ella quien había tomado la iniciativa. Había sido la propia Primera Ministra quien había dado el primer paso.

—Sí, Pilar, dime.

—¿Cómo estás, María? ¿Eres consciente de que, sin tu ayuda, no hubiera podido suceder todo lo que ha sucedido esta mañana?

—Sí. Lo sé. Y ha sido algo simple pero efectivo. La solución ideal.

—¿Qué se está diciendo por ahí?

—Todos te echan la culpa a ti. Pero nadie sabe por dónde ha podido venir el golpe. Claudio Montellano no cuenta: ahora mismo, está fuera de la realidad. Todavía piensa que mañana va a ganar.

—Eso va a ser imposible. Todavía quedan unas horas en las que aún va a salir más información. Y mañana por la mañana, va a seguir la fiesta. Claudio Montellano está acabado...

—Me alegro por tí, Pilar. Pero eso me coloca en una situación incómoda. ¿Qué va a ser de mí a partir de ahora?

—Si quieres, tienes una salida sencilla: formar parte de mi equipo.

–Por mí, estupendo, Pilar. Estoy deseando acabar con este papel que he tenido que interpretar durante todos estos meses y empezar a colaborar con quien verdaderamente considero que debe ser la líder de este país.

–Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

María Benavides no tenía claro a qué se refería la Primera Ministra. Durante unos segundos, hizo un rápido repaso mental sobre las conversaciones que había tenido con Pilar Muro y no recordó ninguna mención que ella le hubiera podido hacer sobre esa cuestión.

–¿Qué es lo que tengo que hacer, Pilar?

–Sé que fuiste reacia pero, en este momento, es la solución a todos tus problemas. Si quieres, puedo avisar a Berta Ríos. O, si prefieres hablar tú mismo con ella, te puedo dar su número de teléfono...

–Ya tengo el teléfono de Berta Ríos, Pilar. Pero, ¿para qué tengo que hablar con ella?

–Tienes que hacer público que sufriste una agresión sexual por parte de Claudio Montellano.

–Pero, Pilar, eso no tiene sentido. Claudio ya está acabado. ¿Por qué tengo que hacer eso?

–¿Qué pretendes? ¿Que te dé un cargo en mi equipo después de que hayas sido una de las principales colaboradoras de Claudio? Eso sería imposible de explicar y defender. Pero todo sería diferente si denuncias que has sufrido una violación. Entonces, el integrarte en mi equipo sería un acto de justicia.

–Pilar, ¿de verdad que vas a hacer que hable en los medios de comunicación, delante de todo el país, sobre ese tema? Estoy dispuesta a presentar una denuncia contra Claudio... Que sea la justicia la que...

–María, no seas ingenua. ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que la justicia decida? Y, sobre todo, ¿cómo sabes que el resultado vaya a ser una sentencia que te dé la razón? No hay pruebas. Va a ser tu palabra contra la suya. Pero una entrevista en los medios es algo completamente distinto. Todos te pueden creer sin necesidad de sentencia judicial. Y si te creen, una corriente de simpatía fluirá hacia ti. Nadie va a protestar porque te integre en mi equipo. Esa es la solución. Piénsalo.

Eso último era un mero brindis al sol: apenas iba a tener posibilidades de pensar a fondo sobre cuál iba a ser su decisión final. Dos horas, como mucho, teniendo en cuenta que se necesitaba tiempo para que, no más allá de esa noche, se pudiera emitir la entrevista. Al día siguiente, cualquier reflexión sería innecesaria. Una vez que pasaran las primarias, Claudio Montellano sería un cadáver político y las prioridades informativas ya serían otras. Así que su dilema era claro: ¿iba a ceder a la exigencia de Pilar Muro para convertir su violación en objeto central de un espectáculo público? ¿Era razonable la exigencia? ¿Era razonable que ella cediera ante la misma? Lo que ella creyó que era delirio no era tal: María Benavides seguía corriendo, realmente, sobre una cinta de Moebius infinita.

* * *

Claudio Montellano estaba pendiente del televisor a todas horas. Pasaba de un canal a otro siguiendo puntualmente la crónica de su derrumbamiento. Agustín Covarrubias lo acompañaba con resignación y, en su fuero interno, con la duda de si la insistencia de Claudio en que, al final, conseguiría la victoria en las primarias podía corresponder a la realidad. Unas elecciones eran siempre imprevisibles y los votantes podían acabar guiándose por los criterios más sorprendentes.

Pilar Muro quiso hacer una declaración pública sobre lo que estaba siendo, prácticamente, el único tema de los informativos de la jornada. Declaró que las prácticas en las que Claudio Montellano podría estar inmerso eran una lacra del pasado que ella ya se estaba encargando de extirpar por completo del Partido Moderado, que había nacido una nueva época y que estaba claro que la única intención que su rival en las primarias habría tenido era la de ocultar una trayectoria vergonzante y contraria a los postulados de honradez que se había dedicado a pregonar. A Agustín, las palabras de Pilar Muro le parecieron convincentes. Claudio seguía pensando que Pilar carecía de credibilidad: ella formaba parte del estado de cosas con las que el electorado quería terminar. Y que una maniobra tan burda como la que estaban llevando a cabo no podría tener éxito.

De repente, los programas sobre la cuenta de Claudio Montellano en el Enclave quedaron interrumpidos. Se podía pensar que la carnicería había concluido. Fueron pasando de un canal a otro hasta que vieron que, en la televisión pública, empezaba un especial informativo. Su presentadora era Berta Ríos. Pensaron que iba a ser una continuación del bombardeo. Claudio soltó el mando a distancia. Sabía que Berta Ríos no era una de sus aliadas y quería ver por dónde lo iba a atacar.

–Buenas noches –empezó diciendo la periodista–. Iniciamos aquí un programa en directo en el que les vamos a presentar una primicia informativa que añade una nueva dimensión a las elecciones primarias que mañana celebra el Partido Moderado. Si esta mañana nos hemos despertado con las informaciones sobre el patrimonio que Claudio Montellano escondía en el Enclave, ahora vamos a presentarles un aspecto de la personalidad del candidato que, con toda probabilidad, será determinante en los resultados de mañana. Está con nosotros María Benavides. María Benavides forma parte del equipo del señor Montellano. De hecho, es la segunda persona al mando, inmediatamente por detrás del jefe de campaña, Agustín Covarrubias. María Benavides está aquí para denunciar que ha sufrido una agresión sexual por parte del político. Buenas noches, María.

–Buenas noches, Berta.

Claudio Montellano se levantó de su butaca y se acercó al televisor. Parecía no creer lo que estaba contemplando.

–Pero, ¿qué coño es esto? ¿Qué está sucediendo aquí? Agustín, busca a María y tráela aquí inmediatamente.

–Pero, Claudio, ¿qué estás diciendo? ¿No ves que María está en los estudios de la televisión pública? Esa que ves ahí es María.

–Fue el día de la detención de José Luis Ugarte –dijo María Benavides a Berta Ríos–. Los dos nos quedamos solos en la habitación que el abogado había ocupado. Entonces, cerró la puerta y...

María empezó a llorar. Berta Ríos le cogió la mano para consolarla y ayudarla en el duro trance por el que estaba pasando.

Claudio Montellano seguía de pie ante una imagen que parecía tenerlo hipnotizado. Agustín Covarrubias se levantó y se acercó a la mesa en la que había estado trabajando. Apagó el ordenador portátil y empezó a recoger sus papeles. Guardó todo en su maletín. Se acercó a Claudio Montellano y le tendió la mano.

–Bueno, Claudio, espero que tengas suerte en el futuro. Ha sido un placer trabajar contigo.

Claudio Montellano le estrechó la mano sin ser plenamente consciente de qué estaba haciendo. Agustín Covarrubias salió del despacho como un espectro que tuviera culpas por purgar. El candidato cuyo destino iba a ser el de una derrota humillante seguía de pie, ante el televisor, sin comprender las palabras de la persona que, entre lágrimas, narraba a la audiencia la dolorosa experiencia que había sufrido.

—No pude hacer nada por escaparme. Estaba sobre mí, fuera de control... No pude impedir que hiciera conmigo todo lo que quiso.

10

Los acontecimientos se precipitaron. La Brigada de Delincuencia Económica se presentó tanto en la casa como en la sede electoral de Claudio Montellano y realizó un registro exhaustivo. Aparte de recopilar toda la información económica sobre su campaña, localizaron el disco duro con todos los datos del bufete Ugarte-Esquivias. Los analistas no tardaron en averiguar de qué se trataba y la Brigada dio el siguiente paso lógico: se presentó en el hotel donde se hospedaba José Ángel Esquivias y lo trasladaron a sus dependencias para interrogarlo. En el interrogatorio, estuvo presente Méndez. El abogado se vino inmediatamente abajo: en parte, por la sucesión de golpes que había sufrido en las últimas veinticuatro horas; en parte, por la promesa que había recibido de que su colaboración en el asunto del robo de información del IIB iba a ser recompensada; en parte, porque su agotamiento (absoluto y total) le impedía tomar cualquier otro camino. Aparte de conseguir la información extraída del Enclave, la Brigada había conseguido, el mismo día, cazar al bufete de abogados que era una pieza esencial en la evasión de capitales y en el blanqueo de dinero en el país. El relato que habían pergeñado sobre Silva y su fuga de la cárcel podía ser enriquecido con nuevos detalles.

La oficina de la Primera Ministra había reservado, a nombre de una identidad falsa, una enorme *suite* en la última planta del Hotel Luxe Star. Desde ella, Eduardo Díaz había estado organizando toda la operación que, en la jornada, habían ejecutado contra Claudio Montellano. Allí, también pasaron bastantes horas Méndez y su grupo y Silva y todos los policías que habían colaborado con él. En el amplio dormitorio, Eduardo Díaz había instalado su despacho. En el salón que lo antecedía, montaron su base de operaciones los policías y los integrantes del equipo de la Primera Ministra que habían ayudado en las maniobras que habían provocado la ruina del rival de Pilar Muro. Quedaba por resolver un importante tema judicial pendiente: las acusaciones contra el inspector de haber asesinado a Pablo Bernal. Eduardo Díaz hizo llamar al juez Benegas y al fiscal Téllez para poner punto final a esa cuestión. Serían las nueve de la noche cuando ambos llegaron al hotel. El fiscal estuvo, desde el principio, de acuerdo con la solución propuesta por el jefe de gabinete de la Primera Ministra. Pero el juez se resistía a dar su consentimiento.

—Mire, señor juez —dijo Eduardo Díaz—. Usted sabe que las pruebas contra el inspector Silva son inconsistentes. Usted sabe que no hay móvil. Tenemos la confesión de José Ángel Esquivias sobre que David Berenger le reveló que él preparó el asesinato del político para culpar a Silva y hacer que abandonara la investigación. Todo encaja. Alargar esta situación sería absurdo y perjudicaría a todos: a usted, a la justicia, al gobierno, a la policía, al inspector... En cambio, si damos por buena la hipótesis razonable, todo se resolvería esta misma noche. Y le repito lo que le acabo de decir: la hipótesis razonable. No queremos hacerle comulgar con ruedas de molino. Queremos que se imponga, pura y simplemente, el sentido común.

—Señor Díaz, quiere que pase por alto toda una sucesión de irregularidades. La primera, la extraña forma de actuar del inspector la noche del asesinato de Pablo Bernal. La segunda, su fuga de la cárcel. La tercera, la forma en que, según parece, José Ángel Esquivias les reveló lo que David Berenger le había manifestado sobre ese asesinato... No digo que lo que usted expone sea falso. Pero me parece que lo que ustedes quieren es que yo cierre los ojos ante unos procedimientos completamente al margen de la ley. Y eso no puedo hacerlo.

Eduardo Díaz clavó sus ojos en el rostro rígido e inflexible del juez. Empezó a dar vueltas por la *suite* con aire reflexivo. Finalmente, cogió una silla, la colocó frente al juez y se sentó en ella.

—Señor juez, vamos a hablar claro. Su empecinamiento empieza a ser absurdo. Creo que, antes, tenía su lógica. Pero, ahora, ha dejado de tener sentido. Y espero que lo comprenda para que no tengamos que estar aquí toda la noche manteniendo una conversación absurda. A ver, creo que usted insistió en montar y mantener la acusación contra el inspector Silva porque había alguien que le estaba estimulando a ello. ¿Qué sucedía si el inspector Silva era acusado? Pues que, obviamente, no podía seguir con la investigación que estaba llevando a cabo. Pero no solo eso. Ni él, ni su grupo, ni el inspector Méndez. Era una acusación que provocaba que, sobre todos los policías que estaban colaborando con él, cayera la sombra de la duda. Eso ha puesto en dificultades a la Primera Ministra. La investigación sobre la información del IIB era una pieza esencial en su acción contra la corrupción en este país. Y la parálisis de la investigación era un golpe brutal a su campaña. De hecho, en cuanto hemos conseguido esa información, le hemos dado la vuelta a la situación en menos de veinticuatro horas. ¿A quién ha beneficiado que la investigación no haya avanzado al ritmo que deseábamos? La respuesta es clara: Claudio Montellano. Ante ello, le voy a hacer una pregunta clara y se la voy a hacer sin tapujos: ¿qué le prometió Claudio Montellano a cambio de mantener la acusación contra el inspector Silva?

El juez Benegas no pudo articular palabra tras el discurso perfectamente elaborado de Eduardo Díaz. Este había arriesgado en sus insinuaciones pero, ante la reacción del magistrado, se convenció de que había acertado en su apuesta.

—Me prometió que, de ser Primer Ministro, sería nombrado juez del Tribunal Supremo.

—¡Vaya! Claudio, siempre tan excesivo. Vamos a hacer una cosa. Está claro que usted, en este momento, no puede tener aspiraciones tan elevadas. Sobre todo, después de que su protector tenga tan poco futuro en política. Así que le propongo algo más modesto pero que, pienso, es más de lo que podría conseguir si sigue la línea equivocada en la que está. Retire la acusación contra Silva, dé por buena la versión de José Ángel Esquivias y le prometo que, en dos o tres meses, es usted magistrado del Tribunal Regional de Justicia. ¿Qué le parece?

El juez Benegas reflexionó. Al cabo de un minuto, habló con una arrogancia que, tanto a Eduardo Díaz como al fiscal Téllez, les pareció fuera de lugar tras la revelación de los motivos que explicaban su, hasta ese momento, inexplicable conducta.

—Creo que estoy de acuerdo con usted, señor Díaz, en que, en esta coyuntura, debemos encontrar una solución que sea satisfactoria para todos. Nos hemos jugado mucho en este envite. Todos nos hemos jugado mucho. Hemos tenido que actuar en medio de un juego de sombras, engaños y máscaras. No sería justo que cualquiera de nosotros saliera perjudicado. No sería aceptable que alguno de nosotros pudiera ser la víctima involuntaria de una trama de engaños y ocultamientos... Considero muy razonable su propuesta, señor Díaz.

—De acuerdo. Entonces, vamos a dejar todo aclarado esta misma noche.

Eduardo Díaz abrió la puerta del dormitorio y llamó a Méndez y Silva, que esperaban en el salón de la *suite*. Una vez reunidos los cinco, el jefe de gabinete de Pilar Muro resumió los hechos que iban a ser presentados como versión oficial de la detención de Silva, su posterior fuga de la cárcel, las pesquisas para conseguir la información extraída del IIB, el hallazgo de la cuenta oculta de Claudio Montellano y la detención final de José Ángel Esquivias. Todo parecía formar un relato coherente. Eduardo Díaz presentó a Silva una declaración ya redactada que iba a servir al juez Benegas para retirar sus acusaciones contra él y dejarle en libertad.

–Léala y fírmela. Con ello, puede considerar que sus problemas han terminado. Me gustaría anticiparles que tanto usted como Méndez, Gómez, Vila, Cárdenas, Valbuena, Ceballos, Pérez y Zuloaga van a ser condecorados. La agente Salvador también va a ser condecorada a título póstumo. Tendremos que ver cómo lo hacemos con Braulio Santiesteban. Es un policía ya jubilado por lo que habrá que buscar una solución imaginativa. Igualmente, vamos a condecorar al comisario Solís. Sabemos que ni la Primera Ministra ni yo le caemos muy bien. Así que no queremos añadir más leña al fuego haciéndonos culpables de más agravios contra él, reales o imaginados. Con esto, podemos considerar resuelto el caso. Tenemos información sobre centenares de defraudadores. Hemos acabado con un bufete que les ayudaba a ocultar el dinero defraudado. Hemos acabado con una banda mafiosa. Señores, creo que todos debemos felicitarlos.

Silva leyó la declaración que le habían preparado. La firmó con cierta desgana.

–Creo que sería conveniente que esta noche dejáramos solventados todos los trámites –dijo Eduardo Díaz–. Méndez, debería acompañar al señor juez y al señor fiscal al aeropuerto. Deben volver a su ciudad y dejar todo listo para que, mañana por la mañana, Silva esté liberado de la acusación que recayó sobre él. Mañana, en los medios de comunicación, se va a publicar que fue David Berenger el culpable de la muerte de Pablo Bernal. No sería lógico que Silva continuara siendo acusado. Tendríamos que perder el tiempo en dar explicaciones sobre ese extremo. Y este viernes va a ser un día de triunfo para Pilar Muro. Es lo único de lo que vamos a querer hablar. No podemos permitir que ningún elemento distorsione o haga perder fuerza a esa idea central. Por otro lado, Gómez, Vila, Cárdenas y Santiesteban deberían ir a la Brigada y coordinar con su grupo, Méndez, cómo va a ser la versión que vamos a dar sobre la fuga de Silva. Necesitamos explicar que ustedes estaban al tanto de la operación. Preparen toda la documentación que sea necesaria...

–Señor Díaz, tendremos que manipular las fechas de los documentos... –dijo Méndez.

–¿Qué quiere? ¿Que le dé mi consentimiento? ¿Que se lo dé la Primera Ministra? Se lo damos, Méndez, se lo damos. Pero, por favor, que esta noche quede todo solventado... Bueno, creo que ya está todo. Méndez, ¿dónde tiene el vehículo?

–En el aparcamiento del hotel.

–Bien, señor juez, señor fiscal, les acompaño hasta allí. Silva, quédese aquí si quiere. Y disfrute del momento. Vuelve a ser un hombre libre. Vuelve a ser un policía de éxito. Mi más sincera enhorabuena.

–Muchas gracias, señor Díaz.

Todos se marcharon. En el salón de la *suite*, sólo estaban dos de los escoltas del jefe de gabinete de la Primera Ministra. Silva se quedó en el dormitorio. Estaba casi sumido en la penumbra: sólo había encendida la débil luz de un flexo. A pesar de las palabras de Eduardo Díaz, no podía decir que estuviera plenamente satisfecho. En realidad, un íntimo malestar le estaba mordiendo en el estómago. Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas con el fin de intentar olvidar lo que le

preocupaba. Salió al balcón de la *suite*. El frescor de la noche le despejó la mente. Volvió al dormitorio. La mesa donde había estado trabajando Eduardo Díaz estaba llena de papeles y había dos o tres libros sobre ella. Echó un vistazo a los libros. Los volvió a dejar sobre la mesa. La niebla seguía ocupando su cerebro.

* * *

Eduardo Díaz volvió al cabo de diez minutos. Estaba exultante. Le sorprendió ver a Silva con un semblante tan serio.

—¿Qué le sucede, inspector? No le veo muy animado.

—Es deformación profesional del policía, señor Díaz. El problema es que el caso no está resuelto del todo. De hecho, queda por resolver la cuestión principal. Aquella por la que, hace un año, nos embarcamos en una investigación con la que no hemos dejado de correr un riesgo detrás de otro.

—¿A qué se refiere?

—No sabemos quién es Alexander. Y, mientras no lo sepamos, yo no me puedo dar por satisfecho.

—Alexander. Sí, un tipo escurridizo... ¿No tienen ninguna teoría sobre su identidad?

—¿Sabe una cosa? Creo que un policía comete errores cuando se deja llevar por los sentimientos más primarios y no analiza los problemas desde la pura racionalidad. En el caso de Alexander, yo me he dejado llevar por el odio y por mi afán de revancha. Y eso me ha impedido estudiar al personaje desde un enfoque correcto. También es cierto que no estar en la capital ha sido un hándicap difícil de superar. Pero ahora ya no tengo excusa. Estoy aquí y el emplear la racionalidad es algo que solo depende de uno. Y la realidad es que ya tengo un perfil psicológico claro y nítido del personaje.

—¿Sí? ¿Y a qué conclusiones ha llegado?

—Yo siempre he pensado que Alexander era un canalla sin escrúpulos. Un personaje que había antepuesto su ambición económica a cualquier tipo de consideración moral. Pero, ahora mismo, no pienso eso. Yo creo que Alexander se convirtió en traidor por un problema de desengaño.

—¿Desengaño?

—Sí. Creo que Alexander era un idealista. Que tenía grandes aspiraciones de luchar por el país y de conseguir grandes éxitos para beneficiar a la ciudadanía. Pero que, poco a poco, fue perdiendo sus ilusiones en un entorno en el que predominaban la mezquindad, las miserias, la corrupción, la despreocupación por el bien común, la indiferencia por participar en los asuntos públicos... Y creo que decidió vengarse contra ese entorno. No es que comparta su postura. Todo lo contrario. Pero, desde el punto de vista de nuestra responsabilidad, de la responsabilidad de cada uno, en los actos ajenos, tampoco puedo evitar pensar que, hasta cierto punto, todos somos culpables en crear personajes como Alexander. Si arrinconamos a los idealistas, los ignoramos, los pisoteamos, hacemos todo lo posible para que prescindan de su condición, acabaremos creando monstruos que se volverán contra nosotros.

—Muy interesante. Pero, ¿cree que con ese razonamiento va a poder atrapar a ese tipo?

—Es posible.

Silva cogió uno de los libros que estaban sobre la mesa. Se lo mostró a Eduardo Díaz. Era *El espía que surgió del frío* de John le Carré.

—Usted es Alexander —dijo Silva.

Eduardo Díaz recibió la frase con frialdad. Casi podría pensarse que no llegó a comprenderla. Sin embargo, su respuesta desmintió, de inmediato, esa posibilidad.

—Estoy atónito, inspector. ¿Con esos argumentos pretende acusarme? ¿Con un conjunto de reflexiones psicológicas y filosóficas? ¿Quién va a prestarle atención? ¿Los jueces? ¿Los periodistas? ¿Sus compañeros en la policía? No sé, inspector... Tenía mejor opinión de usted. Pero, con esto que acaba de hacer, me ha decepcionado por completo.

Esta vez, fue Silva quien respondió con frialdad. Sacó un móvil del bolsillo derecho de su chaqueta y marcó en él un número y realizó una llamada al mismo. En pocos segundos, el móvil que Eduardo Díaz tenía sobre la mesa se iluminó y empezó a sonar. Silva cortó la llamada.

—Le explico, señor Díaz. Hemos indagado en las llamadas que salieron y entraron del móvil de Cristina Salvador. Tenía muchas entrantes y sospechábamos que se trataba de la persona a la que informaba de la marcha de la investigación fuera de los conductos oficiales. Lo que sucede es que se trata de un número que se mantenía oculto. Pero, desde ayer, hemos indagado en cuál era el número que realizaba esas llamadas. Y hemos dado con él. A su vez, José Ángel Esquivias nos contó que había hablado con Alexander. Fue en la mañana de mi detención. A eso de las once de la mañana, entró la llamada en el móvil de David Berenger. Como ayer por la noche nos apoderamos del móvil de Berenger, también hemos rastreado las llamadas entrantes. Y hemos dado con el número que llamó a las once de la mañana del día que le he comentado. Era también un número oculto pero nuestro gabinete de telecomunicaciones ha averiguado que se trata del mismo número con el que Cristina Salvador tenía sus frecuentes conversaciones. Y ese número, señor Díaz, es el del móvil que usted tiene sobre su mesa. Es el número de su móvil. Eso ya no es una reflexión psicológica o filosófica. Eso es una prueba que cualquier juez dará por válida. Se lo vuelvo a repetir, señor Díaz. Usted es Alexander.

La frialdad de Eduardo Díaz era, ahora, diferente: tensa y despiadada. Abrió uno de los cajones y sacó de él una pistola. Con ella, apuntó a Silva.

—Le voy a contar otra historia diferente, inspector Silva. Resulta que Alexander es usted. Que, estando a solas conmigo, me lo confesó y que me habló en nombre de la organización para la que usted trabajó. Me hizo grandes promesas si yo aceptaba trabajar con ustedes. Como me negué, intentó asesinarme. Y yo me defendí, acabando con su vida. ¿Qué le parece? ¿Me creerán? Yo pienso que sí. Nadie va a poner en duda la palabra de todo un jefe de gabinete de la Primera Ministra, ¿no? Eso que me acaba de contar, se lo llevará usted a la tumba.

—Yo no haría lo que usted está pensando, señor Díaz —dijo Silva—. Le voy a explicar por qué. El móvil con el que he realizado la anterior llamada es el de Cristina Salvador. Mi móvil lo tengo en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta. Antes de que entrara usted, he hecho dos cosas con él. La primera, mandar un mensaje al inspector Méndez. En él, le decía que grabara la llamada que iba a hacer a su móvil. Cuando me confirmó que estaba preparado, evidentemente, lo llamé. Entonces, entró usted y empezamos a hablar. Con esto, le quiero decir que nuestra conversación está grabada en el móvil de mi compañero. Si sigue pensando en matarme, a una larga lista de delitos de los que ya podemos acusarle, añadiría otra de asesinato. Creo que no sería una buena idea.

Eduardo Díaz soltó la pistola y agachó la cabeza, resignado ante la derrota.

–Le voy a decir algo, Silva. En los últimos tiempos, no he dejado de recibir señales. Y no he querido verlas. Señales que me decían que todo estaba a punto de acabar. Lo que siempre había funcionado, había dejado de funcionar. Estaba claro que mi época llegaba a su fin. Pero el orgullo puede siempre con el sentido común. He llegado a esto por tres circunstancias bastante estúpidas. La primera, la absurda forma en que José Luis Ugarte cayó en la trampa que usted y Méndez tendieron para cazar incautos. Si él se hubiera limitado a comprar la información del IIB, no hubiera sucedido nada. Pero no. Respondió al reclamo de José Carrasco de manera completamente ingenua. Aún no me explico por qué lo hizo. Pero eso significaba que ustedes iban a conseguir la información y que todos los secretos económicos de los miembros de mi organización iban a estar en manos de la Brigada de Delincuencia Económica. Tuvimos que improvisar. Y nuestra improvisación acabó con usted en la cárcel. Perdóne que se lo diga pero, teniendo en cuenta que no tuvimos mucho tiempo para pensar, fue una jugada casi genial. Tuvimos hasta la brillante idea de utilizar a Cristina Salvador para contarle al juez Benegas, antes de que comenzara los interrogatorios, que la Brigada se había dedicado a espiarles y que usted había realizado pesquisas al margen de la Brigada, con lo cual, en caso de necesidad, el juez tenía dos armas poderosas para poner en tela de juicio la credibilidad de ambos. Todo podía haber estado encauzado pero, entonces, intervino la segunda circunstancia estúpida. Esa segunda circunstancia fue el absurdo plan de José Ángel Esquivias y Alfonso Sanmiguel de sacar a la luz el caso Cifuentes. Bueno, en realidad, para ellos tenía su lógica. Se trataba de acorralar a la Primera Ministra. Que esta no pudiera soltar lastre libremente arrojando a ambos bufetes al basurero. Que era lo que Pilar Muro iba a hacer, todo hay que decirlo. Pero se equivocaron por completo en el *tempo* y en la forma de ejecutar su plan. De hecho, no han llegado a obtener ningún beneficio de todo el esfuerzo que desplegaron. Pretendían inmovilizar a Pilar y el resultado final de su maniobra llevó casi a que esta acabara hundida. Lo único que consiguieron fue impulsar en las primarias a Claudio Montellano. Y eso suponía un grave problema para la organización. Si ganaba Claudio, yo quedaba fuera de juego y ellos, sin contactos en lo más alto del gobierno. Y el problema era que Pilar Muro, sintiéndose acorralada, fijó como prioridad absoluta apoderarse de la información del IIB. ¿Se da cuenta de mi dilema? Como jefe de gabinete de Pilar Muro, necesitaba ayudarla en que consiguiera esa información. Como miembro de la organización, tenía que evitar que tuviera éxito. ¿Cómo resolver la situación? Bueno, pues supe manejar mis cartas. Di todo tipo de instrucciones erróneas al inspector Ibáñez y al fiscal Téllez. Con eso, gané dos meses preciosos. En ese tiempo, Berenger averiguó el paradero de Esteban Miranda y Mark Cortés. Con lo cual, teníamos la solución al alcance de la mano. Berenger se apoderaba de la información. Limpiaría de ella todos los datos que pudieran perjudicarnos. Y, a continuación, le entregaría a Pilar Muro los datos que le iban a servir para derrotar a Claudio Montellano. Asunto solucionado: se evitaba que la Brigada se apoderara de datos comprometedores y, al mismo tiempo, se lograba que Pilar Muro ganara las elecciones, con lo cual seguirían teniéndome a mí en el lugar correcto. Y, entonces, tuvo lugar la tercera circunstancia estúpida de toda esta historia. Cuando Esteban Miranda y Mark Cortés parecían estar acorralados, Esteban realizó una maniobra imposible con el automóvil que conducía. Berenger no averiguó que Esteban, antes de entrar en el mundo de la política, había ayudado a su hermano en sus, vamos a llamar, negocios y era un conductor experto. Este fallo nos llevó al límite. Sabíamos que Esteban y Mark venían a la capital, que querían entregar la información a Pilar Muro y que nuestra única opción era ya la de adelantarnos en el último instante y realizar en pocas horas la limpieza de datos y la entrega de la información a la Primera Ministra. Pero eso era actuar demasiado al límite. Y con usted metido en el caso, arriesgar en exceso. No sé exactamente cómo lo hizo pero supo estar por delante de Berenger y ejecutar un golpe maestro.

–Una pregunta, señor Díaz. Si creían, tanto Berenger como usted, que yo era un peligro para sus objetivos, ¿por qué permitió que se llevara a cabo mi plan de fuga?

–Fue una idea de Pilar. No pude negarme. Intenté quitarle la idea de la cabeza pero no tuve éxito porque tampoco había muchas más alternativas entre las que pudiéramos elegir. De todos modos, contaba con que, cuando usted estuviera libre, Berenger ya hubiera echado el guante a Cortés y a Miranda. Está claro que todos nuestros cálculos fallaron. ¿Sabe por qué Alemania perdió la II Guerra Mundial? Si se analiza con cuidado, hubo dos derrotas clave, dos derrotas aparentemente insignificantes y fácilmente superables pero que, a largo plazo, fueron letales. El Alamein y Stalingrado. La primera, hizo posible el desembarco en Sicilia. La segunda, provocó la ofensiva soviética. A Berenger y a mí nos ha pasado algo parecido.

–¿Se está usted comparando con Adolf Hitler? No es una comparación que le beneficie especialmente...

–No hablo de Hitler, de nazismo o de ideologías. Hablo de poder. Y la conquista y el mantenimiento del poder es una cuestión técnica. Meramente técnica. Me tuve que haber dado cuenta de que la corriente iba en nuestra contra. Olvidé la técnica y caí en el voluntarismo.

–¿He acertado en lo que le he dicho? ¿Fue usted un idealista?

Eduardo Díaz cogió el libro de John le Carré que Silva había vuelto a colocar sobre la mesa. Le enseñó la portada y se encogió de hombros.

–¿Usted que cree, inspector?

–¿Y Pilar Muro? ¿No tiene fe en ella? ¿No cree que va a regenerar el país?

–¿Pilar Muro? Pilar Muro es igual que los demás. Sólo que tiene una sonrisa más bonita. En poco tiempo, ha aprendido mucho. Y ha progresado mucho en la senda de la falta de escrúpulos. Yo creo que va a acabar aventajando a todos sus antecesores.

Eduardo Díaz se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Lentamente, se fue acercando al balcón de la *suite*. Estaba completamente calmado. Ello no puso en guardia a Silva. El hecho de haber resuelto el enigma que le atormentaba y que, por tanto, su tensión interior se hubiera venido abajo, tampoco ayudó. Fue demasiado tarde cuando el inspector se dio cuenta de que Eduardo Díaz había subido uno de sus pies al pretil de la terraza. Intentó reaccionar pero, entonces, el político subió también el otro pie. Ya no tuvo que tomar ninguna otra decisión: el propio impulso que lo llevó al borde de la baranda lo hizo descender en el vacío. Cuando Silva llegó al balcón, lo único que pudo hacer fue mirar hacia abajo y comprobar que el cadáver de Eduardo Díaz había caído desde una décima planta y estaba ahora en medio de un enorme charco de sangre.

* * *

La Primera Ministra llegó a la *suite* a las tres de la madrugada. Méndez reprodujo la grabación con la conversación entre Silva y Eduardo Díaz. Después, Pilar Muro se asomó al balcón desde el que se había suicidado su jefe de gabinete. Habló poco. El comisario Solís, Méndez y Silva guardaban silencio esperando a las decisiones que ella pudiera tomar. En el dormitorio reinaba un ambiente de nerviosismo latente. Pilar se acercó a la mesa de trabajo de Eduardo Díaz y revisó los papeles que había en ella. Seguía sin decir nada.

–Primera Ministra –dijo el comisario Solís–, tenemos que decidir qué vamos a decir a la opinión pública. Este es un tema muy delicado...

–Esta *suite* ha sido reservada a nombre de una identidad falsa, ¿no? –dijo Pilar Muro.

–Sí –dijo Solís.

–¿A qué nombre?

–Roberto Müller –respondió, intrigado, el comisario.

–Pues quien ha muerto aquí esta noche es Roberto Müller –dijo, con toda tranquilidad, la Primera Ministra–. Eduardo Díaz ha muerto esta noche en su casa mientras dormía. Un ataque al corazón. La tensión acumulada en las primarias ha podido con él. Lo anunciaremos mañana, poco antes de que cierren las urnas. En el discurso que daré después de mi victoria, diré unas palabras muy sentidas en su memoria. Señores, la vida sigue. A partir de ahora, nos tendremos que ocupar de cuestiones mucho más importantes.

11

La profecía de la Primera Ministra se hizo realidad: venció en las primarias de la capital con un noventa y siete por ciento de los votos. Claudio Montellano desapareció de los medios de comunicación y nadie se acordó de él. Los compromisarios que había obtenido hasta ese momento le retiraron en masa su apoyo y manifestaron su voluntad de confirmar la candidatura de Pilar Muro. Méndez y Silva vieron en la televisión de un bar del centro de la capital el discurso que pronunció tras su triunfo. Tantas horas en la sede de Brigada acabó por saturarles y decidieron hacer una breve escapada para tener un pequeño desahogo. Empezaron con una cerveza pero, pronto, se dieron cuenta que necesitaban bebidas más poderosas

–Supongo que no se podrá quejar –dijo Méndez–. Ha tenido un papel decisivo en que hayamos podido conseguir la información del IIB y en que hayamos dado un golpe definitivo al bufete Ugarte-Esquivias, ha derrotado a su gran enemigo, David Berenger, y ha desvelado la identidad de Alexander. Triunfo completo.

–¿Le puedo hacer una pregunta, Méndez?

–Por supuesto que sí, adelante. Es su gran momento. No me podría negar a responderle.

–¿Qué va a suceder con la información del IIB? Supongo que será utilizada para algo más que para provocar la caída del adversario más importante de la Primera Ministra, ¿no?

–¿Qué va a suceder con esa información? Le voy a decir qué vamos a hacer con ella: gestionarla, gestionarla y gestionarla. Gestionar es la clave. Sé que usted no lo comprende. Usted tiene su propia visión de las cosas. Pero, cuando hay que moverse en determinados niveles, no te puedes mover de forma rectilínea sino que hay que ir en zigzag... Es la única forma de que no te devoren...

–A ver, Méndez. Tienen la información de centenares de defraudadores. Pueden ir contra ellos sin problemas. En consecuencia, mi opinión sobre lo que habría que hacer es muy sencilla: ir contra ellos. Así de simple.

–No, Silva, no. No se puede hacer eso. Cuando la información afecta a altas esferas, hay que ir con tacto. ¿Usted cree que podemos ir directamente contra gente que tiene la capacidad de acabar con nosotros? Vamos contra determinada gente y, un mes después, todos estamos en la puta calle. Entonces, ¿qué? Hay que gestionar...

–Me cuesta trabajo comprenderlo. Pero, si usted lo dice, supongo que así será.

–Silva, dígame algo. Fue usted quien contactó con nosotros inicialmente, ¿no?

–Sí. Por medio del comisario González, el anterior jefe de la agente Robles. Él me puso en contacto con el inspector Laureano Ibáñez. Él fue quien movió el tema en la Brigada para que ustedes participaran en la investigación que estábamos llevando a cabo.

–¿No se imaginó, en ese momento, las restricciones y limitaciones con las que teníamos que trabajar?

–Sinceramente, no.

–¿Hubiera dado ese paso si las hubiera conocido?

Silva pensó con detenimiento su respuesta.

–Supongo que sí. Que lo hubiera dado. Hay algo en lo que usted lleva razón. Puedo estar satisfecho de los logros conseguidos. David Berenger y Eduardo Díaz ya no van a hacer más cabronadas. Hemos dejado fuera de circulación al bufete Ugarte-Esquivias. Hemos obtenido la información del IIB. Pero hay una cosa en la que no estoy de acuerdo. En realidad, no es mi gran momento. Mi gran momento sería cuando se pudiera hacer justicia sin tener que estar sometido a la dictadura de quienes tienen que quedar impunes a la fuerza. Lo que usted me habla de gestionar tiene una lectura que no puede agradarme: que habrá gente que, por ser intocable, se va a ir de rositas.

–Silva, yo no digo que eso me guste. En realidad, me sienta como una patada en los cojones. Pero podemos llegar hasta donde podemos llegar.

Silva levantó su vaso: quería brindar con su colega. Méndez chocó su copa con la de su colega.

–Por el día en que podamos llegar lo más lejos posible –dijo Silva.

* * *

El viaje de vuelta de Esteban Miranda a su pueblo natal resultó muy extraño para él. Por primera vez en muchísimos años, su mente estaba en blanco. Había descubierto que todos sus pensamientos habían sido inútiles, que sólo lo habían llevado al vacío y a la nada. De golpe, toda una serie de páginas incompletas de su vida habían quedado clausuradas. Sabía que no iba a volver al mundo de la política: había descubierto que no era lo suficientemente cínico como para conducirse sin dificultades en toda una tramoya continua de manipulaciones de la realidad. Había creído que se había convertido en alguien mejor que su hermano y el gesto final de Matías había desmentido esa creencia: estaba convencido de que él no hubiera sido capaz de efectuar el sacrificio que había realizado su hermano para salvarle la vida. Se había dado cuenta de que había personas que, al final, son capaces de anteponer la ética a su propio interés, tal como había hecho Mark. Repasando lo que había sido su vida, no podía menos que concluir que, hasta ese momento, toda su biografía había sido el mapa de un desierto en el que apenas habían existido los oasis.

Podía haber acortado la ruta circulando por la autovía. Pero prefirió conducir por carreteras secundarias. No se trataba de llegar antes. Se trataba de llegar con el pensamiento encajado en la auténtica realidad que había encontrado.

Estaba a punto de amanecer cuando, ante él, se dibujaron los perfiles inconfundibles del Enclave y de su pueblo natal. Aparcó el coche y salió de él con su mente poblada aún de incógnitas. Se apoyó

en el vehículo y empezó a reflexionar sobre qué iba a hacer. No tenía nada. Nadie le esperaba. Si hubiera tenido una agenda, todas sus páginas estarían en blanco. El cielo todavía estaba oscuro. Los primeros rayos de sol se empezaban a dibujar en el horizonte. Lo que parecía ser el resumen del fracaso de una trayectoria vital, no tenía por qué serlo en realidad. La mayoría de las veces, no es fácil romper amarras con el pasado. Muchos fracasan en su empeño. Él, sin haberlo buscado, lo había conseguido. ¿Por qué no aprovecharse de ello?

Esteban volvió a subirse al coche. Condujo hasta el prostíbulo que dirigía su hermano. Estaba a punto de cerrar. Esperó a que las chicas salieran. No tuvo que aguardar más de media hora. Se bajó del coche cuando vio a Bárbara. Caminó hacia ella con paso decidido. Al principio, ella no se percató de su presencia. Sólo lo hizo cuando él estaba a cinco metros de ella. Ambos quedaron congelados como estatuas, frente a frente, clavados en su propia incertidumbre.

–Hola, Bárbara. ¿Cómo estás?

–Como siempre. Nada ha cambiado. Siento mucho lo de tu hermano.

–Gracias. Ha sido algo bastante duro.

–¿Cómo fue?

–Murió por querer salvar mi vida.

Bárbara apreció en la mirada de Esteban algo que nunca había percibido antes.

–¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vienes a ocupar el lugar de Matías?

Esteban negó con la cabeza.

–Entonces, ¿por qué has venido?

Esteban no respondió. Sólo clavó sus ojos en los de Bárbara. Ambos comprendieron en ese preciso instante qué iban a hacer, aunque no tuvieran muy claro ni los motivos ni si era realmente lo que deseaban.

–¿Dónde tienes el coche?

Esteban señaló hacia el lugar donde lo había aparcado. Bárbara empezó a caminar hacia él sin hacer más preguntas. Esteban iba a su lado. Al llegar al vehículo, él le abrió la puerta para que subiera. Después, él se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor sin perder tiempo.

–¿A dónde vamos? –dijo Bárbara.

–No tengo la menor idea –dijo Esteban.

* * *

Antes de ser enviado a la cárcel, José Ángel Esquivias no pensó que se iba a encontrar allí con su socio. Por lo tanto, no había previsto nada en relación a cómo iba a ser el encuentro. En realidad, ni tan siquiera sabía si se iba a producir tal encuentro. Pero el mismo fue inevitable. Fue a los tres días de que José Ángel entrara en prisión. Ambos caminaban por el patio, un poco al azar, mirando al suelo, sin pensar en nada ni esperando que algo pudiera suceder. De repente, se encontraron frente a frente. Ninguno de los dos supo cómo reaccionar. Por un momento, ambos pensaron en rehuir la conversación. Pero hubiera sido inútil. Antes o después, tendrían que enfrentar el momento.

–Hola, José Luis. ¿Cómo estás?

José Luis Ugarte sonrió.

–¿Cómo quieres que esté? Bueno, no estoy mal. No sé cómo estoy. No sé cómo me siento.

–Es lo normal. A mí me pasa lo mismo.

Ambos abogados empezaron a caminar el uno junto al otro, dando vueltas alrededor del patio.

–Tú acabas de entrar. Pero yo ya llevo aquí más de dos meses. Ya debería haberme sabido adaptar a la situación y tener un punto de vista claro.

–José Luis, creo que nunca más vamos a tener un punto de vista claro.

–¿Por qué hemos acabado así?

–Pues porque arriesgamos. No pudimos haber alcanzado la posición que alcanzamos sin jugárnosla. Creo que una vez te dije algo parecido a esto: si hubiéramos sido modestos abogados de oficio, no nos hubiéramos enriquecido y, ahora mismo, no estaríamos aquí. Es así de simple. No le voy a dar más vueltas al tema.

–La realidad es que nos hemos quedado sin futuro...

–No. No pienses así. El futuro siempre está ahí. Sólo queda esperar.

–¿Esperar? No sé a qué puedo esperar...

–¿Qué tal tu amiga? La chica que vivía en el antiguo barrio de pescadores...

–Ha venido a verme un par de veces. Me ha dejado muy claro que lo hizo por amistad. Solo por amistad. Ha puesto muy claro su límite. El verse secuestrada por un asunto que ni le iba ni le venía no es el mejor camino para iniciar una relación, ¿no?

–No. Supongo que no.

–¿Y tu relación con esa chica que era modelo?

–Me traicionó. No sé los términos de la traición. No sé si todo fue una traición desde el principio. O sí, con el desarrollo de los acontecimientos, la forzaron a traicionarme. No te puedo decir más...

–Tú también me traicionaste, José Ángel. Estuviste dispuesto a entregarme a esos tipos. ¿Me equivoco?

José Ángel Esquivias dejó de caminar. Ya no tenía nada que perder. Para empezar a tener algo nuevamente, solo era posible la franqueza.

–Sí, José Luis, tienes razón. Te traicioné. No voy a negarlo. Pero, en mi caso, no me dejaron otra opción. Me equivoqué al aliarme con esos sujetos. Es lo único que puedo decir.

José Luis Ugarte guardó silencio.

* * *

Eva Soto estaba en la comisaría del aeropuerto. Méndez le llevó el maletín con el dinero que habían acordado. Lo abrió ante ella. La antigua modelo llevaba unas gafas de sol negras por lo que el policía no pudo calibrar adecuadamente la reacción de ella.

–Un policía te acompañará en el avión y bajará contigo en tu destino. No te dejará hasta que estés instalada allí sin problemas. En el futuro, para cualquier problema, ya sabes cómo contactar conmigo. Te considero una de los nuestros. Eso significa que, ante cualquier contingencia, haré cualquier cosa para ayudarte.

–Gracias, Méndez.

–¿Cómo te sientes al iniciar una nueva vida?

–La verdad es que muy bien. No me llevo buenos recuerdos. Aquí, siempre me he sentido como una extraterrestre. Nunca he encajado en los entornos en los que me he movido. Tener la oportunidad de empezar de nuevo es un regalo que no me esperaba.

–Te deseo mucha suerte. Creo que te la mereces.

–Quizás, no me la merezca. Pero sí creo que he luchado por tenerla.

* * *

El día en que María Benavides empezó a trabajar en la oficina de la Primera Ministra, el ambiente estaba mucho más relajado que en los tres meses anteriores. Pero, al mismo tiempo, la ilusión que reinaba en los primeros días en los que Pilar Muro empezó a ejercer el cargo se había evaporado. Ni una cosa ni otra podían ser percibidas por María, que, intentando contener los nervios, iba contrastando lo que iba viendo en las distintas dependencias con lo que ella había imaginado siempre sobre cómo sería ese lugar. Un ordenanza la llevó ante la secretaria de la Primera Ministra.

–Aquí está la señorita María Benavides –dijo el ordenanza–. Está citada con la señora Primera Ministra.

–Muchas gracias –dijo la secretaria–. Siéntese, señorita Benavides. En el momento en que la Primera Ministra pueda recibirla, le aviso.

–De acuerdo, muchas gracias –dijo María Benavides.

María Benavides tuvo que esperar un cuarto de hora antes de que Pilar Muro avisara por interfono a su secretaria de que estaba libre para poder recibir a su visita. Cuando María cruzó el umbral de la puerta del despacho de la Primera Ministra, sintió que había culminado una lucha que, en muchas ocasiones, había dado por perdida. Una vez superada esa sensación, estar sentada frente a la máxima mandataria del país, ya no la impresionó tanto como, en un principio, había creído que le iba a suceder.

–Bueno, María, ya estás con nosotros. Ya no hay que ocultar nada ni esconder que eres una de nuestras colaboradoras. Me alegro que estés aquí. A partir de ahora, vamos a tener mucho trabajo y toda ayuda va a ser poca. De momento, vas a estar bajo las órdenes directas de Salvador Roldán. Salvador lleva sólo diez días como jefe de gabinete y está reorganizando toda la oficina. Así que no te preocupes si, al principio, ves que no tienes unas competencias claramente definidas. Tómate ese tiempo para aprender y asimilar cómo trabajamos aquí.

–Perfecto, Pilar. Haré lo que me dices.

–Quiero dejarte claro algo muy importante. En política, el pasado no importa. Prestaste un servicio muy importante en el triunfo de mi candidatura en las primarias. Por eso, estás aquí hoy. Hiciste un buen trabajo y has obtenido tu recompensa. Ese trabajo te ha servido para llegar. Pero no va a servir para quedarte. Sólo si tu labor está a la altura de las circunstancias, podrás continuar prestando tus servicios en un lugar tan exigente como este.

–Lo entiendo perfectamente. Y era algo que tenía asumido.

–Está bien que así sea. ¿Alguna pregunta que quieras realizar?

María Benavides tenía en su mente muchas preguntas por hacer. Sus dudas se agolpaban como abejas en una colmena. Pero comprendió que sólo podrían ser aclaradas con el paso de los días.

–Tengo muchas, Pilar. Pero creo que es mejor ir poco a poco.

–De acuerdo. Pues vamos a ver a Salvador y a que te lleven a tu nuevo despacho.

Una hora después, ya había hablado con su superior inmediato y ya estaba instalada en el que iba a ser su puesto de trabajo durante los próximos años si todo salía como ella esperaba. Durante unos diez minutos, estuvo saboreando su éxito. Porque, indudablemente, el poder estar ahí, donde ella estaba, era un éxito incontestable. Había sufrido largos años de penuria profesional. Había tenido momentos en los que llegó a pensar que sólo le esperaba un futuro gris y sin brillo. Al final, todos esos malos tiempos habían pasado.

De improviso, recibió una llamada en su móvil. Era Agustín Covarrubias. No esperaba que la llamara.

–¿Sí? ¿Agustín?

–Hola, María. Me alegra hablar contigo. Después de lo que sucedió con Claudio, no hemos tenido la oportunidad de hablar. Siento mucho lo que te pasó. Yo no podía esperar que Claudio se comportara de ese modo...

–Gracias, Agustín. Fue muy duro tener que contarlo. Ya lo voy superando...

–Sé que hoy es tu primer día en la oficina de la Primera Ministra.

–Efectivamente, Agustín. Hoy he empezado.

–Había algo que quería comentarte. Te lo cuento a ti porque te aprecio. Y reconozco tu valía. Me di cuenta de ella en los dos meses que estuvimos trabajando juntos. Y creo que hay algo que necesitas saber.

–¿De qué se trata?

–Enrique Recio está muy a disgusto con los derroteros que ha tomado Pilar en las últimas semanas. Cree que está dejando en la estacada a gente que ha dejado su piel por el partido. Todos están siendo desplazados por personas cuyo único mérito es el de seguir ciegamente a Pilar. Eso le preocupa.

A María le hizo gracia el argumento. Era lo mismo que Enrique Recio había hecho cuando fue líder de la formación: premiar la obediencia ciega y castigar a los díscolos. Era lo mismo que, en realidad, hacían los líderes de todos los partidos.

–¿Y qué piensa hacer? Pilar es, hoy por hoy, la líder indiscutible.

–Por supuesto que sí. Enrique no va a discutir su liderazgo porque, en las circunstancias actuales, no puede. Pero quiero preparar una posible alternativa por si las cosas vienen mal dadas. ¿Conoces a Mario Uriarte?

–Sí. Es uno de los diputados jóvenes que más ha destacado en la última legislatura.

–Pues Enrique está impulsando su carrera. Quiere que en los dos próximos años ocupe un cargo público de relevancia. En el gobierno de Pilar. O como candidato a la alcaldía de la capital. Eso le daría una visibilidad que vendrá muy bien para futuros retos.

–Pero, Agustín, no sé por qué me hablas de esto. Ahora mismo, yo soy colaboradora directa de Pilar Muro. Yo no me puedo dedicar a impulsar a otros compañeros de partido que puedan hacer sombra a Pilar...

–No te pido eso. Te pido que seas nuestros ojos y nuestros oídos en la oficina de Pilar.

Así de claro. Así de directo. Agustín Covarrubias no solía dar rodeos.

–Me parece muy interesante lo que me propones, Agustín. Creo que, en la medida de mis humildes posibilidades, podré ayudarlos.

María Benavides seguía corriendo en una perpetua cinta de Moebius.

* * *

Mark Cortés se levantó temprano. En el gimnasio del sótano, estuvo haciendo ejercicio durante una hora. Después de ducharse, encendió el ordenador y fue a la página web del *The Morning Post*, el principal diario del Enclave. Se preparó el desayuno y, mientras se lo tomaba, continuó leyendo las noticias del periódico. Cuando terminó, se asomó a la ventana del chalet. Allí fuera, estaban dos policías que lo protegían. Día y noche, siempre había dos policías en frente de su nueva casa. Eran el testimonio evidente de que su pasado continuaba persiguiéndole.

Ahora, tenía que pensar qué iba a hacer el resto de la mañana. Echó un vistazo a los libros de la biblioteca y a los DVD que había colocados en una estantería junto al televisor. Decidió que iba a ver una película. Eligió *Cowboy de medianoche* de John Schlesinger. No era la primera vez que había visto esa película desde que entró en el programa de protección de testigos. El creía que podía ser la cuarta o la quinta vez que lo hacía. Había algo en ella con lo que se identificaba profundamente. Y era algo que le desagradaba, que le molestaba, que era la melancólica constatación de que había huido de un callejón sin salida para caer en otro. *Cowboy de medianoche* era una película triste. Pero consideró que hubiera sido un autoengaño empezar a ver películas alegres. No tenía motivo para ello.

Recordó los sentimientos que le invadieron cuando corría por la Independence Avenue del Enclave hacia el puesto fronterizo, con la información que había extraído del IIB ardiéndole en el bolsillo de su chaqueta, cuando saltó al coche que conducía Jacobo, cuando Jacobo condujo a toda velocidad a lo largo de la autovía con destino, presuntamente, a la libertad y, comparando esos sentimientos con su situación actual, se dio cuenta de que había sido un iluso.

La película terminó. Eran las doce y media de la mañana. Leyó durante un rato. Después, fue preparando el almuerzo. Todos los días transcurrían de forma similar. Volvió a asomarse a la ventana. Allí seguían los dos policías. Habían pasado varias semanas desde que Esteban y él habían

entregado la información a las autoridades y no había sucedido nada. Sólo la caída en desgracia de Claudio Montellano. Lo que habían hecho había servido para provocar el hundimiento del principal rival de la Primera Ministra. Pero, después, no había sucedido nada. Ese sinsentido le llevaba a preguntarse para qué estaban, realmente, los dos policías en frente de su casa: ¿para que nadie entrara o para controlar si él quería salir?

Mark abrió la puerta de entrada y empezó a caminar tranquilamente por la acera. Uno de los policías salió del vehículo y se acercó hasta él.

—Perdona, Mark, ¿dónde vas? No puedes ir solo a ningún sitio. Tenemos que escoltarte a donde vayas.

—Sólo iba a dar un paseo.

—Vale. Entonces iremos unos metros detrás de ti.

Mark Cortés no iba a ningún sitio en particular. Empezó a pasear a ritmo acelerado por la urbanización para descargar la rabia que se acumulaba en su interior. A veces, lo hacía. Recordó cuando Julio le hablaba de que iban a conseguir la libertad. Mark empezó a reír con fuerza. Cada vez con más fuerza. No podía dejar de hacerlo. Caminaba hacia ningún lugar mientras sus carcajadas se podían oír estruendosamente en medio de las calles silenciosas.

* * *

El día en que Silva se volvió a incorporar a la comisaría, muchos de sus compañeros lo esperaban en la entrada y le estuvieron aplaudiendo hasta que llegó a su despacho. Se había marchado de allí como un proscrito y había regresado como un héroe: era el final de una bonita historia. Silva tenía curiosidad por conocer cuáles serían las reacciones de Carretero y Valle a su regreso. Pero las mismas no tuvieron nada de especial. Ambos inspectores actuaron según sus respectivas personalidades. Carretero, con sibilino cinismo: habló con Silva como si no hubiera sucedido nada y su compañero hubiera estado fuera por enfermedad o motivo similar. Valle, con antipático resentimiento: con gran sequedad, le dijo que se alegraba de que hubiera vuelto y que hubiera solucionado su problema.

Silva se sintió extraño durante los primeros días de trabajo. La niebla que habían atravesado durante su viaje a la capital seguía estando en su cerebro, en sus ojos, parecía envolverlo con aire de mortaja. Cuando Gómez le recordó que tenían una obligación pendiente, creyó que, quizás, podía ser el medio para que esa niebla se disipara. Porque era verdad: Silva le dijo a Gómez que tenían que hacer algo cuando descubrieran quién era Alexander y no lo habían hecho.

Decidieron que irían al cementerio un sábado por la mañana. Allí, se citaron Silva, Gómez, Osorio, Robles, Soriano, Braulio Santiesteban, Vila y Cárdenas. Silva y Gómez fueron los primeros en llegar. Lejos de la comisaría, Gómez se sintió libre para expresar al inspector su decepción.

—¿Sabe, inspector? Creo que nos hemos quedado a medias... ¿Qué ha pasado con la información del IIB? Por esa información, a usted casi le arruinan la vida y lo único que ha pasado es que Claudio Montellano ha caído. ¿Y qué sucede con el caso Mario Villar? ¿Qué sucede con lo que descubrimos sobre Juan Antonio Aguirre? Hemos encontrado indicios de una montaña de delitos y sólo hemos movido un par de piedras...

—¿Se acuerda lo que le dije cuando encontramos el cadáver del verdadero Mario Villar? Que nos habían encomendado que encontráramos a Mario Villar y que lo habíamos encontrado. Así que le

voy a decir algo parecido ahora. Cuando descubrimos que había una red de traidores dentro de la policía, nos propusimos desenmascararla. Hemos llegado hasta su cúspide. Si hace unos meses me dicen que David Berenger y Alexander iban a ser liquidados, no me lo hubiera creído. Pero, en cambio, ya ve. Lo hemos conseguido. Yo también estoy decepcionado. Hay mucho por hacer. Pero ya verá cómo tenemos la oportunidad de hacerlo. Y cuando tengamos esa oportunidad, tenemos que hacer nuestro trabajo como solemos hacerlo: con rigor y sin piedad. Es lo único que depende de nosotros.

Poco a poco, fueron llegando todos los policías. Entraron en el cementerio y fueron llevando coronas de flores a las tumbas de los siete policías que murieron en el traslado de Vicente Ramos a prisión. Lo hicieron en silencio. No sólo era un silencio respetuoso. Era, también, un silencio triste. Un silencio exhausto. Habían arrancado las ramas pero el árbol seguía ahí, ponzoñoso y despiadado.

A la salida del cementerio, se despidieron con la misma parquedad de palabras. Había poco que decirse. Silva y Robles fueron los últimos en abandonar el lugar. No habían hablado a solas desde el regreso de Silva y, quizás de forma inconsciente, decidieron que ese era el momento de hacerlo.

–En todo este tiempo, no he podido preguntarte cómo te sientes, Tomás. ¿Has asimilado bien el volver a incorporarte? ¿Te sientes raro?

–Me estoy acostumbrando todavía. Supongo que no es fácil volver a la realidad cuando, para hacerlo, ha sido necesario levantar un relato falso. Todo eso de que mi detención fue, desde el principio, una operación policial perfectamente organizada me parece una pura mierda... Y las condecoraciones, con ganas se las tiraría a la cara a la Primera Ministra. No me siento bien. Ese es el problema.

–Te comprendo. Y todo eso, ¿cómo nos afecta a nosotros?

–Todo eso no nos afecta a nosotros, Carla. A nosotros nos afectan nuestras circunstancias. Unas circunstancias que no podemos cambiar. Somos compañeros de trabajo. Yo soy tu jefe. Tú estás a mis órdenes. Y eso nos coloca en una situación imposible.

–¿No será que tus sentimientos han cambiado? ¿Que ya no me quieres?

–En absoluto. No es eso. De verdad que no. Pero...

–Tomás, el día que fuimos al Hotel El Pantano, quisiste protegerme y fuiste solo al encuentro con Berenger. ¿Te tengo que recordar qué sucedió? Ahora, quieres volver a protegerme. ¿Cómo estás seguro de que las consecuencias de tu decisión no van a volver a ser negativas?

–¿Crees que fueron negativas la primera vez? Sólo yo resulté afectado por mi decisión de ir al Gran Hotel. Si hubiéramos ido los dos, si me hubiera acompañado cualquier otra persona, creo que, ahora mismo, estaríamos lamentando una desgracia irreparable... Pero, ¿te das cuenta de una cosa? Si tú y yo no tuviéramos una relación, no nos tendríamos que plantear si aquella noche actuamos bien o mal...

–Si tú y yo no hubiéramos tenido una relación, ¿yo te habría ayudado cuando fuiste detenido?

–Carla, no te pongas a la defensiva. Mis sentimientos son los que son. Te lo vuelvo a decir. No han cambiado. ¿Que sí creo que me hubieras ayudado? Yo creo que sí. Igual que me ayudaron Braulio,

Gómez, Osorio, Soriano, Vila o Cárdenas. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es otra. ¿Crees que es conveniente que sigamos con nuestra relación?

–Yo no sé si es conveniente o no. Yo sólo sé que no podemos ir en contra de lo que sentimos.

Silva agachó la cabeza.

–Ese es el problema. Un problema que no sé cómo solucionar.

–Yo no veo que exista un problema.

–Yo creo que el negarlo no nos ayuda para nada.

–Entonces, ¿qué vamos a hacer?

–Vamos a esperar. Vamos a darnos un tiempo. Tenemos que reflexionar.

Ante las dudas de Silva, Carla Robles no tuvo otra solución que considerar razonable la propuesta que aquel le realizaba.

–Me parece bien. Hagamos lo que hagamos, que sea algo que ambos tengamos perfectamente claro.

* * *

Eran las diez de la noche. Robles y Soriano sabían que el coche que habían vigilado durante toda la semana iba a pasar por el punto donde estaban esperando. Habían aparcado en un lugar estratégico. Podían ver llegar desde suficiente distancia al automóvil que iban a abordar. Después, ese automóvil tendría que aguardar a que se abriera la puerta del aparcamiento. En ese momento, Soriano y Robles se acercarían y llevarían a cabo el plan que habían preparado. Soriano estaba tranquilo. Carla Robles, no tanto.

Ambos agentes se habían acordado de Nico, el tipo que ejercía de empleado de seguridad en el bar de Juan María Jiménez Lastres y en la casa de los dos chaperos a la que acudía como cliente Julio Ortigosa Melero. Nico hizo de intermediario entre ellos y Tommy, el chapero más joven. Explicaron a este último lo que querían hacer y por qué. Le pareció bien. Estuvo dispuesto, incluso, a hacerlo gratis. Pero tanto Soriano como Robles le obligaron a que pidiera una remuneración por el trabajo que iba a llevar a cabo.

Eran las diez y media cuando el coche llegó a la calle. Hizo la maniobra habitual. Mientras se abría la puerta del aparcamiento, Soriano y Robles se acercaron al automóvil. Soriano tomó la iniciativa y habló al conductor.

–Buenas noches, Álvarez. Supongo que no nos esperabas.

Cuando el agente Álvarez vio a Soriano asomado a la ventanilla del conductor y a Robles en la ventanilla opuesta, supo, al instante, que esa no iba a ser su mejor noche.

–No. No os esperaba.

–Bien. Ahora, todos vamos a actuar con mucha calma. Te voy a esposar y me vas a acompañar al otro automóvil. Robles nos seguirá conduciendo tu coche. ¿Está claro?

Álvarez hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Al entrar en el automóvil que iba a conducir Soriano, vio a un tipo en el asiento trasero. Era Tommy aunque él, lógicamente, no sabía de quién se trataba.

Se alejaron de la ciudad y acabaron en la fábrica abandonada donde Julio Ortigosa había muerto. Álvarez no pronunció palabra en todo el camino. Salieron de los automóviles. Soriano llevó a rastras a Álvarez y lo tiró al suelo de lo que debía de ser el antiguo patio del recinto industrial.

—¿Qué coño queréis? —dijo Álvarez.

—A ver, no te hagas el gilipollas, Álvarez —dijo Soriano—. Sabes perfectamente por qué estás aquí.

—Vale, de acuerdo —dijo Álvarez—. Robles, te ruego que me perdones. No sé lo que me pasó... Perdí la cabeza. Nunca más va a volver a suceder.

Carla Robles empezó a respirar con dificultad.

—¿Perdón? ¿Que nunca más va a volver a suceder? —dijo Soriano—. Pero, bueno, ¿tú crees que somos gilipollas? ¿Que con eso basta? Te comportaste como un auténtico hijo de puta. Violaste a una compañera. Te aprovechaste de la detención injusta de un compañero. ¿Crees que con un “lo siento” es suficiente? No. Vamos a hacer justicia...

—Denunciadme —dijo Álvarez—. Yo me declararé culpable.

Soriano empezó a reír.

—No hagas como que no me conoces —dijo Soriano—. Deberías saber que, con eso, no me voy a quedar tranquilo. ¿Vamos a hacer pasar un mal rato a Robles? ¿Nos vamos a arriesgar a que acabes diciendo que fue algo consentido por su parte? No. Eso no me vale. Lo que voy a hacer es darte a elegir.

Soriano montó la pistola.

—La primera opción que te ofrezco es pegarte un tiro en la cabeza. Sabes que sería capaz. Por eso estoy aquí. Por eso no he dejado sola a Robles. En realidad, todos preferimos la segunda opción. Que pienso, con toda franqueza, que es la que, verdaderamente, hace justicia. Te presento a Tommy. Se la vas a chupar.

Una expresión de horror se dibujó en el rostro de Álvarez.

—¿Cómo has dicho?

—Me has oído perfectamente: vas a chupársela a Tommy. Ojo por ojo. Justicia perfecta.

—Pero, pero... Yo no puedo hacer eso.

—Bueno, tienes una tercera opción. En realidad, no nos gusta nada. Porque creo que no sería hacer justicia. Pero, si lo prefieres, no tendríamos más remedio que aceptarla. Bájate los pantalones y la ropa interior y ponte a cuatro patas. Tommy hará su trabajo.

—No, no, no... Yo no voy a hacer nada de eso —dijo Álvarez.

Robles estaba a punto de desmayarse. Soriano se mantenía firme como una roca. Acercó el cañón de la pistola a la cabeza de Álvarez.

–Álvarez, sabes perfectamente que no bromeo. ¿Qué decides? ¿Te pones de rodillas? ¿O te bajas los pantalones?

Álvarez dudaba. Al final, optó por ponerse de rodillas. Cuando terminó, no pudo evitar el estar vomitando durante un buen rato. Cuando ya estuvo más tranquilo, Soriano le soltó las esposas y le entregó las llaves de su coche.

–Pues, ahora mismo, estamos en paz –dijo Soriano–. Y si, algún día, me entero de que has vuelto a hacer con otra compañera lo que hiciste con Robles, juro que te mato. Así que, si no te puedes aguantar, mejor te la cortas si no quieres acabar enterrado hecho pedacitos. Buenas noches.

Robles y Soriano llevaron a Tommy a su casa en la Costa. De camino de vuelta a la ciudad, Robles no pudo evitar empezar a llorar.

–Carla, sé que esto no te ha gustado –dijo Soriano–. Tampoco a mí. Pero hay cabrones que solo entienden este tipo de lenguaje. Y Álvarez es uno de ellos. Lo que ese tipo ha hecho contigo, seguro que lo hubiese repetido con otra agente. Con la lección que le hemos dado esta noche, seguro que se lo piensa.

–¿Lo que hemos hecho es la solución?

–No sé cuál es la solución. He visto a muchos violadores salir a la calle por falta de pruebas.

–¿Cómo sabías que eran violadores?

–Porque tuve que volver a detenerlos tras reincidir en el mismo delito.

Soriano y Robles estuvieron callados buena parte del trayecto. Cuando estuvieron cerca de la casa de Robles, se rompió el silencio que había entre ellos.

–Gracias, Soriano –dijo Robles–. Muchas gracias.

–Gracias por nada, Carla. Sólo he intentado hacer justicia.

EPÍLOGO

Al inspector Silva, todavía le quedaba una tarea pendiente. Tenía que hablar con Sebastián Pérez Aguirre. En las maniobras entre él y Méndez, arrojó una sombra de duda sobre el agente de la Brigada con el fin de ganarle la mano a su colega. No estaba muy orgulloso de la jugada. Que Sebastián fuera nieto de Juan Antonio Aguirre no significaba que aquel faltara a su profesionalidad. Pero tuvo que utilizar ese argumento en una situación límite y, una vez resuelto el caso, sabía que tenía que darle explicaciones.

No le fue fácil establecer contacto con él. Al principio, Sebastián se mostraba reacio a concertar una reunión. Empezaron a intercambiar correos electrónicos y, poco a poco, el ambiente entre ellos se fue relajando. Tuvo que pasar más de un año antes de que surgiera la oportunidad de preparar un encuentro. Sebastián Pérez estaba de vacaciones en su ciudad natal, en el norte. Silva aceptó ir hasta allí. Decidió tomar el tren. El viaje iba a durar más tiempo. Pero lo prefería. Quería tener tiempo para pensar en la conversación que iban a tener: ¿qué iba a decir? ¿qué podría responderle su compañero? ¿qué podría replicar él?

Cuando llevaba dos horas de viaje, se dio cuenta de que el pasajero que estaba frente a él no le quitaba la mirada de encima. Él intuyó que lo había reconocido por las noticias que, sobre su detención y su rocambolesca liberación posterior, se habían publicado. Tuvo que pasar media hora más antes de que el pasajero decidiera romper el hielo.

—Perdone. Como estamos solos en el vagón, me atrevo a preguntárselo. En caso contrario, no lo haría porque sé que está obligado a ser discreto. Usted es el inspector Tomás Silva, ¿no?

—Quizás, sí. Quizás, no.

El pasajero sonrió.

—Le comprendo. No se preocupe. Olvídese de la pregunta que le he realizado.

El viaje continuó tal como iba con anterioridad a ese conato de conversación. El pasajero, leyendo un libro. Silva, mirando por la ventanilla. Conforme pasaron los minutos, el inspector no pudo reprimir su curiosidad.

—Le pediría que me disculpase. Creo que no he actuado con lógica. Es evidente que me ha reconocido. Así que, sí, ha acertado. Soy el inspector Tomás Silva.

—Lo único que quería es darle mi enhorabuena por haber podido superar la situación en la que estuvo. Estaba claro, desde el principio, que usted era inocente. Creo que, con lo que hizo después, realizó un gran servicio para la ciudadanía.

—Muchas gracias. Bueno, usted ya sabe quién soy yo. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo José Manuel Cruz. Soy economista y escritor...

Silva dio un respingo.

—¿Escritor?

—No se preocupe. No pienso sacarle información para alguna de mis novelas...

–¿Novelas?¿Qué tipo de novelas escribe?

–Novela negra.

–Bueno, tiene que admitir que, si no pretende sacarme información, le vendría muy bien hacerlo.

–Sí, es cierto. Me vendría estupendamente. Pero sé que usted tiene sus limitaciones y sus obligaciones.

–Efectivamente.

Estuvieron hablando hasta la finalización del viaje. Cuando llegaron a la estación de destino, José Manuel Cruz entregó una de sus tarjetas de visita al inspector.

–Si alguna vez le apetece contar algo sobre sus casos, puede contactar conmigo. Seguro que hay alguna historia que puede ser muy, muy interesante.

–No lo dude. Si alguna vez me dan ganas de explayarme, usted será la persona a la que llame.

* * *

Sebastián Pérez Aguirre esperaba a Tomás Silva en el andén. El apretón de manos inicial fue muy frío.

–Si le parece, iremos al centro de la ciudad –dijo Sebastián Pérez–. Así, podrá ver el puerto y las zonas más interesantes. Hay unos cuantos restaurantes bastante buenos. Podemos almorzar allí...

Durante varias horas, no hablaron del tema que había llevado a Silva hasta esa ciudad. Los temas de conversación fueron los lugares más conocidos de la ciudad, sus vivencias como policías, la situación económica y política del país... No fue hasta cuando terminaron de almorzar y estaban en las copas que Silva presintió que era el momento adecuado para sacar a colación el objeto de su visita.

–Sebastián, sé que lo arrojé a los pies de los caballos cuando saqué ante Méndez la cuestión de su parentesco con Juan Antonio Aguirre. Había mucha tensión entre Méndez y yo. Los agentes de mi grupo y yo habíamos sido espiados por la propia Brigada. Creo que tanto Méndez como yo mismo hicimos cosas que no fueron las correctas. Con ello, no estoy intentando justificarme. Sólo intento explicarle las circunstancias en que se produjo una conducta sobre la que tengo serias dudas éticas. Una conducta en la que usted fue el principal perjudicado. Le pido disculpas por ello.

Sebastián Pérez reflexionó. Suspiró y, en la respuesta, parecía que el ambiente entre ellos empezaba a distenderse.

–Acepto sus disculpas, inspector. La realidad es que, en la Brigada, siempre nos movemos en casos complicados, con muchas aristas. Es habitual que pasen cosas así. Tampoco creo que fuera muy correcto el espionaje realizado sobre ustedes. Me parece que todo ello debería dejar de suceder. Si el contexto fuera otro...

La conversación posterior ya se desarrolló entre risas y en un clima de buen humor. Silva empezó a sentirse satisfecho de su viaje. Pasaron por la zona antigua. Silva y Sebastián Pérez se llegaron a intercambiar hasta confianzas varias. El inspector pensó que había nacido entre ellos una posible amistad.

A las nueve de la noche, se dirigieron a la estación. A las nueve y media, salía el tren de Silva. Hablaron unos diez minutos en el vestíbulo, que, a esa hora, estaba medio desierto. A las nueve y cuarto, Silva se subió al tren. Sebastián Pérez permaneció en el andén. A Silva, le extrañó ese detalle. A las nueve y veinticinco, ocurrió algo inesperado. El agente se subió al tren y se dirigió al vagón donde estaba Silva. Se sentó a su lado. El inspector no comprendía qué estaba sucediendo.

–Inspector, he pasado casi todo el día con usted y me parece que es un policía honrado. Digo más: una persona honrada. Ha venido hasta aquí para disculparse con un compañero. Algo que muy pocos en el cuerpo estarían dispuestos a hacer. No me sentiría bien si no le dijera la verdad. Yo conocía toda la historia de Mario Villar. Sabía que era hijo de mi abuelo. Toda mi familia lo ha sabido siempre. Y se lo digo sin rubor: sí, en el transcurso de la investigación, hubiera podido salir ese dato, hubiera hecho todo lo posible para ocultarlo y proteger el buen nombre de mi familia. Porque pienso, y no tengo la menor duda de ello, que los lazos de sangre son sagrados. Por lo tanto, no tenga ninguna reserva moral sobre lo que hizo. Únicamente, cumplió con su deber.

Sebastián Pérez se levantó. Salió del tren. Abandonó la estación. Silva apenas pudo reaccionar. Pero sí hubo algo que le sorprendió. La niebla desapareció de sus ojos. Desapareció de su mente. Se sintió invadido por una extraña clarividencia. Y se sintió cansado. Muy cansado. Pero tendría que recuperarse muy pronto. Aunque él no lo sabía, en pocos días tendría que enfrentarse al atraco de la oficina principal del Banco Continental.

FIN



(Autora de la fotografía: Pilar Martín Bravo)

José Manuel Cruz nació en Sevilla en 1970 y vive en Málaga desde el año 2002. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Hispalense, es autor del ensayo *La economía estresada* (2017), en el cual profundiza en las causas que llevaron a la crisis económica iniciada en 2007 y analiza sus implicaciones y sus posibles salidas. No obstante, ha sido su pasión por la literatura y el cine la que ha acabado decidiendo su trayectoria profesional. Como escritor, José Manuel Cruz ha publicado seis novelas. Las cuatro primeras conforman el “Cuarteto de la desolación” y son obras inscritas en el género negro cuyas tramas se desarrollan en el contexto de la crisis económica que estalló en 2007 y en las que la especulación inmobiliaria, la excesiva influencia del poder financiero, la corrupción política, los paraísos fiscales y el empeoramiento de las condiciones sociales ocupan un lugar central: *Sin tregua se consumían nuestros ojos* (2013), *El día en que paró la música* (2014), *El Enclave I. El temor del mensajero* (2016) y *El Enclave II. Casandra encadenada* (2017). En 2018, publica la novela *Fuera de juego*, coescrita junto a Rafael Nadales. En 2020, aparece *La orilla muerta*, editada por la editorial danesa Aurora Boreal. También en 2020, salen a la luz sus dos primeros libros de poemas, *Tierras sin nombre* y *Clausura*. Como crítico de cine, José Manuel Cruz creó en 2011 el blog *El espectador impertinente*. Con posterioridad, ha colaborado en las revistas digitales *Moon Magazine*, *Acalanda Magazine* y *Cine Contexto*. En 2017, escribió el estudio introductorio al volumen *Obra póstuma* del guionista y escritor Carlos Pérez Merinero. Desde 2018 es director de la revista digital *Cine Arte Magazine* (www.cineartemagazine.com).

Página web del autor: www.josemanuelcruz.es

